ANZURES
LOS HEROES DE LA INDEPEN-DENCIA
F1232
A58
Fondo Reservado
FH 26270
FH 26270

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Biblioteca
"Rafael García Granados"

Su préstamo se vence en la última fecha marcada

LOS HEROES DE LA INDEPENDENCIA.

COLECCION DE BIOGRAFIAS

DE LOS PRINCIPALES HEROES

— DE LA —

INDEPENDENCIA DE MEXICO,

FORMADA POR

RAFAEL ANZURES.

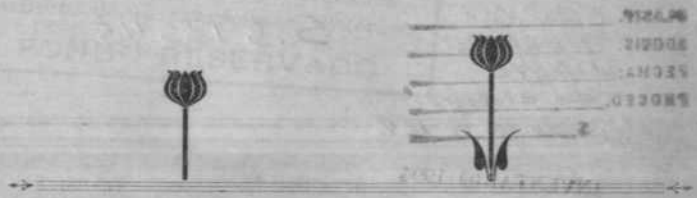
A los héroes de nuestra Independencia, y particularmente á aquellos que, como Hidalgo y Morelos, sacrificaron su existencia por darnos libertad, debemos nuestros mejores recuerdos y nuestra más ardiente gratitud.

PRIMERA EDICION.

TLAXCALA.

OFICINA TIPOGRÁFICA DEL GOBIERNO.

1909



Testimonio de admiración y respeto
al Señor Ministro de Instrucción Pública
y Bellas Artes

Lic. D. Justo Sierra,

incansable y decidido
protector de la Juventud estudiosa
y á cuyo patriótico empeño debe el Distrito Federal
la nueva y sabia organización de los planteles
de enseñanza.

El Editor.

F.R

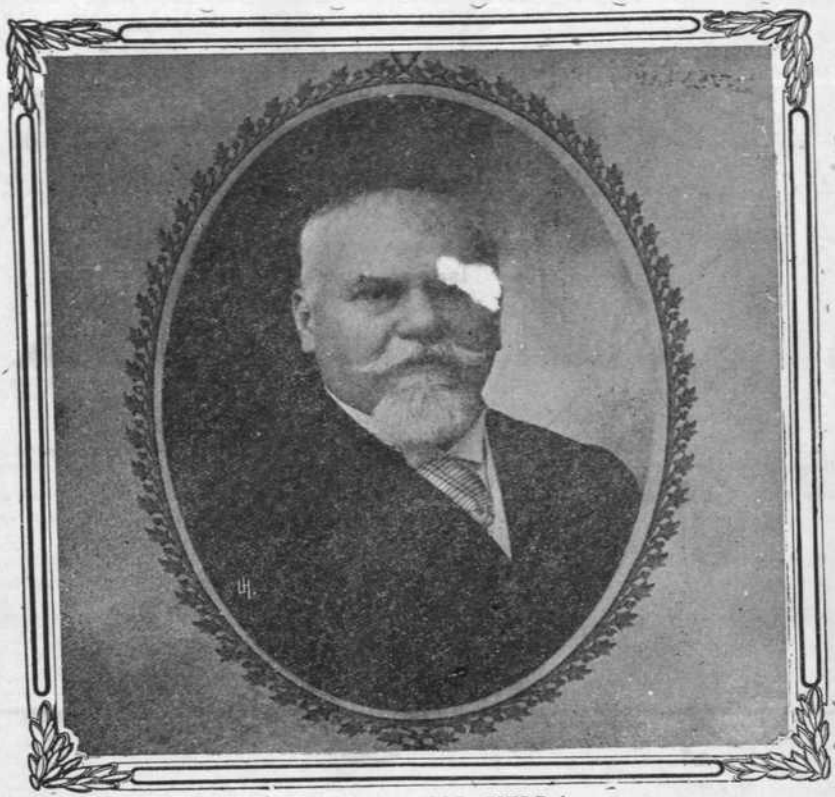
CLASIF. F1232.A58
ADQUIS. FH26270
FECHA: 27/XI/92
PROCED. Lib. del abogado
F-2#62 Fac. 1110 $ 400,000.00-60%

S. 593545

INVENTARIO 1994

I - 05

Biblioteca Rafael Garcia Granados
Instituto de Investigaciones Históricas
FONDO RESERVADO



LIC. D. JUSTO SIERRA,
Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

FH-26270

Biblioteca Rafael García Granados
Instituto de Investigaciones Históricas
FONDO RESERVADO

LIC. D. JUSTO SIERRA.
Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

FH-26270

Testimonio de respeto, gratitud y adhesión
al Señor Coronel

Don Próspero Cahuantzi,

digno Gobernador de Tlaxcala,
viejo soldado de la Patria, á cuya generosa protección
deben mucho las Escuelas Oficiales del Estado
y los hijos del mismo que, fuera de él,
se han dedicado y se dedican actualmente
al estudio del arte y de la ciencia.

El Editor.

Testimonio de respeto, gratitud y consideración
al Señor Coronel

Don Próspero Cahuantzi,

digno Gobernador de Tlaxcala,
viejo soldado de la Patria, á cuya generosa protección
deben mucho los Escuelas Oficiales del Estado
y los hijos del mismo que, fuera de él,
se han dedicado y se dedican ocupándose
al estudio del arte y de la ciencia.

El Editor.

CORONEL D. PROSPERO CAHUANTZI,

GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE TLAXCALA.

De los diversos períodos de la historia patria, está fuera de duda que el más notable es el conocido con el nombre de *Guerra de Independencia.*

Período tormentoso de suyo, está lleno de episodios grandiosos y que revelan el temple de alma de los que despreciando el peligro, inmolaron su existencia con la idea levantada de legar á sus descendientes la mejor herencia á que pueden aspirar los pueblos deseosos del bienestar y del progreso: la libertad.

Iniciado el movimiento de insurrección por el Cura de almas del humilde pueblo de Dolores, del hoy rico Estado de Guanajuato, nadie hubiera creído que á la voz de aquel improvisado caudillo que ignoraba totalmente el arte de la guerra y carecía de los elementos indispensables para realizar empresa de tal magnitud, como la que tomaba á su cargo, el pueblo mexicano se hubiera agrupado en breves días á su derredor, presentando al formidable poder español la invencible muralla de corazones patriotas, nacidos todos para hacer el asombro de los que se habían acostumbrado á inclinar la cerviz al yugo de la opresión y del despotismo.

Miguel Hidalgo y Costilla, á quien con verdadera justicia se da el nombre de Benemérito, y ante cuya veneranda imagen debe estarse de pie y con la frente descubierta, es más grande acaudillando á la indisciplinada turba de insurgentes, que el Moisés de que nos habla la Biblia guiando á través del desierto al pueblo que iba en

pos de la tierra de promisión, después de haber comido por espacio de algún tiempo el pan amargo de la esclavitud en la tierra de los Faraones.

Moisés contaba con el auxilio directo é inmediato del Omnipotente, que en más de una ocasión asombró al pueblo egipcio con las terribles muestras de su poder infinito; mientras que Hidalgo, si bien es cierto que había sido designado por la Providencia para ser el iniciador de la gran obra de redención del pueblo mexicano, debía luchar y sacrificarse en aras de su generosa idea, para que su sangre y la de los invictos héroes que lo secundaron en su nobilísima empresa, fecundara la tierra donde se iba á plantar el árbol que más tarde produciría copiosos frutos de paz y de progreso. De aquí su mayor grandeza, de aquí sus méritos indiscutibles.

Arraigado el poder de la antigua España cerca de tres siglos en esta hermosa tierra de Cuauhtemoc y de Xicohtencatl; desconocidas por completo las libertades de que ahora disfrutamos; acostumbrado el pueblo á la ciega obediencia impuesta por el conquistador, era difícil, casi imposible, formar y sostener un centro de reunión donde se discutieran y arreglaran las bases que dieran ser y apoyo al levantamiento en contra del gobierno colonial sostenido por la fuerza y por los intereses de las clases privilegiadas, que medraban bajo su sombra. Y si era casi imposible que se reunieran sin peligro los que anhelaban sacudir el yugo de la dominación, más difícil sería encontrar un caudillo valeroso é intrépido que se pusiera al frente del movimiento revolucionario y lograra romper las cadenas de la opresión.

La misteriosa muerte del Licenciado Francisco Primo Verdad y la no menos cruel del Padre Fr. Melchor Talamantes, unos de los primeros apóstoles de la libertad y también unos de sus primeros mártires, fueron sin duda

la causa de que se desaniminaran de pronto los que se hallaban dispuestos á desafiar la furia del león ibero; y al fin se aplazó para mejores días el momento de dar principio á la magna obra de emancipación, meditada ya y deseada por los que no podían sufrir más las vejaciones, no tanto del gobierno colonial sino de los que pesando sobre éste por la audacia y el prestigio, eran más déspotas y más tiranos que los que ejercían la autoridad y por consiguiente tenían á su disposición los medios para atormentar y para oprimir al desvalido.

La denuncia hecha por algunos traidores acerca de los planes de los independientes, motivó el que los principales de éstos se pusieran en movimiento á fin de escapar del seguro castigo que les estaba reservado.

El oportuno aviso enviado por la insigne matrona Doña Josefa Ortiz de Domínguez al capitán Allende, y que éste recibió cuando se hallaba en compañía del venerable Cura de Dolores, fué, digamos así, la chispa eléctrica que anunció la terrible tormenta que iba desatarse.

Unos cuantos individuos desprovistos de armas útiles para la defensa y el ataque, y que, con excepción de Allende, nada conocían de milicia, formaron el *ejército* que en la memorable noche del 15 de Septiembre de 1810 arrojó el guante al temible gobierno virreinal, dando al mundo entero lección patética de que por la independencia y por la patria debe el hombre estar dispuesto á perderlo todo.

En un momento abandona el anciano Cura Hidalgo las comodidades propias de su estado y de su edad, y se lanza al peligro, impertérrito, como si fuera un caudillo avezado á las fatigas y á los azares de la guerra.

A su palabra persuasiva deja el artesano su hogar humilde y el labrador su quieta estancia; y en breves días se presenta en la Alhóndiga de Granaditas una impo-

nente multitud que, aunque indisciplinada é inerme, da el primer golpe al orgulloso león ibero que confiaba en la superioridad de su fuerza.

Vencedores hoy, vencidos mañana, pero siempre apoyados en la nobleza de su causa, marchan los insurgentes firmes y serenos, animados los unos por el ejemplo de los otros, sin que en el largo espacio de once años de lucha hubiera faltado nunca un caudillo valeroso que dejara de mantener vivo el sacrosanto fuego de libertad.

Hidalgo, que desde el principio de su grandiosa obra de emancipación tuvo el presentimiento de no verla concluida, bajó al sepulcro, befado por la saña de sus verdugos, que no lo comprendieron.

El inmortal Allende, que lo había acompañado en sus triunfos y en sus desgracias, y á cuya pericia y reconocido valor se debió que el movimiento de insurrección tomara el carácter que le correspondía, lo acompañó también á la tumba, anatematizado y zaherido por los que debían haberse inclinado ante su grandeza.

Las cabezas de estos dos notables insurgentes y las de Aldama y Jiménez, fueron colocadas de orden del Virrey en los cuatro ángulos del Castillo de Granaditas: acción indigna de un gobierno que se preciaba de humanitario y de culto.

Los actos de crueldad y de barbarie jamás han sofocado el grito de la justicia y del derecho; antes bien han dado origen á hechos memorables y glorioscs por parte del pueblo que los ha sufrido.

Caídos en desgracia estos esforzados campeones, alma vigorosa del primer movimiento de insurrección, surge inmediatamente otro no menos esforzado que ellos: el Licenciado Don Ignacio Rayón.

Secretario del inmortal Hidalgo, salva los caudales del ejército insurgente, después del terrible desastre del

Puente de Calderón; marcha á Zacatecas, y con una actividad maravillosa y una destreza inaudita, levanta fuerzas; sin haber sido nunca militar, las organiza de un modo conveniente; y cuando se creía que la guerra de Independencia había terminado, este ilustre caudillo la mantiene viva, y con el arrojo y la pericia no sólo desconcierta al contrario, sino que éste lo admira en la famosa retirada del Saltillo á Zacatecas, y en el sitio de Zitácuaro.

Pero si notables son estos héroes, si el nombre de ellos ocupa un lugar distinguido en las páginas de nuestra historia, es indudable que la más esplendorosa de éstas guarda con religiosa veneración el del verdaderamente ínclito Cura de Carácuaro Don José María Morelos y Pavón.

Nacido para la guerra, á su singular arrojo unía su destreza para salir de situaciones difíciles, y su previsión para evitar encuentros desastrosos. Activo y diligente, sabía desconcertar á sus adversarios con inesperadas determinaciones; y en más de una vez causó á los soldados del Virrey el profundo disgusto de escapárseles de entre las manos.

El sitio de Cuautla, gloriosísima epopeya que hasta hoy no ha tenido cantor digno de narrarla, supera en episodios á muchas de las guerras que le precedieron; y las grandiosas figuras de Hermenegildo Galeana, Leonardo, Nicolás y Víctor Bravo, y Matamoros, son astros de primera magnitud que en el cielo de ese pueblo legendario rodean al sol radiante de libertad: á la excelsa figura del eminente Morelos.

Alejandro, César y Napoleón no son mayores que Morelos.

La gloria de esos guerreros depende de la publicidad que se ha dado á sus hazañas.

El 5 de Noviembre de 1815 cae también el gran Morelos, oprimido por el peso de la desgracia, víctima de

la traición de Matías Carranco que lo hizo prisionero y lo entregó al Jefe realista Concha.

La prisión de este héroe fué motivada por un hecho nobilísimo y digno de elogio: la defensa de los miembros del Congreso de Chilpancingo, á quienes iba escoltando y salvó de una muerte segura.

Sujetósele á un proceso inícuo, como el formado á todos los independientes que tuvieron la desdicha de verse en poder de sus implacables y despiadados enemigos.

Entre los primeros hubo rasgos elevadísimos de magnanimidad, sin precedente en la historia, como el de Nicolás Bravo, que dió libertad á trescientos españoles que tenía presos, cuando supo la horrible muerte sufrida por su padre Don Leonardo.

Los realistas Calleja, Concha, Armijo y demás, nunca dieron muestra alguna de generosidad.

Llevado Morelos á Ecatepec, lugar cercano á la Villa de Guadalupe, hoy Guadalupe Hidalgo, fué vilmente fusilado.

¡Oh tierra bendita de San Cristóbal Ecatepec, que fuiste bañada por la sangre del más ilustre de los Jefes insurgentes!

En poco más de cinco años habían desaparecido los principales campeones de la guerra de Independencia, sacrificados todos en aras de su bendita idea, y nimbados por la luz purísima de la gloria.

Otra vez más se creyó que la lucha terminaba, pues el mismo Calleja, que era el Virrey á la muerte de Morelos, aseguró que con el fusilamiento de este héroe invencible *se había cortado la cabeza á la insurrección.*

Se engañaba el Virrey.

Las causas basadas en la justicia y el derecho han tenido siempre sus mártires; pero la sangre de éstos ha sido

fecunda semilla que ha hecho brotar maravillosamente prosélitos más decididos y más esforzados. Prueba de ello el Cristianismo.

Cayó Morelos, pero á muy poco tiempo —Abril de 1817— desembarcó en Soto la Marina un soldado aguerrido é impetuoso: Francisco Javier Mina. Lo acompañaba el famoso historiador Fr. Servando Teresa y Mier.

Español de origen, había luchado en Navarra por la libertad de su patria contra las huestes invasores de Napoleón I; y también en favor de la independencia y de la libertad de México venía, sin plan preconcebido y con escasísimos elementos, á combatir contra las fuerzas virreinales.

Arrojado, estratégico y terrible, confunde, arrolla y desbarata á sus contrarios, que, asombrados, ven en él al genio tutelar de la guerra, al formidable Marte.

Con trescientos soldados el espartano Leónidas defendió el desfiladero de las Termópilas, hasta sucumbir; Mina, con poco más de doscientos valientes, atraviesa el país, desde el Norte de las costas del Golfo mexicano hasta el Fuerte del Sombrero, teniendo que luchar siempre con enemigos superiores en número, en elementos para la guerra y en el conocimiento del lugar en que combatían.

Alarmado el Virrey con los triunfos alcanzados por Mina, pone todo su empeño en vencerlo; y al fin agobiado éste por la multitud que lo persigue, cae en poder de Orrantia su más encarnizado enemigo, que comete la inaudita infamia de golpearlo con la espada.

Por haber sido aprehendido el esforzado Mina en el Rancho del Venadito, en recompensa de esta *hazaña* la Corte española concedió al Virrey Apodaca el título de Conde del Venadito, título que más bien sonroja que ennoblece, atendiendo á que Mina fué abrumado por un

número considerable de contrarios, que ninguna acción heróica ejecutaron apoderándose de él.

Fusilado Mina el 11 de Noviembre de 1817, la causa de la Independencia sufrió un golpe terrible; y las esperanzas de alcanzar la libertad del pueblo mexicano se hacían de día en día más ilusorias.

Así lo juzgaban los que habían visto desaparecer en poco tiempo á los caudillos más valerosos que contemplara el siglo XIX en sus primeros años; pero, como se ha dicho, la semilla sembrada tenía que producir el fruto deseado.

Quedaban en pié algunos insurgentes aguerridos, pero entre ellos descollaba por su constancia el inolvidable Jefe suriano Vicente Guerrero.

Parapetado tras las inaccesibles montañas de la *Tierra Caliente;* conocedor de todo cuanto le rodeaba, mantuvo por espacio de algún tiempo, incólume, la redentora idea de emancipación que tantos sacrificios y tanta sangre costara ya.

Perseguido tenazmente unas veces, halagado otras con promesas, marcha sereno hasta ver realizada su empresa y la de sus ilustres predecesores: la Independencia de México.

Ayúdalo eficazmente en la consumación de ésta el brigadier Don Agustín de Iturbide, Jefe realista á quién la historia ha juzgado de un modo desfavorable, porque traicionó á su gobierno y falseó el programa adoptado por los verdaderos insurgentes.

Nosotros, que hemos recogido á manos llenas los beneficios alcanzados por el martirio de esos inolvidables patriotas, y vemos hoy á nuestra Nación grande y respetada, debemos honrar la memoria de los primeros y procurar engrandecer más á la segunda, conservándola sin menoscabo de ninguna especie.

A la patria debemos lo que somos. Ella, al nacer, nos arrulla con sus amorosos brazos, besándonos con la purísima luz de su cielo, siempre despejado, y halagándonos con el suave perfume de sus flores. Ella, tierna y solícita, acude á todas nuestras necesidades, calma nuestras penas, nos abre todos sus tesoros para engrandecer nuestro espíritu, nos da brios para la contienda de la vida, nos anima y entusiasma á la hora del combate; y cuando la parca cierra nuestros ojos, ella, cariñosa, nos recibe en su regazo para que reposemos y durmamos tranquilos el soporoso sueño de la tumba.

Con el objeto de recordar las legendarias proezas de nuestros héroes, de admirarlas y tenerlas siempre á la vista, para imitarlas algún día, he procurado reunir en un libro la historia de los principales de ellos.

Las biografías que hoy publico son obra de diversos escritores mexicanos que, gustosos, han acudido al llamamiento que tuve la honra de hacerles para llevar á cabo esta labor patriótica y de reconocida utilidad.

Formo este libro particularmente para la juventud y la niñez mexicanas, dulcísima esperanza de nuestra hermosa patria. Ellos, mejores que nosotros, sabrán conservar la inestimable joya legada por nuestros amorosos padres—la libertad—y se empeñarán en que este pueblo, llamado á ocupar un lugar distinguido entre las naciones del antiguo y del nuevo continente por su situación topográfica y sus cuantiosos elementos de riqueza, siga la marcha de progreso y de perfeccionamiento que tiene emprendida desde que el Caudillo de cien combates, nuestro actual Presidente General Porfirio Díaz, apagó la tea revolucionaria prendida y alimentada por la ambición y las conveniencias de algunos malos mexicanos.

La formo asimismo para celebrar de algún modo el próximo Centenario de nuestra emancipación política,

fiesta grandiosa, aniversario de imperecederos recuerdos, á cuya solemnidad todos debemos cooperar con verdadero entusiasmo.

Dichosos mil veces los que vean llegar esa gloriosa fecha, la celebren dignamente, y juren ante el sacrosanto altar que el deber y el patriotismo levantarán ese día, morir mil veces antes que ver hollado nuestro suelo por la planta del nuevo invasor.

¡Ojalá que esta pequeña obra, humilde y sencilla como es, sirva para avivar el amor patrio y el deseo, siempre noble, de servir en todo tiempo á la bendita causa de la libertad!

RAFAEL ANZURES.

Tlaxcala, 15 de Abril de 1909.

Lic. Francisco Primo Verdad

y Ramos.

RAFAEL ANZURES.

NUALMENTE, al celebrarse el aniversario de la proclamación de nuestra Independencia, los oradores y los poetas, según su ilustración y sus aptitudes, dan á luz sus producciones encomiando el arrojo del Padre de la Patria Don Miguel Hidalgo y Costilla, la pericia é intrepidez del inmortal Allende, el talento militar del eximio Cura Morelos, la generosidad sin precedente de Nicolás Bravo, la constancia de Guerrero, y en general las cualidades que distinguieron á los héroes de esa época sublime y luctuosa; pero no ha habido uno solo de los oradores, que yo sepa, que haya hecho cumplida justicia y haya elogiado debidamente al Lic. Francisco Primo Verdad y Ramos, que sin duda de ningún género fué el iniciador de nuestras libertades y el protomártir de la Independencia. Al asegurar esto, no trato de menoscabar la merecida gloria del Benemérito Cura Hidalgo; muy al contrario, quiero que ésta se aumente colocando al lado de ese inolvidable caudillo la excelsa figura del Lic. Verdad, digno por mil títulos de formar en primera línea entre la brillante pléyade de valientes, á quienes la

Patria agradecida tiene levantado un altar donde se les tributa de año en año el homenaje debido.

El Lic. Verdad es acreedor á la gratitud de todo mexicano, porque sin temor alguno expuso en presencia del Virrey Don José de Iturrigaray, del Arzobispo Don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, de los Inquisidores, Canónigos y demás potentados que se reunieron en el Palacio Virreinal el 9 de Agosto de 1808, sus ideas avanzadas con respecto á la Independencia de México; y este acto de valor y de franqueza costó la vida á ese ilustre Síndico del Ayuntamiento, como se verá más adelante.

*
* *

Nació el Lic. Verdad en la Hacienda de Ciénega del Rincón, del hoy Estado de Aguascalientes, el día 9 de Junio del año de 1760, habiendo recibido, al ser bautizado, los nombres de *Franco Primo Joseph Manuel.* Fueron sus padres Don Joseph de Pierio Verdad, Administrador de dicha Hacienda, y Doña Antonia Fructuosa Ramos.

Como desde sus tiernos años dió evidentes muestras el niño Francisco de su amor á la ciencia y de su aptitud para dedicarse á una carrera literaria, después de adquirir su instrucción elemental y hacer otros estudios en las capitales de Aguascalientes y Guadalajara, se le hizo ingresar al antiguo Colegio de San Ildefonso de la Capital de México, el año de 1779; de modo que en este año tenía 19 de edad. En 20 de Abril de 1782 adquirió el grado de Bachiller en Cánones, previo el examen respectivo que sustentó con verdadera satisfacción de sus sinodales; y en 30 de Abril de 1784, casi á los veinticuatro años, prestó el juramento exigido por los estatutos para ser incorporado al Colegio de Abogados, una vez que se

tuvieron como suficientes las informaciones recibidas y que prevenían los mismos estatutos. Es casi seguro que su recepción de abogado tuvo lugar á principios del año de 1784, pues, como se lleva dicho, en Abril de ese mismo año prestó el juramento é ingresó al Colegio de Abogados.

Todos los historiadores que hablan acerca de este ilustre personaje, convienen en asegurar que era hombre de vastos y sólidos conocimientos en jurisprudencia, de una honradez acrisolada y de nobilísimos sentimientos, motivos poderosos para que se le tuviera en grande estimación por todos cuantos le conocían, y se le encomendaran negocios de importancia, que siempre trató con suma delicadeza. Estos motivos, sin duda, fueron los que hubo para que se le nombrara miembro del Ayuntamiento de México, cargo que con el carácter de Síndico Personero de la misma Honorable Corporación, desempeñó por espacio de algún tiempo, con el beneplácito de sus compañeros y de las autoridades superiores.

En el año de 1808 ejercía este honroso cargo en unión del Lic. Don Juan Francisco Azcárate, amigo íntimo suyo, y que, como él, poseía conocimientos no muy comunes en aquella época y era de ideas avanzadas.

***

Por estar íntimamente enlazados los acontecimientos que tuvieron lugar en España á principios del Siglo XIX con los verificados en México y en los que desempeñó un interesante papel el Lic. Verdad, conviene hablar de aquellos, siquiera sea con la brevedad que el caso requiere.

En Octubre del año de 1807, el Emperador de los franceses, Napoleón I, hombre astuto y ambicioso, celebró un tratado secreto con el Rey de España Carlos

IV, con el objeto de invadir á Portugal y repartírselo. Al favorito de la Reina María Luisa, Don Manuel Godoy, hombre funesto para España, debía tocarle su parte en este injusto repartimiento. El Príncipe de Asturias, después Fernando VII, que era enemigo de Godoy, se puso en comunicación con los adversarios de éste y solicitó el apoyo de Napoleón contra el mismo; pero fueron descubiertas sus maquinaciones y entonces se le formó causa y se le tuvo preso en el Escorial.

Napoleón introdujo en España un grande ejército, invadió á Portugal, pero no cumplió las promesas que había hecho, motivo por el que desengañado Godoy, aconsejó á los Reyes que abandonaran la Península y vinieran á la Nueva España.

Hallándose la Corte en el pueblo de Aranjuez y creyendo éste que Godoy estaba de acuerdo con los franceses para hacer traición á su patria, lo apresaron y tal vez le hubieran quitado la existencia á no haber abdicado Carlos IV la corona en favor de su hijo el Príncipe de Asturias que, como yà se dijo, se llamó Fernando VII. El César francés obligó en Bayona á éste á restituir la corona á su padre, quien abdicó en favor del primero. Debilidades vergonzosas, pero muy merecidas de una Corte vanidosa y corrompida.

*
* *

Estos sucesos llegaron á conocimiento del Virrey de México, Iturrigaray, y lo hicieron vacilar acerca de la conducta que debiera seguir. Entonces fué cuando el Ayuntamiento de la Capital, movido por los Lics. Verdad y Azcárate, que realmente deseaban la libertad de su patria, influyó en el ánimo del Virrey para que se formase un gobierno provisional, atentas las renuncias de los So-

beranos Españoles, al frente de cuyo gobierno debía quedar el mismo Virrey, quien no entregaría el mando á nación alguna ni á la misma España, mientras ésta no recobrara el uso de su soberanía.

Como el Real Acuerdo no estaba conforme con las ideas del Ayuntamiento, cuya alma eran los referidos letrados, después de algunas contestaciones enojosas y conferencias con el Virrey, éste, á quien halagaba demasiado la proposición del Cuerpo Municipal, mandó citar una junta á la que deberían concurrir el Arzobispo, la Audiencia, el Ayuntamiento, los Tribunales y demás notables personas que por su saber ó por su posición social influían de algún modo en los destinos de la Colonia. Esta junta debía verificarse el 9 de Agosto de 1808. Llegado ese día y reunidas todas las personas que se han mencionado, en el Palacio del Virrey, invitó éste al Lic. Verdad á que hiciese uso de la palabra, exponiendo el motivo de la cita. Cuál no sería la sorpresa de los concurrentes cuando el ilustre Síndico dijo: que el Ayuntamiento de la Capital se había dirigido al Virrey en solicitud de que se formase un gobierno provisional, porque hallándose la Metrópoli á merced del invasor y ya sin autoridades legítimas, supuesto que los Monarcas habían abdicado, era llegado el momento de que el *pueblo recobrara su soberanía* mientras volvían las cosas á su primitivo estado. Para apoyar la petición que el Ayuntamiento hacía, citó una Ley de Partida, la cual previene que cuando el Rey quede en edad pupilar sin haberle nombrado su padre, ó tutor ó regente, se lo nombre la nación junta en Cortés; deduciendo de esto que se debería proceder de igual modo por ausencia ó cautiverio del monarca.

Además, adujo otras razones fundadas en justicia.

El inquisidor Don Bernardo de Prado y Ovejero tra-

tó de impugnar las ideas liberales del Síndico, manifestando que la proposición relativa á la *soberanía del pueblo* era herética y por lo mismo anatematizada por la iglesia. El oidor Aguirre atacó también la doctrina del Lic. Verdad, aunque sin fundamento de ninguna especie, haciendo otro tanto los tres Fiscales de la Audiencia. En esta célebre junta se disgustó notablemente el Arzobispo Lizana y Beaumont, porque deseando que se abreviaran los razonamientos que todos aducían en pro de sus ideas, el Virrey le dijo enfadado: «que allí cada uno tenía libertad de hablar lo que quisiere, y qué si le parecía larga la junta desde luego se podía marchar á su casa.» Sin resolver nada favorable á los intereses del pueblo, porque era imposible que tal cosa se hiciera por personas acostumbradas al servilismo, se disolvió la reunión, acordándose únicamente la jura de Fernando VII, el monarca que después de haberse rebelado contra su padre Carlos IV, consintió de una manera vergonzosa en que se abdicara en favor de Napoleón I. Para tal acto—la jura de Fernando VII—se señaló el día 13 del mismo mes y año, por ser el aniversario de la toma de México por el aventurero Hernán Cortés.

***

Nada favorable se arregló en la junta de que se ha hablado ni en las demás que hubo después; pero los Inquisidores, la Audiencia y demás Corporaciones y personas afectas al partido español comenzaron á desconfiar del Virrey, por creerlo adicto á los planes del Ayuntamiento é inclinado á llevar adelante sus propósitos. Comenzaron también á buscar el modo de perder al Lic. Verdad, cuya franqueza en el hablar tanto les había disgustado; y al fin se convino en deponer del mando al

Virrey y reducir á prisión á todos aquellos que de algún modo favorecían la causa del pueblo.

Pensando en la persona que podía ponerse al frente del movimiento que proyectaban, se fijaron en Don Gabriel de Yermo, vizcaino de nacimiento y hombre acaudalado, que poseía ricas haciendas en Cuernavaca. Comisionados los Sres. Don José María Martínez Barenque y Don Santiago Echeverría para inclinarlo á que aceptara esa misión peligrosa pero altamente *noble* y necesaria, Yermo, después de consultar con el religioso mercedario Campos sobre el plan propuesto, aceptó el cargo que se le confiaba.

No falta quien asegure que Don Gabriel de Yermo adeudaba al Fisco una fuerte suma, y comprendió que al hacerse jefe de los conjurados, se libraría de ella.

En la noche del 15 de Septiembre del ya citado año de 1808, contando Yermo con la traición del Capitán Santiago García, á quien tocó la vigilancia del Palacio Virreinal, y al frente de trescientos noveles soldados, puesto que eran dependientes de las casas de comercio, invadió el Palacio, apresando al Virrey y á la Virreina, á quien se dice, insultaron en su lecho y le robaron las alhajas que había comprado para la Reina María Luisa.

En esta injusta invasión sólo el centinela Miguel Garrido cumplió con su deber, pues viendo acercarse á la multitud y que nadie contestaba al "quién vive" que le dirigió, disparó su fusil, recibiendo á poco la muerte por parte de uno de los conjurados.

El Virrey fué llevado á la Inquisición con sus dos hijas mayores, y la Virreina al convento de religiosas de San Bernardo en compañía de un niño y una niña de corta edad, que también eran sus hijos. En esa misma noche, á horas avanzadas de ella, fueron asimismo reducidos á prisión los Lics. Don Francisco Primo Verdad

y Ramos, Don Juan Francisco Azcárate y Don José Antonio Cristo, el Secretario Don Rafael Ortega, el Abad de Guadalupe Don José Belle y Cisneros, el Canónigo Don José Mariano Beristáin y el Fraile Mercedario Don Melchor de Talamantes. Este religioso, que era amigo íntimo del Lic. Verdad, fué también partidario decidido de la Independencia de México, y á esto se debió su encarcelamiento. Unos fueron llevados al Carmen, otros á San Fernando, y los Lics. Verdad y Azcárate y el Secretario, á la Cárcel del Arzobispado.

*
* *

A muy pocos días se puso en libertad á Cisneros y á Beristáin, así como también al Lic. Cristo y á Ortega. El Lic. Azcárate, que enfermó gravemente en la Cárcel del Arzobispado, fué transladado á Betlemitas, y después se le concedió tener su casa por cárcel. Solamente el Lic. Verdad y el Padre Talamantes continuaron en sus primitivas prisiones. Era imposible que se perdonara tan fácilmente á los que trataban de desligar á México del ominoso poder del conquistador.

La Audiencia, el Arzobispo, los Inquisidores y demás personas de alta gerarquía conocieron perfectamente bien los planes de Verdad y Talamantes, y estaban seguros de que si éstos quedaban libres, sería inútil todo cuanto se había hecho en contra de Iturrigaray.

No se equivocaban, pues aun cuando el ilustre Síndico había hablado acerca de la fidelidad al depuesto monarca español, las miras de él eran reunir el Congreso y proclamar en seguida la Independencia del país.

¡Lástima que el Virrey Iturrigaray hubiera sido ambicioso, torpe é ignorante! De varios modos se le dió aviso de la conspiración que se tramaba contra él, y su

apatía y extremada confianza lo perdieron y perdieron á los primeros patriotas.

El rigor con que se trató á Verdad en un cuarto que servía para encerrar á los sacerdotes viciosos ó que habían cometido alguna falta, la mala alimentación que se le daba y el estar privado del consuelo de ver á su familia, á quien amaba tiernamente, fueron poderoso motivo para que su espíritu decayera de un modo notable.

El 4 de Octubre, es decir, á los diecinueve días de haber sido privado de su libertad, falleció violentamente, pues apenas hubo tiempo de aplicarle el *santo óleo.* Se cree, y con algún fundamento, que fué envenenado. Otros aseguran que fué ahorcado en su misma prisión, y aun señalaban el clavo que había servido para el suplicio.

Suponiendo que no hayan sido el veneno ni la soga los que dieron fin á esa preciosa existencia, y que el profundo pesar de verse en situación tristísima haya sido el motivo de la muerte, queda en pie la responsabilidad grave ante la historia y la humanidad, de los que sin derecho ni justicia vejaron de modo tan cruel al sabio, que no tuvo más falta que haber servido franca y lealmente á la sacratísima causa del pueblo.

El cadaver de este noble patriota fué sepultado al siguiente día de su muerte en la Capilla del Sagrario de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya veneranda Imagen serviría más tarde de bandera al ejército insurgente.

*
* *

El pueblo mexicano, al celebrar sus glorias, debe tener presente la memorable fecha del 9 de Agosto de 1808, y considerar asimismo como día de luto, el 4 de Octubre. En la primera de las fechas citadas proclamó el Lic.

Verdad la soberanía del pueblo, y en la segunda pagó con la vida esta franca manifestación.

No parece justo que la densa sombra del olvido siga cubriendo la historia de esa interesante vida, consagrada en sus días al bien de la humanidad y sacrificada por haber iniciado la redención de un pueblo oprimido.

El Lic. Verdad es el Protomártir de la Independencia de nuestra Patria, y el primero á quien debemos tributar el homenaje de nuestra gratitud y nuestro reconocimiento.

Que el angel de la libertad cubra con sus radiantes alas el lugar donde reposan las cenizas de ese gran patriota, y que nuestros hijos aprendan á imitar sus virtudes y á pronunciar con veneración su nombre esclarecido.

Fray Melchor de Talamantes.

Rodrigo Espronceda.

UE uno de los precursores de nuestra Independencia. Sabio, virtuoso y valiente anunciador de la libertad de México, rasgó con los destellos de su cerebro todo luz, los horizontes sombríos de la dominación española, para dejar ver más la augusta visión de la patria redimida.

Fray Melchor de Talamantes debe tener en el corazón de todo buen mexicano un altar donde se le rinda el culto que se tributa á los mártires, porque fué una de las primeras víctimas que se ofrecieron en holocausto por la misma causa que más tarde haría de otro sacerdote en Dolores un soldado y un libertador.

La historia guarda muy pocos datos sobre la vida de este ilustre hijo del Perú que entregó al pueblo mexicano su corazón y su vida en la santa abnegación del martirio; pero recopilando lo más verosímil que ha circulado en la prensa seria y honrada y con ayuda de lo que está ya en la historia, hemos formado estos apuntamientos biográficos que bastan para dar una idea clara de la personalidad del fraile mercedario que nos ocupa en estas líneas,

y con el cual tiene México una deuda muy grande de gratitud y de veneración.

No se sabe en qué lugar del Perú haya nacido Fr. Melchor, ni se tiene noticia de los autores de sus días; pero es casi seguro que era de humildes orígenes, pues así se desprende de lo que la tradición conserva.

Con frecuencia, en sus conversaciones de intimidad hacía recuerdos de su patria, envuelta en disturbios, y solía contar las dificultades con que tropezó en su juventud, consagrado al estudio. Su vida de colegial fué un modelo tanto por la conducta intachable que observó, como por el notable aprovechamiento que tuvo en todas las materias que cursó.

De clara inteligencia y de vasta ilustración, sabía asimilarse todo lo que hay de elevado en el campo científico; su carácter era valiente y generoso.

Su permanencia en México obedecía á las agitaciones de su patria, y largo tiempo estuvo viviendo lejos de la Capital, hasta que sus aspiraciones y anhelos de comunicarse con hombres de saber, lo trajeron á la ciudad de México, en donde trabó desde luego amistad con los más distinguidos miembros del cuerpo intelectual, haciéndose estimar de todos por sus virtudes y grande talento que le reconocían con elogio.

Un día fué presentado al Virrey; éste comprendió desde luego que tenía enfrente á un hombre de saber y quiso aprovecharlo en asuntos de alta labor intelectual; al efecto le encargó la formación de un plan de defensa del reino, á la vez que lo comisionaba para que fijara los límites de Texas.

Estos y otros muchos trabajos de mérito realizó el padre Talamantes, siempre á satisfacción de Iturrigaray.

Los acontecimientos políticos que silenciosamente ve-

nían preparándose en favor de la Independencia de México, también preocuparon y muy hondamente al padre Talamantes, razón por lo que estaba en comunicación con los más distinguidos del naciente partido independiente que aspiraba á la creación de un gobierno propio, y para lo cual era preciso convocar á un congreso general del reino.

Con este objeto escribió unos apuntamientos sobre la mejor manera de lanzar dicha convocatoria, pues no había que principiar por hacerse sospechosos, y en este sentido la empresa era atrevida, y por lo mismo peligrosa.

Escribió también sobre la materia que había de tratar el congreso, analizándola admirablemente bajo un criterio de político sagaz á la vez que desde el punto de vista del más puro patriotismo.

Como los ánimos estaban muy inclinados á la idea de la emancipación, era necesario que sus escritos circularan profusamente para vigorizar más y más ese anhelo, difundiendo los principios que habían de operar un cambio completo en la forma social y política de la Colonia mexicana, y esto lo consiguió no sin grandes esfuerzos y después de muchas dificultades, haciendo llegar á todos los Ayuntamientos del reino copias de gran número de sus escritos, obteniendo así una celebridad digna de su talento y patriotismo.

Conocía cuatro lenguas, y en las cuatro escribió algunos opúsculos que se hicieron interesantes en aquella época, por la novedad de sus doctrinas y avanzadas ideas de un liberalismo civilizador.

Su vida en lo privado era de las más puras costumbres; generoso y amable para con todos, compartía su pan con el pobre y enjugaba las lágrimas de la viuda ó del anciano que arrastraba sus años en la miseria.

El padre Talamantes estaba en todos los labios como

una bendición ó como una alabanza, pues los desheredados lo veían con veneración y gratitud, y los que no comían de su pan, con admiración y cariño.

Como político era el padre Talamantes uno de los principales, pues él y el Lic. Verdad constituían el alma del partido que aspiraba á la Independencia, y los dos santificaron con el sacrificio de su vida el estandarte que después empuñaron Hidalgo y Morelos.

Sus convicciones y el grande valor que tenía para hacerlas públicas, declarándose amigo de la libertad, lo llevaron al presidio y á la muerte como una víctima preciosa ofrecida á la tiranía.

Era el año de 1808 cuando tenían lugar en México algunos sucesos que llegaron hasta el escándalo.

Los enviados de la Junta de Sevilla no pudieron hacer que fuera ésta reconocida por el Virrey, y decidieron destituirlo del mando.

Con esta idea resolutiva de los enviados, la capital se vió envuelta en una agitación y escándalo mayúsculo, pues en efecto, la noche del 15 de Septiembre del mismo año fué sorprendido en su palacio Iturrigaray por más de trescientos hombres armados, quienes lo hicieron prisionero en compañía de su esposa.

A este suceso se le dió el carácter de popular, es decir, como obra del pueblo; pero realmente el pueblo ninguna participación tuvo en él, y quienes lo llevaron á cabo quisieron disfrazarlo dándole un color patriótico, aprehendiendo esa misma noche á los Lics. Cristo, Verdad y Azcárate, al padre Talamantes y á otros muchos que pertenecían al grupo de los independientes.

Bien es verdad que estos simulaban fidelidad á España; pero en el fondo amaban la libertad y trabajaban por la Independencia de México.

La casa del padre Talamantes fué cateada, recogiéndole cuantos papeles y escritos hallaron sobre su mesa, y entre ellos fueron encontrados algunos apuntes para el plan de independencia, debidos á él, juntamente con algunos otros documentos de importancia que no constan en la historia, pero que bien se comprende la destrucción de ellos, pues se trataba de un hombre que con sus ideas podía trastornar el orden público, propicio á la esclavitud entonces.

Aprehendido el padre Talamantes, fué confinado en la cárcel secreta de la Inquisición y allí horriblemente martirizado, pues es bien conocida la crueldad de los tormentos inquisitoriales.

Caro había de costar al padre Talamantes su amor á la Independencia de México y esto no se hizo tardar mucho, pues á los pocos meses fué sacado de la prisión en que estaba, conducido á las playas del Golfo é internado después en la fortaleza de Ulúa.

Pálido y enflaquecido no podía ya dar paso, porque á la debilidad que le agotaba por falta de alimentos se agregaban también las llagas que le habían causado los grillos fuertemente aferrados á los piés y á las manos.

Su entrada en Ulúa revela el carácter de los castigos que se le iban á imponer, y él, con una resignación que pasmaba á los verdugos, sufría sus tormentos como quien tiene la conciencia de haber cumplido ya su misión en aras del deber y de la patria.

Seis meses estuvo encerrado en el Castillo hasta que enfermó gravemente, muriendo el día 24 de Abril de 1809, sin que le hubieran quitado los duros grillos hasta el momento en que lo iban á sepultar en el cementerio de la Puntilla, fuera de la fortaleza.

El padre Talamantes murió en la más espantosa mi-

seria, abrigando hasta el último instante de su preciosa existencia el sueño de libertad é Independencia de México.

Sabía perfectamente que la esclavitud estaba próxima á romperse y ésto lo consolaba grandemente.

En nuestra historia y en el corazón de todos los mexicanos, el padre Talamantes debe descollar como una de las primeras figuras del martirologio de la patria.

Nota del editor.

Según las investigaciones hechas últimamente por los Sres. Luis González Obregón y Juan Pablo Baz, Fray Melchor de Talamantes Salvador y Baeza nació en Lima—Capital del Perú—el 10 de Enero de 1765, habiendo estado durante cuatro años bajo la dirección de Fray Manuel Alcocer, de cuyo lado se separó teniendo catorce de edad.

En 1779 tomó el hábito de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, graduándose de Doctor Teólogo en la Universidad de San Marcos, de donde fué opositor á las cátedras de Filosofía, Teología y Sagrada Escritura, así como Lector Jubilado, Examinador Sinodal del Arzobispado del Perú, Regente Mayor de estudios y Definidor General en la Provincia de la Merced en Lima.

Habiéndose separado de su país natal previo el permiso del Provincial de su Orden y con intención de ir á España, desembarcó en Acapulco y llegó á la Capital de México en Noviembre de 1799, hospedándose en el Convento principal de Mercedarios.

Todos convienen, amigos y enemigos, en que Talamantes era hombre de vasta ilustración y de aptitudes bien marcadas para la oratoria; pero no muy apegado á las reglas de austeridad, pobreza y recogimiento prescritas por su Orden. No es de extrañarse esto. Fray Melchor de Talamantes se adelantó á su siglo. No nació para el claustro; nació para vivir libre y

en un país libre y para pensar según la luz vivísima de su inteligencia.

La atmósfera de esclavitud y de opresión, digamos así, que respiraba, lejos de darle vida, lo ahogaba, y de aquí que buscara con ahinco la emancipación política y social de México, por más que no fuera mexicano.

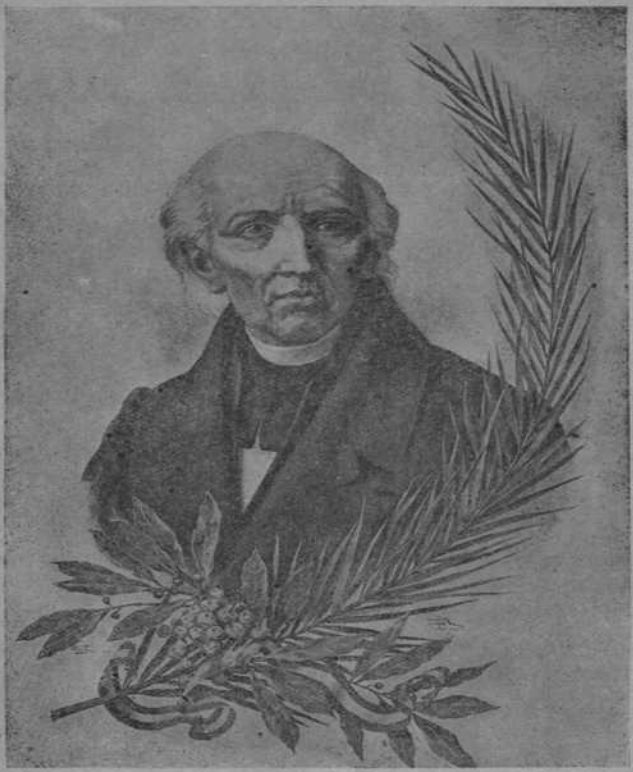
Para dar una idea de lo mucho que valía este religioso, basta leer los siguientes apuntes que formó para el plan de Independencía. Dicen así:

El Congreso nacional americano debe ejercer todos los derechos de la soberanía, reduciendo sus operaciones á los puntos siguientes:

1. Nombrar al virrey capitán general del reino y confirmar en sus empleos á todos los demás.
2. Proveer todas las vacantes civiles y eclesiásticas.
3. Trasladar á la capital los caudales del erario, y arreglar su administración.
4. Convocar un concilio provisional, para acordar los medios de suplir aquí lo que está reservado á Su Santidad.
5. Suspender al tribunal de la inquisición la autoridad civil, dejándole solo la espiritual, y ésta con sujeción al metropolitano.
6. Erigir un tribunal de revisión de la correspondencia de Europa, para que la reconociese toda, entregando á los particulares las cartas en que no encontrase reparo, y reteniendo las demás.
7. Conocer y determinar los recursos que las leyes reservan á S. M.
8. Extinguir todos los mayorazgos, vínculos, capellanías y cualesquiera otras pensiones pertenecientes á individuos existentes en Europa, incluso el estado y marquesado del Valle.
9. Declarar terminados todos los créditos activos y pasivos de la metrópoli con esta parte de las Américas.
10. Extinguir la consolidación, arbitrar medios de indemnizar á los perjudicados, y restituir las cosas á su estado primitivo.
11. Extinguir todos los subsidios y contribuciones eclesiásticas, excepto las de media-anata y dos novenos.
12. Arreglar los ramos de comercio, minería, agricultura é industria, quitándoles las trabas.
13. Nombrar embajador que pase á los Estados Unidos, á tratar de alianza y pedir auxilios.

.....

A la consideración de mis lectores dejo el pensar si una vez depuesto el Virrey Iturrigaray, podía seguir viviendo tranquilo el Padre Talamantes.



Miguel Hidalgo y Costilla.

Miguel Hidalgo y Costilla.

Leopoldo F. Villela.

Fué el primero en hacer armas contra la dominación española, proclamando la Independencia de México.—Su vida de Libertador lo llevó al sacrificio por darnos patria.

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA es conocido por la generalidad de los mexicanos como el Padre de la Independencia, es decir, como el progenitor de nuestra libertad, porque luchó por quebrantar el yugo que nos tenía sujetos al trono virreinal, hasta no sucumbir en aras de la causa que defendía.

Hidalgo, al proclamar la Independencia, era un humilde sacerdote cuya existencia empezaba á declinar hacia el ocaso de la vida, un anciano que si podía sostenerse aún sobre las enflaquecidas piernas, en cambio las canas que aureolaban su cabeza, parecían llamarlo al descanso, al reposo que necesita el hombre en esos últimos días de su vida, para esperar con calma el instante supremo de la partida eterna en brazos de la muerte tan apetecida por casi todos los que encorbados bajo el peso de los años, ya no pueden soportar el fardo de una existencia sin ilusiones y sin amor; pero el destino es inflexible y nunca

transige con los achaques del organismo: las altas misiones se cumplen, porque tienen que cumplirse bajo el dominio de una ley desconocida que ejerce su imperio sobre todos los hombres y sobre todas las cosas de la Naturaleza. Hidalgo así cumplió con su misión de Libertador, poniendo al servicio de su patria los últimos días de su vida, ofreciéndose en holocausto por nosotros y por todas las generaciones del porvenir que vengan á poblar este suelo querido que bebió su sangre de mártir y de abnegado rebelde, que logró llevarse á la tumba entre los dedos un pedazo de eslabón arrancado á la cadena de esclavitud que pendía del augusto cuello de nuestra patria.

La historia de Hidalgo es la historia de todos los libertadores.

Nació en el rancho de San Vicente, jurisdicción de Pénjamo, entre la margen oriental del Río Turbio y Cuitzeo de los Naranjos, hoy de Abasolo, en memoria de otro caudillo de la insurrección de 1810, el día 8 de Mayo de 1753.

Fueron sus padres Don Cristóbal Hidalgo y Costilla y Doña Ana María Gallaga; entrado en la edad de la infancia, pronto reveló, á la vez que grandes inclinaciones al estudio, un claro talento muy poco común y el cual fué á cultivar al Colegio de San Nicolás de la entonces Ciudad de Valladolid, hoy Morelia, Capital de Michoacán.

Allí, en ese establecimiento que de paso se ha dicho, fué el abrevadero intelectual de Morelos y otros muchos ilustres defensores de la patria, Hidalgo hizo grandes progresos, sobresaliendo honrosamente entre sus condiscípulos hasta llegar á Rector del mismo plantel.

En 1779, es decir, á los 26 años de edad, en México recibió las órdenes sacerdotales, graduándose á la vez en ciencias teológicas, y después fué á servir varios curatos

en los que se distinguió por su espíritu de progreso, pues su instrucción y conocimientos prácticos abarcaban no sólo lo concerniente á su ministerio, sino que eran también muy avanzados sobre asuntos de agricultura y en varios ramos de las industrias, dedicándose personalmente á estos trabajos.

En Dolores, que fué la última parroquia que atendió, cultivó con ahinco el gusano de seda, estableció alguna otra industria y se hizo querer, como en todas partes, de aquel pueblo que veía en él á su benefactor.

Pero más que esto, Hidalgo pensaba desde hacía ya mucho tiempo en la triste condición de aquel pueblo, lo veía esclavo y lo consideraba digno y con derecho á la libertad; este pensamiento lo traía hondamente preocupado y lo llevaba á formar parte de las juntas secretas que proyectaban algunos planes revolucionarios en pro de la Independencia.

Por el año de 1810 existía una junta conspiradora en la Ciudad de Querétaro; á ella pertenecía Hidalgo, cuando fué denunciada y mandados aprehender todos los que la componían.

Esta noticia fatal llegó intempestivamente á Dolores, enviada por Doña Josefa Ortiz de Domínguez, pues Hidalgo se hallaba en inminente peligro de ser reducido á prisión, y la causa, la santa causa de la libertad, próxima al fracaso.

Hidalgo dormía; era la media noche. Allende era el porta-voz del desgraciado suceso, encargado de revelarlo al sacerdote, y éste se levanta con asombrosa calma, con tranquilidad tan profunda que no parecía darse cuenta de la magnitud del peligro; su pensamiento y su corazón estaban fijos en algo más grande, abismados, mejor dicho, en la desgracia de la patria que pedía, que reclamaba el esfuerzo de sus hijos para salvarse.

En derredor de Hidalgo estaban Allende, Aldama, Abasolo y algunos más, quienes en compañía del anciano sacerdote se lanzaron á la lucha, á la más atrevida y desigual de las luchas que hayan sostenido los pueblos de la tierra por la conquista de sus derechos de libertad y de vida autónoma.

Era la madrugada del 16 de Septiembre de 1810; todos los habitantes de Dolores despertaron al toque extraño y nervioso de una esquila que convocaba, tal vez á misa, ó que anunciaba quizás un incendio.

El pueblo acudió en masa á las puertas del templo, que ya estaban abiertas, y allí Hidalgo le hizo saber que la patria lo llamaba para que le diera libertad.

Clamó por la Independencia de México y exhortó al pueblo para que le siguiera: este fué *el grito de Dolores*.

Pronto á las órdenes de Hidalgo se puso no un ejército, sino un puñado de bravos y de patriotas que iban al combate armados con lo que primero tuvieron á la mano; palos, objetos de labranza, hondas y piedras, todo, menos armas de fuego, ni ballonetas, porque el autor de aquel movimiento no era soldado, sino un humide Cura de almas, quien se puso en marcha el citado día 16 llegando á San Miguel el Grande el mismo día, donde recibió el contingente del Regimiento de la Reina y otros muchos plebeyos y gente del campo.

Con estos elementos de guerra, Hidalgo organizó un ejército, mal armado y peor disciplinado; pero al fin numeroso ya y del que él era el Jefe con el título de General y Allende el Teniente General.

Sigue su marcha, y al pasar por Atotonilco, toma del santuario que allí existe, un estandarte que ostentaba la imagen Guadalupana, lo adopta por bandera, atándolo al extremo de una lanza; pasa por Chamacuero y llega á Celaya el 21 de Septiembre.

Allí dió mejor organización á sus fuerzas que ya pasaban de veinte mil hombres, y se dirigió á Guanajuato llegando á dicha Ciudad el día 28. Intimó desde luego la rendición de la plaza; pero los españoles se resistieron y fueron á resguardarse con sus tesoros al Castillo de Granaditas, fortaleza que parecía inexpugnable.

Los independientes atacan entonces y son rechazados por varias veces, hasta que un heróico minero logró llegar con una losa á cuestas sobre las espaldas, á la puerta del edificio, para incendiarla y dar así entrada á los insurgentes, los que una vez conseguido el derrumbe por el fuego, penetraron furiosos y á viva fuerza, pasando á cuchillo á cuantos refugiados lograron coger.

Hidalgo hizo grandes esfuerzos por contener los desórdenes; y ya instalado en Guanajuato, estableció una fundición de cañones, una casa de moneda y se proveyó de armas y demás elementos para la guerra.

El 10 de Octubre se dirigió hácia Valladolid, hoy Morelia, á donde llegó el 17 del mismo sin hallar resistencia.

En seguida su primera providencia fué gestionar ante los canónigos que le fuera levantada la excomunión que contra él había fulminado el Obispo Abad y Queypo, lo cual pudo conseguir sin grandes esfuerzos; después aumentó sus fuerzas con el Regimiento de Dragones de Pátzcuaro y con la infantería de milicias provinciales.

Robustecido así, emprende la marcha de nuevo, con rumbo á la Ciudad de México.

Hidalgo, á pesar de la desorganización de sus tropas y su poca ó ninguna pericia en la guerra, ya se hacía temer de todas las fuerzas realistas y todos los pueblos que tenían ocupados los españoles.

Así es que cuando se dirigió á México, la Capital se llenó de consternación; el Virrey reunió más de tres mil hombres que puso al mando del brigadier Don Torcuato

Trujillo, bien armados, para que se pusiera en camino al encuentro de Hidalgo, quien estaba ya muy cerca del Monte de las Cruces.

El caudillo insurgente no retrocedió; antes bien, lanzóse con intrepidez sobre Trujillo, quien retrocedía más y más hasta que dejó sus posiciones del monte á discreción de las fuerzas de Hidalgo.

Sin embargo, el día 30 de Octubre se trabó entre ambos un reñido, un terrible combate que hubiera acabado con todos los insurgentes, si la intrepidez de éstos no los lleva al triunfo dejando muertos á casi todos los soldados del Virrey, pues sólo escaparon unos cuantos, entre ellos Trujillo, que pudo salvarse merced á la ligereza de su caballo.

Con esta victoria, Hidalgo obtuvo la inmortalidad, por más que después haya declinado su importancia grandísima en los campos insurgentes.

Su permanencia en el Monte de las Cruces se prolongó hasta el 2 de Noviembre, fecha en que nuevamente se puso en marcha retrocediendo con dirección á Querétaro.

Una gran parte de la gente se desertó, y ya muy debilitado llegó á Aculco, donde tuvo un inesperado encuentro con las fuerzas españolas que se habían organizado en el interior, resultando completamente derrotado, partiendo en seguida para Valladolid con muy poca gente y donde pudo reunir cerca de siete mil hombres, con los que marchó sobre Guadalajara.

A esta Ciudad llegó el 26 de Noviembre y desde luego trató de organizar un gobierno; abolió la esclavitud y los tributos, reorganizó sus fuerzas, armándolas convenientemente y en breve se halló en condiciones de resistir.

Calleja, entretanto, avanzaba á la cabeza de un buen número de disciplinadas fuerzas sobre la misma ciudad de Guadalajara, por lo que se resolvió Hidalgo á hacer frente al enemigo, situándose con cien mil hombres en el

Puente de Calderón, y el 17 de Enero de 1811 se verificó el encuentro.

Sangrienta, muy encarnizada fué la lucha, y la victoria por dos ó tres veces estuvo de parte de los independientes; pero por desgracia se incendió el parque, y á pesar del arrojo, bravura y temeridad con que pelearon, presas del desorden, dejaron el campo en poder del enemigo. Esta acción es conocida en la historia por *Batalla de Calderón,* última en que tomó parte Hidalgo, quien después de la derrota se encaminó á Aguascalientes, donde se reunió á las fuerzas de Iriarte para seguir sobre Zacatecas; pero alcanzados por Allende y Arias, resolvieron dirigirse á los Estados Unidos del Norte para hacerse de armas, disciplinar y reclutar su ejército y volver á combatir contra los españoles.

Ya estaban muy cerca de la frontera; atravesaban los llanos desiertos de Las Norias de Baján, Coahuila, cuando fueron sorprendidos por un Jefe español nombrado Ignacio Elizondo, el día 21 de Marzo de 1811.

El traidor Elizondo había pertenecido á los insurgentes; pero habiéndose disgustado con Allende que se opuso á sus miras ambiciosas, se apartó de ellos para cometer más tarde el peor de los delitos políticos.

Aprehendidos allí, fueron conducidos á Monclova fuertemente atados, y de esta población se les llevó á Chihuahua.

El 30 de Julio del mismo año de 1811, después de una injusta y cruel degradación, fué fusilado Hidalgo en el patio interior de su prisión de San Felipe, demostrando grande entereza de alma en sus últimos momentos.

La cabeza de este venerable caudillo, así como las de Allende, Aldama y Jiménez, fueron llevadas á Guanajuato y puestas en los cuatro ángulos del Castillo de Granaditas, donde permanecieron hasta 1821.

Don Ignacio José de Allende.

Gamaliel Arenas.

ENTRE las figuras culminantes de los primeros héroes de nuestra Independencia, irradia con los destellos de la inmortalidad, la talla arrogante y sublime del Sr. Don Ignacio José de Allende.

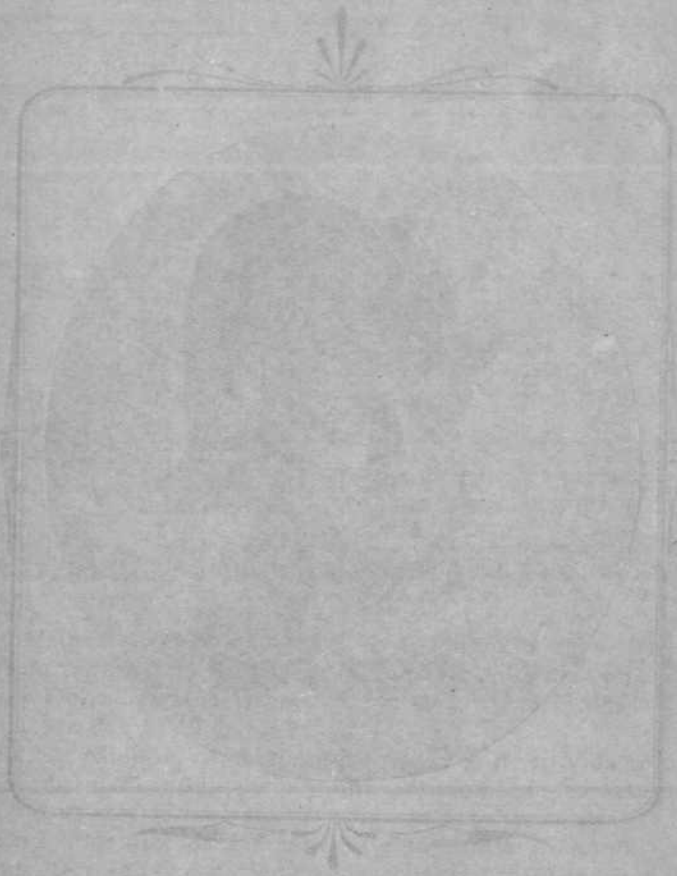
Nació este gran Patricio en la Villa de San Miguel el Grande, de la entonces Provincia y hoy Estado de Guanajuato, el 20 de Enero de 1779, habiendo sido sus padres Don Narciso de Allende, español, y Doña Mariana Uraga, de una de las principales familias de dicha Villa.

El Sr. Allende, desde los primeros años de su vida reveló una clara inteligencia y una actividad de carácter poco común.

Dados los medios deficientes de educación de aquella época, terminó con notable aprovechamiento su instrucción elemental, y dedicado al comercio, para el que no tenía vocación, estuvo empleado en diferentes ramos, en los que igualmente no prosperó, porque sus naturales inclinaciones le llamaban á la carrera de las armas.

GENERALISIMO

IGNACIO JOSE DE ALLENDE.



Todos sus biógrafos nada dicen acerca de sus primeros pasos en la milicia, y de ahí que se le vea figurar en la Historia desde el grado de Capitán del Regimiento provincial de Caballería de la Reina, acantonado á la sazón en la Villa de su nacimiento y destinado á conservar el orden en los pueblos que formaban esa Comarca.

Como oficial del Regimiento expresado, dió el Sr. Allende patentes muestras de ser un militar pundonoroso, estricto en el cumplimiento de sus deberes, amante del orden, y de grandes aspiraciones para el porvenir, motivos bastantes por los que supo captarse la estimación de sus superiores y el respeto y cariño de sus subordinados.

Después de algún tiempo, encabezando una fracción de su Regimiento, formó parte de la Brigada de San Luis Potosí, que era á las órdenes del Brigadier español Don Félix María Calleja, con cuyo motivo concurrió á los sucesos de armas ocurridos en la Frontera, debidos á los trastornos que promovió el aventurero Nolland.

Asistió con su Regimiento á las grandes evoluciones que bajo el mando del Virrey Iturrigaray tuvieron verificativo cerca de Jalapa el mes de Enero de 1808, en las que supo distinguirse por sus conocimientos tácticos, acierto en el mando y actividad en las maniobras, habiendo merecido calurosos elogios del mismo Virrey.

Cuando en el citado año de 1808, surgió en México la división de los partidos entre europeos y americanos, debido á las agitaciones ocurridas en la Capital del Reino de España, división que trajo por consecuencia que los mismos españoles se sublevaran y aprisionaran al Virrey Iturrigaray la noche del 15 de Septiembre de 1808, y toda vez que este hecho constituía una rebelión contra la Autoridad real, el pueblo comenzó á despertar del letargo ignominioso en que estuviera sumergido durante

tres siglos; supo entonces, que el respeto á la Autoridad se apoyaba en la opinión de las mayorías, y las ideas de soberanía popular y de independencia, tomaron mayor incremento con ese motivo en los espíritus de los mexicanos.

Desde esta época, no es extraño, que el entonces Capitán Allende, sintiendo inflamado su noble corazón por el fuego sagrado del patriotismo y manifestándose decidido partidario de la Independencia, lo que influyó para que fuese uno de sus principales promovedores más entusiastas, hiciese en favor de la causa nacional la más activa propaganda, tanto en México como en Querétaro y el Departamento de Guanajuato. Púsose desde luego de acuerdo con el Sr. Cura del pueblo de Dolores, Don Miguel Hidalgo, que ya desde Valladolid, hoy Morelia, venía trabajando por dicha causa; hizo de su partido al Corregidor de Querétaro Don Miguel Domínguez, por medio de la esposa de éste, Sra. Josefa Ortiz de Domínguez, excelsa heroina mexicana que tanto aliento infundió en los ánimos de los esforzados iniciadores, cuya buena influencia para con la célebre Corregidora se debió á que el Sr. Allende era el pretendiente admitido á la mano de una de las hijas de aquella; así como también se puso de acuerdo con otras varias personas de importancia, decidiendo por último, á seguirlo, á los hermanos Don Juan y Don Ignacio Aldama, al Capitán Abasolo y á otros oficiales de su Regimiento.

Refiere la Historia que las juntas revolucionarias de Querétaro, que se verificaban con pretextos literarios y familiares en la casa del Corregidor Don Miguel Domínguez, y en las que tomaba una participación inspiradora Doña Josefa, tenían tan conmovida á la Ciudad y habían adquirido tal ostensibilidad los trabajos que en ellas se acordaban, que no faltaron delaciones ante la Audien-

cia, hasta que más tarde el Capitán Arias y el Sargento Garrido hicieron una denuncia más formal y verdaderamente alarmante ante el Virrey Don Francisco Javier Venegas que acababa de encargarse del poder, de lo que resultó que el Gobierno dictara severas medidas de aprehensión contra los sospechosos, habiendo sido presos por el intendente Riaño el 13 de Septiembre de 1810 el Corregidor de Querétaro y su esposa. Esta mujer extraordinaria, olvidándose de su propia situación, no vaciló en buscar los medios para comunicar á sus amigos y correligionarios el peligro que les amenazaba y la urgencia que había de que se anticiparan á lanzar el sublime grito de libertad, logrando mandar al Capitán Allende que juzgaba estaría en San Miguel el Grande, un mensajero especial, que fué el patriota Don Ignacio Pérez, Alcaide de la Cárcel de Querétaro, quien cumpliendo con tan delicado encargo y no habiendo encontrado al Sr. Capitán Allende, por haber ido á conferenciar al pueblo de Dolores con el Sr. Hidalgo, dió al Capitán Don Juan Aldama la fatal noticia de haber sido descubierta la conspiración en que estaban vinculadas las esperanzas de la Patria. El Capitán Aldama y el emisario de la Corregidora partieron á toda prisa á Dolores, á donde llegaron precisamente la noche del 15 de Septiembre á comunicar al Sr. Allende y al Sr. Hidalgo la funesta nueva.

En los momentos supremos en que el Sr. Hidalgo tomó la atrevida resolución de seguir las inspiraciones de la Corregidora y proclamar desde luego la Independencia, jugando sin vacilar el todo por el todo, el primero que secundó y se sometió á sus propósitos, fué el Sr. Allende.

Proclamada la Independencia la madrugada del 16 de Septiembre, al ponerse en marcha el improvisado ejército que crecía por momentos, se dirigió á San Miguel el

Grande, y allí el Sr. Allende incorporó á la revolución el Regimiento de la Reina, que vino á ser el único cuerpo disciplinado de aquella gran masa de hombres sedientos de la libertad de su Patria.

De San Miguel el Grande siguió el ejército insurgente rumbo á Atotonilco, en donde el Sr. Hidalgo le dió como bandera un lienzo con la imagen de la Virgen de Guadalupe que tomó de la Iglesia de aquel pueblo, y enarboló en una lanza, entre las aclamaciones de «¡Viva Nuestra Madre Santísima de Guadalupe!» «Viva la América!» «Muera el mal Gobierno!» y «Mueran los gachupines,» que sirvieron de proclama y de grito de guerra á aquel épico levantamiento, por estar en ellas sintetizadas las aspiraciones del pueblo, ávido de romper el yugo de la dominación española.

Al llegar á Celaya el Sr. Hidalgo, reunió al Ayuntamiento el día 22 del mismo mes, y en su presencia fué proclamado por el ejército Capitán General, y el Sr. Allende Teniente General. Siguiendo su marcha para Guanajuato y antes de llegar á este punto, á moción del Sr. Allende, el Padre de la Patria, desde la Hacienda de Burras, intimó rendición al intendente Riaño el 28 de Septiembre, por conducto de los Jefes Abasolo y Camargo, cuya intimación fué desechada por el Jefe español, que se hizo fuerte en la Alhóndiga de Granaditas y motivó que los independientes atacaran dicha fortaleza, rompiéndose desde ese momento las hostilidades entre éstos y los realistas.

En esta acción que costó un gran número de víctimas entre ambas partes, el General Allende, al frente de sus soldados, se batió con singular denuedo; y después del triunfo en que la muchedumbre se entregó desenfrenadamente á toda clase de desmanes, supo contenerla y someterla al orden tan difícil en aquellas circunstancias,

pues sólo la presencia y la energía de aquel hombre, más que las órdenes severas del Sr. Hidalgo, pudieron imponerse á aquellas multitudes ébrias de sangre y de pillaje.

Después de varios días de permanencia en Guanajuato, en que se dió alguna organización al nuevo orden de cosas y de haberse provisto de elementos y pertrechos de guerra, el Sr. Hidalgo emprendió el 10 de Octubre la marcha con su poderoso ejército sin disciplina y mal armado, hacia Valladolid; entre tanto el Virrey Don Francisco Javier Venegas, amedrentado por las proporciones colosales que había tomado el levantamiento de Dolores, no teniendo seguridad en los medios de contrarrestar el avance de aquella formidable avalancha, por una parte concitaba los elementos de la religión, que casi siempre han estado al servicio del despotismo, para que aquella lanzara como lanzó conjuros y anatemas contra la insurgencia, y por otra, reclutaba gente y organizaba la publicación de un bando en que se ponía precio á las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez.

Después de la expedición á Valladolid, en que el Sr. Hidalgo obligó á que se levantara la excomunión y á que el intendente expidiera un decreto aboliendo la esclavitud y los tributos, á instancias del Sr. Allende, que no quería perder momento, avanzó el ejército independiente el 19 de Octubre con dirección á la Capital del Virreinato, en cuyo tránsito fué ascendido el Sr. Hidalgo al rango de Generalísimo en la Villa de Acámbaro, y el 30 del citado mes se libró en el Monte de las Cruces la reñida batalla de este nombre, en la cual el genio militar del General Allende influyó al triunfo más completo contra las fuerzas realistas que eran al mando del Brigadier Don Torcuato Trujillo.

Esta brillante victoria debida especialmente al valor

y al acierto de mando del General Allende, abrió las puertas de la Capital al ejército independiente. El Sr. Hidalgo, no obstante la reiterada insistencia de Allende para avanzar sobre México, vaciló en seguir adelante, y esta vacilación que respeta la Historia, pero que costó once años de ensangrentada lucha, fué el preliminar de las desavenencias entre los dos primeros caudillos.

Prevaleciendo las disposiciones del Sr. Hidalgo, el ejército retrocedió rumbo á Querétaro, y habiéndose encontrado en el camino con la brigada del realista Calleja, se trabó con ésta nuevo combate el 7 de Noviembre en San Gerónimo Aculco, en cuyo combate quedaron completamente derrotados los independientes, no obstante los esfuerzos del General Allende, quien pudo reorganizar á gran parte del ejército diseminado por tan inesperada derrota. Este desastre acentuó más las ocultas desavenencias entre los dos jefes y originó que el Sr. Allende se dirigiera rumbo á Querétaro y el Sr. Hidalgo á Valladolid.

De Querétaro pasó el Sr. Allende á Guanajuato, donde á pesar de su genio, pero debido á la falta de elementos y disciplina de su tropa fué derrotado por Don Félix María Calleja, quien asoció á su triunfo un sinnúmero de espantosas crueldades.

El Sr. Allende no se desalentó con esta derrota, y habiendo reorganizado las pocas fuerzas que pudo reunir, se dirigió á Guadalajara, que había sido tomada por el Caudillo José Antonio Torres, en cuyo lugar se encontró otra vez con el Sr. Hidalgo, que había sido llamado por el dominador de la ciudad.

Dando muestras el Sr. Allende de sus altos sentimientos de patriotismo y subordinación, que tanto le distinguieron, olvidó sus anteriores desavenencias y se sometió nuevamente á las órdenes del Sr. Hidalgo, no sin pro-

testar enérgicamente más adelante contra los abusos de la plebe y de la chusma inconsciente que seguían á los revolucionarios, al ser sacrificadas por estas hordas, víctimas inocentes de los españoles pacíficos.

Calleja engrosó y pertrechó su ejército, y siguiendo las órdenes del Virrey Venegas, avanzó sobre Guadalajara llevando como su segundo á Don Manuel Flon, Conde de la Cadena, que había faltado á sus compromisos con los independientes.

El Sr. Hidalgo dió las órdenes necesarias para esperar á los realistas, pretendiendo que todo el grueso del ejército saliera á combatirlos, mientras el Sr. Allende opinaba con buenos argumentos, que sólo combatieran las fuerzas que tuvieran mejor organización y armamento, y que el resto, como reserva, permaneciera resguardando la ciudad para una retirada en caso de una derrota, y habiendo prevalecido la opinión del Sr. Hidalgo, se señaló para situar al ejército y hacer la resistencia á los realistas, el Puente de Calderón.

Llegado el momento decisivo, se libró la batalla que lleva el nombre de aquel lugar, el 17 de Enero de 1811, en que á pesar de los supremos esfuerzos de los independientes y del crecido número de sus soldados, pero debido, como ya se ha dicho, á su falta de armas y disciplina, así como al incendio del poco parque que tenían, fueron derrotados, y los jefes, con los pocos de los desbandados que pudieron reunir, huyeron del lugar del desastre.

Desalentado por la derrota y perseguido por el enemigo, Hidalgo, con algunos otros jefes, llegó á Aguascalientes, y uniéndose á la división de Iriarte, siguió rumbo á Zacatecas. En la hacienda del Pabellón le alcanzó el Sr. Allende, y en compañía del Sr. Arias y otros jefes, se le obligó á deponer el mando militar en el General

Allende, dejando al Sr. Hidalgo solamente la investidura del poder político.

Habiendo llegado á la ciudad del Saltillo, recibieron un oficio del realista General Cruz, en que les ofrecía el indulto, que se negaron á aceptar, y por inspiración del Sr. Allende se dió la siguiente contestación: *"El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria."* Estas palabras, que demuestran el más puro y desinteresado patriotismo, colocan á nuestros inmortales caudillos á la altura de los más grandes héroes de la antigüedad. ¿Quién derrotado, abatido y perseguido, sin otra esperanza que una muerte segura, no acepta un perdón tan oportunamente ofrecido? Sólo los verdaderos héroes que ven con desprecio las conveniencias personales y aun la vida misma, son capaces de rechazar lo que está en pugna con la grandeza de su dignidad y la excelsitud de sus ideales.

Hallándose nuestros primeros héroes en el Saltillo, se presentó al Sr. Allende Don Ignacio Elizondo, que con anterioridad había desertado de las filas españolas pasándose á la insurgencia donde alcanzó el grado de Teniente Coronel. En esta vez pretendía que el Sr. Allende lo ascendiera á un alto grado militar, pero como Elizondo era hombre de bastardas ambiciones y de dudosa conducta, puesto que había probado más de una vez que lo que buscaba en la revolución era su conveniencia privada y no el triunfo de la causa en qué militaba, al no habérsele concedido el ascenso que pretendía, se retiró á Monclova, llevando en su despecho el propósito de consumar la más negra de las traiciones, cual era la de entregar á los caudillos en manos de sus enemigos, como más adelante lo verificó.

En el Saltillo, en vista de los desastres sufridos y la necesidad de buscar nuevos elementos, acordaron nues-

tros héroes llevar á cabo el pensamiento que habían tenido desde la derrota del Puente de Calderón, y era pasarse á los Estados Unidos, tanto para ponerse de pronto á cubierto de las persecuciones, como procurarse hombres y armamento para continuar la campaña. Tomada esta resolución, adelantaron con el carácter de Embajador al Mariscal de Campo Don Ignacio Aldama y depositando el supremo mando de la revolución en el Sr. Lic. Don Ignacio López Rayón, emprendieron su marcha rumbo hacia la vecina República.

En esta penosa y dilatada peregrinación, caminaban llenos de confianza, y sin sospechar las maquinaciones del traidor Elizondo, fueron sorprendidos y aprisionados por éste, al dirigirse á las Norias de Acatita de Baján. El Sr. Allende que caminaba en coche con su hijo y con el Sr. Don Juan Arias, al ser intimado por Elizondo para que se diera por preso, disparó sobre éste su pistola sin haberle herido, y Elizondo mandó hacer fuego, resultando herido el Sr. Allende, muerto su hijo y herido el Sr. Arias, que apenas pudo sobrevivir unos cuantos minutos.

Después de este nuevo desastre ocurrido el 21 de Marzo de 1811, el Sr. Allende y sus demás compañeros de infortunio, fueron conducidos rigurosamente presos á Monclova y de allí trasladados á la Ciudad de Chihuahua, donde sin oírles en defensa fueron juzgados militarmente y sentenciados á muerte.

El General Don Ignacio José de Allende, que en menos de un año hizo una brillante y gloriosa carrera, fué fusilado en Chihuahua en compañía de Don Juan Aldama y Don Juan Jiménez, el 26 de Julio de 1811.

Después del fusilamiento del inmortal Hidalgo, por orden del Gobierno Virreynal, fueron cortadas las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, y remitidas

á Guanajuato fueron colocadas en unas jaulas de hierro en los cuatro ángulos de la Alhóndiga de Granaditas.

El cuerpo del Sr. Allende fué sepultado en el templo de San Francisco de Chihuahua, hasta que en 1824, por decreto del Congreso Nacional, se trasladaron sus restos á la Catedral de México y se depositaron en el altar de los Reyes.

Allende es una gloria nacional, tanto por la pureza de su patriotismo y grandeza de sus hechos heroicos, cuanto por su abnegación sin límites y rectitud de propósitos á favor de la Patria.

Los servicios que hubo prestado á la Nación en su corta carrera de invicto luchador en la gloriosa guerra de Independencia, fueron en grado eminente y le han hecho acreedor á que su inmortal memoria sea siempre digna de las bendiciones y el respeto de sus conciudadanos.

Nota del editor.

Hay un rasgo de valor en la vida del inmortal Allende, digno de ser conocido por todos.

Oigamos al notable historiador Enrique de Olavarría y Ferrari, que hablando acerca de la entrada del ejército insurgente en Valladolid, el 17 de Octubre de 1810, en su preciosa obra "Episodios Históricos Mexicanos," dice lo siguiente:

"No habiendo hecho resistencia alguna la ciudad, la entrada de las tropas insurgentes no dió margen á las escenas de saqueo y asalto que tan gratas les eran.

Hidalgo y sus generales entregábanse, contentos del suceso, á regularizar la administración de su nueva conquista, nombrando intendente á Don José María Anzorena, persona distin-

guida y respetable, y llenando los puestos vacantes por la fuga de los españoles, cuando vino un soldado á avisarles que los indios habían comenzado á asaltar algunas casas de europeos.

Inmediatamente Allende montó á caballo, y seguido de fuerzas regulares, se presentó colérico á reprimir el desorden; en pocos instantes habían sido saqueadas, hasta el punto de no quedar en ellas mueble útil ni entero, las habitaciones del asesor Terán, del canónigo Bárcena y las de los Sres. Aguilera, Olarte, Losal y Aguirre.

Como en Guanajuato, Allende estuvo á punto de perecer á manos de sus mismas tropas, cuyos instintos de pillaje y cínica insolencia solo pudo tener á raya haciendo disparar un cañón cargado de metralla, que dió muerte ó hirió á un buen número de los criminales que ante tan severa y merecida lección hubieron mal á su pesar de apaciguarse.

Retirábase Allende satisfecho de haber honrado una vez más la causa que defendía cuando de nuevo cundió la alarma por la población, en cuyas calles resonaban gritos de muerte, de venganza y de saqueo.

—¡Maldita gente! —dijo sin poder contenerse;— sólo parece que se ha propuesto hacernos aborrecibles.

—¡Que los gachupines nos han envenenado!— se le contestó, mostrándosele los cadáveres de algunos indios.

Habiendo muchos de éstos hartádose de frutas y dulces y bebido gran porción de aguardiente cuyo fermento les fué mortal, creyéronse en la embriaguez envenenados, siendo tal la razón del escándalo.

Así se lo explicó Allende, censurando con energía los excesos de la indiada, recomendándole la moderación y el orden; pero aquella masa burda é ignorante, lejos de aceptar las explicaciones del caudillo, apoderándose del dueño del aguardiente que suponían envenenado, quiso despedazarle con encono feroz.

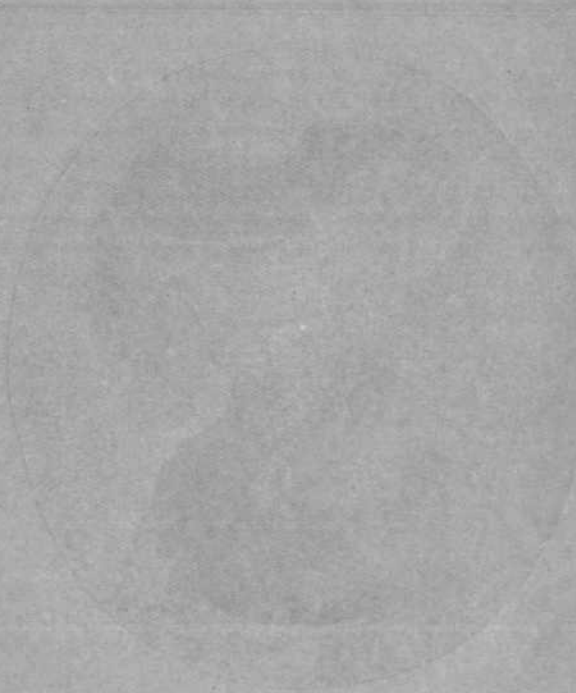
Entonces Allende hízose servir por el infortunado tendero un vaso del mismo aguardiente, y apurando su contenido, exclamó:

—Si este aguardiente está envenenado y obra en mí su terrible efecto, vosotros me vengaréis; si tal no hiciese, retiraos en paz y en orden y pensad que la causa más santa se desacredita con el abuso, el pillaje y el asesinato.

Este rasgo de Allende que casi todos los historiadores no han sabido apreciar en su verdadero valor, que fué el de imponer con él á la muchedumbre, produjo el objeto deseado, calmándose la injustificada agitación del populacho."

"LA CORREGIDORA"

JOSEFA ORTIZ DE DOMINGUEZ.



LA CORREGIDORA.

José González y González.

PARA atenuar de alguna manera los horrores de la conquista y la cruel dominación española en México durante tres siglos, se ha dicho que no fué culpa de España sino de su época: esto es discutible y no nos quita el derecho de decir que en la conquista no se respetaron los fueros de la humanidad y que nada hay que justifique la conducta de los conquistadores.

Cortés se llenó de gloria, se cubrió de laureles, tuvo el mando supremo de la hermosa porción del nuevo mundo que conquistó, envió á España mucho oro y él mismo se enriqueció y permitió que sus soldados se enriquecieran; obsequió á su soberano un filón de oro inexplotado; hizo que el sol no se pusiera en los dominios de España y de capitán de audaces aventureros, se convirtió en héroe.

***

Antigua, pero muy antigua es la existencia de los derechos del hombre. Sófocles pone en boca de Antígono esta hermosa verdad: "Los derechos no son de hoy, ni de ayer, viven eternamente y nadie sabe cuándo hicieron su aparición." No obstante esto, quizá pasaron días

de siglos para reconocer el eterno derecho divino, imbíbito en el hombre y que surge del principio, también divino, que se revela en su razón. Platón preparó esa idea que afirmaron los estoicos, y el Cristianismo, colocando á Dios sobre el Estado, reconoció que la justicia es una virtud que pone al hombre en contacto con su Creador.

La reforma religiosa, salvando la opresión de la edad media, exaltó los derechos de la personalidad sin ligas y modificó el concepto cristiano de que el hombre está sobre el Estado, y así afirmó la teoría de los derechos naturales, inherentes al hombre, reguladores de los órdenes civil y político.

¿Cuál es la cualidad característica del hombre, la que encierra todas las que constituyen su unidad? La personalidad que une dos elementos constitutivos; el uno grandioso, excelso, divino, que se ostenta en la razón; el otro, limitado, que se manifiesta en la individualidad. ¿Qué hace la razón? Eleva al hombre sobre la materia finita, conduce á su inteligencia al terreno firme de las ideas eternas, de las leyes que rigen la naturaleza, al conocimiento del bien y del mal, de la verdad y el error; ennobleciendo sus sentimientos, le señala límites á su voluntad. La razón, luz divina que alumbra el cerebro y guía la conciencia, es la que, fortificando el espíritu, lo pone en condiciones de armonizar los actos de su vida con arreglo á las leyes racionales.

¿Sabían esto los conquistadores? Sí; y á sabiendas, del indio que era inteligencia, fuerza y valor, hicieron un bruto, un débil y un bárbaro á quien le negaron hasta la facultad de tener alma para poderlo convertir en verdadero esclavo, en bestia de carga. Nada, pero obsolutamente nada hicieron en favor de los conquistados que fueron antes una raza altiva, guerrera é industriosa.

La humanidad no perdonará nunca á esos conquista-

dores los crímenes que cometieron con los indios, y la Historia será inflexible al juzgarlos, pues sólo pensaron en explotar los filones de oro y plata que poseía México.

***

Situación tan tirante debía tener término. Por aquellos millones de esclavos enervados por el fanatismo religioso y acobardados por la excomunión y el miedo á la Inquisición, había quienes velaran y prepararan la hora feliz de la libertad. Se conspiraba para insurreccionar á los oprimidos contra sus opresores y romper las cadenas que ataban á México con España. El momento de las reivindicaciones debía llegar, porque ya no era posible contener por más tiempo el odio concentrado en el pecho de las víctimas; y aunque la sangre corriera á torrentes y se perdieran muchas vidas, era preciso enfrentarse con los engreídos que en casi tres siglos de dominación, habían implantado en esta hermosa porción del Continente Americano, el más desenfrenado feudalismo, sobre todo en las inmensas propiedades rurales llamadas *haciendas*.

***

Es un axioma que las virtudes del hombre pueden desarrollarse unidas á la libertad. Pero ¿nada más en el hombre puede concurrir esa circunstancia favorable? ¿Por qué razón dejarían de combinarse también en la vida de la mujer sus virtudes con la libertad? Es un error grave el que domina al hombre, creer que la naturaleza en la mujer es tan distinta, que necesita leyes especiales para impedir su desenvolvimiento. Quizá su espíritu sea inferior al del hombre, aunque no lo aseguramos; pero, de seguro, es muy capaz de decidirse en favor de la liber-

tad del pueblo y de llegar hasta la heroicidad. Por esto puede asegurarse que no hay decadencia en la libertad y en el saber, cuando las mujeres sonríen al hombre libre y alientan al hombre sabio.

Como demostración de estas verdades, se destaca en la Historia de México la figura de una mujer por demás interesante, simpática, hermosamente luminosa, la de la Sra. María Josefa Ortiz, esposa del Sr. Don Miguel Domínguez, Corregidor de Querétaro en la época en que México era Virreinato español. La Sra. de Domínguez, á quien la Historia apellida la Corregidora, comprendía que la dominación de España debía cesar, pues ya los dominados sentían la nostalgía de la libertad, libertad que se anunciaba como luz de aurora, como eco de clarín guerrero que los llamaba al combate para luchar contra la tiranía, contra la usurpación; contra los privilegios; deseaba que los que habían estado de rodillas durante tres centurias, besando la mano que empuñaba el látigo que azotaba sus espaldas, se pusieran de pie, dejaran de ser esclavos, bestias de carga, y reivindicaran sus derechos y su patria.

***

Desconocido es el nombre de pila del modesto Capitán Ortiz, padre de la excelsa matrona Doña María Josefa, gloria de México y honra del sexo femenino. Esta mujer singular nació en México, ignorándose la fecha de su nacimiento; tampoco se sabe en qué año quedó huérfana; solo sí, que con la pensión que por toda herencia le dejó el autor de sus días, pudo ingresar al Colegio de las Vizcainas, que era un plantel de gran prestigio en aquella época, aunque por entonces estaba prohibido que la mujer aprendiese á escribir, con el fin de evitarle

que tuviera relaciones amorosas, por lo cual no es de extrañar que á la joven Ortiz no se le enseñara más que á leer libros religiosos, y labores propias de su sexo.

El Lic. Don Miguel Domínguez visitó el Colegio de las Vizcainas y allí conoció á la hermosa huérfana, de la cual se enamoró al grado de pedirla en matrimonio y hacerla su esposa. Nombrado el Sr. Domínguez Corregidor de Querétaro, estableció allí su residencia y desde entonces su esposa fué llamada la *Corregidora.*

La Señora de Dominguez unía á su belleza, gran ingenio y recato á la vez que un carácter enérgico, lo que no impedía que fuera caritativa y generosa, siendo el amparo de los desvalidos y la benefactora de los pobres. Su energía, aunada á su prudencia, le dieron predominio sobre su esposo, y sus sentimientos altruistas le captaron grandes simpatías, dándole renombre entre las clases menesterosas.

Es evidente que por eso los servicios que prestó la Corregidora á la causa de la Independencia, fueron de grande y trascendental importancia, porque eran santamente inspirados en el amor á los desheredados. Si, como dice el ilustre historiador Otero, que *los principios proclamados en diversas épocas y desarrollados de mil maneras diferentes, constituían la verdadera cuestión de la Independencia y abrazaban en su conjunto todas las verdades, todos los derehcos de la especie humana: la libertad del pensamiento, la libertad civil, la libertad política, la libertad religiosa, en una palabra, la libertad radical y completa de la humanidad, sancionada por el dogma de la igualdad y encaminada á la perfección moral del hombre,* debe estimarse que la magna obra de nuestra emancipación social y política iniciada por el inmortal Hidalgo, y en cuya grandiosa tragedia desempeñó el papel de propagandis-

ta la intrépida Corregidora, fué una obra de redención y de libertad, de progreso y de vida para la nación mexicana.

Entre los promovedores de la revolución de independencia, sobresale el aguerrido Don Ignacio Allende, quien por ser el prometido de una de las hijas de la Corregidora, frecuentaba el trato de tan insigne matrona; y conociendo sus ideas democráticas y viril entereza para sostenerlas, la inició en los secretos de la revolución, á cuya santa causa consagró la Corregidora todo el fervor de su nobilísima alma y todas las energías de su voluntad, trabajando por el triunfo con un entusiasmo siempre creciente y con una abnegación sin límites.

Como la hermosa dama no sabía escribir, juzgando de sumo interés conocer este medio de cultura para influir en la política, se valía del recurso de recortar las letras de los impresos que caían en sus manos, y con esas letras, juntándolas, formaba los escritos en que condensaba y daba forma á sus elevados pensamientos. A estos conceptos expresados con letras recortadas y pegadas en papel de china, les servía de vehículo un cohete, por cuyo medio no sólo hacía extensivas sus ideas, sino que también daba oportuno aviso á los conjurados, en virtud de que por ser esposa del Corregidor, estaba en condición de saber cuanto podía interesar á la causa de su partido.

Pero sus trabajos no se concretaban á una simple y bien organizada propaganda, pues no sólo adquiría adeptos y correligionarios por todas partes, al grado de haber inducido á su mismo esposo á que abrazara el partido de la insurrección, sino que, como inspirada por un don avasallador, infundía aliento y daba firmeza á las convicciones de los que amaban y estaban dispuestos á sacrificarse por la libertad, á cuya causa supo también sacrificar su bienestar y todos sus bienes de fortuna.

El padre de nuestra Independencia había señalado para la proclamación de ésta, uno de los días del mes de Octubre de 1810, en que había calculado tener en disponibilidad los elementos necesarios para acometer la colosal empresa. La delación del Sargento Garrido y del Capitán Arias trastornaron los planes de Hidalgo y precipitaron los acontecimientos, en los que desplegó tanta actividad la sublime Corregidora.

***

Como á doscientos kilómetros de la Ciudad de México se halla situado Querétaro, del cual, como ya se ha dicho, era Corregidor el Lic. Don Miguel Domínguez, desde la época del Virrey Marquina. Domínguez era hombre ilustrado, íntegro y virtuoso, amigo del pueblo, principalmente del obrero, en defensa del cual tenía continuas divergencias con los dueños de obrajes, sobre todo, con los de pan; por eso tales sujetos veían con prevención al Corregidor, mientras que las gentes honradas y de recto criterio, y el pueblo, lo estimaban grandemente. Juzgábase dichoso con ser marido de la Sra. María Josefa Ortiz, dechado de virtudes, dignísima matrona destinada, por su patriotismo, á hacer figurar su nombre en la iniciación de la independencia que nació, si así puede decirse, al arruyo maternal de aquella noble dama que anhelaba desde hacía tiempo, la libertad de los millones de esclavos subyugados cerca de tres siglos por España.

Con pretexto de estudiar literatura, se reunían en la casa del Presbítero Don J. M. Sánchez, unas veces, y otras, en la del Lic. Parra, el Corregidor Domínguez y su ilustre esposa, los abogados Lazo y Altamirano, los Sres. Ignacio Gutiérrez, Epigmenio y Emeterio Gonzá-

lez, Francisco Araujo, Antonio Téllez, el Regidor Villaseñor Cervantes, el Capitán Joaquín Arias, Jefe de un destacamento que tenía poco tiempo de llegado á Querétaro, cuya tropa pertenecía al Regimiento de Celaya; los Tenientes Lanzagorta y Baca, el primero del Regimiento de la Sierra, y el segundo del de San Miguel; otros oficiales de menor graduación y algunos paisanos de humilde posición. Como notables por sus trabajos relacionados con los conspiradores de Valladolid, concurrían secretamente los capitanes Juan Aldama, Ignacio Allende y Mariano Abasolo, del Regimiento de dragones de la Reina, que estaba de guarnición en San Miguel el Grande. Entre los conjurados hacía papel distinguido Allende, á quien se le consideraba como el destinado á dar el grito de insurrección; sin embargo, no fué él, sino el anciano Cura del pueblo de Dolores, Don Miguel Hidalgo y Costilla, el destinado por la Providencia para levantar el pendón de la libertad, la venturosa noche del 15 de Septiembre de 1810. Nos fijamos en esta fecha que es la oficial, supuesto que en ella el Gobierno, los Ayuntamientos y las Juntas Patrióticas solemnizan el grito de Independencia; algunos historiadores aseguran que fué en la madrugada del 15 al 16 cuando se pronunció Hidalgo.

***

A mediados de Agosto de 1810, el afiliado José Mariano Galván traicionó á los conspiradores denunciándolos con el Administrador de Correos de Querétaro, quien envió la denuncia firmada por Galván, que era empleado inferior de esa oficina, al Administrador General del mismo ramo en México, Mendivil, el cual no dió aviso al Regente Catani ni á la Audiencia, que era la que go-

bernaba entonces, sino al Oidor Aguirre, quien dispuso que se observase la conducta de los denunciados, encargándose de tán odiosa comisión el gachupín Fernando Romero Martínez, rico comerciante de Querétaro, y el Sargento Mayor José Alonso, Comandante de la fuerza que estaba de guarnición en esa plaza. En 9 de Septiembre del mismo año, otra denuncia anónima avisaba que los Capitanes Aldama y Allende iban con frecuencia á Dolores y á Querétaro; las denuncias, después, fueron frecuentes, hasta que el conjurado Capitán Joaquín Arias, Jefe de una fuerza que estaba en Celaya, se presentó al Alcalde Don Juan Ochoa, español, y al citado Sargento Mayor José Alonso, denunciándose y denunciando á todos sus compañeros; entonces Ochoa dirige al Oidor Don Guillermo Aguirre la carta que copiamos en seguida:

"Sr. Oidor Don Guillermo Aguirre.—Querétaro, Septiembre 10 de 1810.—Muy Sr. mío y de mi primera atención: El Capitán Don Manuel García Arango entregará á V. S. ésta en mano propia, junto con una representación á su Alteza la Real Audiencia Gobernadora.—Al indicado Capitán Arango, como que es sujeto de mi entera confianza y dotado de unas luces nada vulgares, he tenido á bien darle esta comisión, con el encargo de que antes que con otro alguno la trate con V. S. para que en su virtud disponga V. S. con su alta comprensión lo que sea de su agrado, tanto en el uso que debe hacer respecto á mi representación á la superioridad de la Real Audiencia, como en el asunto principal.—Por sentado que V. S. no me conoce, aunque sí tuve el honor de visitarlo en su casa una noche, con Cancelada. Siempre he profesado á V. S. la mejor voluntad, en cuya inteligencia mande V. S. lo que guste á su mejor servidor Q. S. M. B.—Juan Ochoa."

Al siguiente día 11, Ochoa envió denuncia escrita al

Virrey, acompañándola de la siguiente lista de conspiradores:

"El Dr. Hidalgo, Cura del pueblo de Dolores; el Capitán Allende, de San Miguel el Grande; el Capitán Aldama, de San Miguel el Grande; el Capitán N. S. y varios oficiales del mismo Regimiento de San Miguel. De Querétaro: El Lic. Altamirano; Br. Presbítero Don José M. Sánchez; el Lic. Parra; Don Antonio Téllez; Don Francisco Araujo; el Teniente Baca, de San Miguel el Grande; Lojero, comerciante en cera. Sospechosos: EL CORREGIDOR, de esta Ciudad; el Lic. Lazo de la Vega, de Guadalajara, íntimo amigo del Corregidor; el Regidor Villaseñor Cervantes; el Capitán Arias, del Regimiento de Celaya; Don Ignacio Gutiérrez, Don Mariano Galván, escribiente del escribano Domínguez; Don Mariano Hidalgo, Cirujano; Don N. Estrada, Boticario; dos Curas de Querétaro y varios religiosos; los hermanos Emeterio y Epigmenio González.

El Alcalde Ochoa quedó anonadado al tener conocimiento perfecto de la conspiración y no supo qué hacer luego, pues tenía que proceder contra el Corregidor que era la primera autoridad. Lo había denunciado con el Virrey, diciendo: "El Corregidor de esta Ciudad es comprendido, según se me ha instruido, y que tiene hechas proclamas seductivas, y no lo dudo, porque *su mujer se ha expresado y expresa con la mayor locuacidad contra la nación española y contra algunos dignos ministros,* etc., pero el *torrente de esa señora ha conducido á los depravados fines que he anunciado y no tiene empacho en concurrir en junta que forman los malévolos.*"

La calma aparente que siguió á esta denuncia se alteró, porque el Canónigo Iturriaga que se hallaba gravemente enfermo, se confesó y reveló el secreto que poseía,

y el confesor, faltando á sus deberes sacerdotales, contó todo al Comandante García Rebollo, y después lo puso en conocimiento del Dr. Gil de León, á quien le aseguró que en ese mismo día iba á estallar una insurrección que tenía por objeto degollar españoles; se indicó que en la casa de Epigmenio González había depósito de armas, lo que era cierto, pues este buen patriota, contrayendo una deuda de tres mil pesos y empleando las utilidades que le producía una panadería de que era dueño, estuvo almacenando armas en las bodegas de la misma panadería. Aunque enemigo de la Independencia, el Dr. Gil de León tuvo la nobleza de avisar al Corregidor, de quien era amigo, lo de la denuncia, y de manifestarle que lo señalaban como adepto de los conspiradores. No era posible dudar ni permanecer inactivo; por consiguiente, antes de que el jefe militar asegurara á la primera autoridad, ésta, ó sea el Corregidor, para desorientar á los enemigos y procurar que se salvaran los conjurados, escogió como víctima á Epigmenio González para aprehenderlo y catear su casa; pero antes de proceder á esa mala acción, avisó á la Corregidora lo que pasaba y lo que iba á hacer; mas como conocía el carácter impetuoso de su esposa, para evitar que cometiera un acto de violencia, salió á la calle, cerró el zahuán y se llevó la llave.

***

Qué angustia, qué ansia, qué desesperación deben haber torturado el alma de la Corregidora, de esa mujer singular que, inspirándose en el patriotismo, iba á decidir con su resolución, el éxito de la santa causa de la libertad de un pueblo. Si se ofuscaba su inteligencia, los enemigos de la Independencia pondrían en juego todos sus

elementos, que eran muchos, para aniquilar á los conjurados antes de que se insurreccionaran; pero si se iluminaba, hallaría la manera de salvar á los jefes á fin de que no cayeran en poder de los emisarios del gobierno, sino que, libres, pudieran con un golpe de audacia, dejar de ser conspiradores y convertirse en guerreros, en beligerantes. Pero estaba encerrada y podría suceder que la aprehendieran y quedara imposibilitada de obrar. Vino el recuerdo, la inspiración, el supremo recurso que nunca falta en los casos desesperados y, dirigiéndose á su recámara que quebaba sobre la habitación del activísimo Agente de los conjurados Ignacio Pérez, Alcaide de la cárcel, que estaba en los bajos de la casa del gobierno, dió, con su delicado pie tres golpes en el suelo, señal convenida para los casos urgentes, y el llamado ocurrió, poniéndose al habla con la Corregidora á través de la puerta del zahuán. Pérez fué puesto al corriente de lo que sucedía y recibió el encargo de buscar persona de confianza que pusiera sobre aviso á Allende. ¿Qué persona de más confianza que el mismo Pérez? Así fué que se puso en camino llegando á San Miguel el Grande en la madrugada del día 15; no hallando á Allende, buscó á Aldama, á quien comunicó lo que pasaba: este aviso tan oportuno fué transmitido á Hidalgo, el cual, decidido á enfrentarse con los dominadores, en la noche del mismo día 15, poco tiempo después de saber que su plan no era un secreto, al frente de reducido grupo de hombres y al grito de *¡Viva la Virgen de Guadalupe!* y *¡muera el mal Gobierno!* declaró á la faz del mundo que la secular dominación de España había cesado y que empezaba la vida de un pueblo libre, de una Nación independiente, aunque para afianzar esos derechos corriera la sangre á torrentes y perdieran muchas vidas.

Una mujer que era debilidad y un anciano que era im-

potencia, viviendo en el misterio de los predestinados mientras no llega la hora suprema de su aparición para deslumbrar al mundo con su luz, oyeron los lamentos de un pueblo esclavo, vieron su desnudez, adivinaron su hambre y juraron redimirlo. Esa mujer y ese anciano se encontraron un día, pusieron en contacto sus almas generosas, unificaron sus grandiosas ideas y formaron una fuerza indestructible que tuvo potencia para romper las gruesas cadenas que enlazaban hacía tres siglos al viejo con el nuevo mundo.

Aquí cabe recordar las sublimes palabras del sabio Don Ignacio Ramírez que, en un discurso que pronunció el 16 de Septiembre de 1862, dijo: "*...jamás olvidaremos en nuestra gratitud á Doña María Josefa Ortiz de Domínguez, la Malintzin inmaculada de otra época, que se atrevió á pronunciar el FIAT de la Independencia para que la encarnación del patriotismo la realizara. La hermosa y apuesta dama, con el delirio y la impaciencia que produce el fuego de los afectos en los corazones de un temple superior, sorprende el horrible secreto de los tiranos y envía un mensajero para decir á Hidalgo: En pos de estas líneas van la prisión y la muerte; mañana serás un héroe ó un ajusticiado; en esta revelación está la pérdida de mi libertad; pero este sacrificio no será esteril, porque sé que me mandarás en contestación el GRITO DE INDEPENDENCIA.*"

Y así fué, pues á la hora en que la Corregidora era encerrada en una celda del Convento de Santa Clara—dos de la madrugada del 16 de Septiembre de 1810,—Hidalgo no estaba preso ni ajusticiado, sino que era el héroe deseado por Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

En la prisión, la mujer debil fué heroina, y en el campo de batalla, el anciano impotente fué héroe.

La obscura celda que servía de prisión á la Corregidora se iluminó repentinamente; y fué que el alma de Hidalgo entraba á ella para anunciar á la de la ilustre prisionera, que esta extensa y hermosa porción del globo terrestre, cerrada á la civilización, á la ciencia, al trabajo, al comercio, á las relaciones con otros pueblos, iba á ser en lo sucesivo el hogar de los que en otras naciones sufren el rigor de los poderosos, la tierra de promisión de los extranjeros honrados, industriosos y trabajadores; el asilo seguro de los esclavos que aquí serían hombres libres; el edén para los ricos, porque aquí encontrarían todas las delicias de la vida, mansión del arte, de la belleza, del amor y de la ciencia; que aquí se formaría un pueblo libre, valiente, generoso y dispuesto á cumplir los altos fines á que está destinado; que, en suma, éste sería el granero de pueblos cuyas tierras, agotadas por la explotación, ya no producen nada. Y después de esta confidencia á solas, después de dar gracias al Todopoderoso por sus bondades, aquellas dos almas se fundieron, se unificaron y, ascendiendo al firmamento son, desde entonces, el sol de libertad que hace un siglo alumbra á la nación mexicana.

***

Descubierto el plan de Independencia, el Corregidor, de quien se tenían vehementes sospechas de que estuviera de acuerdo con los conspiradores, para desorientar al Alcalde Ochoa y dar tiempo á que se pusieran en salvo los comprometidos, resolvió aprehender á los hermanos Emeterio y Epigmenio González y catear su casa, lo que efectuó con cierta calma estudiada que lo hizo más sospechoso.

La Corregidora, una vez que envió aviso á Allende, qui-

so salvar á los comprometidos residentes en Querétaro, y se dirigió al traidor Capitán Arias, instándole para que apresurase el momento de declaración de Independencia; pero este individuo, después de contestar de manera inconveniente á la noble dama, cometió la doble traición de enseñar el recado al Alcalde Ochoa y concertar con él su aprehensión convencional para que tuviera pretexto de proceder contra el Corregidor y su esposa. Así fué. A las dos de la madrugada del día 16 de Septiembre de 1810, fueron aprehendidos en la Ciudad de Querétaro el Corregidor, que fué encerrado en una pieza del Convento de la Cruz; la Corregidora, que quedó asegurada en una celda del Convento de monjas de Santa Clara, y los demás presos fueron distribuidos en los de frailes de San Francisco y el Carmen.

El Alcalde de Corte Don Juan Collado, fué comisionado por el Virrey Venegas para que fuera á Querétaro á encausar á los conspiradores presos, los cuales negaron los cargos que se les hacían: al Corregidor no se le tomó declaración y con acuerdo de los dos Alcaldes fué puesto en libertad, resolución que no sólo aprobó el Virrey sino que, como medida política, ordenó, poco tiempo después, que fuera repuesto en su empleo.

Libre también la Corregidora, no abandonó su empeño, sino que fué activísimo agente de los insurrectos, pues estando en correspondencia con Rayón recibía proclamas de éste y las hacía circular, le avisaba de las determinaciones del gobierno que llegaban á su conocimiento, hacía propaganda incesante y enviaba á las filas insurgentes á cuantos hombres catequizaba. Para que se comprenda su entereza y decisión, copiamos en seguida lo que en un oficio dijo á Calleja el arcediano de la Catedral de México, nombrado por el Virrey su agente político en Querétaro; ese arcediano llamado José Mariano Beristain,

decía: "Hay en esta población un agente efectivo, descarado, audaz é incorregible que no pierde ocasión ni momento de inspirar odio al rey, á la España, á la causa y determinaciones y providencias justas del gobierno legítimo de este reino. Y tal es, Sr. Excmo., la mujer del Corregidor de esta Ciudad. Es una verdadera Ana Bolena que HA TENIDO VALOR PARA INTENTAR SEDUCIRME A MI MISMO, AUNQUE INGENIOSA Y CAUTELOSAMENTE. Los electores parroquiales, etc., ...etc.....Sr. Excmo: repito á V. E. que la Corregidora es una Ana Bolena."

El Virrey Calleja, en vista de tal información, destituyó al Corregidor Domínguez, y ordenó al Coronel Ordóñez que iba á San Luis Potosí en comisión, que á su paso por Querétaro apresara á la Corregidora y la condujera á México en un coche, sin más compañía que una criada, y que no la dejara comunicar con nadie. Llegada á la Capital en Enero de 1814, fué encerrada en el Convento de Santa Teresa, alejada de su esposo y de sus hijos que empezaron á sentir los efectos de la pobreza, pues aunque se ha dicho que el Gobierno continuó dando á Don Miguel Domínguez su sueldo, parece que no fué cierto.

Un tal Lopetedi fué encargado de instruir la causa de la reclusa, oyendo el testimonio de muchas gentes que la acusaban de complicidad con los insurrectos. Los autos pasaron á Don Melchor de Foncerrada, auditor de guerra, quien presentó dictamen en 20 de Mayo, absolviendo á Domínguez y condenando á su esposa, á quien juzga de desequilibrada, pidiendo la pena de reclusión; pero como por su estado delicado el Virrey le había permitido abandonar el Convento, continuó libre y suspenso el curso de la causa. Aliviada ya, volvió la Corregidora á su encierro hasta que, por decreto de 17 de Junio de 1817, á pe-

tición de su esposo y por consulta del Virrey con los magistrados Osés y Collado, fué puesta en libertad, pero no absoluta, pues ésta quedó determinada por una ley de amnistía expedida por las Cortes de Cádiz en favor de los presos políticos.

***

Libre ya la Corregidora—seguiremos llamándola así, aunque no lo era—se dedicó á cuidar á su esposo que estaba enfermo de los ojos, á educar con calma á sus hijos y á curarse ella de los males que contrajo en la prisión, que no por haber sido una celda de convento de monjas, fué *un lecho de rosas*. Siempre en relación con los insurgentes y conspirando en favor de ellos, pasó cinco años, hasta que el 27 de Septiembre de 1821, al ver entrar en la Capital el ejército trigarante, saludó libre é independiente á la Patria que había nacido á su arrullo maternal en 1810.

Los jefes independientes triunfantes rindieron pleito homenaje á la egregia dama, á la excelsa heroína, y á su esposo lo premiaron dándole cargos muy elevados. A este respecto copiamos lo que dice el biógrafo Gustavo Baz; "El pronunciamiento de Iguala cambió por completo la faz de la guerra. Don Miguel Domínguez fué entonces elevado á los primeros puestos de la magistratura, después de haber autorizado como Secretario, los tratados de Córdoba. Más tarde fué nombrado Diputado por México al Congreso Americano, que, según el pensamiento de Bolívar, debía reunirse en Panamá."

A las personas de su familia y á sus numerosos amigos decía la Corregidora: "Nunca he tenido mayor angustia que cuando envié el aviso á Allende, de que había sido denunciado el Sr. Hidalgo y todos los comprometidos;

jamás he sentido más satisfacción que cuando supe en mi encierro que el Sr. Cura había dado el golpe; no recuerdo haber sentido más orgullo que cuando leí el artículo 1.° de la ley en que el Jefe de la insurrección ordenaba á los dueños de los esclavos que los dieran libres, bajo pena de la vida si no obedecían; lloré amargamente cuando supe que había sido fusilado el Generalísimo Hidalgo; y sentí tal gozo cuando ví entrar el ejército libertador, que por mucho rato no pude pronunciar palabra."

La Corregidora tenía ideas liberales y democráticas, por lo mismo, cuando el ambicioso Don Agustín Iturbide se hizo aclamar Emperador, tuvo tal disgusto la ilustre dama que estuvo enferma varios días; su disgusto subió de punto cuando, reconocida como Emperatriz la esposa de Iturbide, le envió su nombramiento de primera dama de honor: la Corregidora lo devolvió acompañado de una respuesta muy enérgica.

Destronado Iturbide, se estableció la República, de la que fué primer Presidente Don Guadalupe Victoria; nuestra biografiada tenía con él muy buenas relaciones de amistad, al grado de que el alto funcionario la visitaba con frecuencia. La plebe había saqueado el Parián, arruinando á muchos españoles que en él tenían casas de comercio de gran importancia. Pocos días después de tan desagradable acontecimiento, estaba Victoria de visita en casa de la Corregidora, y hablando de aquel suceso, lo hizo de manera que casi lo aplaudía, pues si bien fué cierto que el Gobierno no lo ordenó, sí lo toleró: entonces la señora, indignada, dijo: que si había ayudado á los insurgentes en la grande empresa de hacer independiente á México, jamás lo había hecho con intención de que se cometieran infamias que deshonraran á la Patria; ordenó con energía á Victoria que saliera y que jamás volviera á poner los piés en su casa; el Presidente

se sintió tan dominado por la grandeza de alma de la heroína, que precipitadamente y sin acordarse de su sombrero, salió de la sala: un criado le llevó la prenda olvidada.

Consumada la Independencia, el Gobierno nombró una junta de personas notables encargada de discernir recompensas á las personas que hubiesen prestado servicios á la santa causa: la Corregidora rehusó todo, diciendo que había cumplido sus deberes de MEXICANA.

La Corregidora murió rodeada de su famila, el año de 1829, en su casa, de la 2.ª Calle del Indio Triste núm. 2. Su muerte fué tranquila como la de una santa; su alma, purificada por los sufrimientos y ungida por el patriotismo, atravesó el espacio como meteoro luminoso que alumbró el cielo del Continente Americano, para ir á la mansión de los inmortales que en su tránsito por la tierra abaten á los soberbios y ensalzan á los humildes; hacen rodar por el polvo á los tiranos y rompen las cadenas que atan á los esclavos.

Su cadáver fué sepultado al pie de la imagen de los Dolores, del templo de Santa Catalina de Sena. Sus restos fueron cariñosamente exhumados por el Dr. Don Miguel Iglesias, nieto de la Corregidora, y llevados á Querétaro.

Por decreto de la Legislatura de aquel Estado, de fecha 10 de Diciembre de 1878, fué declarada BENEMERITA del mismo Estado, ordenándose que su nombre fuera inscrito con letras de oro en el salón de sesiones y que se colocara una placa conmemorativa en la casa que había habitado.

El 14 de Diciembre de 1882, un nuevo decreto dispone la translación oficial á Querétaro de los restos de la Corregidora, los cuales fueron nuevamente exhumados con gran solemnidad y colocados en suntuoso mausoleo: fué

declarado dia de duelo aquel en que se efectuó tan merecido acto de justicia y gratitud.

***

La modesta hija de un Capitán, la humilde colegiala de las Vizcainas, la virtuosa compañera del Corregidor de Querétaro, se sentía indignada al ver atados en el potro de infamia á los legítimos dueños de la hermosa porción del Continente Americano llamada México, y ardía en deseos de elevarlos á la categoría de hombres libres. Un anciano Cura y unos denodados militares adivinaron en ella á la heroína y la invitaron á trabajar en favor de la libertad de esos esclavos; no vaciló en aceptar, y unidos derrocaron la secular tiranía y REIVINDICARON los derechos de los oprimidos.

Cumplieron su misión de predestinados. ¡Benditos sean!

Junio de 1909.

DON IGNACIO ALDAMA.

Gamaliel Arenas.

ESTE ilustre patriota compañero del inmortal Hidalgo, padre de nuestra Independencia, nació en San Miguel el Grande, del que es hoy Estado de Guanajuato, sin que haya datos seguros de la fecha de su nacimiento. Sólo se sabe que hizo su educación primaria en su tierra natal, que comenzó sus estudios profesionales en la Ciudad de Guanajuato y que los continuó en la Ciudad de México, donde terminó la carrera de Abogado.

Como su profesión no le produjera utilidades en el lugar de su nacimiento y residencia, se dedicó al comercio, protegido por los Sres. Isassis y Landeta, honorables comerciantes españoles radicados en San Miguel el Grande, y que estimando las cualidades del Sr. Aldama á quien profesaban particular cariño, le prestaron generosa ayuda, por lo que con su apoyo logró con honradez y laboriosidad formar un capital de más de cuarenta mil pesos. En estas condiciones de bienestar y tranquilidad, contando con un hogar feliz donde era amado y respetado, lo encontraron los acontecimientos de 1810.

La noble aspiración de conquistar la libertad de la Patria que hacía latir con febril entusiasmo los corazones de los mexicanos, había inflamado de singular civismo el

alma noble del que estaba llamado á ser un patriota distinguido, y desde los primeros preparativos de la conspiración de Querétaro, fué uno de los más fervientes adeptos á la causa de la Independencia.

Cuando el Sr. Cura Don Miguel Hidalgo dió el glorioso Grito de Dolores en los primeros albores matinales del memorable 16 de Septiembre de 1810, el Lic. Aldama se encontraba en San Miguel el Grande, y al llegar á este lugar el Sr. Hidalgo, le nombró Presidente del Ayuntamiento de dicha Villa, dándole instrucciones para que organizara y sostuviera el fuego sagrado de la revolución; cuyo hecho, que lo colocaba en el número de los rebeldes, le concitó el encono de los realistas, motivando que el Colegio de Abogados á que pertenecía y en que dominaba el partido español, colectividad que ya había censurado en un manifiesto las aspiraciones de Independencia del pueblo mexicano, lo borrara del cuadro de sus miembros é inhabilitara para el ejercicio de su profesión.

Una de las grandes cualidades personales del Sr. Lic. Don Ignacio Aldama, fué la modestia que siempre le acompañó en todos los actos de su vida, y por eso es que no habiendo hecho ostentación de sus servicios, que juzgaba como un deber y que ejecutó lleno de abnegación y desinterés particular, oponiéndose siempre á que se les diera importancia, la historia no haya recogido para guardarlos en sus brillantes páginas, todos los datos relativos á los hechos de tan eminente patriota.

Nada dicen sus biógrafos sobre su gestión como Alcalde y Presidente del Ayuntamiento de su Villa natal, pero la tradición de aquella comarca refiere que de una manera decidida organizó bajo el nuevo régimen la administración pública de aquel lugar, aboliendo de hecho los tributos y gabelas dictadas por el Gobierno Virreinal, dando libertad á los indios vendidos en las haciendas por

el odioso sistema de encartelamiento, así como se ocupó activamente en organizar masas de hombres voluntarios, y recursos y elementos de guerra que puso á la disposición del Sr. Hidalgo al llegar éste á Guanajuato; por cuya circunstancia se supone que hubo de encontrarse en esta primera acción de guerra de la insurgencia; y esta suposición se confirma por el hecho que acreditaron testigos presenciales, de haberle visto en compañía de su hermano Don Juan Aldama y otros miembros de su familia, en la batalla del Monte de las Cruces y en la derrota que á pocos días sufrió el Ejército Independiente en San Gerónimo Aculco, en el encuentro inesperado con el Ejército realista al mando del funesto General Don Félix María Calleja.

Para apreciar el mérito y servicios de este gran patriota, debe medirse su alta significación por la importancia que el Gobierno Virreynal dió á su persona, puesto que lo declaró entre los primeros caudillos, uno de los principalmente exceptuados del indulto concedido á los que abandonaran las filas del Ejército independiente, habiendo sido puesta á precio su cabeza entre las de Hidalgo y sus ínclitos compañeros.

Otro de los datos que aseguran el prestigio del héroe y su participación en los hechos de armas que se sucedieron, es sin duda el grado de Mariscal de Campo que le fué otorgado por el Sr. Hidalgo, con cuya categoría concurrió á la batalla del Puente de Calderón, en que por el mismo Calleja y el Conde de la Cadena fué completamente derrotado el Ejército independiente.

El Sr. Aldama, que por su prudencia y buen criterio, por su valor y patriotismo, había sido un buen político y un buen soldado, no se desmoralizó por aquella derrota que parecía haber puesto punto final á la insurgencia, y fué uno de los primeros que opinaron se concentraran los

derrotados á la frontera del Norte para reorganizarse, y se mandase una Delegación á los Estados Unidos para solicitar su asilo en último extremo, y buscar elementos para continuar la guerra, resolución que puso en práctica el Generalísimo Don Ignacio Allende.

Con este motivo, el Sr. Aldama fué investido de poderes bastantes como representante de la causa de la libertad de México y como Delegado especial de sus Caudillos cerca de los Estados Unidos del Norte, acordándose se adelantara al resto del Ejército derrotado, á cumplir su elevada misión, que no era otra que la de conseguir un asilo amigo en aquella República, negociar un tratado de alianza con su Gobierno y conseguir recursos de guerra para la prosecución de la épica campaña con que había de lograrse nuestra anhelada autonomía. El Sr. Aldama se puso en marcha para cumplir su cometido, llevando entre su corta comitiva, como su Secretario, al Padre Francisco Salazar, y después de una larga y penosa peregrinación, llegó á Bejar, á cuyos vecinos halló mal dispuestos con motivo de los desmanes y mal Gobierno que estaba ejerciendo en aquel lugar el Capitán insurgente Casas, en momentos en que igualmente había llegado á dicho lugar el Subdiácono Don José Manuel Zambrano, hombre inquieto y aventurero que trataba de hacer una contra-revolución, y ocultando sus torcidas intenciones en favor del partido realista, sirviendo de pretexto á sus malévolos designios, los desórdenes del Gobierno de Casas, logrando por este medio hacerse de partidarios, aun entre los mismos que fomentaban la insurgencia.

El audaz padre Zambrano, con sus arengas capciosas y sus trabajos embozados, logró entre las masas inconscientes del pueblo, que siempre se guían por impresiones y no por razonamientos, difundir la idea de que los insurgentes trataban de entregar el país á los norteameri-

canos á fin de hacer sospechoso al Sr. Aldama cuya misión era conocida del público. Hizo más todavía, para concitar contra él el odio popular, propaló que era un emisario de Napoleón, fundando su calumniosa aseveración, en que portando el Sr. Aldama un cordón de oro sobre el hombro izquierdo, distintivo de su grado de Mariscal de Campo, esas divisas eran las mismas que usaban los militares franceses, según demostraban estampas que hizo circular entre las multitudes.

A estas intrigas del padre Zambrano se unían otras no menos importantes, fraguadas por la infidencia de Elizondo y otros tránsfugas y desleales que siempre abundan en las épocas de adversidad de las buenas causas.

En esta situación bien difícil y peligrosa, sin conocer á fondo los peligros que le rodeaban ni los ocultos enemigos que tenebrosamente conspiraban contra la insurgencia y sus sostenedores, tuvo el Sr. Aldama grandes dificultades, y así lo encontró, sin poder siquiera salvarse, la contra-revolución verificada el 1. ° de Marzo de 1811, en que tomó tan activa parte el padre Zambrano, quien tuvo la odiosa satisfacción de haber sido su aprehensor personal, á quien en compañía de su comitiva y sin ninguna consideración remitió á Monclova, donde después de haber sufrido una penosa prisión, fué fusilado el 20 de Julio de ese mismo año.

Como se ve, el patriota insigne Lic. Don Ignacio Aldama, colaborador distinguido de la Santa Causa de la Independencia, hombre recto y de sanos principios, pagó con su vida la firmeza de sus convicciones, pero al subir al cadalzo para fertilizar con su noble sangre el árbol de la libertad patria, se conquistó la gloria de ser uno de los primeros héroes de aquella sagrada epopeya, y su nombre, guardado con respeto en nuestra historia, es bendecido por la gratitud nacional.

Comandante Don José María Mercado,

CURA DE AHUALULCO.

Retrato enviado por el Sr. Presidente Municipal de Ahualulco.

Cura Don José María Mercado.

Rafael Anzures.

ENTRE los insurgentes de verdadero mérito, cuya historia es casi desconocida, se destaca arrogante y simpática la figura del Párroco de Ahualulco Don José María Mercado. Originario de Teul y miembro de una familia distinguida, fué enviado al Seminario de Guadalajara, donde estudió con notable aprovechamiento las materias asignadas para la carrera eclesiástica, y habiendo recibido las sagradas órdenes, fué nombrado á poco tiempo Rector del Colegio clerical perteneciente á la Mitra del citado punto.

Cuando el Benemérito Cura de Dolores dió el grito llamando al pueblo mexicano á la lucha contra el poder colonial, el Padre Mercado servía el Curato de Ahualulco; y al tener noticia del levantamiento de las masas en favor de la Independencia y de la marcha triunfante de los primeros caudillos de la insurrección, sintió inflamarse su alma de grande y de patriota y fué en busca de Don José Antonio Torres, conocido con el nombre del

Amo Torres, que activo y esforzado luchaba por la libertad de su patria y había alcanzado algunos triunfos sobre los soldados del Virrey, en la entonces provincia de Nueva Galicia, hoy Guadalajara. Torres, que aunque no era hombre instruído sí poseía esa perspicacia que da la experiencia al que sabe aprovecharse de las lecciones que ésta suministra, conoció desde luego, como Hidalgo cuando se le presentó por primera vez en Indaparapeo el Cura Morelos, que tenía enfrente á un genio, á quien no sólo se le podía conceder el permiso de tomar parte activa en la grandiosa empresa de redención del pueblo oprimido, sino ante quien, más tarde, se postraría de hinojos el esclavo redimido, en señal de admiración y de gratitud.

Obtenido el permiso que solicitaba, se dirigió nuevamente el Cura Mercado á su Curato de Ahualulco, y después de conferenciar con el intendente de ese lugar Don Juan José Zea y de persuadirlo para que tomara parte en el movimiento de insurrección, se levantó en armas, entusiasmando con su ejemplo y su palabra llena de ardor bélico á los pacíficos vecinos del mismo Curato.

Con una fuerza de cerca de seiscientos hombres se encaminó á Tepic, donde entró el 20 de Noviembre del año de 1810, sin resistencia de ninguna especie por parte de esa población, pues no había fuerza alguna que la opusiera. Permaneció allí algunos días, ocupándose en aumentar su pequeño ejército; y una vez que logró reunir poco más de dos mil hombres, y hacerse de algunas piezas de artillería, emprendió la marcha hacia el puerto de San Blas, que aun permanecía en poder de los españoles y en cuya plaza había no sólo municiones y demás pertrechos de guerra en abundancia, sino también muchos víveres.

Desde que el Jefe insurgente Don José Antonio Torres

había entrado en Guadalajara, algunos de los principales vecinos y las autoridades de esa Ciudad se habían refugiado en el puerto de San Blas, porque además de prestar fácil comodidad para la fuga por agua, podía considerarse como inexpugnable por lo bien dispuesto de sus defensas, el número de cañones con que contaba la plaza y las tropas que la guarnecían.

A fines del mes de Noviembre llegó el Cura Mercado frente al puerto, y desde luego intimó rendición al Capitán Don José de Lavayen, que era el jefe que lo defendía. En el oficio que le dirigió le daba á conocer el motivo que lo había obligado á tomar las armas contra el gobierno colonial; le decía que el Excelentísimo Dr. Hidalgo, á quien titulaba Virrey de América, lo había comisionado para sitiar y tomar el puerto, lo que estaba resuelto á llevar adelante, sea cual fuere el sacrificio que le costara; que en caso de rendirse, serían tratados todos los europeos con benevolencia y consideración; pero si resistían, sería inexorable con ellos.

Como no recibiera pronta contestación de este oficio, dirigió inmediatamente otro concebido en los siguientes términos: "Por un conducto seguro he dirigido á V. S. S. un oficio en que al mismo tiempo que les intimaba la rendición de esa Villa sitiada por el respetable ejército de mi mando, les aseguraba bajo mi palabra de honor ó bajo otra seguridad que exigieran, que si se rendían voluntariamente, serían tratados los europeos y todos sus habitantes con la más atenta consideración, salvarían sus vidas y parte, ó acaso todos sus intereses: no habiendo tenido contestación alguna, antes sí, noticia de que V. S. S. se determinan más y más á la defensa, he tenido á bien declarar á esa Villa en estado de sitio é intimar á V. S. S. que si dentro de media hora, después de recibir éste, no salen parlamentarios á establecer negocia-

ciones de paz, lo llevaré todo á fuego y sangre y no daré cuartel á nadie, y esa infeliz Villa, por el capricho de V. S. S., será víctima del desatinado furor de mis soldados, á quienes no me será fácil detener desde el instante en que se ensangriente la batalla, de cuyas resultas hago á V. S. S. desde luego responsables, de suerte que jamás pueda imputárseme precipitación en mis órdenes, pues he procurado de muchos modos evitar la efusión de sangre y la indefectible víctima de todos V. S. S.

"Por tanto, esta es la última intimación, y la falta de respuesta será la señal segura del rompimiento; pero en la inteligencia de que aun cuando peleen de esa parte los niños y las mujeres, les tocará á diez de mis soldados á cada uno, pero diez soldados enseñados á vencer y á avanzar hasta la misma boca de los cañones, y sobre este punto se podrán informar en algunos que se hallaron en la batalla de Zacoalco: sin embargo, estoy muy distante de creer que la prudencia de V. S. S. quiera sacrificarse y sacrificar tanto infeliz, empeñándose en alguna acción, cuyo resultado de cualquier modo ha de ser funesto para V. S. S. aun cuando lograran resistir el impulso terrible de toda la nación que, levantada en masa, se mueve contra ese puerto; en este concepto espero parlamentarios, á quienes doy por éste, bajo mi palabra de honor, salvoconducto para venir y volver, con tal que traigan una bandera de paz y sin armas de resguardo.

"Dios guarde á V. S. S. muchos años. Sitio de San Blas y Armas Americanas. Noviembre 28 de 1810.

"Soy con la más atenta consideración, El Comandante de las Armas del Poniente afectísimo de V. S. S.

José María Mercado.

"Señor Comandante y europeos de la Villa de San Blas."

Este segundo oficio produjo tanta impresión en el ánimo de los vecinos del puerto, que obligaron á Lavayen á enviar parlamentarios, como lo pedía el Cura Mercado; y al efecto fué comisionado el Alférez de fragata Don Agustín Bocalan para dirigirse al campo enemigo, llevando la contestación á los dos oficios, que por cierto era negativa.

Tal fué el aparato bélico que presentó Mercado á la vista del parlamentario, que regresó éste á la plaza amedrentado, y rindió los informes más desconsoladores que puedan concebirse. Al mismo tiempo llevaba las proposiciones para la capitulación y entrega de la plaza.

Al cabo, después de algunas juntas habidas entre los sitiados, y después de la celebrada en la noche del 30 de Noviembre por las autoridades y principales vecinos, se decidió la capitulación y entrega de la plaza. Lavayen se vió precisado á ceder, no tanto para salvar su vida, pues era un jefe pundonoroso, sino para que no peligrara la de las personas que lo acompañaban.

Muchos de los europeos, y principalmente la gente de valía, se embarcaron rumbo á Acapulco; quedando el Capitán Lavayen en poder del Cura Mercado en calidad de prisionero. Este, que era generoso como todo hombre de valor, trató con señaladas muestras de atención al Capitán y le permitió salir para Tepic, en unión de algunos de sus compañeros, donde permanecerían presos bajo su palabra de honor.

Ninguno de los europeos que quedaron en el puerto sufrió vejación alguna por parte de las tropas del Cura Mercado, porque éste cumplió fielmente con lo ofrecido en la capitulación que se había hecho, y además porque era hombre de orden y persona muy afecta á respetar la vida y propiedades de todos.

El 8 de Diciembre dió parte al Generalísimo Hidalgo

de su entrada en San Blas; y como hubiera recibido un nombramiento que éste le expidió en Guadalajara con fecha 27 de Noviembre, confirmándole en el mando que le había otorgado el Jefe Don José Antonio Torres y declarándolo Comandante General de las Armas del Poniente, después de celebrar este hecho con entusiastas fiestas, expidió el siguiente Bando:

"Yo, el Bachiller Don José María Mercado, Cura Vicario y Juez Eclesiástico del pueblo de Ahualulco, y Comandante General de las Armas del Poniente, por el Excmo. Sr. Virrey y Capitán General de toda la América, Dr. Don Miguel Hidalgo y Costilla:

"Por el presente hago saber al público que habiendo ocurrido al Excmo. Sr. Virrey y Capitán General de toda la América Dr. Don Miguel Hidalgo y Costilla, informándole por medio de un posta los obstáculos que algunas personas habían puesto á mis órdenes bajo el pretexto de comisiones y jurisdicciones, en vista de todo se sirvió S. E. aprobar cuanto he practicado, por un oficio de 27 de Noviembre, y por una circular de la misma fecha, darme á conocer como General de las divisiones del Poniente, y para que llegue á noticias de todos y mis órdenes sean ejecutadas con la puntualidad y eficacia que es necesario, mando se fije y publique en los lugares que he conquistado, el presente, dado en el cuartel principal de la Puerta y Sitio de San Blas, á 30 días del mes de Noviembre de mil ochocientos diez.—José María Mercado."

En el citado nombramiento recomendaba Hidalgo al Cura Mercado, le mandara todos los cañones que tuviera, recomendación que fué atendida con toda eficacia, pues apenas habían pasado algunos días de su entrada en el puerto cuando le envió cerca de cuarenta piezas de artillería. Grandes fueron las dificultades que hubo que ven-

cer para que esos cañones llegaran á poder del Iniciador de nuestras libertades; pero la energía y la constancia de Mercado no conocían obstáculos de ningún género.

El año de 1810, que había sido testigo del pronto levantamiento del pueblo mexicano á la voz de un humilde cura de pueblo, terminaba haciendo concebir á los partidarios de la Independencia grandes esperanzas de que la completa victoria coronaría muy en breve las fatigas y los sacrificios hechos en favor de esa bendita causa. A la verdad no carecían de razón.

En muy pocos días la revolución se había propagado por casi todo el país; las más importantes provincias del interior se hallaban en poder de los insurgentes, y al comenzar el año de 1811, el ejército á las órdenes de Hidalgo, tocaba la respetable cifra de cien mil hombres.

Hallábase el Cura Mercado en camino para Guadalajara, adonde se dirigía con objeto de conferenciar con el Generalísimo Hidalgo acerca de la injusta muerte dada por Don Juan José Zea á sesenta españoles que el primero enviaba prisioneros al segundo, cuando supo la fatal noticia de la derrota del ejército insurgente en el Puente de Calderón, acaecida el 17 de Enero de 1811. Esa derrota parecía imposible. Hidalgo, antes de comenzar la batalla, había exclamado al saber que no parecía Iriarte con sus tropas: "Mejor, no tendrá parte en las glorias de este día." Allende, Torres, y Don Ignacio Rayón, que al principio desconfiaban del buen éxito, cuando examinaron bien las posiciones del enemigo y contemplaron las que tenían sus soldados, no sólo cobraron ánimo, sino que llegaron á tener fé en la victoria.

Sólo una verdadera desgracia, el incendio del parque, pudo hacer perder á un ejército que, aunque indisciplinado, era numeroso y tenía noventa y cinco piezas de artillería. Esa pérdida inesperada debía ser el principio

de la incesante lucha que duraría cerca de once años y costaría la vida á multitud de patriotas.

Con tan funesta noticia regresó el Cura Mercado á San Blas, pero antes se detuvo en el cantón de Mochitlilte, donde expidió una proclama que tenía por objeto entusiasmar á los partidarios de la Independencia, á fin de que continuaran la lucha, sin perder la fé en la justa causa que defendían.

Como desde el 25 del mismo mes de Enero había salido de Guadalajara el sanguinario jefe realista Don José de la Cruz rumbo á San Blas, adonde se dirigía á marchas forzadas, á fin de atacar á Mercado, éste dejó en la barranca de Malinalco una fuerza considerable al mando de Zea, con catorce cañones y orden terminante de impedir el paso al Brigadier Cruz, mientras llegaba á San Blas, en cuyo puerto opondría una tenaz y vigorosa resistencia.

El empuje terrible de las tropas del teniente de navío Don Bernardo Salas, obligó á las de Zea á ponerse en fuga, dejando en poder del enemigo ocho piezas de artillería. Esta derrota tuvo lugar el 31 de Enero.

En este mismo día, como á las ocho de la noche y sin saber lo que había pasado, conferenciaba el Cura Mercado con el Comandante del puerto Don Joaquín Romero y el Capitán de artillería Don Estéban Matemala, en una pieza de la casa del primero, cuando un indio llamado Leonardo, que estimaba mucho á Mercado, entró violentamente y les dijo que el Cura de San Blas Don Nicolás Santos Verdín, se había puesto de acuerdo con algunos vecinos para apoderarse de Mercado y ahorcarlo. Les aseguró que la señal convenida para el levantamiento era un toque de campana, y que era preciso se pusieran sobre las armas, pues la hora designada no debía tardar.

Disponíanse á salir de la casa, cuando se escuchó el

sonido majestuoso de la campana mayor de la parroquia, al mismo tiempo que apareció frente á la casa una multitud de hombres armados que se acercaban violentamente gritando de una manera desaforada. En esos momentos angustiosos é inesperados, Romero, Matemala y aun el mismo Leonardo, trataban de obligar á Mercado á que se pusiera en salvo mientras ellos resistían á la multitud, alegándole con razones poderosas que su vida era muy interesante y que, si perecía, la revolución perdería á uno de sus más esforzados caudillos.

Fueron inútiles las razones de éstos, y al fin se dispusieron á vender caras sus vidas.

A los primeros disparos de los conjurados cayeron muertos los valientes Don Joaquín Romero y el indio Leonardo, siendo recibidos en los brazos del Cura Mercado, quien, después de estrecharlos amorosamente contra su seno, siguió combatiendo con denuedo.

Derribada una de las puertas, cayó en poder de la chusma el Comandante Matemala, quien luchó hasta morir como hombre leal y pundonoroso.

Quedaba solo el denodado Cura, pero qué podía hacer contra una multitud de traidores desalmados que á la voz de Verdín gritaban furiosos: «¡No matéis á Mercado; cojámosle vivo para ahorcarlo!"

Mercado escuchó esa terrible sentencia, y procurando cerrar violentamente todas las puertas, se dirigió á una ventana que daba á un profundo abismo y se precipitó en la oscura sima.

Así, por no caer en poder del vencedor y ser el ludibrio de éste, se arrojó en la hoguera que formó el incendio del templo de Esculapio, en la toma de Cartago, la mujer de Asdrúbal con sus tiernos hijos; así también una griega que combatía en el puerto de Rodas contra los turcos y pereció después de su marido, echó á las llamas

á sus hijos, exclamando: «¡Son harto bien nacidos para caer, ni vivos ni muertos, en manos de los perros!» [así llamaban los griegos á los turcos].

El Cura Don Nicolás Santos Verdín, en su nefanda traición privó á la Patria de uno de sus mejores guerreros, y el infame Elizondo, con la suya, abrió el período más cruento de la Historia Nacional.

Si Mercado hubiera vivido más tiempo, tal vez hubiera igualado á Morelos en el arrojo y en la astucia.

Galván, Arias, Garrido, Verdín, Elizondo, Carranco, Picaluga y demás traidores, desfilan ante la humanidad con la faz hundida en el bochorno y en el desprecio, mientras Mercado, Hidalgo, Allende, Morelos, Guerrero y otros mártires de la libertad, aparecen sobre el pedestal de grandeza levantado por la gratitud del pueblo redimido, con la frente bañada en la purísima luz de la inmortalidad.

Descubrámonos la cabeza ante la arrogante figura del héroe Don José María Mercado, y enseñemos á nuestros descendientes á que cada año, cuando celebren la iniciación de nuestra Independencia y vitoreen á Hidalgo, consagren también un recuerdo al inmortal Cura de Ahualulco, digno émulo de los valientes guerreros de la antigüedad.

Brigadier José Antonio Torres.

EL BRIGADIER

D. JOSE ANTONIO TORRES.

JOSE GONZALEZ Y GONZALEZ.

HALLÁBASE el Sr. Cura Hidalgo en Valladolid, adonde llegó el 10 de Noviembre de 1810, con objeto de levantar un nuevo ejército, propósito que le ayudó á realizar el Intendente Anzorena, pero de manera tan eficaz, que en poco tiempo puso en pié de guerra algunos batallones y varios escuadrones; también se dedicó á la construcción de cañones y parque. El Generalísimo tuvo la grata sorpresa de recibir la noticia de la toma de Guadalajara por el Jefe independiente Don José Antonio Torres.

He aquí el parte que rinde á Allende, Teniente General de los Ejércitos Americanos:

"A las nueve de la mañana de este día he hecho mi entrada en esta Capital de Guadalajara de paz, pues la N. C. desde el día seis del corriente me la propuso por medio de tres sujetos principales que mandó á parlamentarla conmigo al pueblo de Santa Ana. Los europeos que tenían en movimiento esta gran ciudad se han profugado y llevado muchos caudales así suyos como agenos tocante á Reales Rentas; pero ya he dado comisión para

que los sigan, y creo que no escaparán."—"Estoy arreglando este gobierno como mejor hallo por conveniente hasta que V. E. me mande sus órdenes, ó si le es asequible pase á tomar posesión de la Corte de este Reino sujeto ya á sù Gobierno."—"Pongo á V. E. igualmente en su noticia que el día citado se habrá tomado á la Villa de Colima por un hijo mío Don José Antonio Torres en compañía del Capitán Don Rafael Arteaga, según se me ha asegurado, aunque nada sé de oficio. Por si no hubiere llegado á manos de V. E. mi oficio en que le comunico haber ganado una batalla á Guadalajara en el pueblo de Zacoalco en donde murieron doscientos sesenta y seis, y en ellos cien europeos, y los demás criollos á quienes forzadamente sacaron á lidiar, lo participo á V. E. para su inteligencia y gobierno, desde cuyo día se me indicó se rindiera esta Ciudad, sin tropiezo como se ha verificado. En esta Cárcel hay cerca de quinientos reos los más de demasiada gravedad á quienes no he dado libertad hasta la resolución del Exmo. Sr. que espero conteste la consulta que le tengo hecha, pues este Ayuntamiento me ha representado y hecho ver sus justos temores si se les da á todos la referida libertad."—"Todo esto tengo la satisfacción de ponerlo á las órdenes y disposición de V. E."—"Dios guarde á V. E. muchos años. Guadalajara y Noviembre 11 de 1810—Joseph Antonio Torres.—Sr. Exmo. D. Ignacio Allende, Teniente General de los Ejércitos Americanos."

El documento anterior pone de manifiesto la poca cultura del Brigadier Torres quien, con un valor y constancia dignos de la noble causa por la cual perdió la vida, llevó á feliz término notables hazañas cuyo brillo no se ha opacado, apesar del olvido en que se ha tenido á este campesino que fué de los héroes conspícuos de la primera época de la Independencia.

***

Administrador por muchos años de una hacienda, Don José Antonio Torres era conocido entre la gente de campo con el mote de *el amo*. De muy escasa instrucción, pero amante de la Independencia; valiente, activo y sagaz, se presentó al Sr. Cura Hidalgo á fines de Septiembre, cuando marchaba á Guanajuato. Comisionado para insurreccionar la nueva Galicia, hoy Jalisco, en poco tiempo conmovió Colima, Sayula y Zacoalco, en cuyas comarcas se levantaron en armas muchos hombres que se pusieron á las órdenes de Torres. Secundando á éste Alatorre, Godínez, Huidobro y Gómez Portugal, pronto hicieron que se sustrajeran de la obediencia del gobierno virreinal los distritos colindantes con Guanajuato y Valladolid, por Oriente, también por el Norte cundió la revolución, quedando Guadalajara amagada por tres rumbos.

El Brigadier Don Roque Abarca, Comandante General, Intendente de Guadalajara y Presidente de la Real Audiencia allí establecida, anciano de carácter débil, era el que gobernaba Nueva Galicia. El Ayuntamiento, comprendiendo el peligro en que se hallaba la ciudad, instaba al Brigadier Abarca y á la Junta Auxiliar de defensa, á que enviaran fuerzas á batir á los insurgentes. Para responder á tales instancias, fueron armados doce mil hombres, sirviendo de pié veterano el Batallón Permanente de Guadalajara y el Regimiento de dragones de Aguascalientes, á los que se agregaron gran número de indios de Colotlán y voluntarios del comercio y *seminaristas*. Esta tropa levantada por esfuerzos del Intendente, pero sin voluntad de los que la formaban, apenas era movilizada contra los insurgentes, desertaba y se pasaba con ellos. En vista de este resultado contrario á la causa realista, el mismo Intendente exhortaba

á los españoles para que se armaran y formaran cuerpos de voluntarios para que defendieran la ciudad y los intereses particulares; además, les hacía presente la necesidad de que contribuyeran para los gastos de la guerra; pero en vano; no le hacían caso y la fuerza insurgente aumentaba y se hacía temible: á esta indiferencia del elemento europeo se agregaba la tirantez de las relaciones oficiales entre el Intendente, autoridad suprema, el Ayuntamiento y la Junta Auxiliar.

Más animoso el Obispo Cabañas, tuvo el propósito de aprestarse á la defensa. Para demostrar su decisión formó, con los individuos del clero secular y regular, un batallón que se denominó de la *Cruzada;* llamados con campana, diariamente se reunían y, ginetes en mansos caballos y armados con sendas espadas, recorrían las calles precedidos de un estandarte blanco que tenía una cruz roja en el centro.

A tanta instancia del Intendente, la Junta Auxiliar puso en pié de guerra una fuerza de quinientos hombres para que al mando del Oidor Don Juan José Recacho, saliera á expedicionar por el rumbo Oriente de Guadalajara, y otra de igual número y en las mismas condiciones, á las órdenes del Teniente Coronel Don Tomás Ignacio Villaseñor, que se dirigió por el rumbo Sur: ambos jefes, en asuntos militares, eran completas nulidades, lo que probaron bien pronto, pues Recacho, después de haber llegado á la Barca sin enemigo que combatir, el 3 de Noviembre fué atacado por las tropas de Godínez y Huidobro á quienes rechazó; pero renovado el asalto el día 4, se vió obligado á evacuar la plaza y retirarse á Guadalajara, perdiendo gran parte de su fuerza entre muertos, heridos y dispersos. Para salvarse de los que lo perseguían, se valió de la estratagema de obligar al Cura de la Barca á que dentro de un coche llevara la custodia en

las manos: era tal el fanatismo religioso en aquella época, que eso bastó para que los insurgentes lo dejaran llegar impunemente á Guadalajara.

El Teniente Coronel Don Tomás Ignacio Villaseñor fué derrotado, á su vez, en Zacoalco, el mismo día que Recacho abandonaba la Barca. En vista de estos dos fracasos y de la audacia de los insurgentes, fué necesario que las compañías de voluntarios de Guadalajara y de los milicianos de Colima, salieran de la ciudad y se situaran en Santa Catarina, hallándose el día 4 del mismo mes de Noviembre al frente de las huestes de insurgentes mandadas por el Brigadier Don José Antonio Torres. No necesitaron los que las componían de que los atacaran, sino que avanzaron en número de cerca de tres mil, formando un semicírculo y llevando como armas hondas y piedras. Recibidos á cañonazos, se echaban pecho á tierra para evitar los estragos de los proyectiles, y así llegaron á ponerse en contacto con sus enemigos: esa maniobra que pone de manifiesto las dotes militares de Torres, evitó mortandad en los insurgentes y les dió el triunfo, pues se posesionaron de la artillería, visto lo cual por los realistas, se pusieron en vergonzosa fuga, dando ejemplo la caballería. Las familias más distinguidas de Guadalajara perdieron á sus deudos que, con carácter de voluntarios, salieron á batir á los independientes. Una hora duró la lucha; pero al cabo de ella la victoria sonrió á aquellos nobles y temerarios guerreros que á la metralla y balas de fusil contestaban con pedradas. En el campo quedaron trescientos muertos, muchos heridos y gran número de prisioneros, entre ellos el Teniente Coronel Villaseñor, que debió la vida á la magnanimidad del Brigadier insurgente, victorioso, Don José Antonio Torres, no obstante las amenazas é insultos que le había dirigido: los cañones, todo el armamento y mucho parque cayeron en poder de los

vencedores: el pánico por las continuadas derrotas se apoderó de las autoridades y pueblo de Guadalajara; y debido á eso huyeron despavoridos á San Blas el animoso Obispo Ruiz de Cabañas, los Oidores Recacho y Alva y muchos ricos é individuos del alto clero. En vista de esto, el Intendente Abarca convocó á los españoles para manifestarles la situación y exhortarlos á la defensa; pero no consiguió más que verlos salir de la ciudad llevando lo que podían salvar. Gravemente enfermo y viéndose abandonado, el Intendente se retiró al pueblo de San Pedro, dejando al Ayuntamiento al frente de situación tan comprometida.

Torres no perdió el tiempo. Puso en pié de guerra veinte mil hombres; armó una parte de ellos con los fusiles que le dejó el enemigo al ser derrotado, y con audacia increíble se dirigió á Guadalajara el 10 de Noviembre. Nadie le hizo resistencia, antes bien, Don Ignacio Cañedo y Don Rafael Villaseñor, comisionados por la ciudad, salieron á recibirlo sin temor, pues sabían que era hombre de noble corazón: les ofreció respetar vidas y propiedades y cumplió su ofrecimiento. Redundante sería insertar el parte de la victoria, pues está publicado en las primeras páginas de esta narración de hechos históricos.

El 26 del mismo mes, el Sr. Cura Hidalgo entró en Guadalajara, siendo recibido por el clero y los particulares, los cuales le ofrecieron un espléndido banquete. Las fuerzas de Torres hicieron los honores militares que correspondían al Libertador Hidalgo, hasta que penetró á Catedral, donde se cantó el *Te Deum*

***

El 14 de Enero de 1811, el Generalísimo Sr. Cura Hidalgo, á la cabeza de 93,000 hombres, de los cuales eran

20,000 ginetes, y de 95 piezas de artillería, salió de Guadalajara y se situó en el Puente de Calderón á esperar á Calleja que con 8,000 soldados y 10 cañones iba á atacarlo. El Sr. Hidalgo encargó al Brigadier Don José Antonio Torres la fuerza de reserva y á la vez el mando de la batería principal que constaba de 67 cañones montados en carretas. El 17 del mismo mes se empeñó la acción, siendo contendiente del intrépido Torres el Conde de la Cadena á quien el mismo Torres rechazó dos veces haciéndole sufrir grandes pérdidas de tropa; defendió durante seis horas consecutivas el punto que se le encomendó y contuvo y derrotó al General Flon.

La victoria se declaró en favor de Calleja y los independientes, en número reducido relativamente, se dirigieron á Aguascalientes, siguiéndolos el Brigadier Don José Antonio Torres que tanto había de luchar en lo sucesivo contra los realistas.

***

Después de la derrota de Calderón, marcharon los Generales y el resto del ejército á Zacatecas, y de allí al Saltillo; en este punto resolvieron irse á los Estados Unidos á comprar armamento, y nombraron General en Jefe á Don Ignacio Rayón, dejándole 3,500 hombres, resto de los 90,000 que pelearon en el Puente de Calderón, y 22 cañones. En el Saltillo fueron mejor organizadas las fuerzas, y se determinó que retrocedieran á Zacatecas: continuó con ellas Torres. Asediado Rayón por el realista Ochoa, aceptó la campaña, y en ella el Brigadier Torres se batió con valor admirable, no obstante lo cual perdió su posición y dos piezas de artillería, pero volvió á recobrarlas. Ochoa fué derrotado y Rayón continuó su camino á Zacatecas. En esta ciudad, el Brigadier Torres

atacó el cerro del Grillo, con tan buena suerte, que á las ocho de la noche y por sorpresa muy bien combinada, derrotó á los contrarios tomándoles su repuesto de municiones y víveres, quinientas barras de plata y la correspondencia de Zambrano que era el Jefe realista que defendía el cerro. Esto aconteció el 15 de Abril de 1811.

Después de que Rayón dió pruebas de experto General, de profundo político y hábil gobernante, tuvo, obligado por fuerza mayor, que evacuar Zacatecas, yéndose por caminos extraviados, pero sin resultado provechoso, pues cerca de la Hacienda del Pabellón, en el campo del Maguey, fué derrotado. Entonces se dirigió á la Piedad, Valladolid, y después de otros contratiempos que hubieran desanimado á un pusilánime, reunió una fuerza de cuatrocientos hombres, que puso á las órdenes del siempre fiel y valiente Brigadier Torres, ordenándole que marchara á Pátzcuaro donde debían reunírsele el Padre Navarrete y Don Pascual Muñiz con sus tropas. Linares, Comandante de la plaza de Valladolid, mandó atacar á Torres á quien se le temía, pues era proverbial su decisión por la Independencia, á la vez que nadie ignoraba que fuera valiente y audaz. Torres se hizo fuerte en el cerro de la Tinaja y ya iba á ser derrotado cuando Rayón, que llegó á tiempo, lo reforzó con cincuenta hombres y venció. El ejército ascendió á 1,500 hombres, habiendo el propósito de atacar la ciudad en forma: pero sólo hubo escaramuzas y esa fuerza ya respetable, se fraccionó en secciones á las órdenes de Torres, Navarrete, Muñiz, Caneiga y Luna, los cuales tomaron distintos rumbos para ir á propagar la revolución.

El 1.° de Junio de 1811, Don Manuel Muñiz, que había tomado el título de Capitán general, atacó con varias secciones á Valladolid, siendo rechazado por Trujillo que la defendía: en esta acción fué herido el Brigadier Torres

del brazo izquierdo. Después de esta intentona desgraciada, marcharon estas secciones á Tiripitio donde Rayón las envió á distintos puntos, confiando la Comandancia de Pátzcuaro y Uruapan al Brigadier Don José Antonio Torres. El 19 de Agosto del mismo año, el General Rayón, en quien los primeros caudillos de la independencia delegaron el mando de las fuerzas, levantó una acta en la que se hizo constar la necesidad de constituir una junta *que organizara los ejércitos, protegiera la justa causa y libertara á la Patria de la opresión y yugo que había sufrido por espacio de tres siglos;* acta que fué firmada también por el Teniente General Don José María Liceaga y autorizada por el Prosecretario Don Joaquín López. Asegura el historiador Alamán que concurrieron á esa junta además de Rayón, Liceaga y López, Don Ignacio Martínez, Mariscal de Campo, Don Tomás Ortiz, Don Benedicto López, Mariscal de Campo, Don José Vargas, Brigadier, Don Juan Albarrán, Brigadier, Don José Ignacio Ponce de León, Cuartel Maestre General, Don Manuel Manzo, Comisionado General, Don José Miguel Serrano, Coronel, representante de Huidobro, Don Remigio de Yarza, representante del Mariscal de Campo Don José Antonio Torres,—ya había ascendido de grado militar,—Don Ignacio Eizaguirre y Don José Sixto Berduzco, Cura de Tusantla; el valiente entre los valientes Don José Antonio Torres no pudo concurrir personalmente á la Junta, por hallarse imposibilitado por su herida del brazo; pero se comprende la importancia que tenía como jefe insurrecto, desde el momento en que se hizo representar en la junta para deliberar y dar su voto.

También en los primeros días de Agosto el Teniente Coronel Castillo y Bustamante, al frente de una Brigada compuesta de las tres armas, fué á batir al jefe inde-

pendiente Muñiz. El jefe realista aumentó su fuerza con la de Linares y la que guarnecía á Valladolid, dirigiéndose el 6 de Septiembre de 1811 á Acuitzio, para batir á Muñiz que se había hecho fuerte en la loma de San Juan, en la cual tenía 8,000 soldados y algunas piezas de artillería. El 7 del mismo mes, Castillo y Bustamante atacó con brío la posición de los independientes á quienes derrotó y quitó sus cañones. Después de este triunfo se dirigió el vencedor á Pátzcuaro en donde el Mariscal de Campo Don José Antonio Torres y el Padre Navarrete habían reunido mucha gente y veintidós piezas de artillería. Estos jefes insurgentes comprendieron que no sería posible defender la población y resolvieron retirarse á las lomas de Zipinico para disputarle el paso al enemigo. Castillo y Bustamante, de frente y con dos piezas quitadas á Muñiz, y otro jefe realista, ambos con caballería, atacaron á los independientes al amanecer del día 14, con buen éxito, desconcertándolos al grado de obligarlos á ponerse en fuga y abandonar su artillería: en esta acción, el intrépido Don José Antonio Torres se batió como siempre, heróicamente; pero como sus contrarios, por retaguardia, habían sorprendido la batería insurgente, la inutilizaron é introdujeron el desorden en las filas, imposible de contener. El Ayudante del Teniente Coronel Castillo, Agustin Iturbide, persiguió con caballería á los derrotados: fueron hechos prisioneros trescientos insurgentes y fusilados sobre el campo de batalla.

***

El infatigable insurgente Don José Antonio Torres, volvió á los terrenos de sus primeras hazañas, en los que fué batido tenazmente por Negrete; y unas veces vencido y otras vencedor, pues el General Don José de la Cruz,

Intendente de nueva Galicia, cargaba sobre él todas las fuerzas de que podía disponer, casi siempre de las tres armas, no cesaba de hostilizar á los realistas. Torres veía disminuir su tropa, sin por esto sentir desaliento ni dejar de combatir.

A principios de 1812, en los campos de batalla y en el cadalso, habían muerto muchos independientes, entre los que se encontraban Maldonado, Vargas, Rodríguez, Macías, Piña y otros, quedando en pié Torres, quien, como entonces se decía, estaba *acorralado*. El 4 de Abril del mismo año, en Palo Alto, después de una heróica resistencia y ocasionando grandes pérdidas á sus enemigos, fué derrotado y hecho prisionero por la fuerza del Comandante Antonio Merino. Este sanguinario realista, lleno de gozo porque había tenido la suerte de abatir para siempre al temido insurgente, terror de las fuerzas virreinales, rindió el parte de su triunfo en los siguientes términos: "SORPRENDÍ al viejo Torres; lo hice prisionero por haber mandado á la tropa que no lo matase para entregárselo á usted vivo. De toda su chusma que se componía de cuatrocientos, los que no murieron á los filos de las bayonetas, *murieron asados* por haber *quemado* yo las trojes donde se metieron. Quedó todo su armamento en mi poder y toda su remonta; sólo he sacado al sargento Estrada gravemente herido, lo que me ha sido bastante sensible—Dios guarde á Ud. muchos años—Palo Alto, Abril 4 de 1812, á las tres de la mañana.—*José Antonio López.*—Señor Teniente Coronel Don Pedro Celestino Negrete."

Entiéndase bien: ¡por sorpresa! pues de otra manera no hubiera sucumbido el valiente jefe que al frente de mucha ó poca tropa y con grandes ó pequeños elementos, en todo el tiempo que duró con las armas en la mano, nadie, ni amigos ni enemigos, pudo decir que Don

José Antonio Torres estuviera inactivo, ni rehuyera el combate, ni menos que derramara sangre inútil, ni talara, ni incendiara, ni asesinara como con tanta sangre fría lo hacían los enemigos de la Independencia.

¡Con qué impasibilidad se jacta el infame López de haber prendido fuego á las trojes para que murieran quemados centenares de hombres que no tenían más culpa que luchar por hacer independiente á su Patria!

Y hasta parece lógica esa crueldad, pues se quería por el terror, y con torrentes de sangre, apagar la chispa de insurrección que abrasaba todos los pechos mexicanos. El fanatismo veía en todas partes el estandarte que empuñara Hidalgo en el Santuario de Atotonilco, estandarte en que estaba estampada la imagen de la Virgen India, y creía oír las palabras pronunciadas por el anciano Cura en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810: "¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE! ¡MUERA EL MAL GOBIERNO!"

El 11 de Noviembre de 1810, Don José Antonio Torres hizo su entrada triunfal en Guadalajara, y como un sarcasmo de la suerte, entró otra vez en la misma ciudad el 11 de Mayo de 1812, prisionero, atado sobre una carreta, befado é insultado por el menguado Intendente, Brigadier Don José de la Cruz, quien no respetó edad, valor, constancia y honradez del jefe insurgente que había respetado vidas y haciendas de los tiranos de su Patria. Fueron tan viles los vencedores, que intentaron ponerle al anciano vencido un collar de fierro para que tuviera la cara levantada; pero él ofreció darles gusto por no verse reducido á la condición de perro de presa, y no inclinó la cabeza ni un minuto.

La JUNTA DE SEGURIDAD Y BUEN ORDEN fué la encargada de juzgarlo por los delitos (?) de INFIDENCIA, TRAICION AL REY Y A LA PATRIA. Para eterno baldón

de sus jueces, se dan á conocer sus nombres: FRANCISCO ANTONIO VELASCO DE LA VARA, Presidente; ANTONIO DE SOUSA VIENA, MANUEL GARCIA DE QUEVEDO y DOMINGO GARATE, Vocales.

Antes de dar á conocer la sentencia, conviene leer la *Minuta de la inquisitiva que el General Don José de la Cruz mandó á la Junta de seguridad se tomase á Don José Antonio Torres:* "Si recibió alguna prevención de Rayón para enviar diputado para la formación de la pretendida junta nacional; qué instrucciones le dió al nombrado por él; qué correspondencia han tenido con este rebelde desde que se separaron por resultas de la derrota en el Maguey por el Sr. Empáran; si eran frecuentes los correos que recibía, ya cuando Rayón estaba en Zitácuaro, ya después de que entraron las tropas del rey en aquella villa; qué noticias les daba Rayón sobre México, así antes como después de la conspiración; qué personas sabía entraban en ella; cuántas órdenes le despachó cuando el ejército del Sr. Calleja caminaba sobre Zitácuaro, bien para que se incorporase, bien para que hiciese algún otro movimiento; qué avisos le despachó después de que fué deshecha la gavilla por el ejército del rey, y cuáles fueron los proyectos de Rayón en aquellos primeros días, y cuáles han sido después, como también si ha sido frecuente su correspondencia, y si le obedecen como jefe superior dándole parte de todas las ocurrencias."

"Si ha tenido alguna correspondencia con Morelos y cuál ha sido; si Rayón lo estaba con el citado Morelos, y si en la actualidad están unidos y forman un solo cuerpo aunque se hallen divididos; cuáles son sus planes, el estado de sus fuerzas, punto que ocupa cada uno; qué territorio tiene á su partido y cuál el estado presente de las

cosas según las últimas noticias que hayan recibido, y por qué conducto, y si han sido de palabra ó por escrito."

"Quiénes son los principales cabecillas que actualmente tengan reuniones; cuáles son los parajes en que tengan noticias, se hallen establecidos, número de fuerza y armas; si tienen alguna fábrica de fusiles ú otras armas establecida; en qué punto y qué progresos ha hecho hasta ahora."

"Si ha tenido alguna comunicación en esta ciudad, después de su salida por resultas de la batalla de Calderón, y en este caso con qué personas. Si ha recibido noticias directamente desde esta ciudad, por quién; qué personas fueron las principales; con quién trató antes de entrar el 11 de Noviembre de 1810; también las que le daban avisos; si ha recibido en toda la temparada que permaneció en Uruapan, auxilios, ofertas, papeles ó cualquiera otra especie de los pueblos de Zacoalco, Sayula, Zapotlán, Tamazula, Tecalitán, Mazamitla, Teocuitatlán, etc., etc., ó de los pueblos de la laguna de Chapala, así al Norte como al Sur. Igualmente Jiquilpan, Sahuayo, Coxumatlán, Cotija, etc.; de Zamora, Tlasasalca, Tangancícuaro, Chilchota, Paracho, Periban y los Reyes, de Tanguato, Yurécuaro, la Barca, Arandas, Atotonilco, la Piedad y Santana, Pénjamo, León, Lagos, Silao ó Irapuato; de Pátzcuaro y Valladolid, designando aquellas personas á quienes tenía á su partido y que le daban noticias, diciendo el modo con que servía para hacerlos entrar en las poblaciones donde había tropas del rey, y explicando la forma en que llevaba la correspondencia, ó los pretextos de que se servían para entrar: en estos puntos es preciso mucha proligidad y hacerle reflexiones si estuviere negativo."

"Con quién se fué á unir después que perdió la acción de las inmediaciones de Tlasasalca; qué número de gen-

te le quedó; quiénes fueron los cabecillas que estuvieron en ella, los que murieron, y los que quedaron adonde se fueron, pues aunque en aquel momento no lo sabría, es natural que después se lo comunicasen; qué número de gente tiene Albino García; por qué causa se ha peleado éste con Cagigas y los demás; si la orden de deponer á Albino del mando era de Rayón, y á quién se le comunicó; qué nuevo cabecilla llegó con una corta gavilla de las inmediaciones de México á San Francisco Angamacutiro, y qué noticias esparció; quiénes son los cabecillas que había por aquellas inmediaciones; dónde se halla Muñiz, y preguntarle también por Navarrete, que se halla en Zacapo."

"Qué cabecillas estaban con él cuando se le aprehendió, y los que infiere pueden haber muerto en la troxe incendiada."

Por el anterior cuestionario ó interrogatorio tan capcioso á la vez que tan lleno de necedades, se comprende la importancia del ilustre insurgente Don José Antonio Torres, de quien sus jueces no pudieron sacar ninguna revelación comprometedora, pues no se sabe que el Intendente y General Don José de la Cruz hubiera procedido contra nadie por denuncia de Torres.

La discreción y entereza de Torres en sus respuestas y la manera de darlas, aumentaron el encono de Cruz y el despecho de los jueces, y á eso se debe seguramente el rigor de la sentencia, que fué del tenor siguiente:

"Guadalajara, Mayo 12 de mil ochocientos doce. Vista la confesión que José Antonio Torres, uno de los PRIMEROS Y MAS PRINCIPALES cabecillas de la insurrección hace de sus atroces crímenes, á saber: que desde el mes de Octubre de mil ochocientos diez salió de Guanajuato con comisión del perverso apóstata Miguel Hidalgo para venir concitando, como lo ejecutó, á

los pueblos de su tránsito para Colima, planes de Tierra Caliente, Sayula, y Zacoalco, en donde hizo la más cruel carnicería en la juventud inexperta que salió de esta capital á encontrarlo, introduciéndose después en ella en once de Noviembre del mismo año con atrevimiento de apoderarse del real palacio y del gobierno á nombre de aquel malvado y aun sin prévia órden suya, haciendo imprimir y fijando en el mismo día bando de su gobierno con preceptos y comunicaciones, siendo el verdadero origen de los robos, asesinatos y demás atrocidades que en esta respetable capital se cometieron, y de la cual después de las comisiones que dió para la aprehensión de europeos, robos de caudales é invasiones de Colima á los cabecillas su hijo José Antonio y Rafael Arteaga, y para los mismos y más funestos efectos sobre Tepic y San Blas al facineroso Cura Mercado, salió para el puente de Calderón, en donde disperso y fugitivo con la demás canalla, continuó bajo las negras banderas del apóstata para el Saltillo, de donde regresó por muchos y distintos puntos, siempre formando reuniones de malvados, hasta el día cuatro del próximo pasado, en que se logró su aprehensión, con las armas en la mano y de la gavilla, por los ejércitos del rey. Se declara al mencionado José Antonio Torres traidor al rey y á la patria; reo confeso en casi todas las sentadas atrocidades, condenándolo en consecuencia, á ser ARRASTRADO, AHORCADO Y DESCUARTIZADO, con confiscación de todos sus bienes, y que manteniéndose el cadáver en el patíbulo hasta las cinco de la tarde, se baje á esta hora, y conducido á la Plaza Nueva de Venegas, se le corte la cabeza y se fije en el centro de ella sobre un palo alto, descuartizándose allí mismo el cuerpo, y remitiéndose el cuarto del brazo derecho al pueblo de Zacoalco, en donde se fijará sobre un madero elevado; otro en

la horca de la garita de Mexicalcingo de esta ciudad, por donde entró á invadirla; otro en la del Carmen, salida de Tepic y San Blas, y otro en la del bajío de San Pedro, que lo es para el puente de Calderón: que en cada uno de dichos parajes se fije en una tabla el siguiente rótulo: *José Antonio Torres, traidor al rey y á la patria, cabecilla rebelde é invasor de esta capital.* Que pasados cuarenta días se bajen los cuartos, y á inmediaciones de los lugares respectivos en que se hayan puesto, se quemen en llamas vivas de fuego, esparciéndose las cenizas por el aire: que con testimonio de esta sentencia se pase oficio al subdelegado de San Pedro Piedra Gorda, para que teniendo el reo casa propia en aquel pueblo y no habiendo perjuicio de tercero por censo ú otro derecho real sobre ella, la haga derribar inmediatamente y sembrar de sal, dando cuenta con la diligencia correspondiente. Pero antes de procederse á la ejecución de esta sentencia, se pasará al muy ilustre Señor General Don José de la Cruz, para su confirmación ó lo que hubiere lugar, manteniéndose siempre con la mayor reserva la causa, y disponiendo su Señoría sobre ella y sus contenidos lo que tenga por más conveniente. Lo proveyeron y determinaron, así definitivamente juzgando, los señores Presidente y Vocales de la junta de seguridad, y lo firmaron.—*Juan José de Sousa Viena.—Francisco Antonio de Velasco.—Manuel García de Quevedo.—Domingo María de Gárate.*

"Guadalajara, doce de Mayo de mil ochocientos doce. Ejecútese le sentencia."—*José de la Cruz.*

Nó, nunca podrá tener justificación la ferocidad de los realistas Calleja, López Merino, Iturbide y otros que horrorizaron con sus crueldades á los habitantes de Nueva España durante los once años que duró la guerra de Independencia. A la magnanimidad de los jefes insur-

gentes correspondían los defensores de la tiranía con crímenes horripilantes, con venganzas inícuas, con odio que tenía por término la violación de los derechos de la humanidad.

Creyeron ahogar en sangre la insurrección por la libertad, y la sangre enardecía á los defensores de esa idea; y por uno que sucumbía se levantaban diez, y todos con la seguridad de morir en el campo de batalla ó en el patíbulo; pero resignados, porque para ellos no era sacrificio dejar de existir, pues gustosos ofrendaban la vida á la Patria por verla libre y feliz.

La muerte del ilustre caudillo Don José Antonio Torres no intimidó á los defensores de la Independencia, pues se multiplicaron en Nueva Galicia y combatieron sin tregua hasta el fin de la lucha.

¡Gloria al héroe!

D. JOSE MARIANO JIMÉNEZ. *

Gamaliel Arenas.

LOS albores de la libertad habían surgido en el obscuro horizonte político de la llamada Nueva España, prenda preciosa vejatoriamente engarzada por la conquista á la corona ibérica.

A los primeros reflejos de esa aurora redentora en que aparecieron como precursores los genios luminosos de Verdad, Alzate y Talamantes, el sentimiento de patriotismo se había despertado en el corazón de los mexicanos, convirtiéndose en suprema aspiración de independencia que debían sostener en cruenta campaña el heroísmo y el valor de egregios luchadores.

La conquista de México por los españoles tuvo por objeto el punible despojo de intereses materiales, encubriendo su forma atentatoria con el pretexto de cristianización de los indios. Esta dominación como todas las domina-

* No existiendo datos históricos completos relativos á este preclaro Caudillo de la Independencia, hemos tenido que emprender un trabajo verdadero y laborioso para compilarlos, consultando obras y archivos. Sin embargo, debemos sentirnos satisfechos, pues de cuanto se ha publicado respecto á la vida del ilustre Jefe insurgente, nuestro trabajo es quizá el más detallado.

En ayuda nuestra hubimos de contar con las bondadosas indicaciones que se sirviera hacernos el notable historiógrafo Sr. Francisco Sosa, Director de la Biblioteca Nacional de México. Dicho caballero, no obstante sus muchas y constantes atenciones en el alto puesto que merecidamente ocupa, nos proporcionó orientaciones y datos que nos han permitido completar en lo posible, este modesto trabajo.

ciones de la fuerza bruta, produjo humillaciones sin cuento que acumularon odios y recrudecieron prevenciones que tarde ó temprano debían estallar con la furia incontenible de un torbellino aniquilador, resultando que en su afán de destruir las bases de la existencia de un pueblo, contribuía con sus mismos elementos de destrucción al futuro resurgimiento de ese mismo pueblo, que mientras más esclavizado y escarnecido, tenía de levantarse más vigoroso y unido, más potente y homogéneo y con mayores y más arraigados anhelos de libertad y de progreso.

Todos los despotismos han sido y son un absurdo político inherente á la condición de los tiranos; y si su sistema tenebroso es un conjunto de aberraciones y desaciertos, tiene en cambio una sola atingencia: la de abreviar su ruina en sus procedimientos extraños de persecución y de rigor, cooperando de ese modo á dar mayor éxito de triunfo á las ideas que le son antagónicas.

Y tan es verdad esta consecuencia, que el movimiento de insurrección promovido en 1810 por el sublime Grito de Dolores, no sólo fué una terrible protesta contra la ignominia de tres siglos de dominación arbitraria y tiránica ejercida por el nefando derecho de conquista, sino también fué el estallido atronador de los rencores en explosión que engendraran los sufrimientos de la raza vencida; grito de guerra que reclamaba la reivindicación de la Patria y que lanzado con arrojo inaudito por el inmortal Hidalgo, repercutió gloriosamente por todos los ámbitos del territorio soguzgado, inflamando de bélico entusiasmo los espíritus creyentes en la eficacia de la libertad, ante la halagadora perspectiva de dar vida á la nacionalidad mexicana.

Poco antes de que estallara tan magno acontecimiento, vivían en la Ciudad de Guanajuato, capital de la Inten-

dencia del mismo nombre, tres hombres honorables procedentes de distinguidas familias, que radiantes de juventud y de vigor, apuestos y educados, inteligentes y de rara instrucción en aquellos tiempos, se habían identificado por los recuerdos de una sincera y fraternal amistad y por la misma comunión de elevadas ideas y generosos sentimientos que los animaban. Parecía que el destino los había unido en aquel lugar para más tarde transformarlos en héroes.

Uno de estos jóvenes era el caballeroso Don Casimiro Chovell que regenteaba la administración de la acreditada Mina de "La Valenciana," situada á inmediaciones de la ciudad de Guanajuato; otro de estos jóvenes era el probo letrado Don José María Chico, abogado patrono de la expresada negociación minera, y el último, que formaba esta célebre trigonía en que se vinculaban la honradez, el talento y el patriotismo, era el correcto ingeniero de minas Don José Mariano Jiménez, que habiendo terminado su brillante carrera en la Escuela de Minería de la ciudad de México, no hacía mucho que se había radicado en Guanajuato para ejercer su profesión con el carácter de Jefe técnico en la misma empresa de "La Valenciana."

Los tres jóvenes aludidos, en sus familiares confidencias, tenían por tema obligado de sus conversaciones estudiar y discutir acerca del movimiento filosófico y político que en las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX, determinaron las ideas avanzadas de los grandes innovadores europeos, cuyos principios había cristalizado la Revolución francesa en la consagración legislativa de los derechos del hombre, la abolición de los privilegios y la proclamación de la soberanía de los pueblos, como fundamento esencial de los gobiernos. El fermento de estas ideas revolucionarias que echaban por tierra el

antiguo régimen, en consonancia con los principios de ellas emanados, venían á formar un Credo redentor para cambiar el orden de cosas de la envilecida colonia. Y esas ideas y esos principios definidos y aceptados con profunda convicción por hombres pensadores de sano y atrevido criterio, con menosprecio de los anatemas del altar, y las amenazas del trono, fueron la honda y constante preocupación de aquella trinidad de buenos amigos, que alentaban desinteresadamente el noble anhelo de hacer de la patria esclava una patria libre y respetada; y que enardecidos por el fulgor del más puro civismo, esperaban el momento propicio para contribuir con sus esfuerzos y su vida á tan grandiosa y arriesgada empresa.

No es del objeto de este estudio hacer á la vez la merecida apología de los tres patriotas referidos, tan íntimamente ligados en la historia por los servicios que prestaron y la distinguida participación que tuvieron en los primeros acontecimientos de la Guerra de Insurgencia, aunque al tratar de alguno de ellos se impone la necesidad de referirse á los demás.

No pudiendo, con la extensión que deseáramos, ocuparnos á un mismo tiempo de esos tres insignes mexicanos, por estar consagrado este especial trabajo á compilar hasta donde ha sido posible vencer el descuido histórico, los datos diseminados referentes á los hechos y merecimientos del heróico insurgente Don José María Jiménez, ínclito colaborador y firme compañero de infortunio del Padre de la Patria, nos limitamos por ahora, con la honrosa satisfacción de consignar para gloria de ese núcleo de tan esclarecidos varones, que dió impulso y alteza á la Revolución de Independencia, que ésta debió á Don Casimiro Chovell la nueva organización y acertado funcionamiento de la Casa de Moneda, fundiciones de ca-

ñones de artillería y abastecimiento de parque, con que se proveyó al ejército de recursos de boca y guerra; á Don José María Chico, la organización política y administrativa de la Intendencia de Guanajuato y del Gobierno en la Capital de la Nueva Galicia (hoy Estado de Jalisco) en que figuró como Ministro de Gracia y Justicia del Sr. Hidalgo, y por último, á Don José Mariano Jiménez, la dirección técnica en la construcción de artillería, la organización de cuanto trabajo público se emprendió y una decidida y audaz colaboración en todas las empresas arriesgadas, como podrá verse en la narración de los rasgos biográficos, que con los datos y tradiciones que hemos podido recoger, dedicamos á la glorificación de su nombre.

***

La Historia Nacional no ha hecho aún la debida justicia á la memoria del Magnánimo y Gran Insurgente Don José Mariano Jiménez, Ballardo Mexicano por su valor y generosidad, pues si bien es cierto que ha consignado en sus fastos muchas de las gloriosas hazañas del héroe, por requerirlo la narración de los sucesos en que tomó parte, no se ha ocupado de legar á la posteridad sus antecedentes de familia ni dar importancia al carácter distintivo del personaje, y á otros no menos grandiosos episodios de su vida militar y política; antecedentes que yacen perdidos por el descuido, en las evoluciones del tiempo, y hechos que han pasado desapercibidos por estar diseminados en diferentes obras en que apenas se narran con incoherencia y ligereza, cuando debieran formar una brillante cláusula cronológica de épica apología, que diera á conocer en todo su esplendor la magestuosa figura del patricio y la grandeza de sus servicios, siendo,

como fué, uno de nuestros inmortales libertadores. Y es de lamentarse que por esta deficiencia de datos no se haya hecho hasta ahora la biografía completa de este caudillo.

Ninguno de los historiadores refiere la fecha precisa y lugar del nacimiento de Don José Mariano Jiménez, y sólo Don Manuel Muro, que es el que más datos ha recogido, nos dice en su biografía, también incompleta, que nació en la Ciudad de San Luis Potosí en el último tercio del Siglo XVIII. En efecto, ese fué el lugar en que vió el héroe la primera luz y donde en sus tiernos años recibió la instrucción primaria, viniendo después á la Ciudad de México para cursar en la Escuela de Minería la carrera de Ingeniero de Minas que terminó con notable aprovechamiento.

El hecho de que el joven Jiménez hubiera sido objeto de una educación esmerada, tan difícil y tan costosa en aquella época, es una prueba irrefutable que acredita haber sido descendiente de familia acomodada y distinguida.

Terminada su carrera, pasó á ejercerla como Ingeniero técnico de la mina «La Valenciana,» con cuyo motivo se radicó en la Ciudad de Guanajuato y contrajo íntima amistad, como ya se ha dicho, con Don Casimiro Chovell, Administrador de esa negociación, y con el Lic. Don José María Chico, abogado consultor y apoderado de dicha empresa.

En la Ciudad de Guanajuato fué muy estimado por sus bellas prendas personales y entre la buena sociedad ocupaba un lugar de consideración.

Después de algún tiempo se unió con los sagrados vínculos del matrimonio á una hermosa señorita de fina educación, descendiente de una de las principales familias de la expresada ciudad.

Su nuevo estado no le privaba de continuar frecuen-

tando la cariñosa intimidad de sus dos amigos y compañeros de trabajo, con quienes estaba en perfecta comunión de ideas y aspiraciones en el noble propósito de contribuír á la emancipación de la Patria.

Pocos meses llevaba de casado cuando estalló en Dolores el movimiento revolucionario de Independencia.

Desde el momento en que los tres compañeros tuvieron la noticia de ese acontecimiento, se dispusieron á ayudar al señor Hidalgo, á quien se asegura que le escribieron poniéndose á sus órdenes y animándole para que se dirigiera con su ejército á aquella ciudad de su residencia, donde le ofrecían sus servicios y la adquisición de grandes elementos para vigorizar la Revolución.

Al llegar el Sr. Hidalgo á Guanajuato, los tres jóvenes, cumpliendo su palabra, salieron á encontrarle antes de que se rompieran las hostilidades con los realistas, y desde luego quedaron incorporados al ejército, no sin llevar antes un gran número de mineros que el Sr. Chovell, armándolos de picas, barretas y algunas armas, había convertido en batallón. El Sr. Hidalgo recibió á los tres con un cariñoso abrazo y mandó extender á cada uno el nombramiento de Coronel, y debido al patriotismo y febril entusiasmo de los tres noveles luchadores, pronto se captaron las cordiales simpatías de todo el ejército en que se hicieron tan populares como estimados.

En el ataque que emprendió el Sr. Hidalgo al Castillo de Granaditas y en la toma de Guanajuato, prestaron activa cooperación personal, y el Sr. Don Mariano Jiménez reveló por sus disposiciones y arrojo, estar dotado de un genio militar de primer orden.

Ya en posesión el Ejército independiente de la Ciudad de Guanajuato, tanto el Sr. Chovell encargado de organizar y hacer funcionar la Casa de Moneda y fundición de cañones y parque, como el Sr. Chico encargado de la

organización política y administrativa, y el Sr. Jiménez de algunos asuntos públicos de importancia y de la formación de la artillería, se distinguieron por la actividad y eficacia de sus buenos servicios.

Cuando el Sr. Hidalgo resolvió salir de Guanajuato para ir á la Capital de Valladolid (hoy Morelia) encomendó á Don José Mariano Jiménez el mando de la vanguardia, invistiéndolo á la vez con el carácter de Jefe especial de la artillería; y para cumplimiento de ese encargo se puso á sus órdenes una división de ocho mil hombres, con la que emprendió la marcha el 8 de Octubre de 1810, habiendo salido el Sr. Hidalgo dos días después para el mismo punto.

El Sr. Jiménez verificó esta expedición con el mayor orden, no obstante que la masa de hombres que era á su mando, carecía de disciplina y organización; pero la rectitud y energía del jefe sabían suplir esos indispensables fundamentos de la fuerza armada. El día 16 del mismo mes entró á la citada Capital de la entonces Intendencia de Valladolid, sin que se registrara el menor desorden por parte de sus tropas, y al día siguiente llegó el Sr. Hidalgo con el resto del ejército que le acompañaba.

El retorno de Valladolid con dirección al Valle de México, se efectuó de la misma manera, y en Acámbaro, cuando el Sr. Hidalgo fué confirmado en su nombramiento de Generalísimo de América, el Sr. Jiménez fué ascendido á Mariscal.

En la célebre batalla del Monte de las Cruces que tuvo lugar el 30 de Octubre de 1810, el Sr. Jiménez, al mando de una división de tres mil hombres, secundando las órdenes del ya Capitán General Allende, ocupó las principales alturas y desde allí combatió bizarramente á los españoles que se hallaban posesionados de otras mesetas en que hacían maniobrar ventajosamente su arti-

llería; pero debido á las buenas disposiciones y actividad del Sr. Jiménez, con la artillería que puso en acción, inutilizó la del enemigo, lo que mucho desconcertó al Jefe español Don Torcuato Trujillo, pues tras esa acción que produjo el desalojamiento de las mesetas, continuó ganando terreno y atacó hasta su completa destrucción la retaguardia realista; el resultado de cuyo ataque decidió la victoria y valió á Jiménez el ascenso al grado de Teniente General, sobre el mismo campo de batalla.

Después de este triunfo del Ejército independiente, al tratar el Sr. Hidalgo de avanzar sobre la ciudad de México, y queriendo evitar la efusión de sangre, dispuso enviar como parlamentarios á dos comisionados para que trataran con el Virrey la entrega del poder y la ciudad, y esta comisión la confirió á los Sres. Generales Jiménez y Abasolo, quienes en un coche, seguidos de una pequeña escolta y con bandera de parlamento se dirigieron á la ciudad; pero habiendo sido detenidos en Chapultepec por una avanzada realista, enviaron al Virrey el pliego que portaban de parte del Sr. Hidalgo. El Virrey, lejos de dar una contestación, ordenó que se hicieran salir inmediatamente á los parlamentarios, y que en caso de resistirse se les hiciera fuego.

Ya se comprenderá lo delicado y peligroso de esta comisión que pudo agravar la entereza del Sr. Jiménez, ante la insolencia amenazadora del Virrey, pues cuando se le comunicó la orden de éste, tan descortés como imprudente, reprobó con viril indignación la conducta del Virrey, en presencia de los realistas que trasmitieron tal orden, exclamando al retirarse, según refiere la tradición: *"Si el Virrey quiere sangre, habrá sangre, y con ella ahogaremos á nuestros dominadores."*

En el encuentro inesperado que tuvo en Aculco el Ejército insurgente con las fuerzas realistas que traía de San

Luis Potosí el sanguinario General Don Félix María Calleja, y en el que los independientes sufrieron la primera derrota, el General Jiménez se distinguió por su pericia y atrevimiento, habiendo rechazado con los soldados de su mando, dos veces, á una columna enemiga y causándole grandes pérdidas al Ejército realista, que por su disciplina y superioridad en el armamento, fué el vencedor de aquella acción.

La dispersión de gran parte del Ejército independiente y el desaliento y desconcierto que se apoderó de los jefes con motivo de aquella derrota, originó el desacuerdo habido entre el Generalísimo y el Capitán General Allende, quien resolvió separarse del Sr. Hidalgo y dirigirse á Guanajuato, ya para conservar esta plaza conquistada y ya para rehacer al Ejército independiente de las pérdidas que había sufrido.

En aquella retirada para Guanajuato, acompañaron al Sr. Allende los Generales Aldama, Abasolo y Jiménez, haciendo los cuatro la solemne promesa de no separarse, sino en el caso extremo de exigirlo las necesidades de la guerra en bien de la causa que defendían, y obrar siempre de común y unánime acuerdo.

Al llegar á Guanajuato el 13 de Noviembre de 1810, promovieron todos los elementos de reorganización, aumento y equipo del pequeño ejército que llevaron, así como poner en buenas condiciones de defensa la ciudad.

Uno de los trabajos que se impuso el General Jiménez en compañía de su inteligente y antiguo amigo Don Casimiro Chovell, fué minar con barrenos explosivos, diferentes puntos de la Cañada del Marfil que forma el camino para la entrada de la ciudad, con objeto de hacer estallar aquellos puntos al paso de las tropas de Calleja, que en compañía de Manuel Flón, Conde de la Cadena, se dirigía á atacar á los insurgentes en la mencionada ciudad.

Estos trabajos ejecutados sigilosamente se habían llevado á cabo con toda precisión y el resultado no era dudoso, dados los conocimientos de sus experimentados directores; pero debido á una delación, se descubrió el secreto de los barrenos, y al acercarse Calleja, supo substraerse del peligro que le amenazaba y que pudo haber aniquilado las fuerzas de su mando. En efecto, Calleja, al llegar á Guanajuato, tomó diferente camino y comenzó á establecer el sitio de la ciudad. Desde ese momento los independientes, al ver fracasados sus proyectos, tuvieron que suplir con arrojo temerario los medios que faltaban para la defensa de aquella plaza, y comprendiendo que una resistencia prolongada agotaría sus elementos y acabaría por entregarlos á sus enemigos, resolvieron librar una acción casi desesperada á inmediaciones de la ciudad, el 24 de Noviembre del ya citado año de 1810, en cuyo ataque, aunque varias veces les sonrió la victoria, al fin fueron derrotados, y no pudiendo resistir por más tiempo en la ciudad, el General Allende dispuso la retirada del ejército, internándose por el rumbo de la sierra con el fin de dirigirse á Zacatecas ó Guadalajara para unirse con el Sr. Hidalgo, ordenando al mismo tiempo, que el General Jiménez, con una pequeña parte de tropa, hiciera tenaz resistencia á los realistas, entretanto el grueso del ejército se ponía en salvo.

Allende y los demás jefes, con la mayoría de las fuerzas, emprendieron la retirada á las dos de la tarde del mismo día de la derrota, y sólo Jiménez, con un puñado de valientes, se batió con temeridad indescriptible hasta el último momento, dando tiempo á la salvación del ejército. Después de esta estratégica y heróica resistencia que ponía más en relieve el valor y la pericia de aquel esforzado patriota, emprendió también la retirada, siguiendo al ejército, al que se incorporó en la Villa de San Felipe.

***

Don José Ignacio de Allende, que por su categoría de Capitán General era el Jefe superior de aquel ejército, al habérsele incorporado el Teniente General Don José Mariano Jiménez, y sabedor de que San Luis Potosí se había puesto del lado de la causa de la Independencia, reunió en la misma Villa de San Felipe un Consejo de Generales para resolver sobre un meditado plan de campaña, tanto para robustecer los elementos disponibles, uniéndose con el Sr. Hidalgo y el General Don Antonio Torres, en Guadalajara, como para llevar la revolución á las Provincias internas del Norte; plan de seguros resultados porque dividiría la acción de las fuerzas realistas, y aseguraría grandes conquistas de pueblos y ciudades en favor de la insurgencia.

Este plan, después de haber sido serenamente discutido por los jefes del ejército, se aprobó por unanimidad, acordándose igualmente que el Capitán General Allende marchara con la mayoría de las tropas á unirse con el Sr. Hidalgo en Guadalajara, y que al General Jiménez, teniendo en alta estima su valor, patriotismo y dotes de gobierno, se le invistiera de facultades extraordinarias, encomendándole la campaña del Norte y poniendo á sus órdenes una División de mil doscientos hombres para lo cual la Junta le extendió el siguiente despacho, que demuestra la grande confianza que se le tenía en su acrisolada honradez y firmeza de principios:

"Consejo de Generales de los Ejércitos Americanos."

"Por la presente damos comisión bastante á nuestro "Teniente General de los Ejércitos de América, el Ex- "celentísimo Sr. Don José Mariano Jiménez, para que "reuniendo las fuerzas que pueda en San Luis Potosí y

"toda su Provincia, forme Ejército Nacional y adelante las "conquistas hasta la Villa del Saltillo, Nuevo Reino de "León y demás Provincias internas por los rumbos que "más convengan al servicio de la Nación; y mandamos "á todos los Justicias nacionales, Ayuntamientos, Sres. "Curas, Comisionados y Jefes militares, le presten cuantos "auxilios necesite y le reconozcan como á tal Teniente "General y Comisionado de nuestro Consejo de Guerra, "guardándole todos los honores, franquicias y privilegios "que como á tal le corresponden; y esperamos de la leal- "tad y patriotismo de todos los pueblos conquistados, "desempeñen cada uno y todos, sus deberes como co- "rresponde, y que nuestro referido comisionado procura- "rá en todo mantener el buen orden y recta Administra- "ción de Justicia.

"Y para la debida constancia la firmamos en nuestro "Cuartel General de la Villa de San Felipe, á veintinue- "ve de Noviembre de mil ochocientos diez.—Ignacio de "Allende, Capitán General de América.—Juan de Alda- "ma, Teniente General de América.—Joaquín Arias, "Teniente General de América.—José Rafael de Iriarte, "Teniente General de América.—José Joaquín Ximenez "de Ocón, Mariscal de Campo.—Lic. Ignacio de Alda- "ma, Mariscal de Campo y Ministro de Gracia y Justi- "cia.—José Mariano Abasolo, Mariscal de Campo de los "Ejércitos Americanos."

***

A continuación de los acuerdos tomados por el Consejo de Generales y conforme á las especiales instrucciones del Capitán General Don Miguel de Allende, el General Don José Mariano Jiménez tomó el mando de la División que se puso á sus órdenes, en la que iban los

Coroneles Don Juan Bautista Carrasco, Don Luis González Mirecles y Don Luis Malo; y tanto las fuerzas que se reservó el Sr. Allende como las del Sr. Jiménez, salieron juntas de la Villa de San Felipe, separándose á corta distancia, en la hacienda del Molino, de donde el Sr. Allende se dirigió rumbo á Guadalajara y el Sr. Jiménez á San Luis Potosí.

Dejemos al Sr. Allende incorporándose al Sr. Hidalgo, y sigamos la marcha triunfal de nuestro ilustre biografiado, hacia las Provincias del Norte que fueron el teatro de sus más prominentes hazañas.

El héroe potosino á quien debió el movimiento de insurgencia útiles y grandes servicios en el orden político y militar, servicios que debe estimar en todo su alto valer la gratitud nacional, era un hombre extraordinario bajo todos conceptos, pues el ingeniero de minas, distinguido por su ilustración y clara inteligencia, por sus ideas avanzadas y moralizados sentimientos, resultó en los campos de batalla un esforzado adalid, notable por su serenidad de espíritu y rectitud de criterio, por su acierto mesurado en las determinaciones y valor temerario en los peligros, cualidades que dieron realce á su acrisolado patriotismo de que dió tantas y tan evidentes pruebas en su corta, pero brillantísima carrera de invicto caudillo, cuyos merecimientos forman la heráldica de su imperecedera y legítima gloria, que ningún otro con mejores elementos y en más largo período de lucha, hubiera realizado con igual éxito como él supo hacerlo en tiempo tan reducido, en circunstancias tan difíciles y con recursos tan extremadamente exiguos.

El docto historiógrafo Don Francisco Sosa, en sus «Estatuas de la Reforma,» tratando del héroe, nos refiere que su biógrafo Don Manuel Muro hace notar que en aquella época de exaltación y desorden en la que tanto

las fuerzas realistas como las insurgentes entraban á saco á las poblaciones y cometían innumerables atentados y tropelías, el Sr. Jiménez fué sin duda alguna el único jefe que respetó la propiedad y dió toda clase de garantías á las ciudades y pueblos que ocupaba; distinguiéndose igualmente, como ningún otro General, de no haberse envanecido de las amplias facultades que le daba el carácter de su investidura, ni haber abusado en manera alguna de ese mismo poder, pues despreciando toda ostentación aparatosa y ajustando sus actos á la más severa justificación, sin buscar renombre y casi olvidándose de sí mismo, sólo se consagraba al servicio desinteresado de su Patria.

En su expedición llegó á aumentar las fuerzas de su mando á más de dos mil hombres, y era tal su amor al orden y su acatamiento al principio de autoridad, que al llegar á San Luis Potosí el 2 de Diciembre, ciudad sometida al régimen de los independientes, no quiso verificar su entrada sin dar aviso de su nombramiento y solicitar el *pase* de las autoridades allí constituídas, como se acostumbraba para que entraran en las poblaciones las tropas regulares. Esta conducta, que habla muy alto de su moralidad, la observó siempre en todos los pueblos y ciudades que ocupó, manifestándose atento con las autoridades locales, bondadoso con los vecinos y enérgico con sus subalternos por cuanto á la disciplina que tuvo el acierto de implantar entre ellos.

En San Luis Potosí dió organización á la Administración pública, dictando cuantas medidas fueron necesarias para garantizar los intereses de los particulares y asegurar las conquistas de la revolución; y habiéndosele incorporado Fray Gregorio de la Concepción al frente de las tropas y artillería que había sacado de San Luis Potosí al haber sido ocupada antes esta ciudad por el

realista Don Rafael Iriarte, logró formar una respetable División compuesta de siete mil hombres y veintiocho piezas de artillería.

El día 10 de Diciembre salió el Sr. Jiménez rumbo á Matehuala, donde llegó el día 12 y publicó un Bando en el que prevenía se aprehendiese á los emisarios de Napoleón que se presentasen á seducir al pueblo; que se redujese á prisión á los que llamándose falsamente comisionados de los jefes independientes, extorsionaban á los ciudadanos pacíficos, y que se castigara con todo el rigor de las leyes á los soldados que se permitiesen saquear casas y haciendas.

El Sr. Jiménez, después de haber puesto en estado de defensa la plaza de Matehuala, salió de este lugar el 28 de Diciembre con dirección al Saltillo. Entretanto, el realista Don Antonio Cordero, que con una División de tres mil hombres, perfectamente armados y disciplinados, venía del Saltillo con objeto de recuperar la plaza de San Luis Potosí, por orden del General Calleja, había tomado posesión en Aguanueva, lugar á corta distancia del Saltillo, y al tener noticia de que se aproximaba la División del Sr. Jiménez, avanzó hasta un lugar llamado "El Puerto del Carnero," que le proporcionaba demasiadas ventajas para una segura resistencia, y donde se avistaron uno y otro contendientes el día 6 de Enero de 1811.

En esta batalla nuestro biografiado reveló una vez más sus grandes dotes militares y su indiscutible valor.

Antes de entrar á combate dictó las disposiciones convenientes, dividiendo su ejército en tres columnas que atacaran simultánea y vigorosamente, con recio empuje el cañón del puerto y las eminencias que á uno y otro lado cubrían ventajosamente parapetadas las tropas realistas. Después de un activo cañoneo de parte de las fuer-

zas del Sr. Jiménez y cuando éstas habían avanzado hasta ponerse á tiro de fusil de sus contrarios, parte de éstos se dispersaron pasándose á las filas independientes; sin embargo, el combate siguió hasta la completa derrota de los realistas, huyendo vergonzosamente el jefe de éstos hasta la "Estancia de las Mesillas," donde fué aprehendido y llevado como prisionero á presencia del Sr. Jiménez.

Debido á este triunfo de las armas insurgentes en que quedó destruída la División de Don Antonio Cordero, cayendo prisioneros los oficiales, soldados y españoles, comerciantes y propietarios, que emigrados de San Luis Potosí, "El Venado," Matehuala, "Catorce" y "El Cedral," acompañaban á los realistas, y quedando en poder del vencedor todo el armamento y material de guerra de los vencidos, se expeditó el camino para el Saltillo, donde entró victorioso el Sr. Jiménez el día 8 del mismo Enero, sin que una sola ejecución ni el más leve desorden empañaran el brillo de su triunfo.

A este respecto debemos decir que no hay frases bastante elocuentes para encomiar la conducta humanitaria del vencedor, pues cuando los vencidos, según la ley de represalias y prácticas terroríficas establecidas por el estado de guerra debían haber sido sacrificados el mismo día ó el siguiente en que habían sido derrotados, no fué así, y con asombro general, en vez de recibir como lo esperaban la orden de salir al patíbulo, recibieron la visita del mismo General Jiménez, de cuyos labios oyeron conmovidos sinceras palabras de perdón á nombre de la Independencia de la Patria, así como la orden de quedar en absoluta libertad.

Este hecho, rarísimo en aquella sangrienta guerra, es digno de las mayores alabanzas de propios y extraños, y demuestra no sólo la magnanimidad del eminente

caudillo potosino, sino su ardiente celo por dar ileso prestigio á la santa causa que defendía

Si más tarde el invicto insurgente Don Nicolás Bravo se hizo justamente célebre perdonando en San Agustín del Palmar á los españoles prisioneros de Medellín, acción con que, movido de un sentimiento de piedad filial, quiso noblemente vengar el sacrificio de su padre, el General Jiménez, tan grande ó quizá más grande que aquél, merece los aplausos de la posteridad, porque su perdón á los numerosos prisioneros de "El Puerto del Carnero," si bien, inspirado en sentimientos de clemencia, no fué dictado por ningún acto volitivo de afección personal que sugiriera el estado depresivo ó exaltado de su ánimo, sino por el dominio de la razón serena y de la estricta moral que fueran su norma de conducta ante la majestad inmaculada de una idea, resultando de este paralelo que si la acción excepcionalmente generosa de Bravo, es altamente laudable porque tuvo por móvil la grandeza del alma desgarrada del hijo que no quiso manchar con sangre inocente la tumba de su padre, la acción de Jiménez es sublime y en extremo meritoria, porque no sólo perdonó una vez, sino siempre, movido sólo por los impulsos purísimos de su corazón en pro de la honra de la libertad de su Patria.

***

Con la victoria de El Puerto del Carnero, se aseguró la dominación y buen nombre de los independientes en aquellas regiones, pues el llamado "Reino de León," hoy Estado de Nuevo León, se adhirió á la causa de la insurgencia, declarándose en Monterrey, Capital de la Provincia, su Gobernador Don Manuel Santa María, decidido partidario del movimiento independiente.

El General Jiménez dejó en dicha ciudad al Coronel

Carrasco con quinientos hombres y cuatro piezas de artillería; ordenó al Brigadier Arana que ocupase á Monclova y destacó al Coronel Mirecles con doscientos hombres para posesionarse de Parras.

La actividad y acertadas medidas del General Jiménez, hacían cada día extensiva la dominación material y moral de la naciente revolución, tanto en el orden político como militar.

En esta época la dilatada provincia de Texas, que entonces formaba parte de la Nueva España, (cuyo territorio con el de Nuevo México y Alta California, fué arrebatado á México por los Estados Unidos del Norte y motivó la injusta y sangrienta guerra con que aquella nación devastó á nuestro país, primero el año de 1836 y después en 1847 y 1848,) se conmovió también en favor de la Independencia, habiéndose hecho dueño de la Capital, que era San Antonio Béxar, el Capitán de milicias Don Juan Bautista Casas, que se había pasado al partido insurgente, aunque después su carácter ambicioso y cruel coadyuvó á la contra-revolución que se llevó á cabo por el audaz padre Zambrano.

Casas, al haberse hecho de todo el territorio texano, apresó y remitió á Monclova, en calidad de prisioneros, al Gobernador realista de dicha provincia Don Manuel Salcedo y á Don Simón de Herrera, realista también, que había sido Gobernador de Nuevo León.

Tal sería el dominio de la insurgencia en aquellas regiones, que el mismo Don Lucas Alamán, historiador apasionado del partido español, dice en su historia, refiriéndose á este movimiento, que todo el país que se extiende desde San Luis Potosí hasta la entonces frontera de los Estados Unidos, estaba sometida á los partidarios de Hidalgo, sin enemigo alguno que pudiera hacerles resistencia.

En vano fué el propósito del Capitán español Don Juan Manuel de Ochoa, que con algunas tropas de *Provincias internas* se acercó á impedir el progreso de la revolución, en cuya empresa sufrió el más espantoso fracaso, pues sabedor de su marcha el Teniente General Don José Mariano Jiménez, se aprestó con las fuerzas necesarias y salió á su encuentro, y esperándole en el mismo Puerto del Carnero, en que días antes había destrozado á la División de Cabrera, derrotó por completo á las tropas de Ochoa, obligándole á retirarse precipitadamente. En esta vez, por una rara coincidencia, volviéronse á cubrir de gloria las armas independientes, en el mismo lugar que en otra vez habían triunfado de sus enemigos, debido al valor de su esforzado caudillo, con cuya última victoria quedaban destruídas las combinaciones del Plan de campaña propuesto al Virrey por el sanguinario Calleja, para destruír por todos lados la insurgencia, dejando ese hecho de armas abierta á los insurgentes la inmensa Zona del Norte.

Mientras el Sr. Jiménez victorioso en el Norte extendía y prestigiaba la idea revolucionaria, el Sr. Hidalgo, Allende y los caudillos que se habían reunido en Guadalajara, eran derrotados por el funesto Calleja en la batalla del Puente de Calderón el 17 de Enero de 1811, cuyo desastre les hizo huír á Aguascalientes para incorporarse con la División del insurgente Iriarte y de allí á Zacatecas, habiendo tenido lugar en esa marcha la destitución del Sr. Hidalgo del cargo de Generalísimo que asumió el Sr. Allende, quien resolvió dirigirse con los demás jefes y el pequeño ejército de que disponían, á las Provincias del Norte para unirse con el aguerrido Don José Mariano Jiménez.

Después de esta penosa marcha con rumbo al Saltillo, al llegar á Matehuala, se quedó allí el Sr. Hidalgo con los

caudales, equipajes y municiones, y el Sr. Allende avanzó con lo mejor de las fuerzas hacia el Saltillo para auxiliar al Sr. Jiménez, á quien suponía amenazado por el realista Melgares, pero lejos de necesitar refuerzos aquel caudillo, había avanzado hasta el Puerto del Carnero para facilitar la incorporación de los derrotados al ejército de su mando, y reunidos Allende y Jiménez entraron juntos al Saltillo entre las aclamaciones de la multitud, reuniéndose con ellos pocos días después el Sr. Hidalgo y sus demás compañeros. Estando en el Saltillo fué cuando el Virrey les propuso el indulto que Hidalgo y Allende rechazaron con tanta dignidad como valor.

En el caso previsto de una retirada, ya habían comisionado al Mariscal de Campo Don José Ignacio Aldama para que se adelantase como Embajador cerca de los Estados Unidos, y como los elementos para proseguir la campaña no eran bastantes, ante los desastres sufridos con la derrota del Puente de Calderón, pérdida de Zacatecas y otros puntos, comprendieron que con fuerzas superiores y disciplinadas serían atacados y vencidos, peligrando de ese modo la causa de la Independencia, por lo que resolvieron en junta celebrada el día 16 de Marzo, marchar al extremo de la frontera é internarse á los Estados Unidos en solicitud de refugio y de auxilios. Al ser conocida la determinación de esta retirada, aumentó el desaliento que habían causado en las filas independientes las últimas derrotas, y las defecciones se siguieron con el influjo desmoralizador de la contrarrevolución que hacía prosperar el padre Zambrano, lo que obligó á los primeros caudillos á apresurar su traslación á los Estados Unidos. Pensóse entonces á quién dejar investido de la Suprema Autoridad y al frente de los elementos que quedaban; se le propuso el cargo á Abasolo y á Arias, pero ambos no quisieron aceptarlo. Nadie,

pues, se resolvía á recibir aquel mando supremo, al ver abandonado un partido por los que antes habían sido sus primeros sostenedores, y aun el mismo Sr. Jiménez, no por falta de valor, sino por el peso inmenso de responsabilidad que reportaba ese cargo ante la historia, no quiso tampoco aceptarlo, hasta que al fin, un hombre lleno de fé en la causa nacional, se prometió asumir cargo tan difícil y lleno de responsabilidades y peligros: ese hombre ilustre fué el General Don Ignacio López Rayón.

El Gobierno virreinal, entretanto, había movilizado por diversos lugares sus mejores tropas para impedir la salida del país á los jefes independientes y dar el golpe decisivo á las fuerzas que quedaban sosteniendo la revolución; pero antes de que esas combinaciones se realizaran, la execrable traición de Elizondo se adelantó para dar el golpe mortal á los primeros caudillos.

Ya se sabe que el infame traidor Elizondo, por despecho y ambición se pasó á los realistas y en secreto maduró el horrible plan de entregar á nuestros héroes á sus implacables enemigos. Así lo hizo, é ignorando los independientes sus depravados manejos, al recibir aviso de que les encontraría en Acatita de Baján para unirse con ellos, no tuvieron la menor sospecha del lazo que les tendía y salieron tranquilamente del Saltillo, dejando al General Rayón dos mil quinientos hombres que debía ser el núcleo del ejército destinado á continuar la guerra. Elizondo consumó su obra maldita, y en el citado punto de Acatita de Baján, los sorprendió el 21 de Marzo sin que hubieran podido defenderse, pues aunque al llegar al lugar de la sorpresa el último coche en que iban los Generales Jiménez, Arias, Allende y un hijo de éste, que era el joven Don Indalecio, el Sr. Allende disparó su pistola sobre Elizondo. Esta defensa fué impotente, porque habiendo Elizondo mandado hacer fuego, resultando

muerto el hijo de Allende y herido el Sr. Arias que á pocos momentos murió, toda resistencia era inútil.

Los caudillos y jefes que les acompañaban, traicionados y sorprendidos por el infame Elizondo, fueron aprehendidos y maniatados, ultrajados y sin consideración alguna conducidos á pie á Monclova, donde llenos de privaciones y sufrimientos, estuvieron presos hasta el 26 del mismo Marzo en que fueron remitidos á la Ciudad de Chihuahua, donde se les juzgó y mandó fusilar por el Brigadier realista Don Nemesio Salcedo, quien como es sabido, por orden de Calleja mandó cortar las cabezas de los ajusticiados Don Miguel Hidalgo y Costilla, Don José Ignacio Allende, Don Juan Aldama y Don José Mariano Jiménez, el invicto héroe potosino á quien pertenecen estos rasgos biográficos, cuyas venerables cabezas fueron puestas en garfias de fierro en los cuatro ángulos del Castillo de Granaditas, donde permanecieron largo tiempo, hasta que en el 13. º aniversario de la Independencia fueron traídas á México, habiéndose depositado en la cripta del altar de los Reyes de la Catedral, con gran solemnidad, mandándose inscribir sus nombres inmortales con letras de oro, en el Salón de Sesiones del Congreso Nacional.

Respecto á nuestro biografiado, hay que asentar que los cargos que se le hicieron en el apasionado é inícuo proceso que se le formuló, fueron los mismos que al Sr. Hidalgo y al Sr. Allende, habiendo confesado enérgicamente y sin vacilaciones, con firme convicción, haberse levantado en armas contra el Gobierno establecido, y haber hecho cuanto estimó conveniente para lograr la Independencia de la Patria. Esta gran entereza del caudillo potosino, como complemento heróico de sus magníficos servicios, forman el pedestal de su merecida glorificación.

El héroe sublime, sacrificado por los funestos corifeos de la tiranía, dió gustoso y tranquilo su vida por la libertad de la Patria, en unión de sus ilustres compañeros Don José Ignacio de Allende, Don Manuel Santa María y Don Juan Aldama, el 26 de Julio de 1811, desde cuya fecha estos ínclitos varones pasaron á la vida inmortal de la historia, donde sus nombres son venerados por los buenos mexicanos y sus gloriosas hazañas serán un ejemplo de alto patriotismo para la posteridad.

Lic. D. Ignacio López Rayón.

Gregorio Ponce de León.

GRANDEMENTE simpática y gloriosa en grado sumo es la figura del Lic. Ignacio López Rayón, porque su personalidad en los anales de la Historia Patria tiene toda la grandeza de los heroísmos sublimes y la magnitud incomensurable de los patriotas que, no siendo soldados, se trocaron en genios conquistadores de la victoria en medio de los campos de la lucha y de la muerte.

Después de los sacrificios de Chihuahua, cuando Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez hubieron pagado con su vida el crimen santo de la revolución libertadora de 1810, ya no había quien se atreviera á repetir el grito de Dolores, porque Aculco, el Puente de Calderón, Acatita de Baján y los cadalzos de Chihuahua chorreaban aun sangre de héroes y de mártires; de tal manera se hallaban decaídos los ánimos de los insurgentes que supervivían á la traición de Elizondo, que el desaliento era general, y no porque se hubiera amenguado el patriotismo en el corazón de los que aun quedaban en pié, sino porque llegó un momento de tremenda desolación y de infortunio para la Patria.

Y sin embargo, un espíritu gigante se alzó infundiendo valor y fé en el pecho de los independientes: esa alma grande, noble y heróica fué la de Don Ignacio López Rayón, quien fué el sucesor inmediato de los victoriosos en las Cruces y el más activo reorganizador de los derrotados en la Batalla del Puente de Calderón.

La narración de su vida, aun en ligeros apuntes como lo hacemos nosotros, es una epopeya digna de todas las heroicidades y acreedora á la gratitud nacional.

El antiguo asiento de las minas de Tlalpujahua dió abrigo á su cuna, allá por el año de 1773, y él fué también el teatro de sus recreaciones infantiles, hasta que llegado á la edad en que los primeros sueños de amor anuncian el arribo de la juventud, el alma siente anhelos más grandes y nobles ante la perspectiva del porvenir.

El antiguo y glorioso Colegio de San Nicolás, de la entonces Valladolid, hoy Morelia, lo recibió en su seno, y el joven Rayón fué en él un estudiante modelo por su aplicación, aprovechamiento y buena conducta, así como por su carácter de afabilidad para con todos, sin traspasar los límites de la seriedad y buen trato.

Su carrera de abogado la concluyó con grande lucimiento en el de San Ildefonso de la Ciudad de México, donde se estableció hasta que la gravedad de su padre lo llevó de nuevo á la tierra natal.

Muerto el autor de sus días, permaneció en Tlalpujahua dedicado á las minas, y en estos negocios pronto logró adquirir una comodidad desahogada que le permitía el placer de una vida tranquila y honrada, la que no tardó en compartir con otro ser que le hiciera más dulce su existencia, contrayendo matrimonio en Agosto de 1810.

Pero en su alma los sentimientos patrios habían germinado fecundamente, convirtiéndolo en un liberal sincero é inflexible en sus principios; así, cuando Hidalgo

inició el movimiento libertador de Dolores, Rayón clamó en favor de la causa de los sublevados, dirigiendo al pueblo una proclama para justificar como santa la revolución emancipadora de los que se rebelaban contra la dominación de España.

Dióse á conocer como partidario de los independientes escribiendo una carta á Don Antonio Fernández, en la que le proponía un plan para que fueran mejor utilizados los bienes embargados á los españoles, es decir, para que se emplearan en el sostenimiento de la revolución en lugar de malversarlos como se venía haciendo por falta de un criterio director y administrativo.

Fernández consultó esta iniciativa con Hidalgo, quien la aprobó de plano, enviando á Rayón calurosas felicitaciones por su proyecto; mas tales actos de su conducta, nobles y patrióticos, hicieron que el Gobierno Virreinal ordenara su aprehensión, enviando, con tal objeto, un escuadrón en su busca; Rayón pudo escapar á Maravatío para ingresar á las filas de los insurgentes.

Hidalgo lo nombró desde luego su Secretario y con este carácter participó de la victoria valientemente conquistada en el Monte de las Cruces, después de cuyo triunfo regresó con fines particulares á Tlalpujahua, aprovechando esta oportunidad para atraer á sus hermanos á la causa de la Independencia.

Después del desastre de Aculco, Rayón se unió nuevamente á Hidalgo en Valladolid, y más tarde, en el Gobierno provisional que este caudillo organizó en Guadalara, fué él nombrado Secretario de Estado y del Despacho. Ejercía estas altas funciones de Gobierno cuando se dió la batalla de Calderón, de cuyo campo sangriento pudo salvar á costa de mil peligros, la cantidad de trescientos mil pesos, los cuales entregó á la Tesorería del ejército.

Una hora más de permanencia allí, después de aquella derrota, hubiera sido su muerte segura; y así es que se marchó á Aguascalientes venciendo dificultades sin número para salir con bien del campo enemigo, lo cual consiguió con notable astucia. En esta última población se unió á Iriarte que acababa de abandonar violentamente la Plaza de San Luis Potosí con una División de dos mil hombres, más algunos fondos que aumentaron á quinientos mil, los salvados por Rayón.

Aunque sin mando militar alguno, y falto de conocimientos técnicos en asuntos de campaña, su talento y patriotismo eran tales, que parecía ser un instruído soldado, pues sus organizaciones de Chihuahua, reuniendo algunos dispersos que reforzaron las filas de Iriarte, revelan que no se olvidaba de los elementos activos que solían escapar de algún desastre en confusa dispersión y que nuevamente reunidos le servían de más avisados y valientes guerreros.

Luego que hubieron de esta manera aumentado el número de tropas, se pusieron en marcha con rumbo á Zacatecas, ciudad en la que se hallaba un buen auxilio de artillería y en la que les era más fácil la organización de sus fuerzas, á cuyo jefe dejó en esta ciudad, yendo él á establecerse al Saltillo, en tanto que los independientes se unían á Iriarte para continuar su marcha hacia el Norte.

Fué entonces cuando se le confió el mando de Jefe supremo en vista de que sólo él era el único patriota que tenía tales aptitudes, así como el valor y la fuerza moral suficiente para levantar más alta la enseña revolucionaria, antes que el desaliento ahondara sus raíces en el pecho de los que podían aún tomar las armas y lanzarse á los campos de la victoria ó de la muerte, por la emancipación de la patria.

Elevado á esta categoría de supremo gobierno, contó

con la ayuda de Don José María Liceaga, hombre de aptitudes y patriotismo, con quien se dedicó activamente á la organización de las reducidas tropas que habían quedado á sus órdenes, disciplinándolas y equipándolas convenientemente para el mejor éxito en un caso dado. Trabajo era éste al que había consagrado toda su atención y en el que vino á sorprenderlo la dolorosa noticia de los sucesos de Baján, confirmados después por el mismo Iriarte, que fué el único que escapó de las garras de Elizondo, yendo á presentarse á Rayón como un fugitivo cuyos antecedentes y graves sospechas de ser un traidor obligaron á Rayón á someterlo á un consejo de guerra, el cual lo condenó, porque era culpable.

Rayón mandó fusilarlo, y la ejecución de Iriarte no se hizo esperar.

Rayón comunicó á los demás jefes dicha ejecución, y todos la recibieron como un justo castigo impuesto á la deslealtad de un soldado indigno de sus filas y como una muestra del carácter enérgico del jefe que se había propuesto moralizar sus tropas, aún apelando á la dura lección del fusilamiento cuando éste era reclamado por la justicia y el honor militar.

Iriarte había dado ya pruebas vehementes de que estaba en comunicación con el enemigo y de que ayudaba á éste en sus planes; esto lo sabía Allende, quien dejó amplias instrucciones á Rayón para que obrase con todo el rigor que merecía la conducta infame de Iriarte.

Puesto Rayón á la cabeza del movimiento revolucionario, fué el alma de éste, y la magna empresa que habían acometido los mártires de Chihuahua, pronto cobró toda la importancia que merecía y la cual supo dársela con su valor y entereza para ir en pos del enemigo, lanzarse sobre él y vencerlo gloriosamente, devolviendo

así la esperanza á los desalentados patriotas que habían perdido la fé en la victoria.

De espíritu eminentemente organizador, todos sus cuidados y atenciones estaban en el mejor orden con que siempre mantenía sus tropas, haciéndose querer por su buen trato y respetar por su inquebrantable energía.

Dotado de una admirable previsión, nunca se equivocaba en sus proyectos ni llegaba á tener vacilaciones en los momentos supremos en que la serenidad muchas veces huye cediendo su puesto á la torpeza y á los errores de una mala dirección, para dar entrada al fracaso tanto más lamentable como punible.

Esta manera de observar y de calcular tan exactamente sus situaciones, lo hizo pensar en Zacatecas mejor que permanecer en Saltillo, y preparó su salida antes que las tropas de Elizondo, al mando del Teniente Coronel José Manuel de Ochoa, llegaran á sorprenderlo en un lugar que no tenía para él seguridades mayores.

Ochoa se hallaba situado en la Hacienda de la Noria y Rayón evacuó la plaza el 26 de Marzo, tomando el único camino que tenía expedito con una fuerza de tres mil quinientos hombres y veintidos cañones. Pero su salida llegó á conocimiento del jefe realista y éste dió luego providencias para cortarle la retirada, enviando un piquete de soldados al mando del capitán Rivero á la Hacienda de Patos, donde ya estaba otra partida regular para presentar el obstáculo. Ochoa siguió la pista á los independientes hasta darles un alcance hostilizador por la retaguardia, y en Agua Nueva hizo setenta y siete prisioneros.

Rayón comprendió que tal situación no debía prolongarse y resolvió disputarse la victoria con los que le amagaban, seguro de que triunfaría ó moriría con honor en los campos del combate.

Era el cuarto día de su marcha cuando llegó á un paraje denominado el Puerto de Piñones y el cual presentaba un buen campo estratégico para esperar allí al enemigo.

Situó sus tropas al pié de unos cerros y en una altura propia para el caso ordenó sus baterías con el fin de resguardar los flancos de abajo, y él se instaló en la llanura por donde tenía que presentarse el enemigo, es decir, lo esperó frente á frente para medir con él su espada y su valor.

El ataque se dió el día primero de Abril de 1811. Rayón fué duramente acometido por los realistas, quienes pronto se adueñaron de las posiciones de la derecha avanzando hasta el sitio donde estaban los bagajes; pero Rayón, sin desconcertarse, vió aquella pérdida causada á Don José Antonio Torres que era el encargado del punto vencido, y revestirse de un gran valor y arrojarse personalmente con un denuedo tal sobre el sitio que le habían ganado, fué cosa tan violenta como la reconquista de sus posiciones; rehaciéndose de todo lo perdido, restableciendo el combate y causando un gran número de muertos á los contrarios.

Ochoa, rechazado así enérgicamente por la derecha, trató de acometer por la izquierda, pero Don Francisco Rayón y Don Juan Pablo Anaya, le opusieron invencible resistencia, en tanto que la artillería de los independientes cargaba con furia sobre los realistas, destrozándolos valientemente.

Estos, desesperados, huyeron en loca fuga dejando cuatrocientos muertos y en poder del jefe vencendor dos cañones y un buen número de armas.

Tal fué la acción gloriosa de Rayón en el Puerto de Piñones y cuya habilidad estratégica para librarla ha sido reconocida y elogiada hasta por los enemigos de Rayón, es decir, por los falsos historiadores.

Vino después para Rayón un trance doloroso. Su larga jornada á través de inmensos desiertos, sin víveres, sin agua, sin sombra, porque todo era reseco y candente; sol caía de lleno y tostaba sus tropas que iban mermándose día á día, por el hambre y la sed y todas las calamidades que le azotaron durante su travesía.

Tuvo necesidad hasta de quemar parte de sus equipajes; enterrar dos culebrinas y dos cañones por falta de mulas para llevárselas consigo.

Bien es verdad que el enemigo ya no se atrevió á molestarlo, pero las necesidades lo asediaron de tal manera que la tropa siempre contenida por su energía, empezó á insubordinarse á tal grado que el Brigadier Ponce encabezando á otros oficiales, provocó una junta de guerra en la que manifestaron grandes temores por un fracaso ineludible en aquella atrevida y penosa jornada, acordando pedir el indulto, cosa que no contrarió abiertamente Rayón, sino que se dedicó á procurar el alivio de sus soldados.

Al pasar por un desfiladero fueron sorprendidos varios de sus soldados por un destacamento realista, el cual los aprehendió llevándose entre ellos al Coronel Garduño que fué mandado azotar cruelmente por el Comandante Larrainzar, Jefe de los realistas. Este fué después á ocupar la hacienda de San Eustaquio con una buena cantidad de víveres, y apenas tuvo noticia de esto Rayón, envió sobre él al Coronel Juan Pablo Anaya, quien valientemente lo desalojó, tomándole un convoy de víveres y algo de ropa.

Llegó Rayón á este punto y sus tropas pudieron descansar y reparar un poco sus fuerzas. Tuvo Rayón allí un acto severo para el Brigadier Ponce, dándole una bofetada en castigo de sus exigencias por el cumplimiento de lo acordado en la junta; esta acción del General en

Jefe llevó á Ponce hasta la deserción á la cabeza de doscientos soldados que marchaban á la vanguardia del reducido ejército, el cual á duras penas llegó el 11 de Abril á Pozo Hondo, donde descansó dos días.

Desde este punto, Sotomayor, enviado por Rayón, fué á sorprender el Fresnillo, sigilosamente realizando su intento.

Después, en Bañón, adelantó á Don Juan Pablo Anaya y á Don Victor Rosales para que le ayudasen á reconocer la fortificación de Zacatecas, y él fué á situarse con una fuerza de poco más de mil hombres en el Colegio de Misioneros de Guadalupe, no muy distante de la ciudad.

Rosales tropezó con una fuerza enemiga que pudo rechazar de pronto, pero que después, reforzada, se echó sobre él con grande carga; Rayón inmediatamente envió en su auxilio al denodado Torres, quien hizo retroceder á los realistas hasta el punto en que estaban situadas las tropas de Zambrano.

Don José María Liceaga, ayudante de Rayón, y Don Francisco, hermano de éste, intentaron tomar el Cerro de la Bufa para establecer en él un campamento, pero fueron totalmente derrotados, pudiendo escapar solamente tres de esta desgracia: los dos jefes y un soldado. Torres compensó este fracaso sorprendiendo la noche del 14 de Abril el Cerro del Grillo, apoderándose de la artillería, municiones y víveres y de quinientas barras de plata. Zambrano no tuvo más que retirarse á Jerez con los restos de su destrozada fuerza.

Con estos triunfos Rayón se abrió paso libre para Zacatecas el 15 de Abril de 1811. Su éxodo es único en la historia de aquellos tiempos, y á todos ha maravillado la atrevida y notable retirada del Saltillo.

Desde entonces el nombre de Rayón y el de sus va-

lientes é infatigables compañeros de guerra, adquirieron la grandísima importancia de ser temidos y respetados por lo más notable del ejército español.

Zacatecas no tuvo que lamentar desmán alguno de Rayón ni de sus tropas; este caudillo no ordenó más que un fusilamiento, el de un individuo que lo merecía; las vidas y las propiedades fueron para él sagradas, y sólo pidió á los empleados públicos la adhesión al gobierno que se iba á establecer, sin que peligraran en sus intereses.

Era necesario hablar de la organización de un gobierno que representara los derechos de Fernando VII, y convocó á todas las corporaciones de la ciudad á una junta en la que fueron convenidas todas las bases que habían de servir para la formación de un congreso y de las que, firmada por él y por Liceaga, envió una exposición á Calleja, quien dió una contestación insolente y aún tuvo la audacia de arrestar á Don José María Rayón, uno de los encargados de poner en las manos de Calleja la comunicación de los independientes, á quienes ofrecía el indulto con tal que lo aceptaran antes de que él llegara á Zacatecas, para donde iba ya en camino.

Rayón, con estas manifestaciones en favor del prisionero de Francia, no se proponía más que restablecer sus tropas y acondicionarse lo mejor posible para continuar la lucha, pero no era partidario de Fernando VII, aunque el nombre de éste le servía muchas veces para lograr sus intentos.

La Junta de Zitácuaro, de la que fué Presidente, y el manifiesto que dirigió á Morelos después, nos revelan cuáles eran las opiniones y principios políticos de Rayón.

Así es, que en menos de un mes que duró su permanencia en Zacatecas, reorganizó sus tropas, las disciplinó, les dió vestuario, se proveyó de artillería, de municiones

y de carros de transporte; adquirió grandes recursos en metálico; dió trabajo espléndidamente remunerado á muchos obreros, y con toda esta actividad, con toda esta notable inteligencia abandonó la Ciudad de Zacatecas con el fin de internarse en Michoacán cuya topografía y grandes riquezas ofrecen también grandes ventajas para la guerra. Esto lo hacía Rayón, porque hubiera sido una insensatez esperar en Zacatecas á Calleja, superior, muy superior en tropas y en disciplina militar de las mismas.

Se dirigió á Aguascalientes dejando con instrucciones en Zacatecas á Rosales. Calleja supo la retirada de Rayón y del rumbo que seguía y envió al Coronel Don Miguel Emparan para que lo persiguiese tenazmente, en tanto que él seguía sobre Zacatecas donde entró sin resistencia, pues Rosales ni la podía hacer y se rindió solicitando el indulto después de entregar á sus soldados, toda la artillería y armamento, así como una gran cantidad de barras de plata.

Rayón se vió duramente perseguido por Emparan quien logró darle alcance en el rancho del Maguey, donde el caudillo insurgente trató inútilmente de defenderse, pues la superioridad del enemigo lo abrumó á tal grado, que tuvo que desfilar en retirada destruyendo toda la artillería, gran cantidad de municiones, muchos fusiles y perdiendo la mayor parte de los fondos que traía de Zacatecas.

Rayón, con este doloroso descalabro siguió su derrotero hacia la Piedad, hoy de Cabadas, en memoria de uno de sus benefactores; no encontró á ninguno de los que él había convocado en aquel punto y él solo tuvo que luchar para hacerse de algunos elementos de guerra. Pudo reunir doscientos hombres, treinta mil pesos, acopiar armas y hacerse de tres cañones que halló enterrados.

Con esta pequeña fuerza se dirigió á Zamora donde organizó otra más fuerte, de cuatrocientos soldados, y la

que puso al mando de Don José Antonio Torres con órdenes de marchar á Pátzcuaro á reunirse con el Padre Navarrete y Don Manuel Muñiz; pero en la loma de Tinaja, Torres fué asaltado por el Comandante Linares, quien lo hubiera derrotado si no llega oportunamente Rayón á darle auxilio, arrojando al enemigo con grandes pérdidas en su favor. Torres fué herido en un brazo durante la refriega.

Victorioso Rayón en este encuentro, marchó sobre Valladolid con una fuerza de mil quinientos hombres que componían las secciones de él, de Torres, de Navarrete y de Muñiz. La guarnición de esta plaza buscó refugio en las trincheras que Trujillo había mandado construir, y Rayón marchó en seguida á Tiripitío donde distribuyó sus fuerzas por distintos rumbos, yéndose él con una pequeña escolta hacia Zitácuaro en los primeros días de Junio de 1811.

Fué en la heróica Zitácuaro, en ese rincón privilegiado de la tierra michoacana, donde Rayón se vió nuevamente aureolado por la victoria.

Las fuerzas realistas en número muy crecido y formidable trataron de tomarla á viva fuerza, y Rayón esperó el asalto fuera de la Villa. Su plan de señales convenidas para la evolución del combate fué equivocado por Don José María Oviedo, jefe independiente; error que lo llevó al centro de los realistas, quienes lo destrozaron completamente.

Este lamentable incidente hizo que Rayón se replegara á la Villa, seguido tenazmente por los realistas superiores en número á los de Rayón, pero no en artillería, pues éste contaba con tres cañones excelentes quitados á de la Torre, los cuales llevan el nombre cada uno de "El León," "Pelícano" y "El Fuego."

La lucha fué brava durante el día, y llegada la noche,

los realistas aun se hallaban del otro lado del foso profundo que rodeaba á Zitácuaro.

Rayón triunfó en esta vez de Emparan, y su victoria fué la más hermosa venganza con que restañó las grandes heridas que dicho jefe le causara en el rancho del Maguey.

Después de esta memorable y gloriosa defensa de Zitácuaro, Rayón, preocupado grandemente por una mejor y más sólida dirección del movimiento revolucionario, creyó que era llegada la hora de organizar una junta de gobierno de la que dependiesen todos los jefes de la insurrección, para que el impulso que necesitaba el vasto plan de campaña fuera mejor combinado y más vigoroso. Para llegar á este fin se proponía, como en tiempo atrás, ser el alma y la inteligencia de dicha junta, tanto más cuanto estaba en condiciones de no ser atacado por mucho tiempo, pues la atención del gobierno virreinal se hallaba totalmente ocupada por los grandes avances de Morelos en tierra del Sur.

Siguió trabajando en estos propósitos y el día 19 de Agosto de 1811, acordó una acta con su Teniente General Don José María Liceaga, autorizada por Don Joaquín López.

En dicho documento se hacía constar la necesidad de establecer una junta de supremo gobierno para que "regularizara los ejércitos, protegiera la justa causa y libertara á la Patria de la opresión y yugo que había sufrido por espacio de tres siglos."

Después citó á los jefes de más importancia á una junta en la que les dió á conocer dicha acta con el objeto de recoger su voto; todos ellos se adhirieron á ella y al principio que sostenía, y acordaron desde luego hacer el nombramiento correspondiente para la dirección de la

junta, resultando Rayón, Presidente, Liceaga y Don José Sixto Verdusco, Vocales.

No haremos la historia de la junta, porque no es de la índole de una biografía, y sólo diremos que obligados sus miembros á separarse por las exigencias de la guerra, cada uno marchó á tomar nuevamente las armas en defensa de la Patria.

Así lo declararon en una acta solemne que expidieron en Tiripitío, Rayón, Liceaga y Verdusco, después de que el primero había logrado reunir un buen número de los dispersos de Tenango donde sufrió un descalabro.

En seguida Rayón volvió á Sultepec y antes de que la ocuparan los realistas, sacó todos los elementos que allí se habían concentrado y marchó con ellos á Tlalpujahua, donde estableció su Cuartel General.

Pronto su talento y experiencia adquirida en los combates reconocieron en el cerro del Gallo un punto excelente para establecer allí su fortificación, y ayudado por su hermano Ramón, emprendió las obras de defensa con notable acierto. Su actividad y constancia en la lucha, á pesar de los reveses, nunca ceden y siempre se le veía como que recobraba más bríos, más alentador y enérgico, más indomable.

Hecha la fortificación de el Gallo y la de Nadí, cerca de Aculco, realizó una expedición á Huichapan, con el objeto de regularizar algunas secciones que solían desobedecerle y por las cuales fué recibido con todos los honores de su rango y representación.

Allí permaneció hasta el 15 de Octubre de 1812, fecha en que marchó sobre Ixmiquilpan para intimar su rendición, pues la ocupaba el sanguinario Casasola. Estableció el sitio y estrechó de tal manera la plaza, que la victoria hubiera sido de él, á no ser por una violenta determinación de retirada que tomó de improviso, debido al peligro

en que estaba próximo á caer, pues numerosas secciones de realistas se hallaban á dos pasos en marcha sobre él.

Regresó á Huichapan para castigar á los Villagranes por una nueva desobediencia que habían cometido, y allí se vió amenazado por los soldados de éstos que trataban tal vez de aprehenderle ó de matarle. El pudo contenerlos, reprochándoles duramente su bajeza.

Expedición fué ésta muy estéril para sus fines de orden y disciplina, por lo que tuvo que volverse desconsolado á Tlalpujahua, de donde poco después salió en busca de Verdusco para pedirle estricta cuenta por su descabellada empresa de asaltar á Valladolid en condiciones tan desfavorables para él, que no pudieron ser más desgraciados los resultados que obtuvo.

Este objeto lo consiguió Rayón en Pátzcuaro; pero violentamente tuvo que separarse de Verdusco, porque se acercaba una fuerte columna realista, yéndose éste al pueblo de Ario y Rayón á la hacienda de Puruarán.

Poco después partió á Tlalpujahua donde publicó un bando ó proclama justificando su conducta por los cargos que injustamente le hacían Verdusco y Liceaga, á quienes suspendió en sus cargos por haber desconocido su autoridad; declaraba además, comandante general de la provincia de Valladolid, á Don Manuel Muñiz é Intendente de la misma á Don Francisco Solórzano.

Estas acciones de Rayón trajeron, como era nutural, más agriedad en las relaciones que tenía con Verdusco y Liceaga y las cuales quedaron envueltas en una enemistad casi de rivales.

Fué entonces cuando Rayón se puso en contacto con el ilustre patriota Don Andrés Quintana Roo y con la sublime matrona Doña Leona Vicario, de quien recibió importantes auxilios para activar su reorganización.

Pero el Virrey comprendió que era hora opurtuna de atacar á los independientes en Tlalpujahua, y destacó sobre ellos una fuerte división que desde el 2 de Mayo se avistó frente al cerro del Gallo, cuya fortificación resistió fuertemente varios asaltos de los realistas, al mando de Don Ramón Rayón, pues Don Ignacio fué á instalarse con una pequeña escolta á unos cerros cercanos.

Los realistas cortaron el agua de un río y de esta suerte obligaron á los insurgentes á evacuar la plaza en las primeras horas del día 12. Don Ramón siguió el camino de Zitácuaro, inclinándose después hacia el Bajío, y Rayón seguido de algunos batallones, fué á establecer su Cuartel General en Puruarán, adonde llegó el día 22 de Junio de 1813.

Poco tiempo después, como dos meses, se vió obligado á trasladarse á Zacapu, perseguido por García Conde que mandaba fuerzas muy superiores á las de él; pero desgraciadamente y á pesar de que en este último punto se le había unido su hermano Ramón con algunas tropas y buenos elementos de guerra, sufrieron ambos un asalto que les dió el realista Domingo Landázuri y en el que Rayón estuvo en grande peligro de caer prisionero; después de este desastre se retiró con algunos que le siguieron á Tancítaro.

Deshecha la junta de Zitácuaro en virtud de los nombramientos que Morelos hizo para miembros del Congreso de Chilpancingo en las personas de Rayón, Verdusco y Liceaga, el antiguo Presidente de ella fué á incorporarse al Primer Cuerpo Representativo Nacional, en calidad de diputado.

Vienen entonces los tristes desastres de Santa María y Puruarán en Valladolid, y ante ese descalabro tan doloroso que sufrieron las armas insurgentes, los miembros del Congreso de Chilpancingo acordaron confiar el man-

do de Oaxaca, Veracruz, Puebla y la parte septentrional de México, á Rayón, quien partió el 12 de Enero de 1814 dirigiéndose al primero á través de la Mixteca, llegando el día 29 á Huajuapan, donde ordenó á Mier y Terán la organización de un Cuerpo de infantería.

En esta larga expedición fué duramente perseguido por el realista Hevia que sabía aprovecharse de las desavenencias ocurridas entre Rayón y Rosains, hasta el grado de ir resueltamente á combatirle, dirigiéndose á Zongolica en los primeros días de Mayo. Rayón había tomado el camino de Omealco donde levantó trincheras para recibir al enemigo que tanto le asediaba y el cual pronto se avistó frente á sus posiciones en actitud de ataque.

Este se dió el 8 de Mayo de 1814 venciendo en él con valentía y denuedo el General Rayón á una gruesa sección que mandaba el Mayor Miguel Menéndez; pero irritado Hevia por este resultado adverso para sus fuerzas, se puso al frente de toda su división y marchó por el rumbo de la hacienda de Guadalupe sobre Rayón, ocasionando á éste una derrota en la que perdió su artillería y todos los pertrechos de guerra que había logrado reunir con tanto trabajo y celo.

Después de éste suceso resolvió trasladarse á Zacatlán en virtud de que lo llamaba Osorno; emprendió la marcha llegando casi solo. Fué bien recibido por éste y con algunos recelos por parte de la tropa.

Sus dificultades allí fueron grandes para organizar unos seiscientos hombres, establecer una fundición de cañones y proveerse de una maestranza.

Su primer cuidado fué entrar en amistad con los jefes insurgentes de la Huasteca, quienes lo reconocieron como Comandante General de las armas.

Pronto cobró gran ascendiente en Zacatlán, á pesar de los recelos que tenían de él; permaneció algún tiempo en espera de recursos que debían llegar de Puebla para trasladarse al cerro de Cóporo, punto que ocupaba su hermano como un buen lugar para una observación extratégica de las provincias centrales.

Inició algunos arreglos con el "Nuncio Católico" de los Estados Unidos del Norte, los cuales no prosperaron pero que sí hicieron que Calleja se preocupara sobre este punto, por lo que dispuso que una fuerte División al mando de Aguila fuera á combatirlo tenazmente.

En efecto, éste se puso en marcha y después de algunos contratiempos, logró sorprender á Rayón, en Zacatlán, entablándose una corta refriega en la que resultó destrozado el caudillo insurgente, quien acompañado de Bustamante logró escapar del peligro, yéndose de comarca en comarca, huyendo del enemigo hasta San Juan de los Llanos donde resolvieron separarse.

Rayón emprendió una larga travesía por campos enemigos para llegar á Cóporo, después de caminar con grave peligro de caer preso, ciento sesenta leguas en tres días y medio.

A su llegada, su hermano Ramón que tenía el mando, se lo entregó luego quedando él á sus órdenes.

Ambos se consagraron á reforzar la fortificación del cerro y esperar el formidable asalto que habían de intentar los realistas Llano é Iturbide.

El 30 de Enero de 1815 las fuerzas realistas acamparon frente á las posiciones de Cóporo, y el 2 de Febrero Llano mandó romper un vivísimo fuego contra ellos, el cual fué igualmente contestado.

Este jefe realista comprendió que su empresa era casi imposible de realizar y convocó á un consejo de guerra,

el cual acordó algunas medidas de zapa que no dieron resultado. Desesperado por esto Llano, optó por un recurso supremo: dar el asalto á toda costa.

El 3 de Marzo comunicó á Iturbide esta resolución designándole para que llevara á cabo tan atrevido y temerario intento. Iturbide le contestó aceptando y prometiéndole ser eficaz.

Rayón todo lo veía y observaba de tal manera que á cada movimiento del enemigo daba él sus instrucciones para no ser sorprendido.

Era el día 4 de Marzo cuando á las cuatro de la mañana Iturbide quiso realizar su plan de ataque para el asalto; pero rechazado con toda fuerza por los independientes, fueron tantas sus pérdidas que tuvo que retirarse derrotado.

Un nuevo consejo de guerra declaró que eran inexpugnables las posiciones de los independientes, y el día 6 los realistas levantaron el campo llevándose una dolorosa derrota.

La Historia Patria ha consignado en sus páginas inmortales esta gloriosa defensa de Cóporo; como que fué en tierra michoacana, la más brava y heróica resistencia que hicieron los insurgentes.

Retirado el enemigo porque se juzgó impotente y porque destrozado como estaba ya no podía mantenese en el campo de batalla, Rayón desconoció la Junta de Jaujilla que pretendía asumir la responsabilidad legítima del Gobierno.

Poco á poco los indultos y aun las traiciones fueron disminuyendo sus tropas hasta el grado de verse casi solo en las trincheras de Cóporo. No obstante este lamentable abandono en que lo dejaron los suyos, no desmayó, sino antes bien, fué entonces cuando se revistió de más

energía, de más patriotismo y de más valor para sostener su puesto en compañía de su hermano Don Ramón que hasta entonces era otro distinguido y valiente patriota.

Rayón tenía el proyecto de organizar un centro gubernativo, y á efecto de principiar esta tarea abandonó el cerro de Cóporo en Septiembre de 1816 para ir en busca del Comandante José María Vargas, rumbo á Tancítaro, atraer á éste que había tomado parte muy activa en la Junta de Jaujilla y que era á la vez uno de los más importantes guerrilleros del Occidente de Michoacán.

Vargas le hizo una recepción amigable. Lo invitó á visitar el fuerte de Carrizalillo, construído por él, y en todo se mostraba como un amigo compatriota; y sin embargo era un traidor.

Tenía ya convenido su indulto y tal vez pensó entregar á Rayón á los realistas, pues éste quiso salir al día siguiente y Vargas trató de ocultarle los caballos; Rayón, previéndolo todo, lo increpó echándole en cara sus probables intentos, y mostrándose delante de él valiente y decidido, lo amenazó con que los primeros tiros de su defensa serían para él; Vargas, atemorizado, hizo venir luego los caballos y Rayón partió en dirección al Sur perseguido tenazmente hasta las riberas del Balsas.

De paso diremos que Vargas no sólo se indultó, sino que entregó el fuerte de Carrizalillo al Teniente Coronel Don Luis Quintanar, y fué á ingresar en las filas realistas.

Repuesto un tanto Rayón de su reciente fatiga, acometió la empresa de recorrer otra vez la provincia, cruzándola en sentido opuesto, de Sur á Norte, hasta llegar á la laguna de Zacapu; pero en Pátzcuaro fué rechazado por algunas escaramuzas que le formó Linares, y retrocedió hasta Ario.

Más resuelto aún y con más osadía volvió sobre su proyecto y logró entonces pasar á la vista de Pátzcuaro, lle-

gando en Diciembre de 1816 al frente de Jaujilla, con cuyos miembros del Gobierno deseaba ponerse en contacto.

Estaba en este punto cuando tuvo noticia de la capitulación de Cóporo. Fué tanta la indignación que le causó este suceso, que lanzó una proclama en la que hacía severísimos cargos á su hermano Ramón, porque se había rendido. Decía en ella que se podían contar con tantos Cóporos inexpugnables cuantos eran los pechos de los fieles americanos que lo acompañaban.

Le hemos visto llegar al fuerte de Jaujilla á fines de 1816, y hay que decir que su permanencia en este lugar se prolongó más de lo que era de esperarse. Había desconocido la Junta de Gobierno que estaba instalada allí, y su manifiesto censurando enérgicamente la rendición de Cóporo, le creó una situación muy difícil y resolvió internarse con unos cuantos fieles soldados que le seguían, en la región del Sur de Michoacán.

Pronto se vió perseguido, pero tuvo la entereza de rechazar las proposiciones de su esposa que en unión de sus hijos le salió al encuentro en el pueblo de Purungueo, mostrándole un ejemplar de la capitulación de Cóporo, en la que había un artículo que extendía el derecho otorgado á los rendidos, no sólo á ellos, sino también á todos los Rayones.

Don Ignacio no quiso aceptar lo que él mismo había condenado, y siguió su marcha. Sufrió algunos ataques, y por fin, en Zacapuato, el General Bravo lo hizo prisionero por orden de la Junta de Jaujilla.

Rayón y su familia y Don José María su hermano quedaron bien custodiados en la estancia de Patambo.

Hallándose en este punto fueron sorprendidos por el jefe realista Don Juan Antonio de la Cueva y por el Cura de Ayacapixtla Don José Felipe Salazar, que acom-

pañado de treinta dragones, penetraron á la hacienda á las dos y cuarto de la mañana del día 11 de Diciembre del año de 1817; y aunque Rayón, que estaba preso bajo su palabra de honor, pretendió hacer uso de su espada para defenderse, tuvo al fin que rendirse, recomendando únicamente que trataran á su familia con las debidas consideraciones.

De allí fué trasladado á Teloloapam y en seguida á Cuernavaca, donde se dió principio á la causa instruída en su contra, y de la cual resultó condenado á ser pasado por las armas; sentencia que no se llevó á cabo, merced á una gracia real que concedía la vida á todos los prisioneros de guerra, y el 8 de Octubre de 1818 entró en compañía de otros, entre los que se hallaba Bravo, á la cárcel de Corte de la Ciudad de México.

Grandes suplicios y amarguras sufrió en esta reclusión, pues los dolores que le causaban las llagas abiertas por los grillos, lo tenían en un constante martirio; el hambre y la congoja inmensa de su familia que estaba en igual situación de miseria, eran para él un tormento infinito, casi desesperado.

Más de dos años duró su prisión, hasta que en 1820 su causa fué nuevamente agitada con los propósitos de que no se le considerara en el nuevo indulto que favorecía á los reos políticos; pero al fin hubo de alcanzar ser comprendido en éste, y el 15 de Noviembre del mismo fué puesto en libertad, yéndose á radicar á Tacubaya, donde fué establecida sobre él una muy activa y fuerte vigilancia.

Consagróse á la vida privada, dando fin esto á su larga existencia de soldado independiente por la emancipación de México.

Los historiadores de uno y otro partido le hacen algunas inculpaciones que no son de nuestro papel discutir-

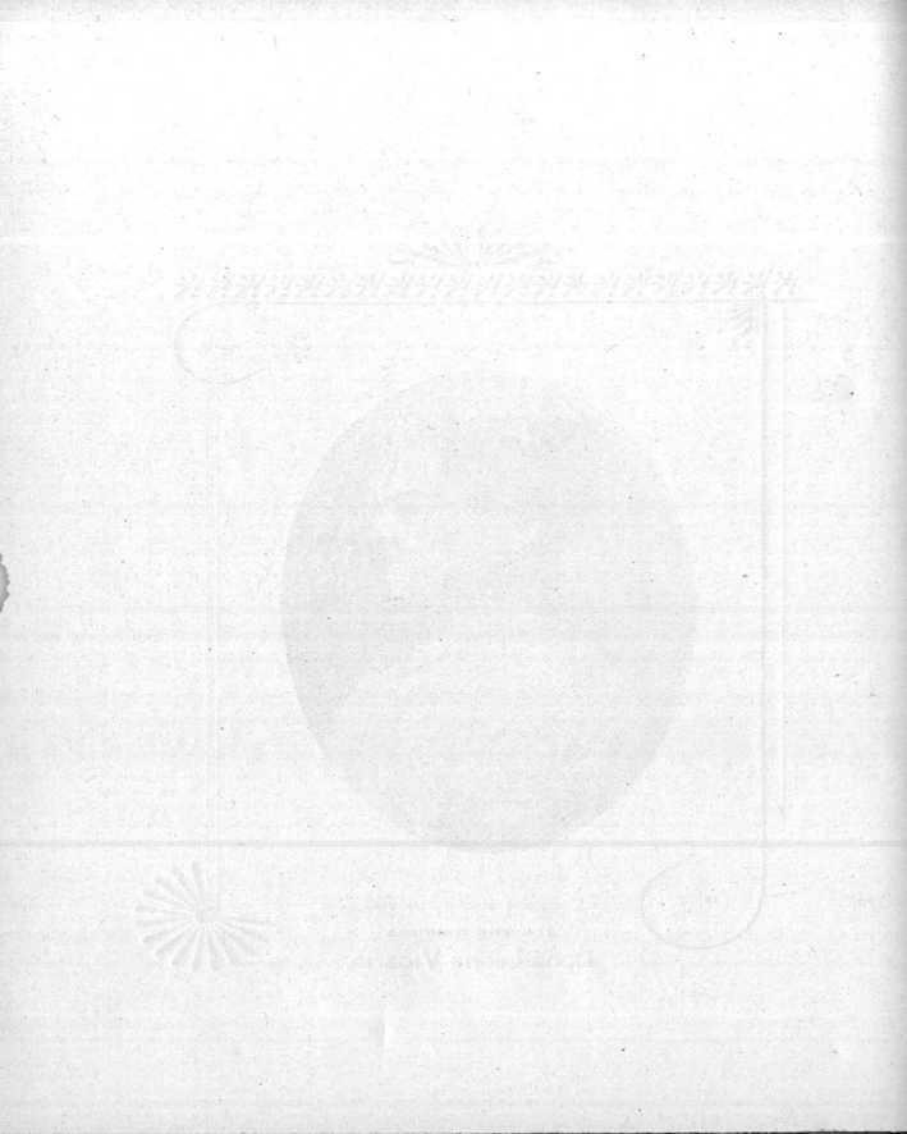
las en estos apuntes biográficos, toda vez que están fundadas en conjeturas, es decir, en la opinión más ó menos probable que tuvieron aquellos al juzgar su personalidad como guerrero y patriota.

Pero de cualquier modo, aun con los defectos que se le imputan, Rayón es una figura grande y sublime por su inquebrantable constancia en la organización de las tropas independientes, por su valor á toda prueba y ¿quién puede negarlo? también por su noble patriotismo.

Los mexicanos debemos estar orgullosos de su memoria, porque es un timbre glorioso para nosotros y para la Patria.

ILUSTRE HEROINA

Doña Leona Vicario.



MARIA LEONA VICARIO.

Gamaliel Arenas.

NINGUNA de las épocas de la Historia Patria es tan fecunda en acontecimientos grandiosos y acciones heróicas como la que comprende la épica Guerra de Independencia.

Desde los preliminares hasta la terminación de esa gloriosa lucha á que se debió la autonomía de la nacionalidad mexicana, se registran un sinnúmero de episodios asombrosos y se destacan figuras de talla colosal, que por la magnitud y significación de sus hazañas sirven de perdurable ejemplo y son la admiración de las generaciones.

Si otros pueblos no han podido en una serie de siglos de continuos esfuerzos hacer su conversión á la libertad, á México le bastó un período de once años de combates para romper las férreas ligaduras de tres centurias de esclavitud, y hacer realizar la omnipotencia que engendra el patriotismo.

Fué la época de los grandes héroes en que se acentúa el carácter psicológico de una generación de genios indomables y batalladores, cuyo valor sólo puede medirse por la inmensidad de su fé en el ideal sublime de la Patria.

El genio que es luz y que es poder, que es inteligencia

creativa y fuerza demoledora, cuando se inspira en la verdad y tiene por norma la justicia, produce obras de estupendos adelantos, que atravesando valladares y venciendo obstáculos, impulsan la vida de los pueblos y marcan con signos indelebles las etapas brillantes de la Historia.

Y como los atributos del genio no se vinculan en sexo determinado, sino en la grandeza del espíritu, no sólo ilustres varones, sino también delicadas y prominentes damas han contribuído con sus proezas á dar esplendoroso lustre al triunfo de nuestra redención política.

¡Qué hermoso y sorprendente espectáculo, y qué consecuencias tan maravillosas tiene en la vida nacional la noble participación de la mujer en las luchas sacrosantas por la libertad!

Esparta y Atenas no fueron tan grandes por el denuedo asombroso de sus guerreros, cuanto por el alto ejemplo de patriotismo de sus célebres mujeres, que no sólo supieron inspirar supremo amor á la patria, sino dar testimonio con sus hechos, de cómo se lucha por su defensa y cómo se muere por su gloria.

La mujer heróica es digna del culto de los mismos héroes; y para comprender de tal culto á ese civismo prominente, hay que tener en consideración dos observaciones, que son á la vez causales determinantes que valorizan los méritos de la mujer patricia: una de ellas se refiere á que siendo naturalmente débil por sus condiciones fisiológicas y muy propensa á flaquezas y frivolidades de la vida común, en las magnas empresas con que se identifica, esplende su alma con la pureza de sus convicciones y da pruebas de una energía y fortaleza moral incalculables que la hacen incorruptible y firme en sus propósitos. La otra consideración, no menos importante, consiste, en que teniendo su trono en el hogar donde radica su misión de paz y de ternura, cuando de ese trono desciende pres-

cindiendo del dulce reposo y los inefables goces de la familia para convertirse en heroína ó sacerdotiza de una idea, es sin duda, porque la causa que abraza tiene la satisfacción de su conciencia; y al consagrar á tal causa sus anhelos más ardientes, la sublimiza con su arrebatador entusiasmo y hace evidente su eficacia con la lucidez de su fé.

Si el heroísmo es una majestad en el hombre, que aun en el infortunio y la muerte lo enaltece, en la mujer es una virtud que la diviniza.

Con sobrada razón nuestra insigne biografiada, la heróica insurgente Doña María Leona Vicario que fué una de esas extraordinarias mujeres glorificadas en la Historia por su singular patriotismo, ha merecido bien de la Patria, por cuyos eminentes servicios que á ésta le prestara, se tributa justa veneración á su memoria y su nombre es pronunciado con cariñosa gratitud por todo buen mexicano.

Hacer el relato de la honorable vida y la apreciación histórica de los merecimientos de tan egregia ciudadana, que ya ha prestigiado la fama y debe inmortalizar la poesía nacional con el canto épico de sonorosas estrofas, es el objeto de la presente narración biográfica, que cábenos la honra de consignar en estas páginas.

*
* *

La esclarecida Patricia mexicana Doña María Leona Vicario, nació en la ciudad de México el día 10 de Abril de 1789, descendiendo de legítimo matrimonio habido entre Don Gaspar Martín Vicario, español originario de la Villa de Ampudia, en Castilla la Vieja, y Doña Camila Fernández de San Salvador y Montiel, natural de la Ciudad de Toluca.

Tanto Don Gaspar como Doña Camila, procedían de

muy honorables familias de quienes heredaron el lustre de sus buenos antecedentes.

Don Gaspar, que al haber venido á la Nueva España, se dedicó afanosamente al comercio, debido á su actividad, honradez y economía, formó un respetable capital, logrando á la vez, por su ilustración y rectitud de principios, acrecentar su prestigio y social estimación que le llevaron á desempeñar distinguidos cargos en el gobierno virreinal.

La niña María Leona fué bautizada á los cinco días de nacida, en la Parroquia de San Miguel de la misma Ciudad de México, habiendo sido su padrino el Lic. Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador y Montiel, hermano legítimo de Doña Camila. (*)

La niña Leona, que así se le llamaba cariñosamente, fué la hija única de aquel feliz matrimonio; y siendo sus padres personas decentes por sus principios y comodidades, así como dotados de buena ilustración y gran moralidad, consagraron sus mayores anhelos en el cuidado y educación esmerada de aquella angelical criatura, que fué el encanto de su hogar y el lazo sagrado que hizo

(*) COPIA DEL ACTA DE BAUTISMO DE DOÑA MARIA LEONA VICARIO.—"En la Ciudad de México, á quince de Abril de mil setecientos ochenta y nueve años, Yo, el Doctor Don Juan Francisco Castañiza (*venia parrochi*), bautizé solemnemente á una infanta que dijeron nació en diez del corriente, á quien puse por nombres: María de la Soledad, Leona, Camila, hija legítima de legítimo matrimonio de Don Gaspar Martín Vicario, natural de la Villa de Ampudia, Corregimiento de Palencia en Castilla la Vieja, vecino del Comercio de esta Corte, familiar de número del Santo Oficio de la Inquisición de este reino, y de Doña Camila Fernández de San Salvador y Montiel, natural de la Ciudad de Señor San Joseph de Toluca; nieta por línea paterna de Don Manuel Martín y Conde y de Doña Engracia Vicario de Iñigo, difuntos, de dicha Villa de Ampudia, y por la materna de Don Casimiro Fernández de San Salvador y el Risco, difunto, natural de la Ciudad de Zacatecas y de Doña Isabel Montiel García de Andrade, natural y vecina de esta Ciudad; fué su padrino el Licenciado Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador y Montiel, Abogado de la Real Audiencia y de su Ilustre Colegio, tío de la baptizada, á quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones que le resultan; y para que en todo tiempo conste, lo firmé.—Bme. Joaquín Sandoval. (rúbrica.)—Dr. Juan Francisco de Castañizo. (rúbrica.)"

más dulces los vínculos indisolubles de tan ejemplar y honrada familia.

En aquellos atrasados tiempos, la educación adolecía de grandes deficiencias, tanto por sus escasos elementos y reducida difusión como por el estado embrionario en que se encontraba, pues si la que se daba al hombre era limitada y defectuosa, la que se refería á la mujer dejaba mucho que desear, y siendo esencialmente religiosa, quedaba reducida á un mal aprendizaje de lectura y escritura, teniendo por fundamento moral la enseñanza de la doctrina cristiana según el catecismo del Padre Ripalda, siguiéndose una serie de prácticas piadosas con su cortejo continuo de ejercicios espirituales, desagravios, confesiones, misas, comuniones, rezos, sermones, ayunos, vigilias y penitencias que daban á la vida de las jóvenes el aspecto de un completo ascetismo conventual en que se enervaban sus facultades, se consumía su organismo y se empequeñecía y atrofiaba la dignidad de su ser llamado por la naturaleza á ser feliz en la vida social. Hay que advertir que si no se enseñaba la aritmética á la mujer, menos otras materias relacionadas á desarrollar y cultivar sus facultades físicas é intelectuales y que son tan importantes para la vida real, cuya omisión de enseñanza debe suponerse que fué hija de la ignorancia de la época.

Sin embargo de ese deplorable atraso que es una de las características más sobresalientes de la dominación colonial, los padres de la niña Leona fueron unos de los muy pocos que con amante solicitud supieron dar á su querida hija una brillante y selecta educación, cuyos afanes resultaron satisfactoriamente correspondidos por las talentosas dotes y suma aplicación de la inteligente y aprovechada educanda que adunaba á sus raras facultades intelectuales que reveló desde sus primeros años una alma

sensible y tierna, rebosante de nobles y bondadosos sentimientos.

No sólo adquirió prodigiosos adelantos en todas las materias que la hicieron verdaderamente ilustrada, sino el arraigamiento de grandes virtudes que supo heredar de la vida ejemplar de sus amados padres, á cuyas virtudes que fueron el complemento de su perfecta educación, normó siempre escrupulosamente su laboriosa vida, en la que resplandeció su rectitud inquebrantable, su religiosidad fervorosa, la nitidez de su decoro y la excelsitud de su genial caridad que le mereció el dictado de bienhechora de sus semejantes.

Efectivamente, á pesar de su rango y de las comodidades que le proporcionaba su desahogada posición y exquisito buen gusto, sin llegar á la exageración ostentosa de la vanidad, supo en todo el período de su vida identificarse con los sufrimientos y dolores ajenos, teniendo especial complacencia en acudir solícita, donde su bondad era reclamada, á remediar necesidades, enjugar lágrimas y curar dolencias de todos los infortunados y afligidos.

***

Leona, siendo ya una joven, pues contaba diez y ocho años de edad, perdió á sus amados padres, muriendo primero Don Gaspar, y poco tiempo después, el 9 de Septiembre de 1807, Doña Camila, quienes, al decir de nuestro eminente bibliógrafo Don Genaro García en la biografía de la misma Leona que acaba de publicar con acopio de interesantes datos, "*debieron de morir tranquilos pensando que su hija quedaba con las armas de la virtud, de la inteligencia y del saber para salir victoriosa en las luchas del mundo.*

Con motivo de la orfandad de Leona, y en virtud de las disposiciones testamentarias de su buena madre, el Lic. Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador y Montiel, digno hermano de la finada y padrino cariñoso de la huérfana, quedó encargado como curador de ésta y administrador de sus bienes hereditarios, cuyo capital ascendía á más de cien mil pesos, suma que entonces constituía una cuantiosa fortuna.

Como hubo de dejarse la casa mortuoria á poco tiempo del fallecimiento de Doña Camila, Don Agustín Pomposo instaló á su ahijada y sobrina en la casa número 19 de la calle de Don Juan Manuel, donde Leona, con el acierto y buen gusto que la distinguió, estableció su amplio y lujoso domicilio, dando con esto muestras de ser una completa señora de casa.

Viviendo allí con su servidumbre, independiente y á la vez bajo el paternal amparo de su tío que ocupaba otro de los departamentos, su vida se deslizó tranquilamente en el gobierno, mejoría y embellecimiento de su nueva casa; en la lectura de obras espirituales de reconocido valer; en el estudio formal de historia patria, ciencias naturales, filosóficas y políticas; en el perfeccionamiento del idioma francés y cultivo de la música, las bellas letras, el dibujo y la pintura, para las que tenía especiales disposiciones; en la práctica de ejercicios piadosos; en recordar incesantemente á sus inolvidables padres por los que hacía continuos sufragios y en practicar los más nobles y desinteresados actos de beneficencia en favor del culto y de los necesitados, sin que por todo esto su espíritu ardiente y elevado dejase de mostrar vivo y palpitante interés en todo lo nuevo y sorprendente que determinaba el movimiento intelectual y político de la época.

En proporción al desarrollo vigoroso de Leona que la hacía pisar, llena de vida y de salud, los floridos pelda-

ños de una juventud venturosa, bajo un cielo constelado de risueñas esperanzas para el porvenir, en ella á la vez crecían la belleza, el talento y la virtud, dones que en su conjunto forman el tesoro más valioso de la mujer y han sido el mejor ornamento de la dama mexicana.

Si ser buena y ser ilustrada son ya bastantes cualidades para que una mujer sea distinguida y estimada, estas cualidades en Leona eran culminantes, y por consiguiente hacían fulgurar con mayor brillantez la graciosa y gentil hermosura con que la había dotado la naturaleza; núcleo de encantos, que si por su propio valer era en extremo interesante, lo hacía más atractivo y subyugador su exquisito trato personal, sus finas maneras, sincera modestia y la energía y franqueza que la caracterizaban.

Por todas estas prestigiosas prendas, fué Leona Vicario una mujer notablemente excepcional, y quizá la más inteligente y culta de las mexicanas de aquellos tiempos.

Hay que hacer aquí una reminiscencia de sus primeros amores por ser éstos una de las páginas del libro de su vida, que dan testimonio de su discreción y acatamiento á las solicitudes de sus mayores por su felicidad.

Viviendo aun su respetable madre, Doña Camila, entre los pretendientes á la codiciada mano de su hija, el preferido de Leona, más bien por estimación personal que por amor, sentimientos que se confundieran en la pureza de su alma, sino es que por compromisos de familia, fué el joven Lic. Don Octaviano Obregón, Oidor honorario de la Real Audiencia y miembro distinguido de una de las familias más opulentas de la Provincia de Guanajuato, radicada entonces en México y emparentada por antecedentes de abolengo con los Condes de la Valenciana. Don Octaviano por estos títulos y particulares cualidades, era persona honorable, pues su padre, Don Ignacio Obregón, poseedor de una inmensa fortuna adquirida en las

minas "La Purísima" y "La Concepción," además de figurar como Coronel de Dragones de la Nueva Galicia y Procurador General, era uno de los íntimos amigos y principal confidente del entonces Virrey Don José de Iturrigaray que vino á la Nueva España en 1803.

Pocos días antes de la muerte de Doña Camila se estipularon y firmaron unas capitulaciones matrimoniales que daban formalidad á las relaciones de Leona y Don Octaviano, y en las cuales capitulaciones se supone que Doña Camila, queriendo asegurar un enlace digno de su hija, no conforme con el solo cuantioso capital de Don Octaviano y de su limitado renombre en el Virreinato, le impusiera á aquel que fuera á España á obtener fama con la adquisición de algún alto cargo.

Así es que, puede decirse, que en estas relaciones oficiales,—sancionadas con las formalidades de la conveniencia social y que por más que las tales capitulaciones garantizaran un compromiso esponsalicio, siempre quedaban en libertad los interesados para cumplirlo, según declaraciones pontificias y jurídicas,—sí hubo afecto que determinara pasajera predilección, acatando la voluntad materna, no puede asegurarse que haya habido el interés intenso del verdadero amor, quizá hasta entonces no sentido por nuestra ilustre biografiada. Por otra parte, las capitulaciones expresadas no pudieron tener efecto, debido á circunstancias imprevistas que determinaron la terminación de esas relaciones.

***

Los acontecimientos políticos ocurridos en mediados del año de 1808 vinieron á tener gran significación en la vida de Doña Leona Vicario.

Sabido es que los llamados criollos, descendientes de la raza europea y de la indígena y que formaban una

gran mayoría, aunque no tan numerosa y abatida como la última, pero sí la de más iniciativa y decisión, eran objeto de vejaciones y menosprecio, no sólo de los españoles y del Gobierno virreinal, sino aun de la misma Metrópoli que nunca atendió sus justas y fundadas quejas elevadas continuamente contra las infamias y expoliaciones de que eran víctimas; y cansados de tanta humillación, sin esperanza de remedio, hubo de surgir entre ellos la idea salvadora de hacerse independientes de sus crueles opresores.

Esta idea generalizada en la conciencia nacional, encarnó en los tres abnegados apóstoles de la libertad mexicana, que fueron el docto Fray Melchor de Talamantes y los honorables Licenciados Don Francisco Primo Verdad y Ramos y Don Francisco de Azcárate y Lezama, quienes contando con el apoyo del mismo Virrey y aprovechándose de la invasión francesa en España, que tenía conmovida á la monarquía con motivo de la cobarde abdicación de Carlos IV y de su hijo Fernando VII en favor de Napoleón, presentaron un proyecto político para independer á la Colonia de la Metrópoli; pero sabedor el partido recalcitrante español, de lo que se trataba, y comprendiendo que cualquier cambio sería un peligro para sus intereses y predominio, pusieron en alarma á los Oidores de la Real Audiencia y consitaron el celo episcopal, so pretexto de velar por los fueros de la Monarquía; mas considerando ineficaces estos recursos, se lanzaron á la rebelión contra la autoridad constituída por su soberano, comisionando á Don Gabriel Yermo, español hacendado, para que con 300 sediciosos compuestos en su mayor parte de peones del mismo, é invocando el nombre del pueblo, consumara el escandaloso movimiento que dió por resultado la deposición de Iturrigaray del cargo de Virrey, la madrugada del 16 de Septiembre de

1808, y la exaltación en lugar de aquel, del anciano y militar español Don Pedro Garibay, hombre torpe y de carácter débil.

Como consecuencia de este sensacional acontecimiento, siguiose una encarnizada y tenaz persecución á los autores de la iniciativa, hasta haber sacrificado á dos de ellos de la manera más cruel, y por consiguiente, se persiguió también á los amigos y partidarios del Virrey destituído, entre los que se encontraba el Coronel Don Ignacio Obregón, que se supone haber sido más tarde una de las víctimas del rencor español.

Estos sucesos hicieron abrir los ojos á los mexicanos, enseñándoles dos importantes lecciones que supieron aprovechar en el porvenir, y fueron: 1.ª, *que cuando se pide con formas políticas lo que se tiene derecho de exigir, no se obtiene sino con el apoyo de la fuerza;* y 2.ª *que el pueblo es soberano y tiene facultad de cambiar á sus autoridades.*

Desde entonces se arraigó con mayor brío en el ánimo del pueblo la aspiración por la Independencia, y se pensó secretamente en organizar una revolución armada para conquistarla.

El Lic. Don Octaviano Obregón, sea por estar amenazado de persecución ó por tener que cumplir con el compromiso que se le impusiera en las capitulaciones matrimoniales, de ir á buscar renombre, emigró á España, donde por su posición y relaciones, obtuvo los honores de Oidor y fué nombrado Diputado á las Cortes Generales, en las que se distinguió muy honrosamente, ya presentando importantes iniciativas con otros Diputados americanos, y ya tomando la palabra en frecuentes ocasiones para denunciar con valentía los abusos de los Virreyes y las iniquidades de los españoles en la Nueva España, pidiendo garantías y derechos para los

criollos; y aunque su gestión nunca fué atendida y le concitó odios y disgustos, fué siempre en dichas Cortes, el defensor atrevido de los intereses de la América; habiendo figurado, por último, entre los Diputados que firmaron la Constitución española de 1812, sin que desde entonces se hubiera vuelto á tener noticia de su persona.

Hay que suponer que debido á tan anormales circunstancias, terminaron las relaciones entre Doña Leona Vicario y Don Octaviano Obregón, pues no existe dato que pudiera afirmar, que otro fuera el motivo de esa terminación.

Entre tanto, nuestra insigne Leona, desde los acontecimientos políticos de 1808 se preocupó seriamente de la suerte de su Patria, y avivándose en ella las simpatías de su generoso corazón á favor de los criollos, que por ser los oprimidos de la tiranía y compatriotas suyos, excitaban el interés de su delicada sensibilidad, natural era que sintiese á la vez, si no odio, que nunca tiene entrada en las grandes almas, sí justa indignación contra los opresores y sus actos de reprobada iniquidad.

Como era tan inteligente y tan buena, tan estudiosa y observadora, apesar de su cariñosa sumisión á la persona de su tío y tutor, de su profundo respeto á las ideas de éste, que era un consumado realista, y no obstante su exaltada pero bien definida religiosidad, no era una fanática obcecada, no era una vulgar creyente que abdicara de su razón para someter su criterio á las exigencias impuestas como dogma por las pasiones ó los errores mundanos. Ella sabía que la Divinidad está muy por encima de las mezquindades de la vida, porque la Divinidad es Sumo Bien y Suma Verdad. De ahí es que su juicioso discernimiento, libre de sugestiones y ajustado á los principios de la más estricta justicia, le hacía conocer y apreciar los hechos y las cosas en su verdadero va-

lor, por lo que aquella fórmula semi-doctrinal, tan hábilmente propagada por los corifeos del trono y el altar, de que: *quien estaba contra el rey estaba contra Dios,* en el concepto de la pensadora Leona no pasaba de ser un grosero sofisma, que servía de pretexto para dar aparente legalidad al despojo atentatorio de la conquista y conservar con impunidad el dominio despótico de los españoles.

***

En el mismo año de 1808 había venido á México á terminar sus estudios de abogado de la Pontificia y Real Universidad, un joven yucateco, natural de Mérida, hijo legítimo de Don Matías Quintana, hombre de gran honorabilidad y notable por su ilustración y tendencias progresistas, y de la respetable Sra. Doña María Ana Roo.

Este joven, que venía precedido de merecida fama por su talento y raras cualidades, así como por los brillantes estudios que había hecho en el Seminario de su ciudad natal, era Don Andrés Quintana Roo, quien al decir de los historiadores y personas que le conocieron, estaba caracterizado por buena presencia personal y natural apostura varonil; faz animada por grandes emociones y mirada expresiva y penetradora; inteligencia privilegiada, profundos conocimientos y una inspiración maravillosa que se revelaban en su fácil, elocuente y cautivadora palabra, firmeza de voluntad y resolución inquebrantable, y como complemento de estas dotes, una honradez acrisolada, un patriotismo inmenso y altos sentimientos humanitarios que le tenían siempre dispuesto para hacer cuantos bienes fueran posibles.

Después de corto tiempo de estudios en la Universidad, en Enero de 1809, obtuvo el grado de Bachiller de Artes, y pocos días despúes el de Cánones conferido por

el Doctor en leyes Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, tío y padrino de Doña Leona, personaje que había sido Rector de aquel Instituto y que por su saber gozaba de estimación y renombre.

Don Andrés, para la práctica de jurisprudencia que debía preceder á su recepción de Licenciado y que tenía que hacer al lado de algún abogado, eligió al mismo Don Agustín Pomposo, quien por conocer y estimar sus cualidades le acogió benévolamente en su bufete, donde Don Andrés conoció y tuvo buena amistad con Don Manuel Fernández de San Salvador, hijo de Don Agustín Pomposo, y con Don Ignacio Aguado, escribiente de éste.

La circunstancia de ser Quintana Roo pasante de derecho del Lic. Don Agustín Pomposo, dió ocasión á que se conociesen y tratasen con frecuencia él y Doña Leona Vicario. Y como ambos eran jóvenes, inteligentes é ilustrados y estaban igualmente animados de los mismos altos sentimientos de virtud y patriotismo, una poderosa corriente de mutua simpatía, acrecentada con el tiempo, terminó por identificarlos con los tiernos vínculos de un amor inmenso, amor idílico y purísimo que alentado por acariciadores y blancos ensueños de felicidad, fundió aquellas ardientes almas en una sola.

¿Debe por esto creerse que Doña Leona haya sido inconsecuente con Don Octaviano Obregón? De ninguna manera: ella, que era símbolo patente de discreción y recato, que estimaba el decoro de su sexo y la honorabilidad de su nombre, no era capaz de la menor inconsecuencia; de ahí que seguía estimando á Don Octaviano, pero la estimación y el amor habían tenido clara definición en su espíritu cuando se encontró con Don Andrés en el camino de la vida; y por otra parte, la ausencia indefinida de Don Octaviano y otras circunstancias que debieron ser fundadas, habían hecho terminar aquellas

relaciones, en las que, si se había interpuesto un noble interés de familia, bien poco había intervenido la ternura del corazón.

Los dulces y tranquilos amores de Don Andrés y Doña Leona inflamaban más cada día sus espíritus con el abrasador incentivo de los mismos ideales y santas aspiraciones por la soñada libertad de la Patria, cuando ocurrió el estallido de la Revolución de Insurgencia acaudillada por el inmortal Hidalgo al proclamar la Independencia en el pueblo de Dolores.

Este acontecimiento, que conmovió hondamente los ánimos de los mexicanos, produjo una explosión de desbordante entusiasmo en los amantes patriotas, hasta el grado de que Doña Leona, animando á Don Andrés, á su primo Don Manuel y al escribiente Don Ignacio Aguado para que se lanzaran á la Revolución, donde la Patria reclamaba sus esfuerzos, decía, con tristeza, sentir no ser hombre para ir á unirse con sus hermanos los insurgentes.

Desde aquel momento, tanto Don Andrés como Doña Leona fueron ardorosos partidarios de aquella sacratísima insurrección, y procuraron, sin detenerse en los obstáculos y peligros consiguientes, ser sus decididos propagadores. El fuego de su amor se convirtió en hoguera de patriotismo.

La naciente Revolución, ya en los brillantes triunfos que alcanzara como en las gloriosas derrotas que sufriera, sostuvo con denuedo el principio liberatorio que había proclamado. Esto bastó para que un huracán enfurecido de pasiones mezquinas y de rencores desenfrenados de los realistas, se desatara desolador contra los independientes. Todos los recursos de la tiranía, desde la religión hasta la infamia, se pusieron en juego para querer aniquilar, hasta en las mismas cabidades ocultas del ce-

rebro, la idea de libertad; y las persecuciones y la muerte sembraron de luto y desolación el territorio patrio.

El terror fué el arma siniestra del despotismo, como la iniquidad ha sido siempre el factor desesperante de las malas causas.

Hidalgo y sus esclarecidos compañeros perecieron heróicamente en el cadalso, pero la Revolución á que dieron vida, ni con ese ni con todos los demás actos de barbarie con que se trataba sofocarla, pudo contenerse en su impetuosa marcha. Lejos de eso; en medio de tanta sangre derramada y por encima de los cadáveres de tantas víctimas sacrificadas, resurgía más imponente y esplendorosa augurando su no lejano triunfo, porque era la suprema aspiración de un pueblo resuelto á romper las cadenas de su esclavitud.

Morelos había enarbolado en el Sur el estandarte de Hidalgo, y como un predestinado para la victoria, al trocar los ornamentos sacerdotales por los arreos del Caudillo, había resultado un genio militar de primer orden. Su valor asombroso, su inconmensurable patriotismo y su espíritu eminentemente democrático, dieron una nueva faz y organización definida á las tendencias políticas de la Insurgencia.

Don Andrés Quintana Roo había dispuesto marchar á la Revolución después de haberse unido en matrimonio con Doña Leona, pero como se opusiera á tal enlace el severo tutor y tío de ésta, Don Agustín Pomposo, por haber comprendido que su pasante era simpatizador de los independientes y *sospechoso de ideas subversivas contrarias al régimen monárquico* del que Don Agustín era fidelísimo partidario, Don Andrés, se apresuró á lanzarse á las filas de los insurgentes.

En efecto, á mediados de 1812, fué á unirse con el invicto Morelos que combatía entonces en Oaxaca contra

los realistas, y desde esa época Don Andrés Quintana Roo comenzó á prestar grandes servicios, ya en el "Semanario Político Americano" que publicaba y que tanta importancia y prestigio dió á la Revolución, ya en la Junta Suprema de la Nación que organizó y dirigió para concentrar y hacer respetable la soberanía popular en que fundó el principio de autoridad, y ya en fin, en una dilatada serie de trascendentales labores, en que siempre culminaron la supremacía de su talento y su alto y desinteresado patriotismo.

***

Lanzado Don Andrés Quintana Roo al campo de la Insurgencia y secundado por Don Manuel Fernández de San Salvador y Don Ignacio Aguado, debido á las patrióticas y entusiastas insinuaciones de Doña Leona Vicario, que ya había hecho su completa consagración á la Patria, condensando en ella sin temores ni vacilaciones todos sus afectos y desvelos; y que substrayéndose á la vigilancia de su tío, desde el Grito de Dolores se había puesto en comunicación con los principales caudillos para alentarlos en su perseverancia y valor, á fin de que no desmayaran de su grandiosa empresa, continuó dedicándose cada día con mayor empeño, en contribuír de manera franca y decidida, sin detenerse en dificultades ni sacrificios y por cuantos medios estaban á su alcance, al eficaz fomento de la Revolución.

Tras el fatal desastre del fusilamiento de Hidalgo y sus principales compañeros, que tanto pánico y desaliento infundió entre los patriotas, las crueldades de los realistas se recrudecieron pavorosamente contra los insurgentes dispersos, á quienes, para desprestigiarlos, se hacía aparecer con los colores más sombríos como *bandidos sedientos de sangre y de rapiña; apóstatas, herejes*

y furiosos sacrílegos que todo destruían y profanaban, y contra cuyos *monstruos de maldad y barbarie*, por un lado el poder virreinal no se detenía en poner en práctica cuantas medidas atroces creía convenientes, y por otro, el poder espiritual de la Iglesia, fulminaba anatemas y lanzaba excomuniones para lograr su exterminio y la de sus simpatizadores, conminando con severos castigos á las mismas familias de los comprometidos, para que hicieran la delación de sus deudos; acto que encomiaban Doctores y Prelados como plausible y meritorio ante Dios.

Desgraciados tiempos aquellos en que logrando el terror amedrentar y desunir á las clases sociales, se imponen las ambiciones de los déspotas sobre los grandes intereses de los pueblos; entonces el mayor de los crímenes es el amor á la Patria, y todos los delitos y todas las maldades se conceptúan como virtudes cuando están al servicio de la tiranía. Felizmente estos períodos de degradación son transitorios, porque tarde ó temprano el derecho y la justicia prevalecen contra los enemigos de la humanidad.

Doña Leona Vicario, que había obligado á que se sacrificaran por la Patria los seres amados de su corazón, sin entregarse á sentimentalismos pueriles, propios de su sexo; sin preocuparse de los innumerables peligros que la rodeaban; despreciando las medidas terroríficas de los realistas, cuyo rigor amenazante podía caer en un momento dado sobre su cabeza, y sin tener en cuenta los anatemas de su religión que la cerraban las puertas del cielo; intrépida é impasible, majestuosamente serena é impertérritamente decidida, en medio del desaliento de los débiles y de la cobardía de los tránsfugas; cuando todo parecía conjurarse contra la causa de la Independencia, ella sólo tenía una creencia que conciliaba con su

piedad ferviente; sólo intentaba un ideal, tan puro y santo como la abnegación de su alma: la Patria, la esclavizada Patria, cuya libertad era el objeto venerado de sus infinitos anhelos.

Esta mujer fuerte y magnánima, que sin miramientos á su rango y posición, sin consideraciones de familia ni engreimiento de intereses, todo lo sacrificó por ayudar al triunfo de la Independencia, desafiaba á cada instante nuevos y formidables peligros, sin que nada pudiera esperar de la Revolución, si no era la seguridad irremisible de la prisión ó de la muerte.

¿Necesitó acaso para llegar al heroísmo haberse armado como Juana de Arco, del yelmo y de la espada del guerrero, para ir á combatir á los enemigos de su Patria en el campo de batalla?

No, en verdad; porque hay servicios tan superiores como los que puede prestar en la guerra un denodado combatiente, sin que por esto sea menor el peligro á que se expone el que los ejecuta; y los de Doña Leona Vicario, fueron precisamente de esa alteza.

Ella, pues, alentaba con sus relaciones patrióticas á los Jefes insurgentes, remitiéndoles proclamas contra el Poder colonial, armas y recursos de su propio peculio y dándoles cuantas noticias importantes eran necesarias para ponerlos al corriente de cuanto pudiera interesarles, así como de los proyectos de los realistas, con lo que les evitó muchas sorpresas y derrotas; ella amaba y protegía á cuantos jóvenes animosos y varones útiles podía enviar á engrosar las filas insurgentes; ella se encargaba de velar y sostener cuidadosamente á los insurgentes presos, á sus familias y á las de los varones que mandaba á la guerra; ella establecía, sostenía y dirigía con suma habilidad un activo servicio de correos entre los patriotas luchadores y los que trabajaban por la Independencia en

la Capital, entre cuya correspondencia en que usaba signos de una clave que había inventado y se ponía como seudónimo el nombre de "Enriqueta," aunque algunas veces escribía á su prometido Don Andrés, no era para tratarle de sus amores, sino para exhortarlo á que no desmayara en luchar por la Patria, En fin, ella con su genio audaz y previsor, sedujo á los mejores armeros vizcaínos que trabajaban en la maestranza del Virreinado, y proveyéndolos de los elementos necesarios y encargándose del sostenimiento de sus familias, los envió al Campo del Gallo de Tlalpujahua para que fabricaran lanzas, espadas, fusiles y cañones, á la vez que las municiones necesarias, con lo que dotó á los insurgentes de armamento de que carecían y que les era indispensable para continuar la guerra.

Esta labor sostenida desde 1810 hasta 1813, con multitud de detalles que testifican la abnegación de su patriotismo, minoró considerablemente su fortuna pecuniaria, hasta tener que reducir su servidumbre y vender en lo privado, para no hacerse sospechosa ante su tutor y tío, alhajas y muebles, á fin de atender á los gastos crecientes que demandaba la misión que se había impuesto.

Los Jefes independientes estimaban en alto grado todos esos importantes servicios, y admirando su patriotismo y liberalidad, le prodigaban merecidos y cariñosos encomios en su correspondencia, á tal grado, que en homenaje á sus merecimientos, le dedicaron las primeras monedas de oro y plata que se acuñaron en el Sur. (*)

* * *

Sin embargo de las precauciones que tomaba en la sobrehumana actividad de sus servicios, sucedió un día, el

(*) Biografía de Leona Vicario por Don Genaro García, refiriéndose á un artículo biográfico de la misma heroína, publicado en el calendario del Pensador Mexicano, correspondiente al año de 1825.

25 de Febrero de 1813, que uno de sus correos llamado Mariano Salazar, yendo para Tlalpujahua con correspondencia que le remitía al Jefe insurgente Don Miguel Gallardo, fué sorprendido y apresado por el entonces capitán realista Don Anastasio Bustamante, (que después fué Presidente de la República), quien lo remitió á disposición del Virrey, y éste consignó el caso á la Junta de Seguridad y Buen Orden, creada para juzgar á los insurgentes y que ejercía un poder "arbitrario y odioso" con punible violación de las leyes vigentes y conculcando todo principio de justicia. Esta excecrable Junta, según los historiadores, tenía semejanza en sus procedimientos al Comité de Salud Pública, creado por el partido del terror de la Revolución francesa.

La Junta de Seguridad, con los datos recogidos y las declaraciones del correo Salazar, halló por comprobada la culpabilidad de Doña Leona, y el 1. º de Marzo procedió ocurrir al domicilio de ésta para dar principio á las diligencias procesales, poniendo desde luego en acción el elemento de espionaje de que disponía.

Como Doña Leona era tan buena patriota como fervorosa cristiana, aunque nunca hizo aprecio de las excomuniones, el día anterior, 28 de Febrero, fué á oír su acostumbrada misa á la Iglesia de la Profesa, en compañía de sus amigas las Sritas. Doña Francisca y Doña Mariana Fernández. Al salir de este acto piadoso le ocurrió ir á dar una vuelta por la Alameda, y en el tránsito la detuvo una mujer desconocida y entregándola un papel que leyó discretamente, le refirió en secreto que su correo Salazar estaba en la cárcel y que las autoridades la buscaban á ella para aprehenderla. Sin revelar su interior emoción, porque su presencia de ánimo era incomparable, siguió Doña Leona su paseo, pero comprendiendo el peligro que la amenazaba trató de salvarse y

determinó huír para irse á incorporar con los insurgentes, sin preocuparse de otros peligros no menos graves que le esperaban en una difícil y penosa peregrinación por lugares desconocidos, sin recursos ni tener un apoyo varonil que pudiera servirle de amparo y de guía. Ella se bastaba á sí misma, porque era valerosa y resuelta; y con la tranquilidad de conciencia, del que huye no por haber delinquido, sino por substraerse á la injusticia de los hombres, ocultando su propósito á sus amigas para no alarmarlas, con pretexto de ir á una jamaica, se dirigió con ellas en un coche de alquiler, rumbo á Tacuba, pero con órdenes reservadas al cochero de que la condujera á un pueblecillo de indígenas, llamado San Juanico, y que está inmediato. De San Juanico, donde aclaró á sus compañeras lo que pasaba, se encaminó á pié al pueblecillo cercano de San Joaquín, donde se le unieron sus criados que había mandado llamar para salvarlos de que fueran presos al no dar la autoridad con ella. En San Joaquín permaneció tres días, pasando las noches en diferentes jacales y sufriendo las consiguientes incomodidades y falta de hospitalidad de aquellos habitantes, que la desechaban, al comprender que iba fugitiva.

Con el fin de seguir la ruta de Tlalpujahua, se dirigió á pié con sus compañeros y un indio de guía, por entre cerros escabrosos y malos caminos á Huisquilucan, pueblo también miserable y de habitantes indolentes, donde por lo angustioso de la expedición, malos alimentos y falta de reposo, cayó enferma, careciendo hasta de lo más necesario. Estas penalidades no le amedrentaron; esperó tranquila reponerse para seguir adelante, y entre tanto escribió á sus amigos los insurgentes de Tlalpujahua que viniesen por ella. Los patriotas acampados en aquel lugar, que estimaban bastante á Doña Leona y conocían la magnitud de sus servicios, acogieron con entu-

siasmo su deseo, y tratando de proclamarla "Infanta de la América," se apresuraron á ir por ella con una fuerte escolta para custodiarla; mas al llegar á Huisquilucan, ya no la encontraron, porque un día antes se había regresado á México, por la causa que en seguida se explica.

La desusada ausencia de Doña Leona y la noticia de que era buscada por la Junta de seguridad, pusieron en alarmante inquietud á su tío Don Agustín Pomposo. Entonces se efectuó una reacción en el intransigente realista: el cariño de su sobrina (á quien amaba entrañablemente) hizo latir con ternura de padre las fibras de su viejo pero sensible corazón; y olvidándose de todo, sólo pensó en encontrarla y salvarla. El, su hermano Don Fernando y su primo el Lic. Don Juan Ruiz y Guzmán, se movieron con actividad prodigiosa promoviendo todas las influencias y elementos con que contaban, ya para descubrir el paradero de la fugitiva, como para asegurar su vida y su libertad por medio de un indulto que consiguieron del Virrey.

No fué difícil dar con el paradero de Doña Leona á los emisarios que se enviaron en su busca por diferentes rumbos, y entonces Don Agustín Pomposo comisionó á Don Antonio del Río para que fuese por ella, llevándole el indulto con una carta del mismo Don Agustín Pomposo y otra del célebre Padre Sartorio, gran orador sagrado y notable publicista, varón venerado por su talento y virtudes cuyo prestigio le hacía ser considerado por el mismo Gobierno, apesar de haberse manifestado alguna vez adicto á las ideas de Independencia, y persona á quien amaba y respetaba Doña Leona.

Don Antonio del Río, al llegar á Huisquilucan, encontró á Doña Leona bastante enferma y en la más dolorosa situación de miseria. Apesar de estas calamidades que anonadan á las almas pequeñas, no se doblegaba la en-

tereza de aquella gran mujer, pues sabedora de la misión de Don Antonio, manifestó su resolución de no volver á México, ni menos aceptar el indulto que se le ofrecía, en que tenía que abjurar de sus principios y renegar de su conciencia, cuya pureza era el trasunto del amor á la Patria. Esta resistencia obligó á su tío Don Juan Ruiz y Guzmán á ir personalmente á Huisquilucan para disuadirla y asegurarla que podía regresar tranquilamente á México, sin que se le molestara ni se le exigiera ninguna condición. Con tal seguridad, y puesto que no tenía que aceptar un indulto que su patriotismo rechazaba, "ignorando que el insurgente que no admitía el indulto quedaba sujeto á proceso," se decidió volver á la Capital, cuyo regreso, por estar enferma, dilató algunos días.

Al llegar á su casa, se encontró con que ésta había sido robada, y aunque su tutor trataba de perseguir á los ladrones, ella se opuso, porque su alma, toda bondad, jamás podía tolerar un perjuicio, ni aun á aquellos que le hacían mal.

***

Todas las gestiones de Don Agustín Pomposo y de sus parientes Don Fernando y Don Juan, fueron impotentes para salvar á Doña Leona, pues como había desechado el indulto, el proceso que se le había abierto tenía que seguir adelante, y por consiguiente, á ella tenían que ponerla rigurosamente presa en la cárcel de la Real Junta de Seguridad.

En tan irremediable situación, Don Agustín Pomposo, obligado por las apremiantes circunstancias,—no pudiendo creerse que amando á Doña Leona con el afecto de un padre, fuese tan desnaturalizado por sus ideas realistas, hasta el grado de entregarla despiadadamente en manos de sus enemigos,—debe inferirse, que para evitar que

la llevasen á la cárcel pública, prefirió él mismo recluírla en un colegio, alentando la esperanza de salvarla, lugar que de pronto le sirviera de prisión, pero sin la afrenta ni las penalidades de la verdadera cárcel.

Así fué, y á los pocos días de haber regresado Doña Leona á la Capital, el 13 de Marzo del citado año de 1813, su tutor la condujo en un coche al Colegio de Belem, llamado vulgarmente *de las mochas*, donde quedó como "reclusa forzada," á disposición de la Junta de Seguridad.

Este Tribunal, que por conducto de su Juez Comisionado, Don José Ignacio Berazueta, había seguido los procedimientos de la causa, dictando órdenes de confiscación de los bienes de Doña Leona, al quedar enterado de la clausura de ésta, ordenó al Director del Colegio de Belem, Inquisidor Don Matías Monteagudo, no se permitiera la salida á la reclusa, con la severa consigna que se transmitió á la prepósita y cuidanderas del Establecimiento, de que se le vigilase constante y escrupulosamente y no se le dejara comunicar ni con las mismas colegialas.

Después de que el Juez hizo declarar á las amigas y servidumbre de Doña Leona y á otras personas que juzgó sospechosas, sin conseguir con esto aclarar las relaciones de aquella con los insurgentes, y de haber hecho una detenida inspección en el domicilio de la misma, recogiendo cuantos papeles encontró, se instaló en una pieza reservada del Colegio, asociado del Escribano Receptor Don Julián Roldán, para tomar las declaraciones y hacer los cargos correspondientes á Doña Leona.

Si en el acto imponente de comparecer ante un Tribunal se sobrecoge el ánimo de inexplicable y temeroso recelo, aunque se lleve la convicción de la inocencia, y eso tratándose de estos tiempos en que se goza de más

garantías, ¿qué se dirá de aquellos en que el Tribunal era el pretorio de la tiranía; la Magistratura, una guardia palatina sujeta á consigna; la Justicia, un pretexto de partido para sancionar atentados, y los Jueces, hombres venales y apasionados de quienes sólo había que esperar una evidente é inapelable condenación?

Y si los hombres de más esforzado espíritu, como pasó con muchos de los mismos héroes, han sentido abatimiento ante la implacable severidad de los Jueces, ¿qué podría esperarse de una débil mujer, por lo natural más fácilmente temerosa, mirándose privada de libertad, aislada de los suyos, abandonada á su propia suerte ante las formas aparatosas de un proceso inicuo, teniendo por perspectiva en la inutilidad de su defensa, la calumnia solapada, quizá la terrible tortura, y los anatemas de su religión como precedentes aterradores de una muerte infamante y segura.

Pero la heróica Doña Leona no se amedrentó ni por un momento ante su juez; estoicamente valerosa y dignamente altiva, inteligente y serena en todos los complicados actos del proceso, conservó su inmutable firmeza de ánimo; y si bien, ante la evidencia de las cartas que la condenaban no negó su participación directa en la correspondencia con los insurgentes, que hábilmente supo sostener como de simple amistad, (habiendo la circunstancia de que los nombres que en las cartas constaban eran seudónimos,) tuvo la grandeza sublime de asumir para ella sola toda responsabilidad, antes que haber delatado á ninguno de los comprometidos en la Revolución.

No valieron las instigaciones comprometedoras de familia; ni las argucias, ni los halagos, ni las reconvenciones y amenazas de sus jueces para hacerla descender de su entereza y conseguir, si no *una delación de sus cómplices*, siquiera una vacilación de temor.

El proceso, dadas estas condiciones en que se habían agotado todos los elementos competentes de cargo, sin haber obtenido confesión de agravios, y faltando datos comprobatorios, se hacía estéril, y hubo de suspenderse en espera de nuevos recursos, sino era que la dureza de la reclusión docilitara la rebeldía de la encausada, que de todos modos era presunta víctima de condenación.

***

Los insurgentes que tanto estimaban á Doña Leona, lamentando dolorosamente su prisión, se propusieron salvarla á toda costa.

Llevaba cuarenta y dos días de clausurada y el 23 de Abril, el Coronel Don Francisco Arroyabe y los patriotas Don Antonio Vázquez Aldama y Don Luis Alconedo con otros compañeros, al anochecer sorprendieron á la portera y penetrando al Colegio, rápidamente extrajeron de él á Doña Leona, que aunque confiaba que sus hermanos los insurgentes tratarían de salvarla, no esperaba ser libertada de esa manera por tan intrépidos partidarios, quienes con todo respeto la hicieron montar á caballo y la ocultaron en un barrio de la ciudad por algunos días, para no exponerla á ser capturada.

Conocida su evasión, que le dió inmensa popularidad hasta entre los mismos realistas, el gobierno dictó órdenes estrictas para su persecución, hasta que ésta, un tanto enfriada por la inutilidad de las pesquizas, pudieron sus libertadores sacarla de la Capital, para lo cual el Coronel Arroyabe se valió de un atrevido y arriesgado ardid: Para no ser conocidos, Arroyabe y sus compañeros se disfrazaron de arrieros, y fingiendo conducir un atajo de burros cargados de huacales con legumbres, frutas y cueros de pulque, llevando á Doña Leona con la cara pintada, y

"disfrazada de negra harapienta," sentada sobre los huacales en compañía de otras mujeres vulgares, salieron impasiblemente de México, en medio de sus numerosos perseguidores.

Entre el mísero cargamento que conducía aquella despreciable carabana, Doña Leona llevaba al Campo insurgente paquetes de letras y tinta de imprenta, que como armas del pensamiento, tenían de revolucionar al igual de las armas que había mandado fabricar en el Campo del Gallo en Tlalpujahua.

Después de largo y penoso viaje, en medio de privaciones y peligros, llegó á Oaxaca, ciudad ocupada por los insurgentes, donde fué satisfactoriamente recibida, y con especialidad atendida por su prometido Quintana Roo, su primo Don Manuel y otros viejos amigos.

No por estar con los insurgentes dejó Doña Leona de tener penalidades y escaseces, pero jamás solicitó ningún auxilio, no obstante que Morelos le escribió de Chilpancingo preguntándole "sus urgencias para remediarlas;" y sólo recibió en aquellos días quinientos pesos que mandó darle espontáneamente el Coronel Don Benito Rocha, que fungía de Gobernador insurgente en Oaxaca.

El 14 de Septiembre de 1813 se instaló en Chilpancingo el Supremo Congreso Nacional que Morelos había convocado para transmitir sus poderes y dar al país una alta Representación de la Soberanía popular, cuyo Cuerpo Supremo en que tanto figuró Quintana Roo, expidió en la misma Ciudad, el 6 de Noviembre de dicho año, el Acta Solemne de la declaración de la Independencia.

Esta Representación, que fué el primer Congreso Nacional, estimó en grado heróico los servicios prestados por Doña Leona, conceptuándola de "Benemérita de la Patria," y á moción del Generalísimo Morelos que encomió justicieramente tales merecimientos y que por con-

ducto del Lic. Don Ignacio Rayón determinó la declaración expresada, se le decretó el 22 de Diciembre una pensión mensual de quinientos pesos, de la que sólo llegó á recibir una mesada, debido á la suma penuria del Gobierno insurgente.

En esos días se unió á Don Andrés Quintana Roo, con los sagrados lazos del matrimonio; y como acababan de ser derrotadas las fuerzas independientes y los realistas perseguían encarnizadamente al Supremo Congreso, éste, sin elementos de defensa, tuvo que huír trasladándose á diversos lugares, á fin de salvar su personal y la autoridad que representaba, y por consecuencia, también tuvieron que huir Quintana Roo y Doña Leona.

Desde Enero de 1814 en que fué derrotado y prisionero en Puruarán el aguerrido caudillo Matamoros, el Congreso siguió huyendo con mayores dificultades. En todo este período de precipitada y difícil peregrinación, Doña Leona Vicario, sin mostrar el menor desaliento por las múltiples penalidades y peligros que tuvo que afrontar, imperturbable ante la adversidad y satisfecha de haber abrazado la causa de la Independencia, afable y cariñosa compartía llena de solicitud sus escasos alimentos con los soldados, alentaba á los combatientes para la lucha, hacía renacer las esperanzas de victoria en los derrotados, curaba afanosa á los heridos y no sólo á todos prodigaba cuidados y consideraciones que la convertían en el ángel tutelar del Campamento, sino que muchas veces en los momentos de indecisión y desaliento del Congreso, se presentaba ante éste inspirada y varonil, para infundirle vigor con exhortaciones de exaltado y noble patriotismo.

En Mayo de 1815, cuando el Congreso llegó á Ario y dispuso trasladarse á Tehuacán, después de haber esta-

do expuesto á ser sorprendido por el realista Iturbide, Don Andrés Quintana Roo, sin duda por haber terminado su período de Diputado, no siguió á dicho Congreso en aquella peregrinación en que Morelos, por salvar á los Diputados que lo componían, fué hecho prisionero en las lomas de Tesmalaca; ignorándose el lugar á que se encaminaron Quintana Roo y su esposa.

***

Hasta Agosto de 1815 se tiene noticia de que el Jefe realista Don Manuel de la Concha, que había sido empleado del padre de Doña Leona, le ofreció la gracia de indulto para ella y su esposo, indulto que Doña Leona rechazó enérgicamente.

Desde la caída del insigne caudillo Don José María Morelos y su fusilamiento en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1815, decayó nuevamente el espíritu de la revolución, y muchos de sus principales sostenedores, no sólo se acogieron al indulto, sino que se filiaron en el partido realista, sin que por estas numerosas defecciones hubieran faltado fieles patriotas que, como el denodado Don Vicente Guerrero, mantuvieran vivo el fuego sagrado de la Independencia, entre cuyo reducido número contábanse Don Andrés y su esposa, por lo que, continuamente perseguidos, tenían que huir por áridos desiertos y escabrosas serranías, hasta que llegaron á refugiarse en una oculta cueva, donde en Enero de 1817 (*) dió á luz Doña Leona á su primera hija, que poco después fué llevada en un huacal que le servía de cuna, á un cercano pueblo donde se le bautizó con el nombre de Genoveva, habiendo sido el padrino el General Rayón

(*) Tradición de la nieta de Doña Leona, Doña María de Jesús Quintana, recogida por el Sr. Canónigo Don Vicente de P. Andrade y referida por Don Genaro García.

Los ofrecimientos de indulto no cesaban, y como no eran aceptados, la persecución continuaba con toda actividad, y naturalmente los perseguidos seguían huyendo de sus enemigos, aunque en esta vez la fuga se hacía más difícil y dolorosa por la conducción de la delicada niña Genoveva, hasta que penetraron á la Sierra de Tlatlaya, del hoy distrito de Sultepec, del Estado de México, y allí se albergaron en una oculta barranca, cerca del Rancho de Tlacocuspa, pasando grandes trabajos y miserias, que no los desanimaban de ver libre á la Patria alguna vez.

Los realistas no cejaban en perseguir á los diseminados insurgentes; y descubierto el paradero de Quintana Roo y su esposa, el Jefe realista Don Miguel Torres que estaba en Tejupilco, dió orden á Don Ignacio Martínez y Don Vicente Vargas, (que habían sido insurgentes, pero que indultados se habían hecho realistas,) para que con veinte dragones ocurriesen á aprehenderlos, y el 14 de Marzo de 1818 penetraron á aquel "solitario lugar" para cumplir su ingrata comisión.

Quintana Roo, al percibir de lejos que los realistas se acercaban, comprendió la enormidad del peligro y la imposibilidad de evadirlo, y sabiendo que los insurgentes que llegaban á ser aprehendidos sin haber solicitado el indulto, eran irremisiblemente condenados á muerte, no teniendo otro medio para salvar á su esposa é hija, antes de que llegaran los realistas, extendió rápidamente, con fecha atrasada, á nombre de él y de Doña Leona, una solicitud de indulto que entregó á ésta, y huyó obligado por la misma.

Al llegar los realistas, Doña Leona, con la majestuosa serenidad que le distinguía, entregó la solicitud á sus perseguidores, los que no obstante, la condujeron presa con su niña á Tejupilco.

Al día siguiente, Quintana Roo se arrepintió de haber dejado sola á su esposa, y las noticias falsas y exageradas que le dieron, de que había sido ultrajada, lo llenaron de horrible desesperación. En ese estado de ánimo, imposible de describirse, en que por un lado militaba su patriotismo desesperanzado y por otro el amor y la salvación de su esposa é hija, que pensaba fueran infamemente sacrificadas, se determinó escribir al Comandante Torres en solicitud de indulto, sin pedir nada para él, si en cambio se *daba libertad, buen trato y seguridad* á Doña Leona. (*)

Torres accedió al indulto solicitado é hizo llamar á Quintana Roo á Tejupilco, donde reunióse con su esposa, y quedó con ella detenido mientras se consultaba al Virrey, que aprobó el expresado indulto sin condición alguna, pero que los agraciados lo fueran á disfrutar á España, lo que equivalía á un destierro; por cuyas contradicciones Quintana Roo pidió al Virrey "se declarara que ni él ni su esposa podían sufrir penas ni perjuicios por actos perdonados y que se devolvieran sus bienes á Doña Leona." El Gobierno no accedió ni á lo uno ni á lo otro, y sólo acordó que de los bienes confiscados se les ministrasen ocho mil pesos para trasladarse á España; cantidad que nunca recibieron, motivo por el que no salieron del país, y fueron á radicarse á Toluca bajo la vigilancia de la autoridad.

En Toluca vivieron en la mayor indigencia, sin que se les permitiera pasar á México para el arreglo de sus intereses, y hasta 1820 se les concedió radicarse en la Capital, donde á poco tiempo Don Andrés ingresó al Ilustre y Real Colegio de Abogados, comenzando desde entonces á mejorar sus circunstancias, habiendo tenido Doña

(*) Carta de Don Andrés Quintana Roo, fecha 15 de Marzo de 1818, citada por Don Genaro García en su Biografía mencionada.

Leona en ese mismo año, á su segunda hija, que fué bautizada con el nombre de María Dolores.

***

Consumada la Independencia el año de 1821, debido á la abnegación del heróico insurgente Don Vicente Guerrero, en combinación con el Jefe realista Don Agustín Iturbide, cuando éste se hizo proclamar Emperador, nombró al Lic. Don Andrés Quintana Roo, uno de sus Ministros, haciendo justicia á su alta capacidad y patriotismo, no obstante que años atrás había sido uno de sus furiosos perseguidores; pero Quintano Roo no pudo avenirse con las ideas monárquicas y desaciertos del presunto Emperador, y á poco tiempo fué destituído y perseguido.

Después de la caída y destierro de Iturbide, al fundarse el sistema de Gobierno Republicano, el Congreso Constituyente, en 1823, inspirado en un sentimiento de gratitud nacional, se ocupó de honrar la memoria de los insurgentes muertos que se habían sacrificado por la Patria, y en recompensar á los servicios de los supervivientes. Doña Leona, que pudo solicitar recompensas bien merecidas por sus heróicos sacrificios, sin aspirar á premio alguno, porque estimaba á sus servicios *comunes y cortos*, sólo pidió como un acto de justicia, la restitución de sus bienes confiscados por los realistas, y el Soberano Congreso, estimando la modestia de la heroína y la justificación de su demanda, decretó el pago de dichos bienes; cediéndole en legítima indemnización la hacienda de Ocotepec, de los Llanos de Apam y las casas número 2 de la 3ª calle de Santo Domingo y números 9 y 10 de la calle de Cocheras, de la Ciudad de México, en cuya primera casa Doña Leona estableció su domicilio, y se dedicó al cuidado y educación de sus hijas.

La merecida fama que nimbaba de gloriosa aureola,

sólo reservada á los héroes, el nombre de Doña Leona Vicario, le captó el respeto y admiración del pueblo mexicano, y así no es extraño que de manera espontánea, el Congreso del Estado de Coahuila (1) se adelantara á tributarle un homenaje de patriótica gratitud, honrando su memoria con declarar por Decreto promulgado el 15 de Noviembre de 1827, (después de haber hecho la apología de sus inminentes servicios,) que la Villa del Saltillo, (2) Capital de dicho Estado, se denominara en lo adelante: "CIUDAD DE LEONA VICARIO."

Las agitaciones políticas de aquella época, hicieron tomar parte activa á Quintana Roo en favor del Partido Liberal, del que fué miembro prominente, y sus rudos ataques al Gobierno de Don Anastasio Bustamante, en "El Federalista Mexicano" que publicaba, le acarrearon el odio y la persecución de aquel Gobierno ambicioso y desmoralizado, cuyos partidarios serviles, entre ellos el historiador Don Lucas Alamán, que era Ministro de Bustamante, llevaron su encono hasta atacar por la prensa oficial, de manera innoble y ruín, los inmaculados antecedentes de la heroína, diciendo con emboso que había recibido *casas y haciendas, merced á cierto heroísmo romancesco.* (3)

Doña Leona supo dignamente contestar los hirientes ultrajes lanzados contra sus virtudes y merecimientos, debatiéndolos, no sólo con brillante y enérgica argumentación, sino con pruebas irrefutables que testificaban su abnegación sin límites y su culminante patriotismo en la prestación desinteresada de sus servicios á la Independencia, por los que no pedía recompensa ni ambicionaba el "lauro de heroína" que creía no merecer, (porque sus

(1) El territorio comprendido entre Coahuila y Texas fué erigido en Estado de la Federación Mexicana por la Constitución del año de 1824.
(2.) La Villa del Saltillo fué fundada por Don Francisco Urdiñola, por mandato del Virrey Don Luis de Velasco, el año de 1575.
(3) "Registro Oficial" fecha 14 de Marzo de 1831.

sacrificios los estimaba de *comunes y cortos,*) sino sólo anhelaba que la honorabilidad de su nombre que legaba á sus descendientes, no fuera mancillado impunemente por viles detractores; los que humillados por tan incontrovertible refutación, y condenados por la opinión pública, no tuvieron valor, porque les faltaba la justicia para seguir esgrimiendo contra ella la cobardía de sus ataques.

Participando de las luchas políticas de su esposo, é interesándose en todo lo que se relacionaba con el bien nacional, vivió siendo siempre adoradora de la Patria y fiel dovota de sus libertades, á la vez que ángel sacrosanto del hogar y fuente inagotable de exquisitas bondades.

Así transcurrieron los últimos años de su vida, y la Excelsa Patricia Mexicana, tipo supremo de verdadera piedad y excelente modelo de tiernas esposas y cariñosas madres, "ORGULLO DE SU SEXO Y GLORIA DE SU PATRIA," según la frase del historiador Don Carlos María de Bustamante, falleció cristianamente rodeada de sus deudos, en su casa habitación de la 3ª de Santo Domingo número 2 el 21 de Agosto de 1842, fecha conmemorativa del sacrificio del sublime Cuauhtemoc.

Su muerte fué un acontecimiento de duelo para la República. Todas las clases sociales se llenaron de consternación por tan irreparable pérdida, y la prensa, al dar la infausta noticia, hizo la justa apología de sus esclarecidos méritos.

Como último tributo, se le hicieron á su augusto cadáver solemnes honras fúnebres en el templo de Santo Domingo, concurriendo los altos funcionarios de la Administración Pública y lo más selecto de la sociedad mexicana.

La inhumación se verificó con toda pompa, el día 25, en el hoy extinguido Panteón de Santa Paula, habiendo presidido el suntuoso cortejo fúnebre el General Don

Antonio López de Santa Anna, que entonces era Presidente de la República. (1)

Para honrar su memoria, en la inmensa y elegante pira que se levantó en sus exequias, se grabó la inscripción latina, que después publicó el Periódico Oficial del Gobierno, y que traducida al español, es como sigue: (2)

"A LA SEÑORA DOÑA LEONA VICARIO, DIGNÍSIMA CONSORTE DEL SEÑOR DON ANDRÉS QUINTANA ROO, INTEGÉRRIMO MAGISTRADO DEL SUPREMO TRIBUNAL DE JUSTICIA; MUY ESCLARECIDA ASÍ POR SU ILUSTRE PROSAPIA, COMO POR SUS VIRTUDES PÚBLICAS Y DOMÉSTICAS; CUYO NOMBRE, AUN GOZANDO DE LA VIDA, POR SUS MUY DISTINGUIDOS SERVICIOS, SUPERIORES Á SU SEXO, PRESTADOS Á LA LIBERTAD Y BIENESTAR DE LA REPÚBLICA, HA MUCHO TIEMPO QUE SE CONSAGRÓ Á LA INMORTALIDAD EN LOS MAPAS DE LOS GEÓGRAFOS, EN LOS DECRETOS DE LOS LEGISLADORES Y PRINCIPALMENTE EN EL CATÁLOGO DE LAS HEROÍNAS MEXICANAS; LA CUAL FALLECIÓ EL 21 DE AGOSTO DE 1842.—A ESTA BENEMÉRITA Y DULCÍSIMA MADRE DE LA PATRIA, LOS DESOLADOS Y AGRADECIDOS CIUDADANOS MEXICANOS, LE ERIGEN LLOROSOS ESTE MONUMENTO."

* * *

Mujer tan extraordinaria por su carácter, tan grande por sus virtudes y tan sublime por sus épicos servicios prestados á la Patria, es una gloria nacional de fulguración inextinguible; y su vida, siempre recordada con cariñosa admiración, debe tenerse como un libro abierto de singular civismo, en la educación de la mujer mexicana, de cuya ingerencia en el cultivo de los sentimientos patrios de las generaciones, depende nuestra imperturbable existencia de pueblo independiente y libre.

(1) El acta de inhumación, cuya copia fué sacada del Libro de entierros del Sagrario Metropolitano, por el Sr. Canónigo Don Vicente de P. Andrade, y que entre sus datos publica Don Genaro García, en su biografía citada, es como sigue:

"*En veinticinco de Agosto de mil ochocientos cuarenta y dos, hechas las exequias en la Capilla de Santa Paula, se dió Sepultura Eclesiástica en el Panteon de dicha, al cadaver de la Excma. Señora Doña María Leona Vicario, casada que fué con el Excmo. Señor Ministro de la Alta Corte Don Andrés Quintana Roo, la que habiendo recibido los Santos Sacramentos murió la noche del dia veinte y uno del corriente en la Ce. de los Sepulcros de Santo Domingo núm. dos.—Dr. Manuel Ignacio de la Orta. (Rúbrica.)*"

(2) "Biografía de Mexicanos distinguidos," por Don Francisco Sosa.

Generalísimo

Cura Don José María Morelos y Pavón.

El Generalísimo

D. José M.ª Morelos y Pavón.

Gregorio Ponce de León.

El insurgente más grande que brilló en la revolución de 1810, causando el asombro de ambos mundos por su bravura y pericia militar. ¡Cuautla! es la palabra gigante con que se canta su inmortalidad.

MUERTO Hidalgo, sacrificado en aras de la Patria por darnos independencia y libertad, hubo un momento en que pareció que ya todo estaba extinguido; que ya nadie se atrevería á repetir el grito de Dolores, ni menos aún á tremolar en los aires la incitadora bandera del combate; el éxodo de Hidalgo había sido un relámpago, un formidable parpadeo eléctrico, pero suficiente para iluminar las conciencias de los buenos mexicanos.

Un día el cura Don Miguel Hidalgo recibió en el seno del Colegio de San Nicolás á un joven maduro ya, que tenía grandes inclinaciones al estudio y que hasta entonces en la edad viril, le fué posible satisfacer.

El nuevo alumno hizo rápidos progresos en la carrera escolar; sus exámenes eran satisfactorios y su fama de estudiante y de hombre honrado le conquistó la estimación general de todos sus superiores y condiscípulos.

Más tarde los hábitos sacerdotales trajeron la consagración de aquel hombre de faz morena y de pupilas de águila.

Churumuco y la Huacana le vieron interinamente en el desempeño de su alto ministerio, y después, por concurso y en propiedad obtuvo los curatos de Carácuaro y Nocupétaro.

Cumpliendo esta misión divina de santo amor y de caridad, lo halló la revolución de 1810: ese hombre era Morelos.

El héroe más grande cuyo nombre con caracteres de rayo está escrito en las páginas más gloriosas de nuestra historia nacional; el caudillo inconmensurable que atrajo la admiración de todos los pueblos de la tierra y que sembró el más hondo pavor en las fuerzas temibles y temidas del gobierno virreinal.

Este genio de la guerra nació en la histórica y nobilísima Ciudad de Morelia, llamada así en honor suyo, el 30 de Septiembre de 1765. Sus padres fueron Don Manuel Morelos y Doña Juana Pavón, de humilde esfera social, pobres, pero muy honrados.

En estas condiciones la cuna de Morelos no podía llevarlo en la infancia sino sólamente á la vida rústica, al trabajo y á la miseria. Por eso durante 30 años vivió consagrado á la arriería, único destino que podían darle sus padres en la medida de sus esfuerzos y de sus posibilidades.

Después ya lo hemos visto ingresar al Colegio de San Nicolás, brillar en la cátedra y conquistar el triunfo de la dignidad eclesiástica; pero estalla la revolución de 1810 y él también se alista en las filas de los insurgentes tomando las armas en defensa de su patria. Hidalgo lo autoriza para que se sitúe en Acapulco y, Morelos abre también la campaña sin llamar la atención hasta

1811, ya casi en las postrimerías de este año, en que los mexicanos le vieron como una grande promesa y los españoles como un enemigo, el más formidable.

Pujante y desafiador se presenta Morelos en el escenario sangriento de la guerra, retando al peligro é insultando á la muerte con bravura y con genio.

Su carrera gloriosa, su carrera de triunfos, está llena de timbres que son nuestro orgullo y parte desde la derrota y fusilamiento del Jefe español Musitu el 4 de Diciembre de 1811: esta es la primera acción que podemos enumerar como partida pública del héroe en el curso de su vida militar y guerrera.

Era Don Mateo Musitu un rico español que en compañía de otros de sus paisanos se hizo fuerte en el Convento de Agustinos de Chiautla, del hoy Estado de Puebla, que se propusieron defender hasta el último extremo. Entre los cañones de los realistas había uno al que habían puesto el pomposo nombre de el "Mata Morelos," seguramente por la ignorancia que tenían acerca de las dotes militares del caudillo suriano. El ataque al Convento fué terrible y la defensa desesperada, pues habiendo derribado la puerta principal los insurgentes, sembraron de cadáveres el patio, las escaleras y corredores del edificio. Aprehendido Musitu y los demás españoles que habían quedado con vida, fueron fusilados, sin que hubiera valido el ofrecimiento hecho á Morelos de darle cincuenta mil pesos por la vida del Jefe realista.

Después viene Izúcar, en la que hizo su entrada triunfante y donde se le reunió otro de los caudillos de notable valor, el benemérito cura Don Mariano Matamoros.

Allí mismo en Izúcar rechazó y derrotó á Soto, quien pretendió asaltar la población como si dentro no se hubiera encontrado listo, como siempre, á la defensa el gran Morelos.

Llega el 22 de Enero de 1812 y el brigadier español Porlier ataca á Morelosa brigando la ilusión de vencerle; pero este caudillo, con grandes revelaciones de su talento y con una táctica tan exacta en las extratagemas del combate, se defiende de las balas españolas, que fácilmente le es dado tomar la ofensiva con tan buen tino, que en breve es dueño de la victoria, derrotando totalmente á las tropas españolas cuya artillería queda toda en poder de Morelos juntamente con los demás elementos de guerra.

Muy pocos meses bastaron al héroe para dejar completamente limpia de enemigos toda la zona comprendida entre Acapulco y Cuautla, alcanzando tal renombre de valor y de astucia, que el virrey se quedaba sin fuerzas que oponerle; ni había ya, por decirlo así, jefes realistas que se atrevieran á luchar con Morelos, á quien temían justificadamente.

En estas condiciones, Morelos concibe el proyecto de marchar sobre la Ciudad de México, y al efecto, se sitúa en Cuautla para el mejor arreglo de su viaje con una fuerza de tres mil hombres, poco más ó menos; allí instalado, fué sorprendido por un ejército muy superior á sus armas al mando de Calleja, quien estableció desde luego un sitio regular sobre Cuautla, reforzado después por las tropas del brigadier Llano.

Morelos, en medio de aquel círculo formidable, se agiganta en vez de mostrarse pequeño ante la amenaza terrible de ser muerto allí con sus tropas de una manera inevitable, pues luchar con un enemigo superior más que tres veces, ya no estaba dentro de las posibilidades de una problemática y casi imposible victoria; abrigar esta esperanza en aquellos momentos de suprema angustia, de tremenda desesperación, hubiera sido locura en cualquier otro soldado más grande que Napoleón; y, sin em-

bargo Morelos no desmayó: tan inmenso era su genio, tan colosal su bravura.

Dos meses fueron para Morelos de heroísmo constante, defendiendo su puesto; dos meses de resistencia asombrosa que dejó pasmados al viejo y al nuevo mundo; dos meses en los que rechazó con denuedo tres vigorosos asaltos que le dieron las fuerzas realistas, y dos meses en que su espada era un relámpago de día y de noche cegando todos los ojos y deslumbrando á todos, —miles y miles,— los enemigos que lo asediaban con tenacidad incejable.

Un día Morelos juzgó necesaria la evacuación de la plaza y tan atrevido proyecto sobrepasaba los límites de la osadía; ya no era el valor ni la pericia militar la que él necesitaba para burlarse de la superioridad del enemigo, sino el heroísmo en el grado más alto de la temeridad y del arrojo.

Estaba cercado por todas partes por una gran muralla de cañones; salvarla necesitaba, y esta empresa la acometió sin que todas aquellas bocas de fuego pudieran impedírselo.

Morelos y todas sus tropas rompieron de noche el sitio, con un orden tal, con una audacia sin nombre y tan grande, que es única en la historia de todas las libertades y en la historia de todos los pueblos heróicos.

Este triunfo sobre las armas realistas bien disciplinadas y en número muy superior á las de Morelos, es la gloria más grande que tenemos los mexicanos en nuestra historia, y con el cual triunfo, Morelos se hizo inmortal.

Acompañaron al ínclito Morelos en esta gloriosísima epopeya los valientes caudillos Hermenegildo Galeana, á quien el primero llamaba su brazo derecho, Mariano Matamoros, Leonardo y Victor Bravo, y algunos otros

jefes de segundo orden, todos arrojados y dignos émulos de los mejores guerreros de otros tiempos. (*)

Roto el sitio, Morelos marchó á Tehuacán, y en Octubre de 1812 tomó la ciudad de Orizaba, después de un recio combate á bayoneta calada en las calles de la misma población, apoderándose de algunos cañones y de gran cantidad de parque; siguió su marcha y en las cumbres de Acultzingo el coronel español Aguila puso en desorden por algunos momentos las fuerzas del caudillo insurgente, quien sereno y activo las organizó luego, regresando á Tehuacán.

En este lugar reunió cinco mil hombres y marchó después sobre Oaxaca, ciudad que tomó por asalto el 25 de Noviembre del mismo año.

Incansable siguió Morelos con dirección á Acapulco, donde había realizado sus primeras expediciones y allí su acción dió por resultado que capitulara la guarnición y que pudiera apoderarse de la plaza y del Castillo de San Diego en Agosto de 1813.

Viene después un acontecimiento digno de mencionarse, porque fué el preámbulo de nuestra vida republicana: el Congreso de Chilpancingo.

Instalado Morelos en esta memorable ciudad del republicanismo insurgente, convocó á los más notables patriotas para formar el primer Congreso Mexicano, el cual hizo una solemne declaración de la Independencia de México aboliendo la esclavitud y estableciendo la igualdad ante la ley.

A estos acontecimientos siguió un cambio en el virreinato de México: Venegas fué substituído por Don Félix María Calleja, sanguinario y feroz con los mexicanos.

Morelos sigue en su vida abnegada de heroísmo y de valor siempre á prueba.

(*) (Entre estos se encontraba el invicto Capitán Anzures).

Con la idea de establecer de una manera formal el gobierno en Valladolid, reune sus fuerzas y se encamina á esta ciudad, adonde llegó el 22 de Diciembre de 1813; pero Iturbide le obstruye el paso y se regresa á la hacienda de Chupio, de allí emprende una jornada á través de las sierras michoacanas y llega á Acapulco, reorganiza sus fuerzas y se reune con el Congreso, el cual expidió en Apatzingán la primera Constitución que tuvo el país.

Las persecuciones fueron tan constantes y tan rudas que había la necesidad de estar cambiando de residencia á cada momento.

Ya entonces el héroe se dedicó á escoltar el Congreso; va con él de Uruapan á Tehuacán, solícito y amoroso con aquella representación nacional, sufriendo una derrota en Texmalaca el 5 de Noviembre de 1815, y cayendo prisionero en manos del español Don José de la Concha, bajo la traición de uno que había sido su subalterno y amigo, Matías Carranco.

Morelos es traído á México y de esta Capital llevado á San Cristóbal Ecatepec, donde se le fusiló el 22 de Diciembre de 1815, á la vez que el mismo día pasaban por las armas en Ixtlahuaca, al valiente caudillo Don Francisco Rayón.

Así concluyó su vida heróica el gran Morelos, cerrando con su preciosa existencia el segundo lúgubre y sangriento período de la Independencia Mexicana.

"La carrera militar de Morelos, según expresiones del notable escritor mexicano Heriberto Frías, en sus «Episodios Militares Mexicanos,» es una preciosa enseñanza en la historia de nuestro ejército; porque en ella van reunidos todos los ejemplos de las cualidades y virtudes del soldado, desde la ínfima clase hasta la del supremo mando..... Era un hombre completo..... un militar sin defecto: de una pieza como el diamante; como él ful-

gurante por su genio de altas concepciones, firme y de una dureza absoluta.....en los combates por su valor, energía, tenacidad y calma con que veía las diversas fases de la batalla, acudiendo prontamente adonde era necesaria su presencia, sin exponerse vanamente por alardes indignos de un Jefe."

La historia nacional guarda con veneración en sus brillantes páginas el relato de los hechos grandiosos de este ilustre insurgente, y su recuerdo es bendecido por todos los que aman el suelo que los vió nacer y la libertad, alma de todo lo bueno y de todo lo grande.

Hermenegildo Galeana.

Gregorio Ponce de León.

GALEANA, nombre sublime que sintetiza toda una vida de noble abnegación, de grande patriotismo y de heroicidades extraordinarias que tuvieron por timbre, de todos reconocido, un gran valor y una notable inteligencia militar digna de ir á la vanguardia del glorioso caudillo michoacano, Don José María Morelos y Pavón.

Dice Don Carlos María de Bustamante, en su Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana, que este bravo insurgente no tiene otro émulo en la vida heróica de México, si no es el inmortal Ilhuicamina que clavaba sus dardos en el cielo: tan grande es así el héroe cuya personalidad histórica vamos á bosquejar con pálidos delineamientos tal vez; pero que dan una idea clara de este titán del valor y del patriotismo.

Su cuna se meció por el año de 1762 en el pueblo de Técpan, Estado de Guerrero, suelo bendito que fué tan fecundo en héroes como el abnegado glorioso de Acatempam que llevó el abrazo de la patria al hijo ingrato que

tanta sangre mexicana había derramado en los campos de la guerra, para después enarbolar un estandarte por la Independencia de México; y como el incomparable Don Nicolás Bravo, cuyo nombre lo recuerda con veneración y gratitud la madre España, porque fué un gran perdonador de vidas españolas, á pesar de que muy justas represalias le imponían casi el deber de hacer una ejemplar carnicería para vengar la vida de su padre y librar de tantos enemigos á la patria.

Galeana pasó los primeros años de su existencia entregado á los placeres propios del niño, y más tarde, cuando ya tuvo noción de los deberes del hombre, fué á radicarse á la hacienda de Zanjón, propiedad de un primo suyo, ocupándose en administrarla: labor que por largo tiempo desempeñó con acierto, mostrando á cada paso las superiores cualidades que tenía para mandar, sin imponerse como un déspota y sí con la energía del que se hace querer en fuerza del ejemplo en todos los actos de su vida. Honrado y laborioso, no descansaba en su amor al trabajo y en su afán de hacer el mayor bien posible á quien necesitaba de él.

Su vida matrimonial fué muy corta, pues sólo alcanzó el curso de seis meses; después se lanzó á la guerra invitado por sus parientes, quienes no tuvieron que esforzarse en convencerle de la conveniencia de este duro partido, porque había ya en él una honda predisposición hacia el dominio virreinal.

Valiente de raza y patriota de corazón, abrigaba en su alma infinitos anhelos de libertad, y en su cerebro las más raras dotes para dirigir una batalla. Jamás se le vió acometer al enemigo por la espalda, ni se le vió nunca vacilar aun en las más difíciles situaciones; antes bien, era entonces cuando más sereno discurría admirablemente, poniendo en práctica medidas indefectibles que le da-

ban el triunfo ó la más hermosa salvación, si aquel era del todo imposible.

Indomable en los momentos de la refriega y terrible en grado sumo; manso y hasta humilde después del combate, pues nunca ordenaba ejecuciones ni tenía para sus prisioneros de guerra la más leve vejación.

Los mismos realistas pronunciaban su nombre con respeto, porque sabían que era el de un soldado de méritos incomparables y digno de las más altas consideraciones.

Fué en los campos de la Sabana donde se reveló su destino. Era el encargado de administrar justicia y su salud estaba un poco quebrantada, cuando las tropas de Morelos se vieron abandonadas por Don Francisco Hernández, de igual manera que por Don Miguel Ramírez, conocido por el sobrenombre de «El Florero.» En esta situación angustiosa los soldados acudieron á él nombrándolo Comandante en Jefe de las fuerzas desamparadas.

Ya sobre las armas y partidario sincero de la Independencia, tuvo que librar una acción estrechado por Don Joaquín Guevara y algunos otros jefes realistas, en la que salió victorioso.

Chilpancingo fué entonces testigo de las maravillas de su valor, y después en el Veladero, cuando Morelos, restablecido, volvía de Técpan y era atacado no sólo por las fuerzas enemigas sino también y más duramente por el hambre, pues casi todos sus víveres los había perdido, Galeana fué designado por el caudillo michoacano para romper el sitio que se les había puesto; empresa fué ésta en la que Galeana hizo prodigios de acierto y valor, pues logró sacar cuanto tenían en el campo sitiado. Hallábase á la retaguardia cuando se le presentó el enemigo en el arroyo de Zoyolapa trabando con él un reñido combate que le agotó por completo las municiones y por cuya causa toda su gente se dispersó.

Va á reunirse á Morelos, que sufría todos los horrores del hambre y quien envió un recado á los Bravo, ilustres patriotas que también lucharon por la Independencia, solicitando de ellos recursos y víveres, los cuales fué á recibir Galeana á Chichihualco. Estando en esta hacienda sus soldados, un día se hallaban entretenidos en limpiar las armas unos, y otros, en bañarse en el río cercano á ella, cuando se presentó en buen número, una división que iba á ocupar aquella comarca con intenciones de aprehender á los Bravo.

Apenas si tuvieron tiempo para apercibirse á la lucha, pues muchos pelearon desnudos; mas con tal ardor y valentía, que la más completa victoria se obtuvo por los independientes.

De paso diremos algo sobre la marcha de Galeana en busca de alimentos, pues tuvo que ir atravesando una espesa serranía para no ser visto por los realistas y en la que solo tenía que dar de comer á su tropa el producto vegetal de aquellos montes. En la hacienda de la Brea recibió de Morelos la orden de marcha y en el camino se le murieron algunos soldados, envenenados por haber ingerido plantas que no conocían, y otros por el hambre.

Atrevida en verdad fué esta empresa, y aunque muy dolorosa y llena de peligros, fué satisfactoriamente desempeñada por el intrépido y denodado Galeana, cuya victoria en Chichihualco abrió las puertas de Chilpancingo á Morelos y facilitó grandemente la toma de Tixtla, donde después quedaron Galeana y Don Nicolás Bravo al frente de una pequeña guarnición, la cual fué duramente sitiada por Fuentes, aprovechándose éste de la ausencia de Morelos, quien se hallaba en Chilpancingo con motivo de las fiestas del 15 de Agosto de 1811.

En este mismo día, Fuentes cayó sobre Tixtla atacándola tenazmente, pues era grande la resistencia que pre-

sentaba y quizás hubiera sido tomada si no llega Morelos al día siguiente en auxilio de Galeana.

Esta acción fué una total derrota para los realistas, quienes destrozados huyeron despavoridamente perseguidos por Galeana y Bravo.

Morelos, en grandes labores de organización de las tropas, siempre tuvo á su lado un activo colaborador en Galeana, quien sabía perfectamente dar instrucciones y preparar elementos de guerra, y por cuyas aptitudes merecía de aquel notable caudillo toda clase de distinciones y confianzas.

Morelos pensó que de la toma de Chiautla le resultarían grandes ventajas y se dispuso á marchar sobre ese punto que pretendía defender á todo trance el español Don Mateo Musitu, y para cuya expedicion dividió su pequeño ejército en tres partes, confiando la primera á Galeana, la segunda á Bravo y reservándose él el resto de sus tropas.

Los dos primeros se destacaron de Tlapa con dirección á Taxco, y en tanto que Morelos alcanzaba las victorias de Chiautla, Izúcar y la Galarza, Galeana, en marcha por la izquierda de Bravo, se apoderaba después de un breve combate de Tepecuacuilco y se dirigía á Taxco, cuya toma fué el más notable suceso de guerra con que cerraron los independientes el año de 1811.

Galeana, en los primeros días de Enero de 1812, organizó una fuerte división con la que partió de Taxco, á fin de situarse en el pueblo de Tecualoya para esperar la llegada de Morelos y de Oviedo que iban á reunírsele; pero avisado éste de un movimiento que en su contra se operaba, quiso fustrarlo y al efecto salió de Tenango dando encuentro á sus contrarios con un combate, en el que sucumbió. Galeana entonces trató de auxiliarlo, pero se vió forzado á fortificarse en el mismo pueblo de

Tecualoya, donde sostuvo con admirable bravura una taque formidable. En todas partes se le veía afrontando el peligro y desafiando á la muerte con una serenidad asombrosa; intempestivamente saltó los parapetos y cayó sobre las piezas de artillería más próximas, las que arrebató llevándoselas consigo. Este golpe terrible desconcertó por completo á Porlier, quien ordenó la retirada abandonando en su fuga las piezas que había logrado quitar.

Después de esta victoria, Galeana se incorporó á Morelos en Tecualoya. Ambos caudillos, más los indómitos Bravo y Matamoros, se presentaron con su ejército el 22 de Enero á la vista de Tenancingo, á donde había ido á refugiarse el derrotado de Galeana, Porlier.

El ataque se dió rompiéndose con furia el fuego, y después de una larga refriega, Porlier abandonó la plaza con toda la artillería, no sin causar grandes estragos á la población, pues desesperado, mandó incendiar las principales casas del lugar.

Morelos y Galeana, Matamoros y Bravo, siguieron su marcha por tierra caliente, pasaron por Cuernavaca y el 9 de Febrero de 1812 llegaron á Cuautla. Instalados allí, Morelos previó que sería muy pronto atacado y se consagró, en compañía de sus colaboradores, á fortificar el pueblo y dar fin á las obras de defensa que había empezado Don Leonardo Bravo, durante su permanencia en aquella plaza.

Galeana fué encargado de la fortificación de la plaza y Convento de San Diego, situados al Norte del pueblo, y en esta labor, su genio estratégico, su actividad y buen tino, brillaron como nunca.

La artillería de Morelos se componía de diez y siete cañones de varios calibres, entre los que se contaba el

famoso "Niño," que servía á los Galeana para las salvas que hacían en su hacienda.

Cuautla, en la historia de nuestra emancipación y en la historia de todos los pueblos que se han libertado con su sangre, no tiene igual ejemplo de grandeza, de valor y de heroísmo; ella sóla es la inmortalidad, es la patria, y en ella Galeana tuvo todas las magnitudes heróicas.

Era el 18 de Febrero cuando los independientes vieron llegar frente á Cuautla á un gran enemigo, el más formidable que se había organizado por la causa realista, y frente al cual iba Calleja, el indultador de Morelos.

Ya frente á las posesiones de éste, Calleja inspeccionó el terreno y analizó las defensas, retirándose á una media legua de distancia.

Morelos, el gran caudillo, para el que ningún peligro existía, concibió el atrevido proyecto de inquietarle, y se lanzó en medio de un sin número de emboscadas que destrozaron su fuerza y que ya estaban por hacerle prisionero.

Un grito de desesperación tronó angustiosamente dentro de la plaza, y Galeana, seguido de unos jinetes, veloz como el relámpago y terrible como el rayo, cayó sobre el campo enemigo derribándolo todo, arrazando realistas hasta llegar al lado de Morelos, quien se vió libre entonces del cerco que lo rodeaba, pudiendo regresar á Cuautla entre aclamaciones de júbilo.

Morelos confirmó en el mando de la fortificación de San Diego á Galeana, y éste bravo guerrero se dispuso á la defensa con un valor asombroso que digno hubiera sido de los antiguos romanos.

El enemigo avanza, penetra por las calles y sitúa sus cañones frente á San Diego, rompiendo el ataque con una formidable batería, cuyo ataque era contestado por los independientes á fuego lento. Pronto una gran huma-

reda envolvió la fortificación de Galeana, quien la rompía de vez en cuando con las lenguas de fuego de sus cañones.

Hubo un momento en que los soldados de Galeana vieron con grande asombro que éste caudillo saltaba los parapetos para ir á batirse con su carabina á pecho descubierto; luego el coronel realista se dió cuenta de esta osadía y se lanzó sobre Galeana descargándole á quema ropa su pistola, sin lograr herirlo; Galeana lo mata, le despoja de sus armas y con una serenidad pasmosa lo coge de un pié y lo pasa al perímetro fortificado; ese acto dejó atónitos á los realistas. Luego aparece otro coronel haciéndole fuego, y Galeana manda derribarlo de su brioso corcel; cae herido gravemente y el jefe español y los suyos logran recogerlo.

El combate arrecia furiosamente; los independientes se ven flanqueados y Galeana destaca por un lado á su sobrino Don Pablo y él se lanza por el flanco opuesto, siempre atrevido y siempre aniquilador.

Galeana, bajo las balas del enemigo construyó un fortín en la toma de agua cuando ésta fué cortada por el enemigo, y después, en una de las primeras noches del mes de Abril, se le veía con Morelos atacando con intrepidez el Calvario, punto de mayor importancia para los sitiadores.

Narrar todos los actos heróicos de Galeana durante el sitio de Cuautla, es decir, durante setenta y dos días de afrontar el peligro y de rechazar la muerte en los campos de la defensa, sería escribir un elogio especial que llenara un grueso volumen, pero esto basta para dar idea de los prodigios de valor y heroísmo que realizó en esa gloriosa jornada el intrépido Galeana. El sitio concluyó el 1. º de Mayo, dejando en nuestros anales patrios el más grande timbre de nuestra gloria militar y de nuestra grandeza patria.

Viene la tercera campaña de Morelos y este caudillo concibe un plan de expediciones que se propuso realizar, llevando á la vanguardia al imponderable Galeana; quien el día 4 de Junio encontró en Citlala al enemigo dispuesto á cortarle el paso. Los realistas que mandaba el comandante español Cerro, cargaron tenazmente sobre Galeana, pero éste, con su arrojo, los destrozó obligándolos á dejar el campo con doscientos fusiles y trescientos prisioneros.

Más tarde, en Julio, Galeana con sus temibles costeños en Huajuapan, arremetía contra Caldelas, quien caía herido, clamando al morir «Viva España.» Siguió su marcha en compañía de Morelos ayudándole eficazmente en todos los encuentros y compartiendo en todos los triunfos que tan brillantemente alcanzaba este glorioso caudillo.

Se dirigieron á Tehuacán, de allí emprendieron una expedición que no tuvo resultado alguno notable, y después marcharon sobre Orizaba tomando el Ingenio, punto cercano á Orizaba, con la guarnición que lo defendía, y al día siguiente de esta acción, el 29 de Octubre, la alborada se anunció con los cañones de Morelos que tronaban desde el cerro del Borrego.

Galeana atacó la garita del Molino, de frente y por los flancos, y después de un reñido combate logró desalojar el punto, cuyos defensores entraron en fuga á la Villa.

Morelos, agradecido por todos los valiosos servicios de Galeana, y para premiar sus actos bravos y heróicos, le confirió el grado de Mariscal, yendo con ese título á las acciones de Oaxaca, donde triunfó del enemigo atacando el convento de Santo Domingo y después el del Carmen, causándole grandes pérdidas y destrozos.

A una larga serie de triunfos que tanto brillo habían dado al nombre de Galeana, siguió desgraciadamente el

nunca bien llorado desastre de Valladolid, donde con heróicos esfuerzos hizo prodigios de valor é intrepidez, ya atacando la garita del Zapote ó bien abriéndose á toda fuerza paso por entre el enemigo, sufriendo pérdidas incalculables.

Después de esta lamentable destrucción de los independientes, Galeana se dirigió á Puerto Viejo con una inmensa congoja en el alma, pero con toda la fe de los patriotas y valientes.

Allí organizó nuevas tropas con los restos que andaban dispersos, para enfrentarse de nuevo á la fatalidad ó alcanzar la victoria.

Se restablece y se pone en marcha con rumbo al Sur, cuyos habitantes pensaba levantar en armas en pro de la Independencia.

Se internó en las espesuras cercanas á la costa del Pacífico, pasó á Cacahuatepec, y allí reunió cerca de doscientos hombres de los que casi todos desertaron al salir de este punto, pues sólo llegó con veinticinco al Arroyo del Carrizo, donde se unió á Don Juan Alvarez, con quien atacó y derrotó varias pequeñas partidas de realistas que se entretenían en incendiar las rancherías cercanas á Coyuca.

Como era grande su influencia en los pueblos de la costa, quiso aprovecharse de esta circunstancia para organizar nuevas tropas, y al efecto, á su paso por ellos, iba reclutando gente, la que acudía á su llamado como electrizada por sus frases de patriotismo.

Fué á situarse en su hacienda del Zanjón, en cuyos contornos realizó varias expediciones alhagadoras que le auguraban mejor fortuna.

Era la primera quincena de Junio cuando sorprendió el pueblo de Atoyac, destrozando la guarnición que lo ocupaba y haciendo prisioneros á los Jefes Muñoz y Ba-

rrientos; después cayó furioso sobre el de Tecpan; atacó los cuarteles, se posesionó de ellos, de todas las armas y municiones y víveres que en ellos había.

En tanto el Coronel Fernández de Avilés, que se hallaba en las inmediaciones de Tixtla, concebía el proyecto de perseguirlo encarnizadamente para dar fin á la cadena de triunfos que venía enlazando brillantemente Galeana.

Avilés avanzó hasta Coyuca, de allí envió á Tecpan una fuerte sección encargada de hostilizar á Galeana, quien se había situado en la hacienda de San Luis, y donde sus fuerzas habían aumentado con el contingente de Avila, Montes de Oca y algunos otros soldados que Morelos le había enviado.

Galeana juzgóse competente para ir al encuentro, y el 25 de Junio de 1814 marchó sobre Coyuca, donde dos días después atacaba con brío al Coronel Avilés, el cual se vió en un grave peligro de ser derrotado.

Mas las tropas de Galeana se habían aglomerado sobre un solo punto del boscoso río en que trabó el encuentro, y Avilés dispuso que algunas de sus fuerzas cargaran por la retaguardia, lo cual produjo el más grande desconcierto entre los independientes, quienes á pesar del ejemplo de Galeana, que no cejaba en sus actos de valor asombroso, emprendieron la fuga.

Galeana entonces clavó desesperado los acicates á su caballo, y á toda brida se abrió paso en pos de sus dispersos, tratando de detenerlos; pero todo fué en vano: la acción estaba perdida, y comprendiéndolo él, procuró salvarse á escape por entre la espesura de aquel campo que iba á ser para él el de la muerte.

Huía, y sin darse cuenta del terreno ni de los obstáculos que presentaba, de pronto la rama de un árbol le da un golpe en la cara, causándole una hemorragia de san-

gre por boca y narices; no se detiene en su veloz partida y marcha á unos cuantos pasos del enemigo que le seguía sediento de su sangre. Luego el brazo de otro árbol le causa otro golpe en la cabeza que lo derriba del caballo y cae en los momentos que le dan alcance los dragones de Avilés; éstos le rodean sin atreverse á tocarle, pero un infame soldado del escuadrón del Sur, llamado Joaquín León, descarga sobre él, le atraviesa el pecho y Galeana hace inauditos esfuerzos por desenvainar la espada que tantas veces había saludado á la victoria, y en vano; León se baja del caballo que montaba y de un tajo le separa la cabeza, la cual fué llevada como trofeo sobre una pica á Coyuca y puesta sobre las ramas de una ceiba que existe en esa población del Estado de Guerrero.

No faltó quien se acercara á insultar aquel despojo sagrado, lo cual causó indignación al Coronel Avilés, quien reprendió á los sacrílegos, diciéndoles: «Esta cabeza es la de un hombre honrado y valiente.»

Después mandó darle sepultura en la puerta de la Iglesia, y el mutilado cadáver fué enterrado por los soldados en un punto cercano al lugar donde murió, á las once de la mañana del día 27 de Junio de 1814, á los cincuenta y dos años de edad.

Así terminó la vida del compañero más valiente y más ilustre del invencible Morelos.

¡Loor eterno é éste inimitable caudillo!

Leonardo Bravo.

Enrique C. Camarena.

HIJO DE CHILPANCINGO, este ilustre patriota perteneció á la más distinguida clase social y á una familia de cuatro hermanos, en la que se contaba también Don Nicolás Bravo, hijo de Don Leonardo.

La historia consigna en sus páginas el nombre de este valiente suriano, sin hacer mención de la fecha de su nacimiento ni entrar en más datos que los expuestos en esta biografía, lo que es de sentirse, porque muy dignas son de hacerse constar la infancia y la juventud de un hombre que regó con su sangre el suelo de la patria, que peleó bizarramente por la independencia de ésta, y que dió en su hijo á la causa nacional un soldado noble y valiente como su padre, heróico y gigante.

Don Leonardo Bravo vivía tranquilamente en Chilpancingo con sus hermanos Don Miguel, Don Victor y Don Máximo, todos ellos acaudalados y muy distinguidos, por lo que el Gobierno virreinal los solicitaba con mucha frecuencia para que se pusieran al frente de las tropas que había distribuídas en su comarca; pero lejos de hacer traición á sus ardientes anhelos de libertad y á su muy noble patriotismo, rechazaron las ofertas del Go-

bierno y se alejaron á su hacienda de Chichihualco, de donde fueron á ocultarse á la cueva de Michapa, con el firme propósito de defenderse en el caso de ser atacados, pues se les consideraba ya como enemigos de la causa realista, y mucho se temía de ellos si llegaban á aliarse á los independientes.

Siete meses hacía ya que vivían en su agreste morada, cuando apareció frente á ellos Galeana solicitándoles víveres y recursos para las tropas de Morelos que perecían de hambre.

Los Bravo dieron á Galeana cuantos elementos pudieron en el acto, y le manifestaron sus deseos de unirse á los defensores de la patria, y cuando estaban haciendo la entrega de los víveres, cayeron sobre ellos las tropas realistas, que iban con el fin de aprehenderlos.

Los soldados de Galeana estaban unos bañándose y otros entretenidos en limpiar sus armas; repentinamente se oyó un grito de muerte acompañado de una nutrida descarga de fusilería, y todos, como pudieron, desnudos y á medio vestir, se lanzaron á la lucha con arrojo inaudito.

Galeana y Don Leonardo Bravo, al frente de sus soldados avanzaron sobre el enemigo, peleando con asombroso valor y destrozándolo horriblemente.

El Comandante español que mandaba las tropas realistas se vió completamente derrotado y emprendió la fuga dejando en poder de los independientes cien prisioneros, trescientos fusiles, una gran cantidad de municiones y muchos muertos sobre el campo de su derrota.

Con esta victoria se inició Don Leonardo Bravo en la carrera militar, y con ella fué con la que dió á conocer luego su heróico valor y sus raras aptitudes para la guerra.

Era el mes de Mayo de 1811 cuando acudía Don Leonardo á las acciones de Tixtla en pos del Generalísimo Don José María Morelos y Pavón, con quien después

sostuvo una activa correspondencia en favor de la causa de los independientes, proporcionándole todos los datos y dándole á conocer las posiciones de los realistas.

Pronto en su carrera militar fué adquiriendo honrosos ascensos por su valor y actividad en las acciones de guerra en que se halló durante los últimos meses de 1811, y cuando llegó al sitio de Cuautla, su grado de General estaba ya bien merecido y conquistado á viva fuerza de afrontar el peligro, desafiando la muerte en los campos del combate.

Encerrado con el heróico Morelos en Cuautla, recibió de éste el mando de Santo Domingo donde estableció su cuartel general aquel bravo caudillo de la insurrección.

Don Leonardo se portó en su puesto como un titán, valiente y formidable. Nada le hacía cejar un momento ni aún en los casos de la más grande desesperación; antes bien su actividad era tal, que en todas partes estaba y á todos acudía como centuplicando su personalidad.

Es de mencionarse que cuando Cuautla se vió en el grande peligro de ser tomada, cuando el heróico niño Narcizo Mendoza prendió el cañón abandonado, Morelos y Don Leonardo, con la velocidad del relámpago acudieron personalmente á las trincheras de San Diego atacadas formidablemente por el enemigo; su auxilio eficaz pudo salvarlas no sin sostener un reñido combate que se prolongó por muchas horas durante el día.

Las fortificaciones de Cuautla fueron comenzadas por Don Leonardo, quien durante las expediciones de Morelos era el Jefe de la Plaza.

El virrey lo comprendió también en el bando de indulto que las cortes concedían á Morelos y á Galeana, seguramente porque su personalidad influía mucho para la propagación del movimiento libertador.

Don Leonardo fué de los que heróicamente pelearon

al lado de Morelos, siguiendo á este caudillo en todos sus actos con bizarría y denuedo.

Ellos, los dos, cuando iban á romper el sitio, se pusieron al frente de sus soldados y silenciosamente emprendieron la marcha hasta que el grito de ¡quién vive! de un centinela enemigo, hizo que se alarmaran las columnas realistas y que trataran de impedir el avance de los independientes, á los cuales rodearon en breve. Estos pudieron llegar á la hacienda de Guadalupita y allí se parapetaron tras de las cercas de piedra para defenderse heróicamente.

Don Leonardo era de los que estaban en primera fila animando con su ejemplo á la tropa y peleando con inaudita bravura.

Después de un largo combate rompen el cerco de fuego que los envolvía y prosiguen su retirada en gran desorden, porque no se podía más, perseguidos tenazmente por la caballería de Calleja.

Don Leonardo quedó separado de sus compañeros heróicos cuando la confusión en tan dolorosa retirada los dispersó, procurando salvarse, y tres días después llegaba con algunos oficiales á la hacienda de San Gabriel, propiedad de Yermo, y cuyos dependientes le hicieron prisionero en compañía de los suyos.

El ejército victorioso se puso en marcha hacia la ciudad de México, y en el camino incorporó en sus filas á Don Leonardo como un galardón más para ornar su triunfo, y el 16 de Mayo de 1812 hicieron su entrada en la Capital.

Prisionero de los realistas, sufrió vejaciones sin cuento mientras duró suspensa la ejecución de la sentencia que lo condenaba á una muerte de garrote vil.

La mente del gobierno era hacer que Don Leonardo influyera en el ánimo de su hijo Don Nicolás y en el de sus hermanos para que desertaran de las filas indepen-

dientes y se acogieran al indulto, por eso es que no se le ejecutaba.

Morelos escribió al virrey Venegas ofreciéndole ochocientos prisioneros, españoles en su mayor parte, por la vida de Don Leonardo, y el gobierno virreinal desechó la proposición del caudillo michoacano, y una vez más insistió en su propósito de ejecutarle si Don Nicolás y los demás Bravo no se acogían al indulto.

Este ningunas garantías ofrecía, pues los hermanos Orduñas se habían acogido á él, y sin embargo, habían muerto víctimas de la felonía del coronel español José Antonio Andrade, así es que viendo el virrey que no se presentaba Don Nicolás, mandó que la ejecución se llevara á cabo, la cual tuvo lugar el 13 de Septiembre de 1812.

Morelos comunicó este doloroso suceso á Don Nicolás, ordenándole pasar á cuchillo á más de trescientos prisioneros españoles que tenía éste en su poder, para vengar la muerte de su padre, y el bravo insurgente, que llevaba en sus venas y en su corazón la sangre de otro héroe y mártir ya por la patria, medita sumido en la más grande congoja en los efectos que produciría aquella matanza y las ventajas que para la causa de la independencia redundarían de un ostensible perdón, y el noble patriota que tan terrible era empuñando la espada, pone en libertad á sus prisioneros y da un gran ejemplo de magnanimidad humana protestando así, con un supremo perdón, contra las represalias que tantos fueros hollaban y respetando la vida de los vencidos.

Hacemos constar esta acción tan generosa de Don Nicolás, porque como hijo de Don Leonardo, cuanto de aquel se diga redundará en elogio del segundo, toda vez que el padre, sacrificado en aras de la patria, legó en su hijo á la misma patria todo su valor y patriotismo para que fuera un aguerrido defensor de la independencia.

¡Loor eterno á Don Leonardo Bravo!

General Nicolás Bravo.

Gregorio Ponce de León.

LA vida de este caudillo, de este benemérito de la patria y de la humanidad, es una de las más hermosas existencias que ha engendrado el patriotismo mexicano en el seno augusto de las más altas virtudes patrias.

Bravo de nombre y bravo de corazón, tenía la nobleza de las almas grandes. El lábaro de la patria era en sus manos un símbolo sagrado que en todas partes triunfaba y en todas partes se erguía después de la victoria como un emblema de perdón, porque no era una sed de sangre, sino de libertad la que sentía el caudillo que lo enarbolaba.

Bravo, entre la numerosa pléyade de los insurgentes, fué el más esclarecido por su grande abnegación heróica y por su magnanimidad para con el enemigo cuando éste caía entre sus manos prisionero: esta nobleza tan extraordinaria fué la característica que más lo distinguió después de cada intrépido combate, después de cada acción en la que brillaba tanto por su notable pericia militar, como por su arrojo y temible audacia.

Un bosquejo de su vida es el que vamos á presentar en estas páginas, y él basta para dar una idea clara y

amplia de la personalidad ilustre del General Bravo, por más que la tarea biográfica es obra exclusiva de talentos superiores.

La chispa de Dolores había cundido por todos los ámbitos de la patria, y ni el más apartado rincón del suelo nacional se hallaba ajeno al movimiento revolucionario que había iniciado y encabezado Hidalgo proclamando la emancipación de México.

Esta sangrienta agitación nacional llegó pronto, como una fuerte sacudida hasta las montañas del Sur que servían de nido á muchas águilas del talento militar y que abrigaban entre sus escondidos pliegues á muchos leones de temibles garras.

Chilpancingo era entonces la residencia de una familia numerosa que había hecho de las faenas del campo su habitual y grata ocupación. De esta familia fué ilustre vástago Don Nicolás Bravo, quien vió la luz primera el día 10 de Septiembre de 1786, según puede deducirse de su hoja de servicios, la que está de acuerdo con la inscripción que en su tumba existe y conforme también con el dicho autorizado de sus parientes más cercanos, pues han desaparecido los archivos parroquiales relativos al nacimiento de este héroe, del que fué padre Don Leonardo Bravo, defensor también de la Independencia Nacional, y madre la Sra. Doña Gertrudis Rueda.

Don Nicolás Bravo pasó los primeros años de su vida entregado á los arrullos encantadores de la niñez, y cuando ya estuvo en edad propia para consagrarse á la instrucción elemental, fué un tío de él, Don Victor, hombre ilustrado y de avanzadas ideas liberales, quien se encargó de enseñarlo á leer y escribir, instruyéndole en algunas nociones de aritmética.

Luego que hubo terminado este aprendizaje, su padre lo confió al cuidado de un virtuoso sacerdote que vivía en

Mazatlán, población cercana á Chilpancingo, y con quien adelantó notablemente, preparándose así para más altos estudios que lo encaminaban al sacerdocio. Pero un día, con resolución inquebrantable dijo á Don Leonardo que no era esta su vocación, y entonces el autor de sus días lo envió á la hacienda de Chichihualco, finca de su propiedad, con orden al mayordomo de que lo empleara en los más duros trabajos para ver si lograba inclinarlo á la carrera eclesiástica; pero tal medida dió por resultado que el futuro insurgente se acostumbrara á todas las penalidades, templando su espíritu joven en aquella fragua del trabajo á pleno sol y á pleno aire, y desarrollándose fuertemente en su vigor físico, como un atleta.

Pronto quedó persuadido Don Leonardo de la firmeza indomable del joven Nicolás; así es que abandonó resignadamente sus propósitos.

Poco después de esto, Don Nicolás se unió en matrimonio con la distinguida dama Doña Antonia Guevara, yendo á establecer su hogar á Chilpancingo, donde se consagró al comercio.

Hubiera tal vez conquistado una fortuna, más ó menos modesta ó crecida, en este campo de la lucha por la vida, si no es que su espíritu se dilata y se extasía en las oleadas de libertad que llegaban hasta él invitándolo á la lucha por tan grandioso ideal patrio. Sentíase grande y potente para empuñar las armas; sentíase mexicano y soñaba en la victoria.

Tal acontecía en su espíritu, cuando los comandantes de Tixtla y Chilapa empezaban á excitar á los Bravo para que organizaran fuerzas en favor del gobierno virreinal, tan seriamente amenazado con la aparición del gran Morelos por las costas surianas, y entonces fué cuando con pretexto de cambiar temperamento, se trasladó á Tlacotepec, de donde pasó á la provincia de Valladolid

en busca de Morelos, á cuyas órdenes se puso después de una penosa travesía por tierra caliente, en el pueblo de la Unión.

Morelos contaba aún con muy pocas fuerzas para realizar su idea de tomar la plaza de Acapulco, y aunque logra desalojar del Veladero á los realistas, las muchas dificultades con que tropezó le hicieron aplazar su proyecto para dirigirse á Chilpancingo, no sin tener que batirse en algunos encuentros.

En el camino se le escasearon los víveres y adelantó á Don Hermenegildo Galeana para que los solicitara de los Bravo, que se hallaban ocultos en la curva de Michapa, cercana á Chichihualco, pero sucede que la llegada de este caudillo coincide con la de la tropa del Comandante Garrote, quien sorprendió á los soldados de Galeana bañándose en un río.

Esta circunstancia hizo que los Bravo se lanzaran á la lucha, acudiendo en auxilio de Galeana, quien en compañía de sus valientes compañeros derrotó al enemigo persiguiéndolo hasta Tixtla, la que ocuparon sin dificultad.

Unido Morelos á los Bravo y Galeana, dejó á éste y á Don Nicolás en Tixtla confiándoles el mando de una guarnición, la que poco después, el 15 de Agosto de 1811, se vió duramente atacada por el jefe realista Fuentes, quien se vió á punto de tomar la plaza á pesar de los esfuerzos heróicos de los sitiados, cuyas municiones ya estaban casi agotadas; pero llega Morelos cuando la desesperación se hacía suprema, y los independientes triunfan de las fuerzas realistas, las que se vieron perseguidas hasta Chilapa, donde no pudieron resistir, continuando su fuga con dirección á Tlapa.

En estos primeros triunfos empieza á descubrirse la clemencia de Don Nicolás, quien juntamente con Galea-

na procuraban contener á sus soldados, los que mataban sin piedad á los dispersos.

Morelos pone en movimiento sus tropas con un plan preconcebido, hacia el sur de Puebla; ataca en Chiautla á Musito y lo derrota el 14 de Diciembre de 1811. En esta acción Bravo se portó con bizarría así como Galeana, á quien acompañó á Taxco regresando después sobre Izúcar en auxilio de Morelos, pues este caudillo se hallaba amagado por Soto Maceda, quien fué totalmente derrotado en Galarza debido á la actividad del joven combatiente, quien cada vez cobraba más ardor en la pelea.

Bravo atacó á Porlier en el cerro de Tenango; acompañó á Morelos en la toma de Taxco á principios de 1812; asistió á la acción de la barranca de Tecualoya; tomó parte en la brillante victoria de Tenancingo, y por último, fué uno de los gloriosos defensores de Cuautla en el memorable sitio que ha inmortalizado á los independientes que opusieron al enemigo aquella resistencia heróica.

Después de la dispersión de Cuautla, Morelos empezó á organizar sus pocas fuerzas para emprender una nueva serie de operaciones que le iban á ser grandemente favorables. Galeana recobró Chilapa y Don Nicolás Bravo recibió orden de ir á atacar á Labaqui, que escoltaba un convoy de Veracruz, y el encuentro se efectúa en San Agustín del Palmar, reñido y sangriento, quedando totalmente derrotado el jefe realista y en poder de Bravo varios cañones, la correspondencia que venía de España y doscientos prisioneros que envió á la provincia de Veracruz.

Bravo regresó á Tehuacán á rendir su informe á Morelos, para seguir el camino de Veracruz, librando otro encuentro con el enemigo en el Puente del Rey, en el que hizo noventa prisioneros que condujo á Medellín, en donde sentó su Cuartel General.

Establecido allí, fué cuando recibió la fatal noticia de la muerte de su padre hecho prisionero á la salida de Cuautla, el cual fué condenado por Venegas á la pena de *garrote vil,* despreciando la vida de ochocientos prisioneros de guerra que le ofrecieron por la de su padre.

Este acontecimiento fué el que puso á prueba la gran bondad del corazón de Bravo.

Tenía en su poder trescientos prisioneros para vengar la muerte de su padre, y Morelos le ordena que los pase por las armas como una justa represalia en contra del tirano que había ignominiosamente sacrificado á su padre, y Bravo, en medio del dolor y la infinita amargura que lo tenían embargado, resuelve magnánimamente el perdón para aquellos infelices que se hallaban ante la muerte.

¡Rasgo grandioso de nobilísima clemencia que nunca será bien cantado ni glorificado por todos los poetas!

Después de este acto sublime, Morelos deja que nuestro héroe siga expedicionando por Veracruz, siempre victorioso en sus hazañas heróicas.

Xalapa, Tlalixcoyan, el Puerto de Alvarado y San Juan Coscomatepec, fueron el teatro de sus brillantes acciones militares, principalmente en esta última donde triunfó heróicamente de un sitio que duró más de treinta días.

Deja en seguida el campo de estas victorias y va á reunirse con Morelos para asistir al desastre de Valladolid en 1813, sin que por tal desgracia se amenguara en el corazón de Bravo la fe y el amor á su causa.

Llegan los años de 1814 y 1815 y Bravo sigue prestando sus importantes servicios á la Patria, y en Noviembre de este último año acompaña á Morelos en la peligrosa empresa de escoltar el Congreso que se trasladaba á Tehuacán.

Los realistas los hostilizaban desde muy cerca para

obligarlos á un combate desigual, el que al fin se efectuó en Tezmalaca, donde fué hecho prisionero el gran Morelos.

Bravo, viendo que Morelos corría un inmenso peligro, corrió á su lado para morir juntamente con él y recibe este mandato sublime por heróico: «¡Vaya usted—le dice Morelos—á escoltar al Congreso, que yo poco importo!»

Bravo cumplió satisfactoriamente con su delicada empresa, logrando llegar con el Congreso hasta Tehuacán, de donde se retiró después por algunos disgustos que tuvo con Terán.

Victoria también cobró celos del héroe por la nombradía y gran ascendiente que éste gozaba en aquel rumbo, y le suplicó que se retirase al sur, donde se hacía necesaria su presencia.

Para una grandeza de alma tan noble como la de Bravo, tales insinuaciones no habían de ser contrariadas, porque éste siempre anteponía el interés de la Patria á las comodidades y caprichos personales. Así es que se puso en marcha en busca de Guerrero, con quien conferenció sobre un nuevo plan de operaciones y de quien recibió pertrechos de guerra y dinero para continuar peleando por la Patria.

Con estos elementos siguió Bravo sobre Cuautla, donde adquirió algunos recursos; luego se dirigió á Ajuchitlán; allí organizó sus tropas convenientemente para fortificarse después en Cóporo, donde resistió digna y valerosamente un sitio que lo destrozó, porque tuvo que romperlo desesperadamente por un derrumbadero denominado Las Cuevas de Pastrana.

Estropeado por este suceso desgraciado, Bravo pudo salvarse oculto entre unas peñas, y después del peligro hizo una travesía de más de treinta leguas á pie, hostigado por el hambre y otras muchas penalidades.

En el rancho del Atascadero le proporcionaron un caballo para que siguiera su camino hacia Huetamo, donde pensaba reunir algunas fuerzas con los dispersos que por allí huían.

Después de algún tiempo, en el que tuvo que librar varios encuentros de importancia, Bravo entregó el mando de sus fuerzas á Guerrero con el objeto de retirarse al rancho de los Dolores, oculto en la serranía, para curarse de los golpes y heridas que había recibido á la salida de Cóporo.

Descansaba nuestro héroe en el escondido paraje que había elegido para atender á su salud, cuando se vió rodeado por las fuerzas realistas que iban á capturarlo á las órdenes de Armijo ante quien había sido delatado por un miserable traidor.

Hecho prisionero con otros tres personajes que le acompañaban, el 22 de Diciembre de 1817, fué conducido á Cuernavaca.

El virrey había dado orden de que fueran pasados por las armas, sin más requisito que la identificación, y la sentencia se hubiera efectuado si no es que el mismo Armijo y la oficialidad de éste se interesan por la vida de Bravo, lo cual hizo que se modificara la sentencia en el sentido de que le formasen causa.

Bravo fué trasladado á la cárcel de Corte de la ciudad de México, donde sufrió con grande resignación una larga y dolorosa prisión, sujeto á duros y pesados grillos que no le permitían ni el más ligero movimiento.

Sus bienes fueron confiscados y su familia quedó en la miseria. El obtenía algunos pequeños recursos haciendo cigarros de cartón, pero eran tan pequeños que apenas le servían para proveerse de tabaco.

Con el restablecimiento de la Constitución liberal en

España en 1812, estaba segura la libertad de los reos políticos, y Bravo la obtuvo en 1820 bajo fianza.

Ya en libertad, fué invitado por Iturbide para continuar la guerra de Independencia; pero desconfiando de la lealtad de éste, no contestó la carta que por primera vez le dirigió el antiguo rival de los insurgentes.

Después de la segunda carta que llegó á sus manos, fué á entrevistar á Iturbide en Iguala, donde después de una larga conferencia quedó á las órdenes de éste como buen soldado y como buen patriota.

En muy poco tiempo logró organizar una fuerte división con la que en unión de Herrera sometió gran parte del Estado de México y toda la provincia de Puebla, allanando así las puertas de esta ciudad á Iturbide para que entrara en son de triunfo con su ejército trigarante.

Así se realizaron los grandes anhelos de libertad que por tanto tiempo y entre tantas borrascas había alimentado en su corazón de mexicano.

Pero si dolorosa había sido la obra de conquistar la Independencia de México, si tantos y tan valiosos sacrificios había requerido la empresa de Hidalgo, la obra de la restauración también iba á ser gigante y el héroe que tanto había contribuído al triunfo de la causa insurgente, no podía ser espectador en esta nueva tarea.

Fiel á la Patria, nunca le negó sus servicios, los cuales puso con lealtad y patriotismo para derrocar al usurpador que había engañado á la nación, coronándose y elevando un trono en la tierra de los libres: este fué Iturbide, quien bastardeó los anhelos de México.

Desempeñó varias veces la primera magistratura de la nación con notable acierto, y cuando la cosa pública quedó en manos del partido dominante, Bravo tuvo que salir de la Patria para ir á sufrir el destierro.

Llega el año de 47 y con él la invasión norteamerica-

na; los odios de partido cesan por un momento y todas las energías se inclinan en favor de la defensa nacional.

Don Nicolás Bravo abandonó entonces las delicias del hogar para acudir al llamado de la Patria en peligro; mas desgraciadamente el héroe no pudo levantar en alto su espada tantas veces victoriosa, porque los desastres se sucedieron uno á otro ocasionando derrotas que fueron para la Patria dolorosas en extremo grado.

Bravo fué encargado de la defensa de Chapultepec, último reducto de las fuerzas mexicanas.

Su resistencia fué heróica y se le vió con grande serenidad en medio del estruendo de las baterías enemigas.

Allí tuvo un rasgo valiente: notó que uno de sus ayudantes estaba acobardado y le increpó de esta suerte:—¿Qué pasa con usted?

—Señor, contestó él, las balas pasan muy cerca de nosotros.

—Pues cuando vea usted venir una, avíseme para esconderme, repuso el general.

En los momentos en que se consumaba el asalto del fuerte, toda su tropa se desbandó y él solo esperó el resultado, rindiendo el Castillo, pero sin entregar por sus manos la espada, la clavó é hizo la indicación del lugar donde se hallaba.

Su fama había recorrido todo el mundo, y ésto bastó para que los norteamericanos le dispensaran toda clase de consideraciones.

Después de estas escenas de gloria, se retiró al sur con su familia, en cuyo seno pasó tranquilamente los últimos años de su vida, hasta que lo sorprendió la muerte el 22 de Abril de 1854.

Sus restos fueron depositados en la Parroquia de Chilpancingo.

Este fué el hombre extraordinario que luchó con va-

lentía por la Patria, y que es digno de llamarse benemérito no sólo de ésta sino también de la humanidad, por su nobleza de corazón al perdonar tantas vidas como tuvo en sus manos á pesar de las represalias justas de la guerra y de la más justa venganza que le imponía su amor de hijo, cuando era villanamente sacrificado su padre.

Para concluír, copiaremos los siguientes datos que obran en su hoja de servicios:

Sirvió en diecinueve cuerpos militares; concurrió en toda su carrera de soldado, á cincuenta acciones de guerra y á cinco sitios de plaza; trece veces prestó con notable acierto muy importantes servicios como hombre de Estado: tales como el de miembro del Poder Ejecutivo, Vicepresidente y Presidente de la República, y otros muchos en los que se portó intachablemente.

Los premios que recibió fueron los siguientes: Ser declarado Benemérito de la Patria; una espada de honor por la acción del Molino; varias medallas de honor de primera y segunda época; una medalla de honor por la defensa de la integridad de la República; una cruz por la defensa del Castillo de Chapultepec, y otra de constancia, de primera clase.

No pidió ninguna licencia durante su vida pública, ni se le impuso castigo alguno, porque siempre fué un modelo como patriota y como soldado.

Cura

Don Mariano Matamoros.

Don Mariano Matamoros.

V. DAVID DELGADO.

L héroe, el más ilustre defensor de la Patria que militó bajo las órdenes del Generalísimo Morelos, con grandes muestras de valor y de genio militar, fué el Cura interino del pueblo de Jantetelco Don Mariano Matamoros, de quien se ignora el lugar en que haya nacido, desconociéndose á la vez la historia de sus primeros años, porque nadie se cuidó de consignarlos en los anales patrios.

Cuando Matamoros aparece en la escena pública, expuesto á todas las consecuencias de la lucha por la Patria, es porque el gran Morelos, el campeón nacional más grande que ha tenido México, andaba ya en los campos del combate blandiendo su espada temible y vencedora en todos los encuentros, en todos los ataques y en todas las defensas.

En 1810 Matamoros era Cura interinamente del pueblo de Jantetelco, y allí se vió perseguido y hostilizado constantemente por parte de los jefes del ejército español, quienes lo vejaban porque era adicto á la causa de la independencia, y no podía reprimir sus arranques patrióticos, pues en alguna vez, delante de sus enemigos,

elogió la conducta de Hidalgo y de Morelos, dando lugar con esto á que se librara orden de aprehensión para él, la cual pudo evitar huyendo á deshora de la noche.

Puesto en fuga, siguió un camino escabroso y lleno de peligros, no sólo por los accidentes del terreno, sino porque siendo perfectamente conocido como partidario de los independientes y sorprendido en un viaje sospechoso, hubiera caído prisionero para correr una suerte fatal, y aún quizás hasta la muerte.

Pero no fué así: el destino era otro, y Matamoros pudo llegar hasta Izúcar, donde se hallaba á la sazón Morelos, á quien se le presentó ofreciéndole su contingente como soldado en defensa de la Patria.

Esto ocurría el 16 de Diciembre de 1811.

Morelos, que era un gran conocedor de los hombres de valor, reconoció en Matamoros un Teniente digno de la causa y de sus altas dotes militares, y lo aceptó inmediatamente.

Una vez que Morelos se convenció de las disposiciones que el nuevo soldado tenía para la guerra, lo nombró Coronel de su ejército.

Matamoros comenzó por demostrar que los proyectos y la previsión de Morelos estaban bien fundados y puso de su parte todos los esfuerzos que pudo para organizarle en poco tiempo un gran número de fuerzas disciplinadas, hasta donde era posible en aquellos tiempos de luchas imprevistas y de improvisados soldados.

Así las cosas, Matamoros acompañó á Morelos en la expedición de Taxco y después se encerró con él en el memorable y glorioso sitio de Cuautla.

En Buenavista, Matamoros hizo grandes derroches de valor personal defendiendo la plaza con intrepidez inaudita. El honor alcanzado allí fué para él un gran

timbre que lo puso á la altura de los genios, por su valentía y acertadas disposiciones para triunfar.

Esta acción del ayudante de Morelos llamó de tal manera la atención general, que el caudillo insurgente y vencedor de Cuautla le confió después del asedio una misión muy difícil, cual era la de ir á buscar socorros adonde estaban tan escasos que solamente con ingenio, valor y astucia se podían conseguir.

Matamoros entonces se vió envuelto en un conflicto del que pudo salir rompiendo audazmente la línea por el punto de Santa Inés la noche del 21 de Abril de 1812, con una fuerza de cien dragones, dirigiéndose en seguida á Ocuituco para combinar con D. Miguel Bravo la manera de cumplir mejor con su cometido, del que dependía la suerte de todos sus compañeros que eran en número crecido.

Ya en compañía de este otro caudillo y del Capitán Larios, fué á situarse en las cercanías de Zacatepec, en un punto llamado Tlayacac, y una vez allí, logró reunir varios tercios de víveres.

El plan estaba perfectamente combinado y todo se reducía á llevar la carga por la Barranca Hedionda y el pueblo de Amelcingo, en tanto que la guarnición hacía una salida para ponerse en contacto con las demás fuerzas y así facilitar la introducción de los socorros.

Hubo, sin embargo, un contratiempo: Calleja, el general español que más persiguió á los insurgentes, se dió cuenta de los movimientos de éstos y logró interceptar un carro con la mira de frustrar los intentos de los mismos defensores de la Patria.

En estas condiciones, Matamoros atacó intrépidamente las posesiones contrarias el día 27 de Abril, después de que una gran hoguera daba el aviso á los españoles; como 2,000 hombres fueron los que se apoderaron del

reducto de Zacatepec, mientras unas guerrillas llamaban la atención por la retaguardia á Calleja.

Esta expedición fué todo un desastre, no por culpa de Matamoros, sino porque los españoles, previamente avisados como se dijo arriba, lograron volar los puntos atacados, establecer una nueva batería en Amelcingo, y á salvar el batallón Lobera que se hallaba en un gran peligro.

Los independientes, abrumados por un enemigo mucho mayor que ellos, tuvieron que tomar la retirada hacia Tlayacac, perdiendo 155 tercios que llevaban destinados para la provisión de la plaza.

Morelos inmortalizaba su nombre entre tanto, y después de una brava y heróica defensa, pudo romper el sitio y reunirse con Matamoros á quien encargó la organización de un ejército. Este caudillo desempeñó admirablemente dicha comisión en Izúcar.

Era el 25 de Junio de 1812, y en la ciudad de México se publicaba solemnemente un bando que desaforaba á los eclesiásticos que tomaran parte en el movimiento de insurrección. Matamoros tuvo conocimiento de esta disposición bastante enérgica, y se propuso vengarla en nombre de la dignidad á que pertenecía.

Con este objeto organizó un regimiento de dragones, al que dió el nombre de San Pedro, adoptando un estandarte negro con una cruz roja, y el cual llevaba este letrero: "Inmunidad eclesiástica."

Después de esto, que revela el carácter de Matamoros, vino un hecho de armas que lo llenó de gloria.

Morelos se puso en marcha sobre Oaxaca con el objeto de tomarla por asalto, y para este fin confió al mando de Matamoros una brigada competente de 2,500 hombres bien equipados y armados, y ocho cañones.

Este caudillo siguió por Molcajaque y Tlocotepec, pa-

ra llegar á Tehuacán, donde fué ascendido por Morelos á Mariscal de Campo con el nombramiento de segundo en el mando en las fuerzas independientes.

El ataque se efectuó el día 25 yendo Matamoros al frente de una columna que tomó prontamente el fuerte del Carmen, y la que merced al valor y acierto de Matamoros, contribuyó más eficazmente al triunfo en tan glorioso episodio militar.

Don Manuel Lambrini había tomado una fuerte posición en Tonalá, y á pesar de que estaba bien parapetado, Matamoros lo derrotó el 19 de Abril, arrollándolo completamente.

A este triunfo siguió una entrada ruidosa en Oaxaca, donde le recibieron con grande pompa y festejos, no sólo por el Ayuntamiento, sino por todo el pueblo que lo aclamaba felicitándolo por sus victorias.

Morelos, agradecido por estos grandes servicios, lo ascendió á Teniente General, con cuyo título, valientemente ganado, lo dió á reconocer á la tropa, estando ésta formada en cuadro en la Plaza Principal.

Era entonces el 28 de Mayo.

Matamoros permaneció en Oaxaca hasta el mes de Agosto, empleando todo este tiempo en organizar mejor sus fuerzas, activar una fábrica de pólvora que tenía establecida un americano, y en una palabra, arreglar la milicia de la provincia, hasta que el 16 del mes último citado se puso en camino sobre la Mixteca, para ir á encontrarse, sin esperarlo, con el enemigo.

Fué entonces cuando se dió la célebre batalla de Quichula ó de San Agustín del Palmar, con un triunfo completo de los independientes, y en la que los españoles, destrozados horriblemente, perdieron 215 soldados, muertos en el combate; 368 prisioneros, entre los que estaban 17 oficiales, y uno de los jefes, el Teniente Coronel Don Juan Cándano.

En el parte que Matamoros rindió á Morelos, sobre esta batalla, se lee la siguiente frase que mucho honra á los vencedores: "La batalla fué dada á campo raso, para demostrar al Conde Castro Terreño que las armas

americanas se sostienen no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo abierto."

Victorioso en este encuentro Matamoros fué á establecer su Cuartel General en Tehuizingo, y allí permaneció reorganizándose más y más, hasta que una orden de Morelos lo arrancó con rumbo á Valladolid, en cuyas cercanías acampó sin imaginarse que la campaña que se iba á dar allí tenía que ser desgraciada.

El día 23 de Diciembre intimaron la rendición de la plaza atacando la garita del Zapote, pero fueron rechazados por Llano é Iturbide, y el día 24 fueron totalmente derrotados, retirándose Morelos con las fuerzas que logró reunir y en lo que le ayudó eficazmente Matamoros, á la hacienda de Puruarán, distante unas veintidós leguas al Suroeste del lugar del desastre.

Acampados allí en orden de batalla, no pudieron evitar una segunda derrota causada por el mismo traidor Iturbide y en la que no obstante el inmenso valor derrochado por ambos insurgentes, fueron totalmente destrozados.

Eusebio Rodríguez, soldado fronterizo, hizo prisionero á Matamoros, quien fué conducido á Valladolid, donde fué procesado y condenado á muerte.

El día 3 de Febrero de 1814 fué pasado por las armas en la Plaza Principal, en el exterior de un portal que lleva su nombre.

Este valiente caudillo, el más grande que acompañó á Morelos, era bajo de cuerpo, delgado, rubio; sus pupilas las clavaba con mucha frecuencia en el suelo, inclinando la cabeza sobre uno de sus hombros.

Bravo á toda prueba, era uno de los primeros como genio guerrero, y tenía mucho tino para sus disposiciones militares.

Enérgico, no permitía que se alterara el orden ni se quebrantara la disciplina; hombre de resolución y de voluntad firme, fué el mejor organizador de las fuerzas independientes.

Su muerte entre los españoles fué más celebrada que cualquiera de todas las victorias que hasta entonces habían obtenido, mientras que, para la Patria, fué una pérdida muy dolorosa.

General

Don Francisco Javier Mina.

Don Francisco Javier Mina.

I

Gabino López Olivera.

EL desastre de Texmalaca que registró su epílogo en la Historia Patria con el fusilamiento del Generalísimo D. José María Morelos, proporcionó al gobierno del sanguinario Calleja un gran triunfo, sólo comparable á muchas espléndidas victorias en los campos de la guerra; pero al mismo tiempo, el grandioso ejemplo de abnegación y de patriotismo que presentó á la faz del mundo el cadalso de Ecatepec, sirvió también para levantar el espíritu de los que sostenían la santa causa de la Independencia.

La desaparición del gran caudillo fué, sin embargo, un rudo golpe para los jefes insurgentes que quedaron en pie y que peleaban con denuedo en la vasta extensión del Virreinato, por la lamentable circunstancia de que faltaba entre los combatientes un hombre en quien pudieran encontrarse las dotes políticas y militares, no menos que los prestigios del hábil y valiente Morelos.

Bien es cierto que al comenzar el año de 1816 aparecían como los principales caudillos de la revolución, Guerrero, Bravo, Victoria y Terán; pero por desgracia ninguno de ellos podía reemplazar debidamente al héroe que acababa de sucumbir víctima del miedo y de la fe-

rocidad de sus enemigos. Además, el desconcierto entre los jefes de las numerosas guerrillas que, diseminadas en grandes extensiones, peleaban por la misma causa, imposibilitaba todo movimiento compacto y uniforme.

En consecuencia, durante el citado año y el primer tercio del de 1817, la fuerza de las armas del gobierno del Virreinato, ayudada eficazmente por la falta de los más notables caudillos que hasta entonces habían surgido al frente de la revolución, se sobrepuso á los insurgentes en los campos de batalla, sin que por esto pueda decirse que la idea y el sentimiento por la independencia perdieran terreno en el corazón y en el cerebro de los combatientes, pues la misma continuación de la lucha demostraba que ni el terror ni el indulto podían dar resultados satisfactorios para los sostenedores de la dominación española en esta parte del continente americano.

Eso no obstante, los primeros meses del año de 1817 habían sido desastrosos para la causa de la Independencia. Las grandes masas de insurgentes que aparecieron en la primera época de la revolución y que más tarde sólo el gran Morelos supo organizar y conducir al combate, habían sido exterminadas; los principales caudillos habían sucumbido en el cadalso, infamemente asesinados ó heróicamente en los campos de batalla; y los que quedaban aun en pie desafiando al poder colonial desde sus reducidos centros de operaciones, eran perseguidos tenazmente, con ferocidad de chacales, por los sanguinarios jefes realistas.

Tal era el estado de la revolución. Y cuando el gobierno de Apodaca, que había sustituído en el mando al execrable Calleja, se proponía aniquilar en breve á los últimos sostenedores de la santa causa, se presentó á combatirle un nuevo y terrible caudillo que, impulsado por su amor á la libertad, puso su espada y su talento al ser-

vicio de la independencia americana, infundiendo con su valor y sus hazañas, vigorosas esperanzas en el ánimo de los defensores de la Patria.

Ese esforzado paladín se llamaba FRANCISCO JAVIER MINA.

II

En el año de 1789, cuando en la culta Francia se fulminaba el rayo de la libertad universal con la solemne proclamación de los derechos del hombre, nació Francisco Javier Mina en Monreal, lugar pintoresco de Navarra, España, siendo su padre un honrado labrador que se había conquistado una posición decorosa á fuerza de trabajo. Los primeros años de su existencia se deslizaron tranquilos en íntimo contacto con la feracidad de las montañas y el aire puro de los campos; pero al llegar á la edad de la adolescencia, fué mandado por su familia al Seminario de Pamplona, pasando luego á Zaragoza con el objeto de hacer los estudios necesarios para la carrera del foro.

Muy pronto el joven estudiante tuvo que abandonar las aulas para empuñar las armas del patriota.

Napoleón, con pretextos injustificados, había mandado invadir el territorio español; los escandalosos sucesos de Aranjuez y de Bayona habían precipitado los acontecimientos políticos de la Península; los atentados del 2 de Mayo en Madrid, habían sublevado la dignidad nacional, y entonces, Mina, como todos los buenos españoles, se lanzó á defender con entusiasmo el suelo de la Patria, profanado por las aguerridas huestes napoleónicas.

Después de servir por poco tiempo en el ejército del centro, soportando con denuedo los reveses que tuvo que lamentar el pueblo español en la primera jornada de su heróica odisea patriótica, Mina se trasladó á Navarra,

su tierra natal, y con una actividad digna del fin que se proponía, organizó numerosas guerrillas, de las cuales fué nombrado Comandante con grado de Coronel. La Junta de Zaragoza, más tarde, le confirió el mando del Alto Aragón.

Las hazañas de Mina en aquella guerra en que nacían los principios liberales á la luz de las bombas francesas, en Cádiz, lo hicieron uno de los más célebres guerrilleros de su tiempo, por su valor, su audacia, su constante y tenaz trabajo y su rectitud política y patriótica.

En efecto, fué tan activa y tan terrible la guerra en Navarra, que Suchet y Harispe,—dos acreditados generales del ejército francés,—se dedicaron con ahinco á la persecución del valiente navarro. Reducido éste al último extremo y materialmente acosado por el número de sus perseguidores, se vió precisado á disolver sus fuerzas y á permanecer en observación de los movimientos militares de sus enemigos.

Poco tiempo permaneció Mina en esa actitud. Su indómito carácter lo llevó bien pronto al teatro de la guerra, y nuevamente apareció comandando respetables grupos de patriotas por las Cinco Villas de Aragón, manteniendo en constante alarma á las columnas expedicionarias, hasta que los Generales Dufour y Harispe, puestos en combinación para destruírlo, lo capturaron después de caer herido en el combate, el 1.° de Abril de 1810.

Una vez reducido á la impotencia, fué conducido á Francia como prisionero de guerra y encerrado en el Castillo de Vincennes, en el cual permaneció todo el tiempo de la campaña. En la prisión se dedicó empeñosamente al estudio de las matemáticas y de las ciencias militares.

Cuando Fernando VII regresó á España, en virtud de la terminación de la guerra napoleónica, también para

Mina se abrieron las puertas de la Patria, pero dominado por su ferviente culto á los principios liberales que siempre formaron el credo de sus convicciones, no pudo soportar el sistema absolutista que aquel retrógrado monarca pusiera en práctica; su espíritu, esencialmente humanitario, se rebeló ante las vejaciones y persecuciones de que fueron objeto los hombres progresistas que habían servido al trono y á la Patria durante los aciagos días de la guerra contra el usurpador; y de acuerdo con su tío, el heróico General Espoz y Mina, intentó un movimiento revolucionario en Pamplona, en pro del restablecimiento de la Constitución; y habiendo fracasado su audaz intento, tuvo que emigrar á Francia y que refugiarse después en la libre Inglaterra.

III.

Radicado el joven Mina en la Capital del Reino Unido, no pudo conformarse con vivir en la inacción. Su franco carácter cosmopolita y su espíritu liberal, abierto á las grandes empresas, le proporcionaron la manera de relacionarse íntimamente con personas distinguidas de distintas nacionalidades que comulgaban con sus mismas ideas, y que lo indujeron sin esfuerzos, á tomar la atrevida resolución de consagrar incondicionalmente todas sus excepcionales facultades á la santa causa de la independencia americana. No se concretó en su destierro, como muchos emigrados políticos de su país, á lamentar solamente las desgracias de España bajo la irritante tiranía de Fernando VII, dominado por *Los Persas* y su funesta *Camarilla*, sino que buscó los medios de herir al tirano, auxiliando á los que en este suelo luchaban por conquistar sus derechos de hombres libres, y así lo puso en práctica, asociado al Dr. Don Servando Teresa Mier, hijo de las provincias internas de México,

desterrado también en Londres, y objeto de toda clase de persecuciones por sus ideas avanzadas.

"Las relaciones políticas que tuvo Mina durante su residencia en Inglaterra y los auxilios que recibió de muchos americanos originarios de México y de los países de la América Meridional,—dice un historiador,—le permitieron salir de Liverpool el 15 de Mayo de 1816, á bordo de un bergantín fletado por su cuenta, acompañado del padre Mier y de veintidós oficiales españoles, italianos é ingleses, siendo su propósito dirigirse á los Estados Unidos de América, donde reforzaría su expedición y acordaría con Don Manuel de Herrera, Plenipotenciario del Congreso Mexicano, á quien pensaba hallar en Washington ó en Baltimore, la manera de dirigirla hacia el puerto de Boquilla de Piedras, y de ponerse en comunicación con el mismo Congreso, el que, según las noticias recibidas por Mina al abandonar las playas de Inglaterra, debía residir en Tehuacán."

¡Cuán errados resultaron los cálculos del valiente Mina!

Si un año antes se hubiera emprendido aquella atrevida expedición, el éxito no hubiera sido dudoso; pero desgraciadamente, en el momento histórico de su arribo á las playas americanas, la revolución por la independencia mexicana era presa de una crisis violenta. La arbitraria y torpe disolución del Congreso, en Tehuacán, determinó que el Plenipotenciario Herrera abandonara la misión que le llevara á los Estados Unidos y regresara á la Patria; Boquilla de Piedras y Nautla habían caído en poder de los jefes realistas Rincón y Armiñán, haciéndose con esto, por lo tanto, imposible la comunicación por la provincia de Veracruz con Victoria, Osorno y Terán. Sólo Guerrero en el Sur con muy poca gente disponible para la lucha; Moreno y el funesto padre Torres en el bajío y la impotente junta de Jaujilla, pre-

sentaban alguna resistencia á las tropas realistas mandadas por jefes ya prevenidos en contra de la expedición de Mina, en virtud de que el gobierno español, enterado de tales proyectos, había dirigido circular á los comandantes de los puertos de México, indicándoles la posibilidad de que se verificara el desembarco en alguno de ellos, y previniéndoles que en ese caso se aprehendiese á Mina y mandase á la disposición del rey.

Tales noticias llegaron al conocimiento del nuevo caudillo durante su permanencia en los Estados Unidos; y aun cuando desanimaron á varios de los interesados, no fueron parte á infundir desalientos en el corazón del intrépido Mina, quien, en vista de las circunstancias, desde luego dió nuevas orientaciones á su persistente idea; multiplicó sus naturales energías y desplegó una actividad á toda prueba en el acopio de elementos de combate; y vencidas en parte las dificultades que se presentaron al saberse el estado en que se hallaba la insurrección, la escuadrilla expedicionaria se dió, al fin, á la vela, rumbo á las playas mexicanas.

Con grandísimas dificultades tuvo aún que luchar la expedición después de su salida de Baltimore. La navegación fué larga, penosa y llena de incidentes y episodios de tal naturaleza, que rayarían en lo novelesco si la historia no se hubiera encargado ya de patentizar con testimonios irrecusables. No entraré, por lo tanto, en detalles ajenos á la índole de esta obra; baste decir: que después de muchas contrariedades y de sufrir los horrores de la peste y del hambre, pero llena de entusiasmo, la expedición, compuesta de siete embarcaciones y de menos de quinientos hombres, desembarcó en el lado izquierdo del Río de Santander, el 15 de Abril de 1817.

Tres días antes, Mina se había visto precisado á tocar

el Río Bravo del Norte, y allí dirigió á sus subordinados la siguiente proclama:

«¡Compañeros de armas! les decía, vosotros os habéis reunido bajo mis órdenes á fin de trabajar por la libertad é independencia de México. Ha siete años que este pueblo lucha con sus opresores para obtener tan noble objeto. Hasta ahora no ha sido protegido: á las almas generosas toca mezclarse en la contienda. Así vosotros, siguiéndome, habéis emprendido defender la mejor causa que puede suscitarse sobre la tierra. Hemos tenido que vencer muchas dificultades; yo soy testigo de vuestra constancia y sufrimiento. Los hombres de bien sabrán apreciar vuestra virtud, y ahora vais á recibir su premio, es decir, el triunfo del honor que de él resulta. Vosotros sabéis que al pisar el suelo mexicano no vamos á conquistar, sino vamos á auxiliar á los ilustres defensores de los más sagrados derechos del hombre en sociedad. Hagamos, pues, que sus esfuerzos sean coronados, tomando una parte activa en la carrera gloriosa en que contienden. Os recomiendo el respeto á la religión, á las personas y á las propiedades, y espero no olvidaréis el principio de que no es tanto el valor como una serena disciplina lo que proporciona el éxito en las grandes empresas.—Río Bravo del Norte, á 12 de Abril de 1817. —*Javier Mina.*"

El mismo día en que Mina arribó con su escuadrilla á las playas de Nuevo Santander, tuvo noticia de que el Teniente Coronel realista Don Felipe de la Garza, se encontraba con algunas fuerzas en Soto la Marina, situada en una eminencia á diez y ocho leguas de distancia. Sin pérdida de tiempo mandó desembarcar sus pertrechos de guerra y el día 22, á pie y al frente de su escasa división emprendió la marcha, dirigiéndose á la expresada población, la cual ocupó sin ninguna resistencia, en

virtud de que Garza la había abandonado poco antes, no sin haber hecho circular entre los moradores de la comarca las más absurdas especies respecto de Mina y sus compañeros de armas; especies que pronto quedaron desmentidas cuando el vecindario pudo apreciar el orden y la disciplina de los expedicionarios, y mayor fué su satisfacción y su confianza cuando Mina les ofreció solemnemente respetar las vidas y haciendas de los vecinos pacíficos.

Esta conducta, contraria en todo á la que observaban siempre los jefes realistas, y la natural franqueza del carácter liberal del valiente navarro, determinaron que muchos mexicanos y aun españoles se le presentaran voluntariamente para servir á sus órdenes, sin embargo de que Garza amenazaba con penas terribles á los que de alguna manera auxiliaran al nuevo caudillo.

Una vez en Soto la Marina, éste se ocupó, con su característica actividad, en organizar convenientemente su reducido ejército; se proveyó de algunos caballos, practicó reconocimientos en el territorio para la seguridad de sus fuerzas, estableció una imprenta que había traído, poniéndola bajo la dirección del Dr. D. Joaquín Infante, y publicó una proclama dirigida á los españoles y americanos, en la que suscintamente enumeraba sus servicios prestados á la causa de la libertad en Europa, presentaba con enérgicos rasgos lo oprobioso del absolutismo del rey Fernando, y describía, con estilo elevado, los bastardos intereses que se ponían en juego para evitar la independencia americana, terminando el citado documento con la siguiente manifestación de sus íntimos deseos:—"Permitidme, mexicanos, decía, participar de vuestras gloriosas tareas; aceptad los servicios que os ofrezco en favor de vuestra sublime empresa y contadme entre vuestros compatriotas. ¡Ojalá acierte yo á merecer este título,

haciendo que vuestra libertad se enseñoree ó sacrificándole mi propia existencia! Entonces, en recompensa, decid á vuestros hijos: *"Esta tierra fué dos veces innundada en sangre por españoles serviles, vasallos abyectos de un rey; pero hubo también españoles liberales y patriotas que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien."*

La Historia ha correspondido á los deseos del valiente Mina, transmitiendo á la posteridad tan viriles acentos, y la Patria, reconocida, ha colocado su nombre en el catálogo de sus libertadores y de sus mártires!

IV

Con una rapidez poco común en aquellos tiempos carentes de fáciles comunicaciones, la noticia del desembarco de Mina llegó á la capital de la Nueva España sembrando alarmas por todas partes y produciendo natural sobresalto en el gobierno virreinal, pues la fama de que el jefe de la expedición venía precedido y las reiteradas instancias de Fernando VII para que se impidiese la invasión proyectada en Inglaterra, lo hacían doblemente temible. Desde luego el virrey Apodaca ordenó la concentración de las fuerzas que custodiaban Nautla y Boquilla de Piedras, por estimar inútil la vigilancia que en aquellos lugares se había recomendado, supuesto que Mina ya se encontraba en la provincia de Nuevo Santander. Lo importante era impedir á todo trance que éste avanzara al interior de la Colonia.

Para oponerse á tan temido avance y exterminar á Mina, se ordenó al Coronel Don Benito Armiñán que violentamente se situara á la orilla del Río Pánuco, con las fuerzas de su mando que guarnecían la Huasteca, donde, según órdenes expedidas, debían incorporársele en breve los jefes de igual graduación D. Facundo Mel-

gares y D. Francisco de las Piedras con las caballerías de Durango y de Tulancingo, respectivamente; el Mayor Ráfols con el primer batallón «Americano,» el Capitán Terrazas con las fuerzas de Río Verde y el Capitán Villaseñor con un escuadrón de Sierra Gorda, que se encontraba en Valle del Maíz. Los puntos desguarnecidos por las tropas que se ponían al mando de Armiñán, fueron cubiertos por la división de Márquez Donayo que ocupaba Misantla y sus contornos, y se dispuso también que apresuradamente salieran varios batallones y escuadrones de la Capital, con el objeto de defender las carreteras de México y Veracruz. El virrey contaba, además, con las fuerzas del Brigadier Arredondo que excursionaban por las provincias internas de Oriente, entre las que se comprendía la de Nuevo Santander, y sin pérdida de tiempo se ordenó su concentración para batir á Mina. Por último, para destruír los buques de la expedición, que se hallaban anclados cerca del Río de Santander, se comisionó al Comandante de Marina Don Francisco Beranger, quien acababa de llegar al Puerto de Veracruz con la fragata de guerra *Sabina,* trayendo al Mariscal Don Pascual de Liñán, Subinspector de las tropas del rey en Nueva España.

En cumplimiento de esta disposición, Beranger salió de Veracruz el 14 de Mayo de 1817 con la fragata de su mando y las goletas *Proserpina* y *Belona,* armadas por el Consulado de aquel Puerto; y después de dejar en Tampico un cargamento de armas y municiones destinadas á la división que organizaba Armiñán en el Pánuco, siguió su navegación para la boca del Río de Santander. Luego que se avistaron los buques españoles, la goleta de Mina, *Elena Tooker,* levó anclas y, debido á su mayor velocidad, logró escapar de la *Proserpina* y de la *Belona,* destacadas para capturarla. Entre

tanto, la tripulación de la *Cleopatra* había tenido tiempo para llegar á tierra é internarse en las fragosidades del terreno; y en cuanto al *Neptuno*, el tercero de la escuadrilla expedicionaria, (pues los demás habían regresado á los Estados Unidos) quedó abandonado también y varado en la arena, donde se hallaba antes de la llegada de los buques españoles.

En consecuencia, Beranger no encontró fuerza alguna con quien medir sus armas, y se contentó con mandar destruír las abandonadas embarcaciones, regresando luego á Veracruz sin trofeos de guerra, pero haciendo alarde de tan espléndida victoria. . . . .

Entre tanto, Mina daba término á sus aprestos guerreros para salir de Soto la Marina y emprender su gloriosa campaña en el interior del país.

V.

Por las noticias que Mina recibió de los preparativos que hacía en Monterrey el jefe realista Arredondo para atacarlo, determinó la construcción de un fuerte en Soto la Marina que sirviera para resistir al enemigo y para almacenar sus pertrechos de guerra y algunas provisiones. La obra fué dirigida por el Ingeniero Rigual, que había venido en la expedición, y en ella trabajaron todos con actividad, dando el ejemplo el mismo General. En aquel improvisado fuerte quedaron cien hombres al mando del Mayor Sardá, acompañado del Doctor Don Servando Teresa Mier; y Mina, con trescientos siete hombres, abandonó su campamento el 24 de Mayo de 1817, dirigiéndose al Sur de la provincia, siguiendo la sierra que se extiende desde Padilla hasta Horcasitas.

Con este puñado de valientes emprendió el nuevo caudillo una de las más rápidas y gloriosas campañas que América registra en su revolución por la conquista de la Independencia.

La travesía por aquellos lugares de intrincados bosques y estrechos desfiladeros fué penosísima, no sólo por la fatiga de las marchas forzadas bajo los rayos de un sol abrumador, sino también por encontrarse el país seco y desprovisto de alimentos y de agua. En una hacienda del tránsito, de la propiedad del Coronel realista Don Cayetano Quintana, la gente de Mina pudo proveerse de víveres y caballos suficientes, y así, con este poderoso auxilio, siguió su marcha con menos penurias y mayor celeridad.

Después de pasar el río de Tamesí, tomó rumbo á la sierra de Tachimpa con el propósito de ganar la provincia de San Luis por el Valle del Maíz, donde se hallaba el capitán Villaseñor con el escuadrón de Sierra Gorda y alguna infantería, esperando incorporarse á la división de Armiñán, según lo dispuesto por el virrey. Supo Villaseñor el avance de Mina y pretendió disputarle el paso, situándose ventajosamente en una altura junto al camino, donde esperó al enemigo. Mina destacó sus mejores tiradores en guerrillas, y cuando por el fuego de éstas la izquierda de los realistas se replegaba sobre sus reservas, cargó en persona con veinte ginetes y puso á Villaseñor en vergonzosa fuga hasta las calles de la población, en la cual no pudo sostenerse y salió por el extremo opuesto, siendo perseguido dos leguas más adelante con dirección á San Luis, dejando en poder de los independientes dos piezas de artillería y algunos prisioneros que fueron puestos en libertad. "La intrepidez y la habilidad de que dió muestras el General en esta ocasión, —dice Robinsón en sus *Memorias*—inspiraron á sus soldados no sólo un sincero afecto, sino una confianza sin límites."

Este primer encuentro que se registró el día 8 de Junio de 1817, puso á los vencedores en posesión de Valle del Maíz, población abundante en todo género de

recursos. Mina publicó las órdenes más severas prohibiendo el saqueo y toda clase de desórdenes, exigiendo solamente de los vecinos una contribución de dinero y algunos artículos de que tenía necesidad para el equipo de sus tropas.

Corto fué el descanso de que éstas pudieron disfrutar después de su primera victoria. El día 10 tuvo noticia Mina de que el Coronel Don Benito Armiñán, sabedor de la ruta que seguía, había salido del Pánuco y se dirigía á sus alcances con una columna fuerte en cerca de dos mil hombres. Inmediatamente abandonó la población y, á marchas forzadas, tomó rumbo al Oeste; y después de cinco días de penosa caminata, en la noche del 14 llegó á la hacienda de Peotillos con su tropa agobiada por el hambre y rendida de cansancio. Los moradores de la finca habían huído llevándose los bastimentos, y aquellos valientes tuvieron que resignarse á dormir sin probar bocado alguno.

Al amanecer del día 15, cuando la tropa se disponía á restaurar sus energías con algún alimento, se avistó en las lejanías de la llanura la división de Armiñán, y fué preciso correr á las armas y alistarse para el combate.

Como la retirada significaba el desastre y encerrarse en la hacienda era perderse, Mina dispuso violentamente resistir á los realistas en campo abierto, después de arengar á sus valientes y de reconocer el terreno.

La acometida de las columnas realistas fué terrible, pero la resistencia resultó heróica. La disciplina y el valor de los independientes se impuso en aquellos momentos de suprema lucha.

La arrogante figura de Mina se destacaba de entre los combatientes, en los lugares de mayor peligro, animándolos con su ejemplo; y al fin, un poderoso esfuerzo de éstos, hizo retroceder desordenadamente á los realistas,

sembrando el pánico entre sus compañeros de la retaguardia, quienes, á su vez, huyeron á la desbandada en distintas direcciones, dejando tendidos en el campo de batalla nueve oficiales y ciento siete soldados, y en poder de los vencedores una pieza de artillería, cincuenta fusiles y algunas mulas cargadas de municiones.

Armiñán, lleno de estupor, huyó también á tres leguas de Peotillos con la caballería de Sierra Gorda, pretendiendo contener á los fugitivos; mas iban tan llenos de terror, que ellos mismos se prendían en las lanzas de los dragones.

Mina emprendió la persecución de los aterrorizados españoles, pero á poco tuvo que retroceder á su campamento para alimentar á sus tropas que habían peleado tres horas y media, hambrientas y rendidas de cansancio, contra una fuerza décupla en número y dispuesta á exterminarlas.

La gloriosa acción de Peotillos costó á los independientes veinte oficiales y treinta soldados muertos ó heridos; pero los puso á cubierto de un nuevo ataque de Armiñán que en aquellas circunstancias hubiera sido desastroso. Así lo comprendió el joven General, y con toda celeridad emprendió nuevamente su marcha para el Bajío en la madrugada del día 16. Armiñán ocupó á Peotillos poco tiempo después, permaneciendo algunos días entretenido en recoger á los dispersos de su división, sin intentar perseguir á Mina.

Este, entre tanto, avanzó rápidamente, pasando por el pueblo de la Hedionda y por la hacienda del Espíritu Santo, sin detenerse más que el tiempo necesario para que la sufrida tropa se alimentara; y al anochecer el 19, llegó á las cercanías del Real de Pinos, población de la Intendencia de Zacatecas que se hallaba fortificada con parapetos que cruzaban las calles, trescientos hombres y

cinco cañones á las órdenes del Subdelegado López Portillo. Mina, sin pérdida de tiempo, intimó la rendición de la plaza, ofreciendo respetar las propiedades y las personas. Desechada con arrogancia la proposición, dictó disposiciones encaminadas al asalto; pero en el peso de la noche, quince soldados del regimiento de la Unión se internaron al pueblo por las azoteas y lograron apoderarse de la artillería, poniendo en fuga á los defensores, sin haber perdido más que un hombre.

Por medio de esta sorpresa se apoderó Mina del Real de Pinos y de los pertrechos de guerra, entregándola al saqueo en castigo de no haberse rendido cuando le hizo la intimación de rendirse; pero prohibió terminantemente todo insulto y violencia á las personas, y puso en libertad á los prisioneros.

En la madrugada del 20 salieron los vencedores rumbo al Sur, y después de una abrumadora travesía por las desoladas llanuras de esa parte de la Intendencia de Zacatecas, la vanguardia, mandada por Don Pablo Edorzaín, dió con una partida de insurgentes á las órdenes de Don Cristóbal de Nava, quien le informó que á cinco leguas de allí había un rancho ocupado por una fuerza independiente, y cuatro más allá estaba el fuerte del Sombrero defendido por el patriota Don Pedro Moreno.

Enterado Mina de tal noticia, inmediatamente marchó hacia el rumbo indicado por Nava, y al ascender los Altos de Ibarra, descubrió un numeroso cuerpo de realistas. Era la división de Orrantia, que tenía orden de impedir la reunión de Mina con los insurgentes del interior; pero se abstuvo de hacerlo y se dirigió á León, dejando el paso franco á los valientes vencedores de Peotillos.

Al fin, la tarde de aquel día (24 de Junio de 1817) llegaron á las fortificadas posiciones del fuerte del Som-

brero, siendo recibidos con jubilosas manifestaciones por Moreno y las tropas de su mando, quienes admiraban su valor y heroísmo, pareciéndoles imposible que aquellos hombres hubieran recorrido más de doscientas veinte leguas en treinta días, á contar desde su salida de Soto la Marina, atravesando una zona cubierta de enemigos y sufriendo las mayores privaciones; que hubieran resistido dos encuentros formidables, peleando con fuerzas superiores en número, quedando victoriosos, y asaltado á su paso una plaza fuerte.

Toda esta serie de sucesos había hecho subir la reputación de Mina al más alto punto, y sus soldados eran mirados como una casta de hombres extraordinaria.

VI

Pronto quedó confirmada la fama que en su expedición habían alcanzado Mina y sus valientes compañeros. El 27 de Junio se tuvo noticia de que el Comandante General de Guanajuato, Don Cristóbal Ordóñez y los jefes Castañón y Calderón habían llegado á San Felipe con el propósito de avanzar contra las posiciones del fuerte del Sombrero al frente de seiscientos hombres, de los que cuatrocientos eran de caballería. Mina y Moreno organizaron violentamente una sección de doscientos cuarenta infantes y ciento cuarenta caballos,—comandados éstos por el Coronel Don Encarnación Ortiz y el Mayor Maillefer— y salieron en el mismo día al encuentro de los realistas, pernoctando en Aldabalda. El 28 continuaron su marcha los independientes, y dos leguas antes de llegar á San Felipe, se avistó el enemigo por el camino carretero cercano á la hacienda de San Juan de los Llanos. Inmediatamente se dictaron por ambas partes disposiciones para el ataque; pero fueron tan rápidas y oportunas las del intrépido Mina, y tan perfectamente obedecidas,

que tan sólo en un combate de *ocho minutos* fueron los realistas completamente derrotados, quedando tendidos en el campo más de trescientos hombres muertos, entre ellos Ordóñez y Castañón, y en poder del vencedor ciento cincuenta y dos prisioneros, dos cañones, doscientos noventa fusiles y algunas cargas de parque. La pérdida de Mina consistió en ocho muertos y nueve heridos; entre los primeros hubo de lamentarse al Mayor Maillefer, que se había portado heróicamente en la jornada. Los prisioneros fueron puestos en absoluta libertad, pero muchos de ellos se afiliaron á la causa de la independencia, probablemente reconocidos á la magnanimidad con que se les trató.

Al siguiente día Mina retornó con sus trofeos de guerra al fuerte del Sombrero, siendo recibido con aclamaciones de júbilo, que se repitieron en todos los lugares ocupados por los insurgentes, y la Junta de Jaujilla, al felicitarlo por tan espléndido triunfo, lo autorizó para que siguiera usando las insignias de Mariscal de Campo efectivo.

Después de algunos días, Mina salió del fuerte con el propósito de sorprender la hacienda del Jaral, cuyo propietario, Don Juan de Moncada, había hecho constante guerra á los independientes desde los primeros días de la revolución. Luego que el de Moncada supo este movimiento, huyó á toda prisa con su familia rumbo á San Luis, sin embargo de que la finca se hallaba bien parapetada y abastecida para la resistencia y de que contaba con trescientos hombres armados y equipados por su cuenta, y con doscientos fugitivos de la acción de San Juan de los Llanos, mandados por Calderón. Mina llegó al Jaral el 7 de Julio; y si bien tuvo la contrariedad de no encontrar combatientes, en cambio pudo proveer á la caja militar de los independientes con una fuerte canti-

dad de dinero que encontró oculta en la misma hacienda, de donde se llevó también tres cañones que el marqués dejó abandonados en su precipitada fuga.

Cuando Mina regresó á su Cuartel General, encontró que allí lo esperaban dos comisionados de la Junta de Jaujilla y el Presbítero Don José Antonio Torres,—quien tenía el grado de Teniente General y el mando de las numerosas guerrillas de insurgentes diseminadas en la sierra de Comanja y provincia de Valladolid—con el objeto de felicitarlo y de conferenciar con él. Así se verificó acordándose que Mina ejerciera el mando superior y que á todo trance se sostuvieran los puntos fortificados en las posiciones de los fuertes del Sombrero y los Remedios.

En cumplimiento á tales acuerdos, Mina dictó cuantas disposiciones estimó convenientes para el mejor éxito de sus planes de campaña y de defensa, no obstante la falta de disciplina de las tropas que quedaron bajo su mando.

VII.

Entre tanto, el virrey Apodaca que tanto se había lisonjeado de que las tropas de Armiñán serían más que suficientes para exterminar á Mina, llegó á desengañarse cuando supo el resultado del encuentro de Peotillos y la derrota y muerte de Ordóñez y Castañón en San Juan de los Llanos, y dispuso que el Mariscal de Campo, Don Pascual de Liñán se encargara del mando de un numeroso cuerpo de ejército que debería reunirse en Querétaro y después marchar contra los independientes del Bajío. En acatamiento á lo dispuesto por el virrey, Liñán llegó á Querétaro el 8 de Julio de 1817; y después de fortificar esta ciudad para protejerla contra un posible asalto, salió á la cabeza de todas las fuerzas disponibles en busca de Mina. A mediados de Julio entró Liñán á la provincia de Guanajuato, habiéndole precedido Orran-

tia y Ráfols, que se situaron en Dolores y San Felipe. Negrete, á quien se dió el nombramiento de segundo en jefe, recibió órden de marchar con todas sus fuerzas de León hacia el Norte, cuando se le previniese, y el Coronel Ruiz, jefe del batallón de Navarra, fué situado en Silao, con instrucciones de conservar expedita la comunicación con Querétaro.

Negrete, finalmente, salió de León para avistarse con Liñán en Silao, á fin de combinar el plan de ataque al fuerte del Sombrero y demás puntos ocupados por los independientes.

Tales fueron las órdenes del gobierno virreinal para exterminar al denodado Mina, á quien Apodaca, en una ampulosa proclama que publicó el 12 de Julio, declaró *traidor, sacrílego, malvado, enemigo del rey y de la religión y perturbador de la tranquilidad de la Nueva España*.....

VIII

No se ocultaron á Mina los movimientos de concentración de las fuerzas realistas para batir las posiciones de su mando y, en vista de ellos, comunicó sus observaciones á la Junta de Jaujilla y al Pbro. Torres al fuerte de San Gregorio, demandando auxilios para batir al enemigo; pero los que se le proporcionaron resultaron casi nulos.

En tales circunstancias, supo que Negrete había salido de León para Silao con el objeto de conferenciar con Liñán,—según queda dicho—y se propuso sorprender á la guarnición con un atrevido golpe de mano. Así lo puso en práctica saliendo la tarde del 26 de Julio con cuatrocientos hombres de infantería y caballería; pero á pesar de sus precauciones y de haber llegado sus valientes hasta la plaza de León, el nutrido fuego de los defensores y la pérdida de muchos de los suyos, lo hicieron re-

troceder en la madrugada á su centro de operaciones á esperar á Liñán que ya se acercaba para batirlo. En efecto: el 31 de Julio este jefe realista se movió de sus acantonamientos en combinación con Negrete, ocupando posiciones estratégicas, y en la mañana del día siguiente la artillería rompió un vivísimo fuego sobre el fuerte del Sombrero, al que contestaron los independientes causando considerables pérdidas en las filas realistas. El 4 de Agosto arriesgó Liñán un asalto por tres distintos puntos, y en todos fué rechazado por los valientes defensores, causándole bajas de importancia. Mina se portó en esta jornada con su acostumbrada bizarría, peleando á pecho descubierto con una lanza.

La dura lección que Liñán recibiera con el mal éxito del asalto, lo obligó á no intentar otro durante algunos días, concretándose á cañonear los parapetos constantemente; mas la situación de los sitiados se hizo angustiosa por la falta de agua. Las provisiones que se habían hecho antes del sitio, se habían agotado y era bastante difícil y peligroso tomarla en la barranca de Barbosa, por hallarse dominada por los realistas. Además, el Padre Torres, que se encontraba en el fuerte de San Gregorio, no proporcionaba los auxilios que se le pedían con insistencia. Esta terrible situación determinó á Mina á poner en práctica el atrevidísimo proyecto de ponerse en comunicación con Torres. Con tal fin, en la noche del 7 hizo una salida al frente de doscientos cuarenta hombres hacia el campamento de Negrete, cuyos reductos atacó y tomó personalmente con treinta; pero no fué secundado por los demás que lo acompañaban y tuvo que retirarse, dejando once heridos que fueron fusilados al siguiente día.

El fracaso sufrido, la suma escasez de víveres y de agua y la falta de cooperación del Padre Torres, obligaron á

Mina á salir personalmente en busca de refuerzos y provisiones, acompañado sólo de los Coroneles Ortiz y Borja, con sus asistentes, dejando el mando del fuerte al patriota Don Pedro Moreno. La noche que siguió al ataque del campamento de Negrete, los tres animosos jefes, aprovechando la oscuridad que reinaba y arrojándose por peligrosos desfiladeros, lograron burlar la vigilancia de los realistas y dirigirse á los campos vecinos; pero por más que Mina trabajó con toda diligencia, no pudo auxiliar á los sitiados. Al mismo tiempo el Padre Torres, que había salido de sus posiciones de San Gregorio con algunas provisiones, fué atacado y rechazado por Ráfols en las llanuras de Silao, quitándose con este golpe toda esperanza de auxilio á los agotados defensores del Sombrero.

Entonces Mina hizo llegar al fuerte la orden de que éste fuese abandonado; y con los expresados jefes y cien caballos que pudo reunir, se dirigió al cerro de San Gregorio, derrotando á su paso, entre León y Silao, á un cuerpo de caballería, cuyo jefe resultó muerto.

***

El 15 de Agosto, sabedor Liñán de que Mina se hallaba fuera de su alcance, resuelto á no dar cuartel y temeroso de que los demás jefes insurgentes pudieran escapársele, emprendió nuevo asalto al fuerte del Sombrero, atacando vigorosamente. Las columnas realistas, protegidas por su poderosa artillería, llegaron hasta los destrozados parapetos de los independientes; pero fué tan heróica la defensa, en la que tomaron parte hasta las mujeres, que los asaltantes se vieron precisados á retroceder en desorden, perdiendo más de doscientos hombres. Liñán llegó al último grado de frenesí al ver el resultado del asalto y puso empeño en apoderarse del fuerte. Comprendiéronlo así los independientes y se resolvieron á abandonar aquel campo de muerte donde toda resisten-

cia era imposible, supuesto que se sentían desfallecer de cansancio, de hambre y de sed, y la atmósfera estaba viciada por el hedor de los cadáveres insepultos.

La noche del 19 de Agosto se dió la orden de marcha: los enfermos y los heridos fueron abandonados, se inutilizó la artillería, se quemaron algunos pertrechos, se ocultó el poco dinero de la caja militar y la maltrecha guarnición se movió al mando de Don Pedro Moreno, descendiendo por un hondo barranco que era la única salida. Sea que la vigilancia se había redoblado ó que los fugitivos cometieran alguna imprudencia propia de la precipitación de la marcha, el caso es que fueron descubiertos por las avanzadas realistas; y aquella masa informe de soldados, mujeres y niños, fué acribillada en la oscuridad de la noche por las descargas de fusilería y balas de cañón de los soldados de Liñán. Varios de aquellos infelices retrocedieron sin esperanza de salvación: Don Pedro Moreno y algunos más lograron ponerse en salvo, pero casi todos los antiguos compañeros de Mina fueron acuchillados en las primeras horas del día por la caballería realista. Liñán ocupó sin resistencia el fuerte y mandó fusilar á todos los prisioneros después de hacerlos trabajar dos días en la destrucción de las fortificaciones, no respetando ni á los enfermos ni á los heridos. El 22 de Agosto la división del sanguinario Liñán abandonó aquel campo de desolación, marchando contra las fortificaciones de San Gregorio, y estableció el bloqueo en 31 del mismo mes.

IX.

Tan luego como Mina se presentó en las posiciones mandadas por el Padre Torres, acordó que se reforzaran las obras de defensa y que se organizaran auxilios para los defensores del fuerte del Sombrero; pero apenas se libraban las órdenes, cuando supo el "triunfo" de Liñán

y algunos detalles del pavoroso desastre en que habían acabado sus probados compañeros de armas, y esto le hizo modificar su plan de campaña, acordando con Torres que éste se quedaría sosteniendo San Gregorio, mientras que él recorrería la comarca hostilizando á los realistas. En cumplimiento de este acuerdo, Mina salió á la cabeza de un buen número de insurgentes, sin disciplina, y se dirigió por La Tlachiquera, al Norte de la sierra de Guanajuato, donde se le incorporó el Coronel Don Encarnación Ortiz, con restos de los que habían escapado del Sombrero.

"Luego que Mina los vió,—dice un historiador—puso espuelas al caballo y corrió á abrazarlos, preguntándoles por los demás. La respuesta fué: *¡Han perecido!* Esta noticia fatal afligió intensamente á Mina, y los que lo observaban vieron que no pudo contener las lágrimas por sus antiguos compañeros que habían desaparecido para siempre!"

Recobrado en breve de aquel tremendo golpe, se dirigió á la hacienda del Biscocho ocupada por los realistas, á los cuales venció sin grandes esfuerzos mandando fusilar á los prisioneros, resentido de la horrible matanza de los suyos hecha por Liñán en el fuerte del Sombrero. Siguió de allí á San Luis de la Paz, población fortificada por una fuerza al mando del Comandante Céspedes, y después de cuatro días de lucha sostenida, la guarnición se le rindió á discreción. Céspedes fué fusilado en compañía del Administrador de la hacienda del Biscocho que se había refugiado en aquel lugar, y los demás prisioneros quedaron en libertad.

El día 11 de Septiembre aquel infatigable caudillo intentó apoderarse de la Villa de San Miguel el Grande; pero encontrándola apercibida para la defensa, desistió de su empeño y se internó al Valle de Santiago. De es-

te punto pasó á las cercanías del fuerte de los Remedios, cediendo á las frecuentes instancias del Padre Torres para que lo auxiliara; mas persuadido de que era temeraria empresa atacar á Liñán en su campamento con gente indisciplinada, retrocedió hacia la sierra de Guanajuato. Al llegar á las inmediaciones de Silao, ya en los últimos días de Septiembre, se le incorporó su valiente y leal amigo D. Pedro Moreno, con alguna caballería, y juntos se dirigieron á la hacienda de la Caja, á tres leguas de Irapuato, con el propósito de esperar á Orrantia, quien por orden de Liñán había emprendido la persecución de Mina al frente de mil hombres de infantería y caballería.

En efecto: el 10 de Octubre las fuerzas de aquel jefe realista atacaron la hacienda de la Caja, y el encuentro resultó desastroso para los independientes, que se desbandaron sin atender las voces de mando de sus jefes. Mina, con la intrepidez de siempre, logró abrirse paso entre los numerosos enemigos que lo cercaban, y seguido de muy pocos de los suyos se dirigió al rancho de Palo Blanco, sin que Orrantia se empeñase en seguirlo.

Este fracaso no fué parte á desalentar la constancia y el valor de Mina, quien se propuso remediarlo desarrollando un nuevo plan de campaña. A tal fin, ordenó á D. Pedro Moreno que reuniese las guerrillas dispersas y lo esperase en la hacienda de la Caja, que había sido ocupada momentáneamente por Orrantia, y con solo veinte hombres se puso en marcha, llegando á Jaujilla el 12 de Octubre, donde sometió á la opinión de la Junta su plan, consistente en atacar á Guanajuato con el objeto de llamar la atención de Liñán. La Junta procuró disuadirlo de su idea, indicándole que sería de mejores resultados que, con los pocos oficiales de su antigua división que se hallaban en los Remedios, se dirigiese al

Sur de la provincia de Michoacán, rica en elementos y descuidada por los realistas, en la cual podía entrar en campaña; pero Mina hizo punto de honor militar auxiliar á los sitiados de los Remedios, y con cincuenta hombres que la Junta pudo poner á su disposición, se puso en marcha con derechura á Puruándiro. De este lugar pasó al Valle de Santaigo, y continuando su rápida caminata, llegó á la hacienda de la Caja para reunirse con D. Pedro Moreno, quien lo esperaba con cerca de mil hombres de caballería. Con éstos, los que le acompañaban desde Jaujilla y los que le siguieron á su paso por el Valle de Santiago, marchó sin pérdida de tiempo sobre Guanajuato con tal celeridad y precauciones tantas, que en la madrugada del día 24 de Octubre llegaba sin ser sentido á la mina de la Luz; allí se le incorporó con refuerzos el Coronel D. Encarnación Ortiz, y en la misma noche del 24 avanzó hasta los suburbios de la ciudad, al frente de mil cuatrocientos hombres, sin que fuera notada su presencia por los realistas.

Sobre la marcha organizó dos columnas de ataque, y á las dos de la mañana del 25 las hizo avanzar por las principales calles, con orden de atacar en combinación los puntos fortificados.

Estos movimientos se ejecutaban con las mayores precauciones, cuando de improviso una patrulla realista dió la voz de alarma; púsose en armas la guarnición, al mando del Comandante Militar Don Antonio Linares, y los disparos de cañón contuvieron la principal columna de los asaltantes. Estos, en vez de cargar impetuosamente, como lo ordenaba enérgicamente el General, retrocedieron en medio de la mayor confusión y se desbandaron, internándose por las estrechas y torcidas calles de Guanajuato, sin que fuera posible contenerlos. Ante tan imprevisto fracaso, se dió la orden de retirada, pero fué tal

el desorden, que aquella retirada se convirtió en fuga, hasta que, al fin, con grandes esfuerzos pudo Mina calmar algún tanto á aquella indisciplinada gente y marchar con relativo concierto, haciendo alto en la mina de la Luz.

Indignado por la indisciplina de sus tropas, no menos que por haber sido incendiado durante el fracaso el tiro general de la mina de Valenciana, reunió allí á sus oficiales, les reprochó su cobardía al frente del enemigo, les mandó que se retiraran á sus respectivos distritos con orden de no dejar entrar víveres á Guanajuato; y con Don Pedro Moreno y setenta hombres de su confianza, marchó para el rancho del Venadito, perteneciente á la hacienda de la Tlachiquera, en donde, después de muchos días de no interrumpida fatiga, se rindieron al sueño aquellos denodados campeones de nuestra Independencia, la noche del 26.

X.

Después del triunfo de la hacienda de la Caja, Orrantia se distrajo en llevar víveres al campamento de Liñán, pero muy pronto volvió á emprender la persecución de Mina con su acostumbrada actividad, hasta que perdió sus huellas en una hacienda inmediata á Irapuato, en donde pernoctó el 24 de Octubre. En la madrugada del 25, por las llamas que se alzaban del incendio de Valenciana, Orrantia descubrió el rumbo que seguían los independientes y marchó para Guanajuato. Informado de la retirada desastrosa de éstos, siguió á Silao, y en este punto le denunciaron, la tarde del 26, que Mina debía pasar la noche en el rancho del Venadito, y para ese lugar púsose en marcha inmediatamente con quinientos caballos, de los cuales destacó veinte dragones de la frontera, ordenando al Teniente Coronel Don José María Novoa, que cargara á galope tendido sobre el rancho

para evitar que los refugiados allí se le escaparan. Así se verificó la sorpresa.

Los que intentaron defenderse fueron muertos tras un combate rápido y sangriento, entre ellos el eminente patriota Don Pedro Moreno. Al estruendo de los asaltantes, el bravo Mina saltó de la cama sin casaca y sin armas y salió dispuesto á organizar la resistencia, mientras su criado de confianza le ensillaba su caballo; pero una parte de su gente había emprendido la fuga, el resto no existía ya, y todo resultó inútil. Entonces fué aprehendido por un dragón llamado José María Cervantes, sin conocerlo, hasta que él mismo se descubrió. Conducido fuertemente atado á la presencia de Orrantia, éste jefe español se permitió la bajeza de insultarlo, llamándole traidor á su rey y á su patria; y habiendo contestado Mina con dignidad, Orrantia cometió la cobardía de pegarle dos cintarazos. "Acción infame, —dice Don Lucas Alamán—que dió justo motivo á que Mina le dijera con indignación: *Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado.*" El mismo día fué conducido á Silao, en donde entró Orrantia en triunfo, llevando la cabeza de D. Pedro Moreno en una lanza, y mandó poner grillos al ilustre prisionero, quien al verlos exclamó: *¡Bárbara costumbre! Ninguna nación usa ya este género de prisiones; más horror me da verlos que cargarlos!*

De Silao fué llevado al campamento de Liñán, frente al fuerte de los Remedios, quedando custodiado por el regimiento de Navarra, y desde entonces se le trató como merecía serlo un hombre de valor en esas circunstancias. Mina, á pesar de los repetidos interrogatorios á que se le sujetó, no proporcionó á sus jueces ningún da-

to ni noticia alguna que pudiera comprometer la causa que había defendido.

XI.

Cuando la noticia de la prisión de Mina llegó á México, fué solemnizada con Te Deum, misas de gracias, repiques á vuelo, iluminaciones y salvas de artillería. Apodaca comunicó inmediatamente tan fausta nueva para la causa realista á las autoridades de las provincias, y los festejos oficiales se sucedieron; se concedieron ascensos y premios á los militares que intervinieron en la captura, y hasta el virrey recibió más tarde del Gobierno de Fernando VII el ridículo título de Conde del Venadito.

Sin embargo de estas manifestaciones de regocijo, fueron tantas las simpatías que las hazañas y la desgracia de Mina despertaron por aquellos días, que el virrey, alarmado y temeroso de que pudiera escapársele, ordenó á Liñán que sin dilación lo mandase fusilar.

En cumplimiento de esta orden, el infortunado caudillo fué pasado por las armas en el cerro del Bellaco, á las cuatro de la tarde del 11 de Noviembre de 1817, frente al fuerte de los Remedios, después de decir á los soldados encargados de la ejecución: ¡NO ME HAGAIS SUFRIR!

XII.

Así terminó su brillante carrera militar aquel incomparable caudillo, á los veintiocho años de edad. "Valor, audacia, juventud, sentimientos nobles y generosos: tales fueron las virtudes y cualidades que inmortalizaron á Mina, guerrillero en su Patria cuando la invasión francesa; adalid de las ideas liberales en la Península á la vuelta del rey; desterrado ilustre en Inglaterra, vino á América á combatir por la libertad, cuando vió que en España una muralla insuperable de preocupaciones, artimañas

políticas é intrigas se imponían al constitucionalismo proclamado en Cádiz.

Mina, al poner su espada y su talento al servicio de la causa americana, dió el ejemplo más palpitante de consecuencia por sus ideas políticas: para él, como para todo hombre verdaderamente ilustrado, la libertad, como el sol, debía alumbrar á todos los pueblos de la tierra.

Defendió la autonomía de su Patria, defendió su libertad política y terminó su brillante carrera combatiendo, no á los españoles en América, sino á los soldados de Fernando VII, que aquende el oceano, lo mismo que en España, habían rasgado con la punta dé sus sangrientas espadas los derechos del hombre y el pacto de los pueblos."

Pedro Ascencio Alquisiras.

Gamaliel Arenas.

PEDRO ASCENCIO ALQUISIRAS era un indio que por su amor á la causa de la Independencia se convirtió en guerrillero suriano, cuyo valor temerario le transformó en caudillo y sus hazañas y su muerte le elevaron á héroe.

Nada se sabe de sus antecedentes; su origen humilde y la obscuridad de su cuna cubren con un velo los primeros años de su vida y sólo es conocido desde que comenzó á figurar como Capitán de Caballería á las órdenes de Don José María Rayón, quien le cedió el mando de cincuenta hombres con los que militó al lado del guerrillero Vargas, en los años de 1814 á 1816.

Pedro Ascencio, era un hombre rudo, sin instrucción, de complexión fornida, de maneras toscas pero expresivas, aspecto marcial, color trigueño, pelo lacio y ojos grandes y negros, de mirada aparentemente humilde, pero profundamente penetrante y observadora. Su carácter afable y cariñoso en el trato, revelaba suprema altivez en el disgusto é indomables energías en las resoluciones. Su talento natural y su perspicacia ingénita le daban á su audacia una atingencia sorprendente en que

no cabían ni vacilaciones ni temores. A estas cualidades se adunaban su fuerza hercúlea y su agilidad física que le acreditaban como hombre fuerte y excelente ginete.

Su criterio en la guerra era exterminar á los enemigos de la Patria sin consideración alguna, pero peleando en buena lid y llevando como únicos recursos el valor y la oportunidad.

Era un verdadero hombre fiel á sus compromisos, leal á sus convicciones é intransigente en sus propósitos.

Después de una serie de episodios en que hizo prodigios de valor y conquistó renombre, se encontró casualmente algunos fusiles ocultos en una barranca, y armando con ellos á otros tantos indios, se presentó al General Don Vicente Guerrero al frente de trescientos hombres, desde cuyo momento se abrió una nueva etapa de actividad y abnegación para el luchador infatigable, que en los años de 1817 á 1820, por los diversos y continuos desastres que había sufrido la causa de la Independencia por la muerte de sus caudillos y la tenaz persecución de sus adeptos, al grado de infundir el mayor desaliento y perder toda esperanza de triunfo, fué el brazo derecho del indomable Guerrero, único caudillo de prestigio que quedaba y que con los pocos que le seguían pudo sostener en las montañas del Sur, la bandera de la insurgencia contra el poder español.

En esa época, el país se consideraba ya pacificado; la causa de la Independencia se tenía por perdida y por lo tanto el gobierno virreinal creía fácil extinguir aquella llama de libertad sostenida en el Sur por un puñado de valientes. De ahí fué, que para exterminar aquellos rebeldes, se concentraran á ese lugar las mejores tropas, al mando de los jefes más expertos que llevaron con el aparato de la fuerza el terror espantoso de la crueldad.

Todo esto, si era imponente para los espíritus pusilá-

nimes, nada valía para aquellos corazones de acero templado en el fuego del más puro patriotismo.

Las montañas del Sur, convertidas en inaccesible baluarte de las libertades patrias, podrían ser unas nuevas Termópilas en que sus pocos defensores perecerían todos, antes que ceder el paso á sus poderosos enemigos.

Pedro Ascencio se fortificó en el cerro de la "Goleta," de donde, como el relámpago atronador y rápido, salía con frecuencia para hacer formidables estragos en las filas realistas.

De nada valieron ni el halago ni la amenaza, ni la estrategia ni la celada pudieron hacerle desistir ni caer en las garras de sus enemigos.

Y fué de tal manera el prestigio que adquirió por la temeridad de su valor, su constancia sin límites y su extraordinaria energía, que sus hazañas le dieron verdadera celebridad en la opinión pública; celebridad que contribuyeron á aumentar las consejas deturpadoras inventadas por los realistas, haciéndole aparecer con los colores más sombríos, como un personaje aterrador y sanguinario, para hacer creer al vulgo, ya por las noticias que se propalaban, y ya por los partes y relatos inverosímiles que publicaba "La Gaceta de México," órgano del gobierno virreinal, que Pedro Ascencio era un hombre indomable y feroz, que según el Sr. Carreón, en su "Galería de "Indios Célebres," se le tenía por degollador de ancianos, mujeres y niños; talador de campos, furioso incendiario y desalmado asesino, que ahorcaba sacerdotes y entraba á saco á los templos; que violaba doncellas y las entregaba á la ferocidad de sus soldados; en fin, se trató de darle toda la celebridad de un gran bandido, sin que en verdad no tuviera otro crimen ante los ojos de los españoles, que el de ser un valiente patriota. El pueblo bajo, que ama todo lo terrible y todo lo gran-

de, lejos de odiar á Pedro Ascencio, le temía y admiraba al grado de hacer de su vida y de sus proezas una leyenda en que se aumentaba su popularidad, pues de su audacia y su valor se deducía su talento militar y político, y el hecho de permanecer en el Sur sin poder ser vencido, acreditaba la importancia de su persona.

En 1820, la acción de Santa Rita fué una de las más memorables en que Pedro Ascencio mostró tanta pericia militar, tanto valor y sangre fría, que dejó asombrados á los jefes y soldados realistas.

Uno de los propósitos de Iturbide en su marcha al Sur, como Comandante General, á fines del mismo año de 1820, fué vencer y acabar con Pedro Ascencio, pero comprendiendo que por la fuerza la empresa era difícil, trató de atraerlo por el indulto, lo que tampoco le dió resultado, resolviéndose entonces á atacarlo en el cerro de San Vicente, donde fué derrotado por Ascencio. El Coronel Rafolo, famoso por su valor y pericia, quiso vengar aquella derrota, y al atacar á Ascencio, fué también completamente derrotado; suerte que igualmente corrieron cuantos trataron de aniquilar al invencible indio insurgente.

Entre los muchos y brillantes triunfos que día por día fueron obtenidos por Pedro Ascencio, merece especial mención el del 25 de Enero de 1821, cerca del pueblo de San Pablo.

Pedro Ascencio había adquirido en su ya prolongada vida de combates, ideas claras que le dieron un concepto bien formado de la causa que defendía; él quería la completa independencia de su Patria sin transacción alguna con el poder español, al que profesaba odio profundo como si fuera la encarnación viviente de las vejaciones y sufrimientos de su raza humillada y vencida por la conquista. Por eso es que no aceptó ni se some-

tió á los acuerdos de Guerrero é Iturbide en los preliminares del Plan de Iguala, que nunca reconoció.

Siguió solo luchando contra los dominadores de su Patria, siempre sorprendiendo y derrotando á sus enemigos, hasta que la acción que libró en el asalto de Tetecala defendida por el realista Márquez, que saliendo de Cuernavaca para Acapulco se había sostenido en dicha plaza para evitar una segura derrota del temerario Ascencio; éste, ya casi dueño de la ciudad en los ataques emprendidos vigorosamente el 2 y 3 de Junio de 1821, al recibir la noticia de que el comandante español Huber y los dependientes de la hacienda de San Gabriel se dirigían en auxilio de los sitiados, salió á su encuentro con un pequeño trozo de soldados, y encontrándose ambas fuerzas en un lugar llamado Milpillas, se libró terrible combate á arma blanca, haciéndose terribles destrozos los combatientes, en cuya acción Pedro Ascencio fué atacado por la espalda por un dependiente español de la hacienda de San Gabriel, llamado Francisco Aguirre, quien aprovechando el momento en que Ascencio atacaba de frente á sus numerosos adversarios, descargó sobre la cabeza de aquel un terrible machetazo que le privó de la vida. Se dice que al caer sin vida el valeroso Ascencio, que nunca pudo haber sido vencido de frente por sus enemigos, los soldados españoles, queriendo saciar su sed de venganza, acribillaron á estocadas y á balazos el inanimado cuerpo del que muchas veces fustigó sus espaldas en los campos de batalla.

Los asesinos de aquel ínclito patriota le cortaron la cabeza y la condujeron á Cuernavaca, donde el Comandante Huber la mandó poner en un paraje público con esta lacónica inscripción, arriba de ella: *"Cabeza de Pedro Ascencio."*

Así terminó la brillante carrera patriótica del indio cau-

dillo de la insurgencia, cuya muerte fué celebrada en México por el partido realista con salvas y repiques, como si se hubiera tratado de haber obtenido el triunfo en una grandiosa batalla.

Pedro Ascencio fué campeón y fué héroe que sin ambiciones personales ni prejuicios políticos, combatió denodadamente por la libertad de su Patria, á la que llevó por divisa en sus hazañas, y en cuyas aras sacrificó sus afanes y su vida.

Para tan preclaro é indomable luchador, que sólo la cobarde alevosía pudo haber vencido, la guirnalda de la victoria y la palma de la inmortalidad!

Generalisimo Don Vicente Guerrero.

General D. Vicente Guerrero.

Emigdio Olivo Pimentel.

Patriota inmaculado.
Breve reseña de sus acciones militares.
Fué el alma de la última chispa revolucionaria y á su abnegación y patriotismo se debe el triunfo de nuestra Independencia nacional.
Sacrificio infame de este valiente defensor de nuestra Patria.

GUERRERO es el símbolo de la constancia; es la más noble encarnación de la rebeldía como sentimiento patrio; el más raro ejemplar de las abnegaciones heróicas. Guerrero es la condensación del sacrificio y de la lucha, es la síntesis gloriosa del triunfo.

Las páginas de nuestra historia no registran en sus anales el nombre de otro personaje que haya secundado con más grandes esfuerzos y con más brava actitud de patriota, la obra colosal de Hidalgo, de Morelos y de otros muchos héroes y titanes de la revolución de 1810. ¡Tan grande es así el caudillo de las montañas del Sur!

Hijo de padres humildes que, como los progenitores del gran Morelos, sólo podían consagrarlo al camino tras de una recua, nació el día 10 de Agosto de 1782, en el pueblo de Tixtla, ciudad que lleva hoy su nombre, en el Estado de Guerrero.

Venía, pues, á la vida, en un momento histórico, en que su Patria era esclava de la tiranía colonial, y escla-

va también de la ignorancia en una gran parte de su extensión.

La cuna de Guerrero se mecía en las costas del Pacífico, y hasta allí no llegaba la luz de la enseñanza á difundir sus claridades en los cerebros y en las conciencias, por eso Guerrero no pudo alimentar su espíritu con la fecunda savia de la instrucción; pero los grandes corazones, las almas que nacen nobles, nunca dejan de dar sus frutos, como nunca dejan de florecer los árboles del bosque ni los arbustos de la montaña.

Así es que después de una juventud oscura y perdida en mil ignoradas peregrinaciones de arriero, pero templada por un sol calcinante y acostumbrada á todas las intemperies, después de una juventud que había luchado con todas las fatigas y vencido en todos los cansancios, Guerrero llega á los veintidós años de edad y se torna en soldado para emprender entonces la gran jornada del sacrificio y de la gloria.

A fines de 1810, bajo las órdenes de Galeana, Guerrero iniciaba su carrera militar y un año después, sobresalía de entre sus compañeros de armas con el grado de capitán, militando á la sombra del genio inconmensurable de Morelos. Izúcar fué la primera piedra de toque donde grabó con la punta de su espada su nombre, al derrotar al Brigadier Llano el 23 de Febrero de 1812, y de allí en adelante fué uno de los caudillos más esforzados y valientes que el héroe de Cuautla llevaba á todos los combates y á todos los triunfos.

***

Nuestra guerra de Independencia se hallaba en las postrimerías de su segunda etapa de heroísmo; Puruarán había sido teatro de un formidable desastre y el Congreso de Chilpancingo era objeto de una tenaz persecución que no lo dejaba radicarse, y Morelos, la gran figu-

ra de aquellos tiempos, el coloso de la guerra, estaba para declinar en el ocaso de todas las grandezas: la inmortalidad.

En estas circunstancias de angustia, cuando la desesperación del triunfo empezaba á amargar el corazón de los patriotas, Guerrero abandona Coahuayutla y se va, camino de las montañas del Sur, hacia esas inexpugnables murallas que la Naturaleza levantó sobre las costas del Pacífico, cual si hubiese previsto que tras de ellas había de refugiarse un león formidable y temido en toda la vasta extensión de nuestro suelo; ese león era Guerrero, el único insurgente que había logrado escapar de los campos donde se había cernido la muerte sobre las vidas heróicas de los Morelos, Matamoros y demás caudillos de la insurrección.

El país atravesaba por unas circunstancias especialísimas de desaliento y de dolor; sobre una inmensidad de ruinas, que tal era la Patria; no se veía más que el sudario gris de las cenizas que un fuego violento había desparramado durante la conflagración; ni una llama, ni siquiera allá lejos, en el confín del desastre, se veía alguna mancha leve de humo que denunciara la chispa última de aquel gran incendio que estallara en Dolores.

Era que nadie se había dado cuenta de que un héroe quedaba en pie, y de que ese héroe iba camino del cerro de Papalotla, á través de un inmenso campo sembrado de huestes enemigas.

En efecto, era Guerrero el que, en compañía de su asistente, recorría más de trescientos kilómetros, con audacia inaudita, hasta llegar al cerro que hemos citado y donde permaneció ocho días con cincuenta hombres que logró arrastrar en pos de su causa y con los que hubiera sido una temeridad incalificable entablar la lucha contra una sección enemiga de más de setecientos soldados bien

prevenidos que surgió amenazante al cabo de su breve estancia tras de las curvas y lomerías del Papalotla; pero ante aquel inminente peligro en que se vió de improviso envuelto el General Guerrero,—acababa de obtener este merecido ascenso,—no desmayó su fe, ni sintió enflaquecer su valor; de la noche á la mañana armó de garrotes á sus soldados y esperó la hora de las tinieblas para romper aquel cerco que tan duramente empezaba á hostilizarlo, y cuando la oscuridad de la noche era más densa, sigilosamente pasó las aguas de un río que lo separaba del enemigo, y á esas horas cayó sobre el campo realista, sembrando el más hondo pavor y destrozándolo completamente, á tal grado, que cuando la luz del día vino á bañarlo con sus claridades, tenía ya en su poder cuatrocientos prisioneros, un número mayor de fusiles y parque en gran cantidad.

Con este paso atrevido, pero forzoso y más que ésto, de triunfo, abría nuevamente la campaña gloriosa de nuestra Independencia; lanzaba un nuevo chispazo sobre aquellos escombros de las pasadas contiendas y se erguía sobre ellos como un gigante que, espada en mano, va de hueste en hueste, decapitando, cercenando cabezas y destruyendo baluartes del campo contrario.

Jocomatlán, Piaxtla y Tecosantitlán, le vieron pasar en seguida, dejando una huella de triunfo que perpetúa en el corazón de esos pueblos el recuerdo de gloria que ha dejado el caudillo insurgente tras de cada paso que dió en pos de la libertad de México.

Poco después destaca en Tlamapilcingo, consagrado á la organización de sus fuerzas. Allí hace fundir varias piezas de artillería, fabrica pólvora, uniforma y equipa su división ya convenientemente disciplinada, y después de esta restauración aparece más respetable y más temido aún en los campos del combate.

Así fué como derrotó al realista Lamadrid, obteniendo una victoria brillante y decisiva; así también sitia á Tlapa y vence en las cercanías de éste á Armijo, quien iba en auxilio de la plaza amenazada; y aquí se presenta un doloroso acontecimiento que envuelve un triple fracaso de las armas independientes y que arrebata del corazón de la Patria al más noble y bravo de sus hijos, al coloso de la guerra y al predilecto de la victoria.

Guerrero tenía asegurado su triunfo sobre Tlapa; pero su prestigio militar, ganado á fuerza de intrepidez y de valor inquebrantable, hizo que Morelos, al preparar el ataque que se proponía dar á Puebla, le enviara órdenes para que á la mayor brevedad se trasladara á Izúcar, donde se organizaría el ejército atacador. Esta circunstancia obligó á Guerrero á levantar el sitio de Tlapa, poniéndose luego en camino; pero á pocas jornadas recibió la noticia fatal de la prisión del primer caudillo y jefe de la insurrección: Morelos.

Este suceso era para desconcertar toda entereza de espíritu y para echar abajo todo plan de campaña en lo futuro; pero Guerrero, aunque con un gran dolor en su alma, tuvo la fuerza necesaria para sobreponerse á todo desaliento y á todos los temores que se alzaban entre las brumas del porvenir.

Abnegado y leal á sus deberes de militar, escoltó, á pesar del peligro que originaba el doloroso desastre de Morelos, al atribulado Congreso, hasta Tehuacán.

Después de esto, es decir, cuando había desaparecido ya de la escena heróica de los combates la figura titánica de Morelos, el decaimiento de la revolución fué casi general, y el año de 1816 de completo desconcierto entre los independientes, y Guerrero entonces sufre un serio descalabro en la cañada de los Naranjos, donde ha-

bía ido á refugiarse, perseguido tenazmente por sus enemigos, quienes lo creían derrotado para siempre.

Llega el año de 1817 y se inician en derredor de Guerrero dificultades casi muy imposibles de vencer; pero á fuerza de constancia y de trabajos inauditos, logra por fin presentarse más fuerte aún, por el mes de Junio del mismo año, frente á las armas enemigas.

El Virrey Apodaca, hondamente preocupudo por la actitud indomable del General Guerrero, quiso reducirlo por medio del indulto, ofreciéndole honores y riquezas; pero tales tentativas fracasaron, porque el caudillo mantuvo su dignidad y su valor siempre del lado del patriotismo y de la causa nacional.

Entonces el Virrey apeló al medio supremo de la aniquilación de Guerrero, por medio de las armas; recurso en el que se iba á jugar el todo por el todo, puesto que la situación era decisiva.

Para llevar á cabo esta empresa desesperada y en extremo atrevida, fueron comisionados dos jefes realistas, dos militares cuya fama los había hecho notables desde la época de Morelos; el uno fué Armijo, General español, y el otro D. Agustín de Iturbide.

El General Armijo fué el primer comisionado. Con una fuerte columna marchó al encuentro del caudillo insurgente, cuyos triunfos le habían dado tal importancia y superioridad en el campo de las operaciones, que él era el objeto de todas las preocupaciones por parte del Virrey, Conde del Venadito.

Vencido Guerrero, el monarca español hubiera visto realizados sus viejos y ya caros, muy caros sueños de la reconquista de México; pero en derredor de nuestro valiente hijo del Sur, se habían agrupado ya otros caudillos, otros patriotas: Pedro Ascencio y Juan del Carmen, con cuya cooperación eficaz derrotó en muchos encuen-

tros al general español, casi aniquilándolo, en el que se efectuó en Tamo el 15 de Septiembre de 1818.

Pocos días después, el día 30 del mismo Septiembre, un nuevo triunfo sobre las armas realistas vino á vigorizar de una manera tal las fuerzas de Guerrero, que, después de este hecho, no quedó en el campo contrario quien fuera capaz de vencerle.

Este acontecimiento tuvo por teatro, Ciríndaro. Allí los independientes fueron dueños de un buen botín de guerra, y aumentando sus fuerzas con las armas que quitaron al enemigo, emprendieron la conquista de tierra caliente marchando inmediatamente sobre el pueblo de Ajuchitán, que era la fortificación más importante, y á donde habían ido á refugiarse los derrotados.

Guerrero, en esta gira que fué de muy alta importancia para los fines que perseguía, atacó victoriosamente en su orden de sucesión, los cantones de Coyuca, Santa Fe y Tetela del Río; después, en contra marcha, operó sobre Cutzamala, Huetamo, Tlachapa, y por último, la hacienda de Cuahulotitlán, la que exigió un ataque rudo porque era la mejor fortificada; pero allí triunfó también el caudillo insurgente.

Luego, Guerrero concibió un magnífico proyecto de operaciones dividiendo sus fuerzas, de las que puso 700 hombres al mando de D. Isidro Montes de Oca; igual número bajo las órdenes de D. Tomás Bedolla, y el resto se dejó él para obrar sobre Chilapa, pues uno y otro de los jefes que iban á la cabeza de las secciones que había formado, marcharían respectivamente sobre Acapulco por la costa de Coahuayutla el primero y sobre el territorio de Michoacán el segundo.

El éxito más alhagador coronó estas jornadas, pues en Enero de 1819 pasaban de veinte las victorias obtenidas.

Todos estos sucesos aureolaban de gloria la persona-

lidad de Guerrero, quien era ya el Jefe de mayor prestigio, por su bravura é incontados laureles de victoria con que coronaba su cabeza de vencedor y patriota.

México empezaba á entrar en una efervescencia de ideas liberales y este aspecto de nuestra vida política nacional, que por aquel entonces se vigorizaba rápidamente, junto con el recuerdo vivo aún de las innumerables víctimas que con su sangre habían regado el suelo de la patria para hacerlo fecundo al abrigar la semilla de la libertad, abrían un campo de acción más amplio y menos escabroso para llevar á través de su inmensidad la enseña bendita del heroísmo redentor.

Y fué entonces, después del establecimiento de la Constitución de 1812 en España, cuando el partido reaccionario ofreció á Fernando VII un refugio en nuestra Patria, para librarlo de la persecución liberal de los españoles exaltados. Don Agustín de Iturbide, que volvía á tomar las armas, pues estaba á la sazón separado del Ejército del Norte, por muchas irregularidades que había cometido, fué el segundo de los nombrados para derrotar á Guerrero, acometiendo esta empresa con recursos cuantiosos que puso en sus manos el Virrey Apodaca.

Formidable iba el caudillo de la causa realista al encuentro de Guerrero; pero éste y Ascencio, triunfaron desde luego en Acapulco y la Cueva del Diablo.

Iturbide comprendió que era imposible vencer por la fuerza á tan inquebrantable puñado de patriotas que Guerrero llevaba en todas partes al triunfo, y astutamente entabló con este caudillo una correspondencia que después de haber desechado enérgicamente Guerrero, tuvo por fin la conferencia de Acatempan y de Iguala.

Sucesos que no se esperaba el virrey Apodaca y que al principio Iturbide le dió á conocer como el rendimiento total de Guerrero.

No era tal; se había pactado la Independencia de México, y desde esos momentos quedaba definitivamente asegurado para todo el porvenir de la Patria.

Más tarde, en 1830, cuando el Coronel Codallos se levantaba en armas contra el Gobierno de D. Anastasio Bustamante, que era el representante del partido conservador, Guerrero, declarado inepto por el Congreso, para gobernar, secundó el pronunciamiento volviendo con sus fuerzas á las montañas del Sur, es decir, á las murallas inexpugnables que habían sido el teatro de su grandeza y de las que solamente una traición, una infame traición, lo sacarían muerto, porque vencido ¡nunca!

En efecto, Don José Antonio Facio, Ministro de Guerra de Bustamante, comprendiendo la importancia que Guerrero tendría en la revolución, entró en arreglos con Picaluga, un marino genovés que distrutaba de la confianza de Guerrero, para que, mediante la cantidad de cincuenta mil pesos, hiciera la entrega de ese caudillo inmaculado.

Esta promesa infame del genovés traidor, tuvo efecto el 20 de Enero de 1831, y en la mañana del 14 de Febrero del mismo año, Guerrero era sacrificado en el humilde pueblo de Cuilapan.

Así concluyó la vida de este indomable y patriota defensor de la Independencia Nacional, y de quien la posteridad conserva con veneración, el recuerdo inmortal de su grandeza y de su gloria.

AGUSTIN DE ITURBIDE (*)

Longinos Cadena.

TAL vez no se encuentre un personaje de la historia contemporánea de nuestro país, que, como Iturbide, haya pasado en vida y en muerte por tamañas vicisitudes.

En vida experimentó todos los azares de la guerra; la fortuna le sonrió en su carrera militar, brillante como pocas, y la ambición y la fortuna, unidas al patriotismo, lo empujaron y condujeron hasta un solio imperial.

Ya Emperador, experimentó en la atmósfera reinante en torno de él, todos los vientos que azotaron su nave, conduciéndola por inciertos derroteros; todo el odio de enemigos implacables, á raíz de haber sentido las auras populares proclamarle Libertador, en el frenesí del entusiasmo.

Dejó la corona que se había ceñido, y al abandonar el regio manto y descender del solio, magnánimo y grande, cuanto se necesitaba serlo, para abdicar, no pisó la tierra que había libertado, sino que erró por países extranjeros.

En el ostracismo, llegó á su conocimiento—engañado por sus partidarios, la anarquía que reinaba en su Pa-

(*) Este apellido suele hacerse esdrújulo indebidamente y, así se encuentra escrito en libros y periódicos. Es voz vascuence compuesta de *iturri*, fuerte, y *bide*, camino, como *Olavide*, camino de la herrería, y otros del mismo tenor.

tria, así como el peligro extranjero que le amenazaba, pues se habló de una Santa Alianza que debía reconquistar á México—y torna á ella, según unos, con la esperanza de volver á ocupar el perdido trono, y según otros, por el deseo de servirla, ofreciendo el brazo que la había libertado y la misma espada que había cortado sus cadenas; y cuando pisa el suelo donde había escrito con su propia mano: *Méjico libre,* se abre una tumba á sus piés en la que se hundió aquél de quien se dijo:

Si el invicto Iturbide está contigo
despreciable será todo enemigo. (1)
Diosa de la memoria, himnos te pide
El imperio también de Moctezuma,
Que rota la coyunda de Iturbide,
Entre los pueblos libres se numera. (2)

Sin poder exclamar como el romano Escipión: "Ingrata patria, no poseerás mis huesos." Y allí, en la morada de los muertos, donde se tiene derecho á la paz, se removieron sus cenizas, ultrajando su memoria, unos; odiándola, otros; haciéndole tremendos cargos, aquellos, y negándole todo, hasta el derecho de figurar loablemente en la Historia. Otros, los menos, lo alaban y ensalzan, y lo engrandecen hasta lo sublime. ¿Qué fué Iturbide? se preguntan los espíritus serios y rectos, los que saben despojarse de sus pasiones y conocen al hombre y la humana historia.

Iturbide tuvo ambiciones. ¿Quién no las tiene si es hijo predilecto de la fortuna? Errores.....culpas.....

¡Ah! ¡Cuando las pasiones se agitan; cuando los partidos se exaltan, cuando las ambiciones se despiertan y rugen como fieras desencadenadas; cuando los intereses pugnan; cuando se lucha por un ideal; cuando la Patria

(1) Poesías mejicanas.
(2) Bello, Silvas americanas.

peligra y se trata de los grandes intereses de la humanidad! entonces, ¿quién es aquél que permanece sereno en medio de ese caos? y ¡cuán pocos pasarán á través de esas negruras, sin haber empañado su blancura?

. . . . . .

No, México no mató á su libertador, México le debe estar agradecido y perdonarle sus errores y extravíos; porque fué el consumador de nuestra Independencia; porque nos legó una bandera que hoy bendecimos todos los mexicanos y que bendecirán nuestros pósteros.

*
* *

Iturbide nació en Valladolid, hoy Morelia, el 27 de Septiembre de 1783, fué alumno del Seminario Conciliar de la ciudad que le sirvió de cuna, entrando al servicio de las armas á la edad de quince años. En 1805 casó con Doña Ana María Hurtado, de una familia noble. Cuando estalló la revolución de Independencia con el grito dado en Dolores, (16 de Septiembre de 1810), se dice que fué invitado por el Cura de aquella población, el Sr. Miguel Hidalgo y Costilla, para tomar parte en ella, lo que rehusó, yendo á incorporarse á Torcuato Trujillo, que á la cabeza de las fuerzas realistas, tenía que disputar el paso á los independientes en el monte de las Cruces. En esa memorable acción de armas se distinguió Iturbide tanto, que mereció, por su intrepidez, los elogios de sus superiores. Estuvo bajo las órdenes de varios jefes realistas, y el que había comenzado su carrera sirviendo como alférez, llegó á ser Coronel, alcanzando todos sus grados y ascensos en el campo de batalla.

Grandes daños causó Iturbide á los insurgentes, por su genio militar y su fortuna. Dispersó las fuerzas de Rayón, Tovar y el P. Torres; fusiló á muchos patriotas. En 1813 acudió al socorro de Valladolid, atacado por el

Cura Morelos, y defendido por Llano, quien ordenó á Iturbide que con una compañía de trescientos sesenta hombres hiciera un reconocimiento á las posiciones del enemigo; no se contentó Iturbide con lo prevenido, sino que atacó el campo del señor Morelos, defendido por veinte mil hombres, acostumbrados á vencer, y por veintisiete cañones, llegando en la carga hasta el centro enemigo, é introduciendo la confusión en el ejército insurgente. Después acompañó al susodicho Llano al ataque del cerro del Cóporo, que tuvo mal éxito por no haber seguido el jefe español las indicaciones de Iturbide.

Un año después de estos acontecimientos, se le dió el mando del ejército del Norte, y no cabe duda que cometió excesos de severidad, y abusó del poder que se le había conferido, por lo que se le mandó procesar y, aunque fué absuelto, se le separó del mando. En el año de 1820 se proclamó la Constitución española, lo que dió motivo para que las tentativas de independencia, que hasta entonces se habían hecho con mal éxito, volvieran á reaparecer vigorosas. Iturbide, con claro talento y penetración rara; con conocimiento del verdadero estado del país, y de sus fuerzas, y, además, aleccionado con la experiencia que le dieron los primeros caudillos de nuestra Independencia, concibió un plan por medio del cual se conciliaban todos los intereses, y bosquejó un programa que alhagaba á todos, y que daba orden á la revolución, basado en las tres garantías, *unión, religión* é *independencia*, plan que se ejecutó de modo perfecto.

Hizo que se le diera el mando de las fuerzas que debían marchar al Sur á batir á Guerrero, único caudillo que sostenía la causa de la Independencia. En esta expedición sufrió varios reveses que le hicieron comprender cuánto había errado al proponerse aniquilar á los insurgentes. Trató desde luego de relacionarse con Guerrero,

y logró su intento cuando el jefe insurgente supo la resolución de Iturbide, de abrazar la causa de la Independencia.

El día 24 de Febrero de 1821, proclamó Iturbide el *Plan de Iguala*, del que mandó copia al Virrey para su aprobación; pero éste, lejos de aprobarlo, se preparó á sofocar el movimiento revolucionario, para lo cual nombró á Liñán y Armijo, jefes de las tropas que marcharon á batir á Iturbide y á Guerrero. Como la situación de los jefes revolucionarios no era nada favorable, se dividieron, dirigiéndose Iturbide al Bajío y dejando á Guerrero en el Sur, habiendo sabido en su marcha, que la opinion pública le era favorable y que varios jefes enemigos habían secundado sus planes en diversos puntos del país.

Siete meses duró la campaña entre los insurgentes y las tropas virreinales, acosados por todas partes los jefes realistas y siempre vencedores los insurgentes. Habiendo sido depuesto el Virrey Apodaca y habiendo firmado D. Juan O'Donojú, último Virrey mandado por las Cortes españolas á México, los tratados de Córdoba, no les quedó á los defensores de la opresión sino rendirse al Ejército *Trigarante*, que hizo su entrada triunfal en la Capital de México el 27 de Septiembre de 1821, al frente de dieciseis mil hombres.

La Independencia estaba consumada. México era libre.

* * *

La ambición deslumbró al libertador de la Patria, y él y su partido trabajaron sordamente por hacer de México un imperio, siendo el soberano el mismo Iturbide, y de tal manera vencieron los grandes obstáculos que se oponían á la realización de sus planes, que al fin, Iturbide fué proclamado Emperador la noche del 18 de Mayo de 1822, con el nombre de Agustín I.

El *Congreso Constituyente* que había sucedido á la *Junta Provisional,* y en cuyo seno reinaba el descontento y se dejaba sentir la lucha de los partidos, opuso fuerte resistencia á los imperialistas; pero fué en vano, y al fin tuvo que rendirse á la presión del pueblo que gritaba frenético: *¡El Emperador ó la muerte!*

Un mes después se verificó la coronación con gran pompa y magnificencia, en la Catedral de México, habiéndose formado, como en Europa, una gran Corte Imperial.

El profundo desacuerdo que ya existía entre el Congreso y el Emperador, estalló al fin. Cansado Iturbide de la resistencia de aquel Cuerpo, lo disolvió por decreto dado el 31 de Diciembre del año de su exaltación al trono. En esta situación difícil, se supo que Santa-Anna se había pronunciado en Veracruz proclamando la República, mientras que Guerrero y Bravo, disgustados de la conducta de Iturbide, secundaban á Santa-Anna en el Sur. Las logias masónicas trabajaron por derribar al Emperador, logrando ganarse el afecto de las tropas imperiales que se encontraban en Veracruz, y una vez que éstas estuvieron de su parte, se proclamó el *Plan de Casa Mata,* que fué casi secundado en todo el país. El Emperador procuró entrar en arreglos con los pronunciados, sin lograrlo; entonces, ya sea por aturdimiento, ó por el deseo de evitar el derramamiento de sangre, volvió á reunir el Congreso, ante el cual abdicó; no habiendo sido aceptada dicha abdicación por aquel alto poder, quien lo desterró á Italia, asignándole una pensión anual de veinticinco mil pesos durante su vida.

En su destierro, supo Iturbide por noticias que le enviaron sus partidarios, que su prestigio en México no se había disipado; ésto, unido á las noticias que corrían en Europa, donde se trataba de formar la Santa Alian-

za, para reconquistar las colonias españolas que se habían separado de la madre Patria, pensó en volver á México ofreciendo sus servicios al Congreso, pero éste no solo rehusó el ofrecimiento, sino que expidió un inícuo decreto declarándolo traidor y fuera de la ley. Ignorando Iturbide semejante decreto, volvió á la Patria, desembarcando en Soto la Marina, en donde fué reconocido y aprehendido por el Gral. Felipe de la Garza, quien lo condujo á Padilla, residencia del Congreso local, cuyos miembros, previa la identificación de la persona de Iturbide, ordenaron su muerte, que se verificó el 19 de Julio de 1824.

«¡Mexicanos! ¡Yo no soy traidor á la Patria; protesto contra esa mancha que se quiere arrojar sobre mi memoria y mis servicios, y no es justo que caiga sobre mis hijos!»

Estas fueron las últimas palabras del libertador de México.

Los Congresos de todos los Estados felicitaron al de Tamaulipas; se ofreció á su aprehensor la banda de General de Brigada; los nombres de los diputados que votaron por su muerte fueron inscriptos con letras de oro en los salones de varias legislaturas; en fin, hubo muchas demostraciones de júbilo.

Más tarde, en 1838, se trajeron á la Capital los restos del infortunado Emperador, habiéndose rehabilitado su memoria. Al fin descansan en la Capilla de San Felipe de Jesús, en la Capital de la República, dentro de una urna marmórea.

Tiempo llegará en que los mexicanos sólo vean el servicio que Iturbide prestó á la Patria, consumando su Independencia, y entonces aparecerá el Libertador de un pueblo agradecido, que le perdona sus errores y extravíos, para ver en él únicamente al Libertador y al Héroe.

Guadalupe Victoria

ó sea

Don Manuel Félix Fernández,

CAMPEON Y HEROE DE LA INDEPENDENCIA,

Y PRIMER PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.

CAMALIEL ARENAS.

NACIO en Tamazula, Estado de Durango, el año de 1789. Hizo sus primeros estudios en la ciudad de Durango.

Estando de estudiante en el Colegio de San Nicolás en Morelia (antes Valladolid) en 1811, de que había sido Rector el Señor Cura Don Miguel Hidalgo, y conmovido su ánimo por los primeros acontecimientos de la Independencia y los relatos entusiastas y llenos de veneración con que los estudiantes referían los antecedentes de su antiguo Rector y sus heróicas hazañas, nuestro biografiado, á semejanza de un predestinado en el amor extraordinario á la Patria, abandonó los estudios, y como dice uno de sus biógrafos, trocó los libros por la espada y lanzándose denodado á aumentar el número de los que luchaban por la Independencia, fué á incorporarse á las fuerzas del gran Morelos.

Desde esa época en que comenzó su gloriosa carrera,

para sintetizar las dos ideas dominantes de entonces, la religión y la independencia, adoptó el seudónimo de Guadalupe Victoria, simbolizada la primera en la Virgen de Guadalupe y la segunda en el triunfo de la Patria á que había hecho la consagración de sus esfuerzos y de su vida.

Don Guadalupe Victoria, que es el nombre con que la historia ha inmortalizado á tan egregio campeón, era de constitución endeble, de estatura regular, cutis rosado, frente despejada, cabello crespo, nariz chata, labios gruesos y maneras tímidas, cuyo conjunto no le hacían á primera vista simpático, pero tratándole revelaba toda la grandeza de su alma atrayente por su elevación de sentimientos y por el esplendor de una bondad extraordinaria.

El carácter de Don Guadalupe Victoria era reposado y sereno, firme y mesurado, enérgico y constante en sus propósitos, cuyas cualidades que le hacían juicioso en las determinaciones, sufrido en las adversidades é indomable y tranquilo en los combates, hicieron de él un verdadero héroe lleno de prestigio y aureolado por la estimación de sus conciudadanos.

La primera acción de guerra notable en que se dió á conocer el joven soldado insurgente, fué en el vigoroso ataque que el inmortal Morelos dió á la Ciudad de Oaxaca el 25 de Noviembre de 1812, cuya acción del novel militar que le valió un merecido ascenso y dió á conocer la magnitud de su valor inspirado por el más acendrado patriotismo, consistió en lo siguiente:

Con los elementos adquiridos en la toma de Orizaba, Morelos se dirigió sobre Oaxaca que estaba perfectamente defendida por los realistas; donde Don Guadalupe Victoria dió patentes muestras de extraordinario y bélico denuedo y le fué señalado por el gran Morelos

para atacar y tomar el «Juego de la Pelota,» punto de formidable resistencia defendido por una ancha y profunda zanja, desde la cual el enemigo, parapetado, sostenía un fuego bastante nutrido contra los independientes. Victoria, rechazado varias veces, no se desalentaba, y al oír los repiques que preconizaban los triunfos de Galeana en los puntos que iba tomando en el asalto de dicha ciudad, lleno de entusiasmo arengó á sus soldados y con el deseo de unirse á sus compañeros que suponía ya habían tomado la plaza, arrojó su espada del otro lado de la zanja ocupado por el enemigo, gritando: ¡Va mi espada en prendas! ¡Voy por ella! Incontinenti se arrojó al agua, y pasando la zanja á nado, llegó á la orilla opuesta, y sin que le amedrentaran las descargas de sus enemigos, pues parecía invulnerable como el héroe de Homero, levantó su espada, y al frente de sus soldados que seguían el pujante ejemplo de su jefe, dominó al enemigo que huyó despavorido y le dejó dueño de aquella interesante posesión que determinó la toma completa de la ciudad.

Después de este hecho de armas, siguieron otros muchos en que ya la victoria con sus laureles inmarcesibles, ó ya la derrota con sus amargos sinsabores, fueron coronando de gloria la frente del que debía ser uno de los esforzados campeones de la Independencia.

En 1814, el Congreso de Chilpancingo le comisionó para fomentar y organizar la revolución en el que hoy es Estado de Veracruz, y en Septiembre de ese mismo año comenzó su ímproba labor, sin elementos de guerra ni recursos pecuniarios, pues sólo contaba con unos cuantos y mal armados insurgentes, sobrándole en cambio la fe en la justicia de su causa y la abnegación sin límites para afrontar todos los sacrificios y desafiar todos los peligros por la libertad de su patria; pues como dice uno

de sus biógrafos, era el primero en acometer el peligro y el último en abandonarlo. Y no sólo carecía de elementos y de dinero; no sólo llevaba la desventaja de ir á combatir con poderosos enemigos bien organizados, sino que hasta las inclemencias de aquella zona tropical, abrían una barrera de muerte en su camino; pero él, fiel y perseverante, patriota que nunca contó el número de sus enemigos ni detuvo su marcha ante obstáculo alguno, ni se amedrentara por el hambre ó por el cansancio, con toda oportunidad se ocupó de organizar y dar aliento á la revolución en aquellas ardorosas regiones. Al presentarse en Veracruz, todos los ánimos se entristecieron, creyendo que aquel organismo endeble no resistiera los rigores del clima, ni las fatigas de la campaña; mas como Don Guadalupe Victoria, con férrea energía supo sobreponerse á todo, bien pronto comprobó que su valor sobrepujaba á los múltiples padecimientos de aquella penosa campaña.

Sus primeras maniobras militares consistieron en atacar los convoyes y conductas realistas que siempre apresaba, y cuyos ataques verificaba en el célebre Puente Nacional, sin que por eso dejara de tener otros hechos de armas que debilitaban al enemigo y hacían progresar el prestigio de la revolución.

Así pasó tres años de infatigable actividad,—1814 á 1817—en que la buena estrella de la Patria pareció eclipsarse, siguiéndose los desastres y las derrotas en diversos lugares del país, que apagaron por algún tiempo la tea de la insurrección, y sólo quedó Guerrero en las montañas del Sur, sosteniendo el fuego sagrado de la Independencia.

Entretanto, Don Guadalupe Victoria, abandonado de los suyos y perseguido por los extraños, tuvo que haberse ocultado en las montañas y vivido en los bosques ve-

racruzanos, pues perseguido encarnizadamente por el gobierno virreinal y no queriendo acogerse al indulto como algunos malos patriotas que dudaron del triunfo de la santa causa que defendían, permaneció más de treinta meses sin ver á ser humano alguno, alimentándose de plantas y raíces silvestres, entre aquellas inexcrutables serranías.

El docto Profesor señor Gregorio Torres Quintero, hace un relato histórico á este respecto, que tratando del ostracismo que se había impuesto el héroe para substraerse á la persecución y esperar la oportunidad de volver á servir á la Patria, dice:

"Se le creía muerto y la última persona que de él se despidió fué un indio, quien le dijo: *Si las cosas cambian, señor, ¿dónde puedo encontrarte?—En aquella montaña me encontrarás vivo ó muerto,*—le respondió Victoria, señalándole un lejano monte.

Las cosas cambiaron. El indio buscó á su amigo, exploró la montaña, pero á nadie encontró; al fin unas huellas humanas le hicieron suponer que fueran las de Victoria; colgó en un árbol unas tortillas por medio de un cordel, y fué en busca de más provisiones.

El insurgente vió las tortillas y las devoró; pero así que con ellas hubo calmado su hambre, pensó que podían pertenecer á un enemigo. Resolvió esconderse y esperó. No tardó en presentarse el indio. Victoria le reconoció, pero el indio no á él. En efecto, Victoria estaba inconocible. Su barba y su cabello habían crecido desmesuradamente durante aquel tiempo; sus uñas se habían trasformado en garras, su cuerpo, medio cubierto por su araposa frazada, estaba flaco y estenuado. Fueron necesarios grandes esfuerzos por su parte para convencer al indio de que él era realmente Victoria. Entonces supo que la causa tan grata de su corazón, la Inde-

pendencia de su Patria, había encontrado nueva bandera en Iguala."

Salió de su retiro y se puso luego en acción. Esto pasaba en Abril de 1821, y presentándose cerca de Veracruz, lanzó una proclama en que exhortaba á los mexicanos á la unión para lograr la Independencia.

Después de dar alguna organización á los dispersos elementos de Veracruz, se propuso ponerse de acuerdo con el General Don Agustín de Iturbide, que en seguida de haber proclamado el Plan de Iguala, en compañía del invicto General Don Vicente Guerrero, regresaba victorioso del interior del país, para cuyo efecto el General Victoria se dirigió á buscarlo, y habiéndosele presentado en San Juan del Río, Iturbide, que conocía la firmeza de convicción de Victoria y su intransigencia en cuestión de principios, comprendiendo que no sería uno de tantos instrumentos dóciles á sus ambiciones personales, le recibió con extremada frialdad, y fué tal su mala prevención, que llegó á declararlo incapacitado para el desempeño de puestos públicos. Esta animadversión del presunto Emperador hacia el inmaculado patriota, se acrecentó más cuando éste, con la lealtad de su franco carácter, le expresó la pureza de sus ideas al refutar y pedir la reforma del Plan de Iguala en los puntos en que estaba afectada la absoluta Independencia, como era el llamamiento de un príncipe extranjero, sosteniendo en este punto que el mando supremo se confiriese por la voluntad del pueblo en alguno de los ameritados insurgentes por exigirlo así la seguridad de la misma Independencia y la gratitud nacional. Esto bastaba para que Iturbide, que al haberse pasado á las filas insurgentes con objeto de lograr su elevación personal, mirara á Victoria no sólo con recelo, sino con profundo rencor; pero el héroe que tenía una grandeza de alma imposible de ser comprendida, al reti-

rarse otra vez á Veracruz, publicó una nueva proclama llena de patriotismo, en que exhortaba una vez más á la unión á los mexicanos.

Más tarde, Iturbide, faltando á sus compromisos y haciéndose proclamar Emperador por medio de Pio Marcha el 18 de Mayo de 1822, vió realizadas sus equívocas ambiciones. La adulación y la bajeza le rodearon de fausto fascinador, haciéndose insolente y tiránico en sus procedimientos. Como era natural, consideró como enemigos á todos los descontentos de su régimen, que no eran otros que algunos de los antiguos y firmes luchadores que habían derramado su sangre por la libertad de su patria. Entre estos descollaban en primer término Don Vicente Guerrero y el General Don Guadalupe Victoria. Guerrero se había retirado á sus montañas del Sur, y Victoria, después de haber sido perseguido, fué reducido á prisión, de la que logró fugarse en momentos en que su Estado natal le nombraba su representante para el Congreso que se instituyó y que Iturbide, después de su risible coronación, mandó disolver con la fuerza de las abyectas bayonetas que tenía á su servicio.

El Gobierno de Iturbide fué una serie de desaciertos y atentados que originaron el descontento general, dando motivo á que Don Antonio López de Santa-Anna proclamara en Veracruz la República, en Diciembre de 1822, habiéndole dado organización á este levantamiento con el Plan de Casa Mata que proclamó el 1.° de Febrero de 1823.

Cuando Santa-Anna proclamó la República, Victoria fué el primero en secundar el movimiento en que Santa-Anna le cedió, por sus merecimientos y graduación militar, el mando supremo de la revolución.

Entonces, entre otros episodios que honran el valor y la firmeza de convicciones de Victoria, refiérese éste muy

significativo que revela la talla majestuosa de aquel preclaro patricio; en un momento en que Santa-Anna, juzgándose perdido trataba de huír, Victoria le dijo estas singulares palabras: «Compañero: Vaya usted á Veracruz á sostener su puesto, y cuando le presenten á usted la cabeza de Victoria, hágase á la vela. Pero mientras yo viva, es honor de usted permanecer á mi lado defendiendo la causa de la libertad.»

La revolución contra el efímero imperio de Iturbide había cundido, y fué tal el disgusto nacional, que el orgulloso Emperador se vió obligado á abdicar la corona, y el Congreso, que se había vuelto á reunir resentido por las inconsecuencias de Iturbide, no sólo declaró nula su elección, sino que decretó su destierro á una provincia italiana, asignándole una pensión vitalicia de veinticinco mil pesos anuales.

En esta vez, cuando Iturbide, destronado y proscrito llegó á Veracruz para embarcarse, el General Victoria fué á saludarlo, y refiere Don Francisco Sosa que fué tal la caballerosidad con que éste trató á su antiguo enemigo, que Iturbide, lleno de gratitud, le regaló un reloj.

Hay que hacer notar que, nombrado el General Victoria uno de los miembros del Poder Ejecutivo del nuevo orden de cosas, no abandonó la que antes era Provincia de Veracruz por estar aun ocupado el Castillo de San Juan de Ulúa por los españoles, pues los trabajos infatigables del denodado patriota tenían por objeto el reconocimiento incondicional de la Independencia y la hostilización ruda y tenaz al poder ibérico encerrado en el estrecho reducto del expresado Castillo, por cuyos hechos fué declarado Benemérito de la Patria, y hasta Julio de 1824 fué cuando vino á México á ocupar su asiento en el Poder Ejecutivo, que á poco tiempo abandonó

para acudir á sofocar la revolución de Oaxaca, promovida por el General León.

En esta época, por la influencia de la masonería escocesa y de la yorkina se exaltaron los partidos, acogiéndose á la primera el partido virreinal que tomó el nombre de conservador, y á la segunda, el partido de la insurgencia, que después se llamó liberal, cuya exaltación causó una profunda anarquía en toda la República.

El Congreso Constituyente convocado por la Junta encargada del Poder Ejecutivo, después de la caída de Iturbide, expidió la primera Constitución federal el 4 de Octubre de 1824, que establecía el régimen democrático representativo y popular en que estaban vinculados los ideales del gran luchador de la libertad nacional.

Como resultado de las elecciones á que había sido convocado el pueblo, fué electo para primer Presidente de la República el General Don Guadalupe Victoria, de cuyo alto cargo tomó posesión el 10 del mismo Octubre del citado año de 1824.

Bajo el Gobierno del General Victoria tuvieron lugar tres grandes acontecimientos, que por su importancia y significación histórica, merecen mencionarse entre sus grandes obras de gobernante, y son: la entrega del Castillo de San Juan de Ulúa, el 18 de Noviembre de 1825, último vestigio que había quedado de la dominación española; el reconocimiento de nuestra Independencia por los Gobiernos de Inglaterra y los Estados Unidos, y la ejecución práctica de la abolición de la esclavitud, cuyos únicos hechos bastarían para formar la aureola de inextinguible gloria del primer mandatario republicano, por lo que es pertinente recordar las memorables palabras del héroe pronunciadas ante los esclavos en la conmemoración del 16 de Septiembre de 1825, en que de hecho abolió definitivamente la esclavitud, cuando con la

solemnidad de su prestigio y alta investidura les dijo:—"Esclavos: En este día en que se celebra el aniversario de la libertad, recibidla en nombre de la Patria y acordáos que sois libres por ella, para honrarla y defenderla."

Debido á la importante gestión del General Don Guadalupe Victoria, comenzó la organización política y administrativa del país, formulándose entre otras importantes iniciativas, las siguientes: Establecimiento de relaciones diplomáticas, colonización, comunicación interoceánica, organización de la Hacienda Pública y del Ejército, y creación de la Marina Nacional.

Como Gobernante tuvo una singular preferencia por la difusión de la ilustración entre todas las clases sociales, protegiendo empeñosamente la instrucción pública en el establecimiento de numerosas escuelas y protección de las lancasterianas, creadas bajo los auspicios del Rito Nacional Mexicano; fundó el Museo Nacional y estableció estudios de ciencias físicas y morales; en una palabra: impulsó todos los elementos de cultura material y moral que engrandecieran la República.

Es verdad que en la época administrativa del General Victoria se cometieron algunos errores, disculpables hasta cierto punto, por la falta de experiencia política y por la exaltación de las pasiones de partido, latentes en aquellos primeros días de libertad, siendo tales desaciertos que reprobó la conciencia pública, la expulsión de los españoles pacíficos y la punible tolerancia en el escandaloso atentado del saqueo del Parián por el populacho enfurecido; actos condenados por la civilización y la moral, que sirvieron de pretexto á los enemigos del General Victoria para hacerlos recaer bajo la responsabilidad de su gobierno, lo que originó su caída en Marzo de 1829, antes de la terminación de su período constitucional.

Después de estos sucesos, el General Victoria se retiró

á la vida privada, sin volver á tomar participación alguna en la política del país, pero conservando siempre, á pesar de sus decepciones, su amor incondicional á la Patria, hasta que, agobiado de prolongada y dolorosa enfermedad, murió en Perote, pobre y olvidado, el 21 de Marzo de 1843.

Tal fué la vida del gran hombre que luchó como egregio campeón por la Independencia Nacional, y siendo el primer Presidente Constitucional de la República, implantó el sistema democrático, desarraigó por completo la dominación ibérica, abolió la esclavitud y abrió los primeros cimientos para la prosperidad nacional.

Tan pundonoroso y valiente caudillo, como honrado y esclarecido ciudadano, ha merecido bien de la Patria, y su nombre es un símbolo de libertad y un ejemplo de cívicas virtudes que ha eternizado la fama y glorificado la inmortalidad.

INDICE.

	Págs.
Dedicatorias	V y IX
Introducción	XI
Lic. Francisco Primo Verdad y Ramos	1
Fray Melchor de Talamantes	11
Generalísimo Don Miguel Hidalgo y Costilla	19
Don Ignacio José de Allende	26
La Corregidora	39
Ignacio Aldama	59
Cura Don José María Mercado	65
Brigadier Don José Antonio Torres	75
Don José Mariano Jiménez	93
Lic. Don Ignacio López Rayón	117
María Leona Vicario	141
Generalísimo Don José María Morelos y Pavón	177
Don Hermenegildo Galeana	185
Don Leonardo Bravo	197
General Nicolás Bravo	202
Cura Don Mariano Matamoros	213
Don Francisco Javier Mina	219
Pedro Ascencio Alquisiras	249
General Don Vicente Guerrero	255
Agustín de Iturbide	264
Guadalupe Victoria (Félix Fernández)	271

F1232
A58 F.R. INVENTARIO 1994 FH-26270
AUTOR
ANZURES, RAFAEL
TITULO
Los Héroes de la Independencia.

FECHA DE VENCIMIENTO	NOMBRE DEL LECTOR
06 JUL. 1995	~~Tuelle Magaña Reyes~~
07 JUL. 1995	~~Elisabeth Mh. Fabrás~~
8 NOV. 1996	Aravio E. Mónica
12 ENE 1999	Laut Heidi
24 FEB 1999	Restauración B.A.
13 MAR 2000	
16 AGO 2001	
15	

F.R
F1232
A58
FH-26270